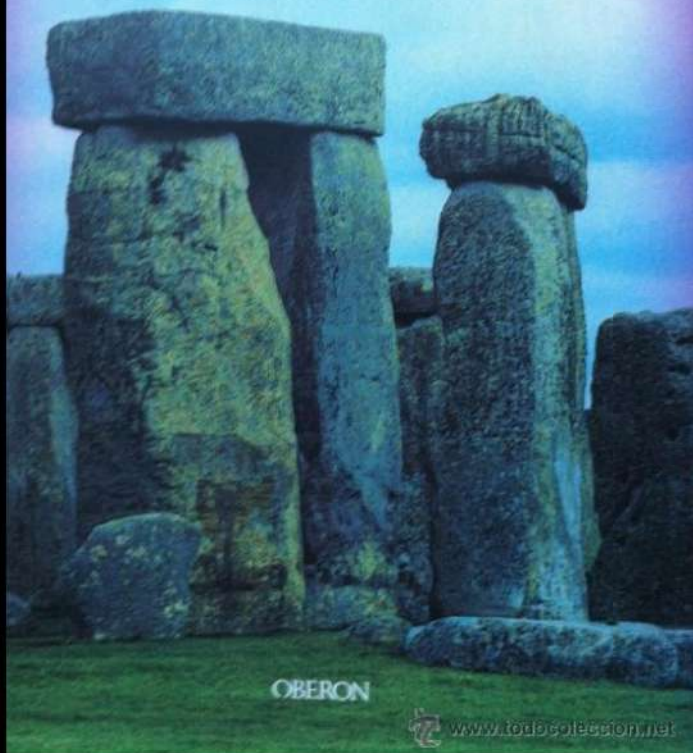


PETER BERRESFORD ELLIS

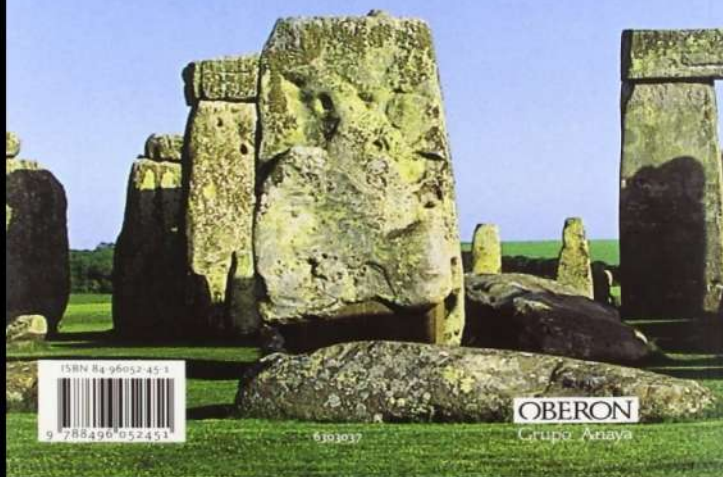
DRUIDAS

EL ESPÍRITU DEL
MUNDO CELTA



¿Quiénes fueron los druidas? Los romanos los veían como sacerdotes ocultistas que practicaban el sacrificio humano y predecían el futuro a través de las entrañas de sus víctimas. Algunos dicen que eran amables hechiceros, otros los retratan como la intelectualidad de la antigua sociedad celta. En este libro, Peter Berresford Ellis criba las evidencias y, utilizando los últimos descubrimientos arqueológicos y la práctica de la etimología, ofrece al lector la primera versión auténtica de quiénes y qué fueron los druidas.

Los druidas aparecen como la casta intelectual de la antigua sociedad celta. Eran médicos, abogados, embajadores, consejeros del rey y tenían también una función religiosa. Ellis describe la formación específica de los druidas, su filosofía, sus creencias en los augurios y sus misteriosos orígenes. Demuestra también que la descripción romana de los druidas era propaganda de guerra de un imperio ansioso por arrebatarles el poder en los territorios celtas. El autor nos enseña, además, que la actual imagen que la *New Age* ofrece de ellos como benevolentes magos procede de una inadecuada interpretación de los hechos.



DIGITALIZA EN OCR SIN ANIMO DE LUCRO:

AGUILA-LOBO

DRUIDAS

EL ESPÍRITU DEL MUNDO CELTA

Peter Berresford Ellis

NO APTO PARA SU VENTA

Traducido por

Javier Alonso López

OBERON

DISEÑO CUBIERTA: CAROLINA CEREZO, sobre fotografía de Alba Romero
Traducción: Javier Alonso Lopez

Titulo original: Druids
Primera publication en Gran Bretaña
por Constable and Company Ltd,
3 The Lanchesters, 162 FULLHAM PALACE ROAD
LONDRES W6 9ER

© **PETER BERRESFORD ELLIS, 2001**
© **DE LA TRADUCCION, JAVIER ALONSO LOPEZ**
© **OBERON. GRUPO ANAYA, S. A., MADRID, 2001**
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; telefono 91 393 88 00
ISBN: 84-667-0594-5
Depósito legal: M. 19.087-2001
Impreso en Huertas, S.A.
Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción; Identificando a los Druidas..... | 8 |
| El Mundo Celta..... | 21 |
| Orígenes de los Druidas..... | 38 |
| Los Druidas vistos por los extranjeros..... | 52 |
| Los Druidas vistos por los celtas..... | 79 |
| Mujeres Druidas..... | 105 |
| La Religión de los Druidas..... | 131 |
| Los Rituales de los Druidas..... | 153 |
| La Sabiduría de los Druidas..... | 183 |
| • Escuelas druídicas..... | 183 |
| • Libros druídicos..... | 189 |
| • Los Druidas como filósofos..... | 195 |
| • Los Druidas como Jueces..... | 220 |
| • Los Druidas como historiadores..... | 230 |
| • Los Druidas como poetas y músicos..... | 239 |
| • Los Druidas como médicos..... | 245 |
| • Los Druidas como Videntes..... | 254 |
| • Los Druidas como astrónomos y astrólogos..... | 262 |
| • Los Druidas como magos..... | 284 |
| Reviviendo a los Druidas..... | 289 |
| Bibliografía escogida..... | 323 |
| Índice Onomástico..... | 333 |

«Este libro no hubiese sido escrito si no fuera por la inspiración que me causó una emisión de radio de domingo por la mañana de la ópera Norma, de Vincenzo Bellini. Gracias, Ben, por aquella feliz inspiración.»

Yo soy el viento que sopla a través del mar;
Yo soy la ola del Océano;
Yo soy el murmullo de las nubes;
Yo soy el toro de los siete combates;
Yo soy el buitre sobre la roca;
Yo soy un rayo de sol;
Yo soy la más limpia de las flores;
Yo soy un jabalí salvaje en valor;
Yo soy un salmón en la charca;
Yo soy un lago en la llanura;
Yo soy la habilidad del artesano;
Yo soy una palabra de ciencia;
Yo soy la punta de lanza que da la batalla;
Yo soy el dios que crea en la cabeza del hombre el fuego del pensamiento.

¿Quién, sino yo, es el que ilumina la asamblea sobre la montaña?

¿Quién, sino yo, dice las fases de la luna?

¿Quién, sino yo, muestra el lugar donde el sol va a descansar?

¿Quién llama al ganado desde la casa de Tethra?

¿A quién sonríe el ganado de Tethra?

¿Quién es el dios que crea los encantamientos

-el encantamiento de la batalla y el viento de cambio?

La Canción de Amairgen
Leabhar Gabhála

INTRODUCCIÓN: IDENTIFICANDO A LOS DRUIDAS

Si esto fuera una disertación académica, elegiría, probablemente, el subtítulo «Una discusión introductoria». El antropólogo francés Claude Levi-Strauss dijo una vez: «No hay verdades definitivas. La mente científica no ofrece tanto las respuestas correctas como las preguntas correctas». En ningún campo es más necesario hacer las preguntas correctas que el intentar descubrir a los druidas. Lo realmente cierto es que lo que para una persona es un druida, para otra es una fantasía. Desde el siglo XVI, los druidas han sido evocados en una amplia variedad de percepciones acerca de quiénes eran, qué creían y que enseñaban. El problema básico es que ningún druida, u observador comprensivo contemporáneo, consignó jamás por escrito la información necesaria e inequívoca para nuestra comprensión actual. Debemos buscar diligentemente entre muchas fuentes para conseguir nuestras respuestas y, como insinúa Levi-Strauss, el resultado de la búsqueda depende de qué cuestiones planteemos.

A pesar de varias referencias a los druidas en escritos griegos y latinos, y a pesar de las tradiciones recogidas en las literaturas celtas nativas, aun estamos lejos de tener un conocimiento profundo.

Es verdad que poseemos unas cuantas fuentes griegas respetuosas; pero el grueso de las observaciones «clásicas» consiste en propaganda anti-celta del Imperio Romano. Ha habido una tendencia entre los estudiosos a aceptar estas fuentes como si nos ofreciesen hechos grabados en piedra, como leyes que no deberían ser cuestionadas.

Con el tiempo, los propios celtas llegaron a poner por escrito su conocimiento, se convirtieron al Cristianismo y, los druidas continuaron teniendo «mala prensa», lo que no es de extrañar. Su manera de presentarse siguió siendo tendenciosa. Y cuando algunos de los *gentlemen* anticuarios» de los siglos XVII y XVIII sintieron que podían contemplar a los druidas bajo una luz más comprensiva, los idealizaron hasta el punto de no poder reconocerse cual fue, originariamente, su papel en la sociedad celta.

La mayoría de la gente sería capaz, hoy en día, de dar una respuesta si se le pidiese definir a un druida. De hecho, los druidas han logrado algo único en el folklore de Europa Occidental y de sus retoños del Nuevo Mundo. Ellos cautivaron la imaginación del mundo antiguo como ningún otro grupo de gente lo hizo jamás, y todavía tienen un tremendo impacto en la vida esotérica del mundo moderno. La estudiosa del mundo celta, Nora Chadwick, observó: «La fascinación del tema es eterna». Aparte de un vago reconocimiento de que los druidas eran la clase intelectual de los antiguos celtas, habitualmente son percibidos como remedos de místicos religiosos y sacerdotes.

Muchos recordaran haber aprendido en el colegio que los romanos veían a los druidas como sacerdotes estafalarios y bárbaros que se entregaban a los más horribles sacrificios humanos en busca de augurios en las entrañas de las víctimas. De acuerdo con otros, eran, sencillamente, místicos religiosos, antiguas figuras patriarcales, representados, por lo general, con vestiduras y barbas blancas, que adoraban a la Naturaleza, en particular a los árboles, y que se congregaban en círculos de piedras para llevar a cabo sus ritos religiosos en el momento del solsticio. Para algunos, eran poderosos magos y adivinos. Para otros, únicamente bardos y profetas.

-¿Cuántos pensarían inmediatamente en el Merlín de la famosa saga artúrica como el arquetipo de druida. Sin duda, un buen número de muchachos modernos verían al druida a través de los ojos de Goscinny y Uderzo, en *Asterix el galo*, donde el personaje del druida es conocido en la traducción inglesa como «*Getafix*»¹, en el original Panoramix, sirviendo poción mágica de su mítico caldero.

Aquellos lectores que hayan tenido contacto con la mitología celta y las sagas primitivas de Irlanda y Gales, sabrán que los druidas son descritos como elemento todopoderoso y esencial de la sociedad. Tras

¹ El nombre inglés viene a significar algo parecido a «pincharse», incluso en el sentido de «drogarse». En la versión española se llama, como en el original francés, Panoramix. N. del T.

la llegada del Cristianismo fueron reducidos, más o menos, al *status* de magos y adivinos.

Otros relacionaron a los druidas como algo que tiene que ver con la recreación del *Gorseddau* de Gales, Bretaña y Cornualles y el movimiento romántico de finales del siglo XVIII. La figura vestida del archidruida de Gales es ahora fácilmente reconocible, gracias a la cobertura de prensa y medios de comunicación de la ceremonia de Gorsedd — en especial el Gorsedd galés — como parte del National Eisteddfod.²

Sin embargo, en Inglaterra la gente asocia popularmente a los druidas con unos hombres y mujeres de mirada seria y vestidos de blanco que continúan celebrando misteriosas ceremonias con la llegada del solsticio de verano dentro de círculos de piedras como el de Stonehenge e, incluso, en sitios tales como el Parliament Hill o el Tower Hill en Londres. En efecto, todavía existen grupos descendientes de la Antigua Orden de los Druidas, creada en Londres en 1781 por unos cuantos entusiastas. Sir Winston Churchill se inició en la Logia Albion de la Orden en 1908. Estas reuniones, por supuesto, no tienen nada que ver con la cultura celta, antigua o moderna, y los «místicos» conjuros al sol y a las divinidades paganas de estos druidas tan particulares son recitados en inglés.

En efecto, también los druidas han sido raptados por el movimiento «New Age» y convertidos a sus filosofías. Una obra que ha sido reimpresa en numerosas ocasiones hasta el día de hoy, *La Mente del Druida*, del Dr. E. Graham Howe, contiene un prefacio de David Loxley en el que reivindica ser el «druida jefe de la Orden de los druidas». Una vez más, esta obra no tiene nada que ver con la antigua filosofía celta, pero, lamentablemente, los druidas resultan comercialmente aceptables dentro de la nueva ola de pensamiento esotérico y de religiones alternativas. Cualquier filosofía de medio pelo puede llevar unida a ella la palabra «druida» o, incluso, «celta» y tener la seguridad de contar con un seguimiento entusiasta, cuando no un tanto crédulo.

² El Eisteddfod es un festival de música y poesía típico de Gales. N. del T.

El primer problema es, por tanto, ¿quién posee la percepción correcta de los druidas?. La sencilla respuesta es, más o menos, como la lógica que encontramos en Alicia en el País de las Maravillas. Todo el mundo está equivocado, pero todo el mundo ha atisbado una pequeña parte de la realidad, de manera que todo el mundo tiene razón y todos quedamos satisfechos.

Los lectores recordarán la historia de los hombres ciegos a los que se les pide que definan un elefante por el tacto. Uno, percibiendo la pierna, aseguraba que el elefante era como un árbol; otro, tocando su trompa, proclamaba que era como una serpiente, y un tercero, tocando una oreja, pensaba que el elefante era una gran criatura alada, y así sucesivamente. Esto es, precisamente, lo que ha estado ocurriendo durante los últimos trescientos años en el caso de los druidas. Las definiciones han venido dadas por pequeñas cantidades de conocimiento, y nadie parece haber percibido la totalidad de la información como para haber ofrecido una imagen precisa de quiénes fueron y por qué han sobrevivido en nuestro folklore moderno.

Esta obra, que es un intento de presentar a los druidas al gran público, se propone demostrar el papel de los druidas en la antigua sociedad celta; qué sabemos de sus enseñanzas, y cómo transmitían sus conocimientos sin la ayuda de la escritura. Esta tradición oral existió, no porque no conociesen el arte de la escritura, sino porque establecieron una prohibición religiosa contra la transmisión de sus conocimientos por esta vía, para que esa sabiduría no pudiese caer en las manos equivocadas. Así, se necesitaban entre doce y veinte años de estudio para alcanzar el más alto nivel de aprendizaje entre ellos.

Esta prohibición sobre la puesta por escrito de su saber y su filosofía ha resultado ser un gran escollo para los estudiosos modernos al intentar comprender con exactitud en qué creían y qué enseñaban; a esto hay que añadir, además, la periódica destrucción de los libros originales y los manuscritos celtas a manos de ejércitos conquistadores. Así es, la opinión general es que, cuando la civilización celta fue conocida por primera vez por los griegos, éstos los llamaron Keltói, que era una palabra celta utilizada para describirse a sí mismos y que significaba «el pueblo oculto». Algunos lingüistas contemplan la palabra «celta» como emparentada con el irlandés antiguo ceilid, —en irlandés moderno,

ceilt, esconder u ocultar. También se cree que la palabra kilt, introducida en el inglés alrededor de 1730 a través del gaélico escocés, y que hace referencia a la falda corta característica del atuendo masculino celta, procede de la misma raíz. Sin embargo, hay que señalar que otros opinan que la palabra kilt procede de las lenguas escandinavas, donde kilte significa «arropar», esta última derivación parece un poco más plausible.

Los druidas no fueron-simples-sacerdotes o sacerdotisas bárbaros. Efectivamente, nada en las fuentes sugiere realmente un sacerdocio, y ningún escritor clásico los llama sacerdotes. Esto no significa que algunos druidas no fuesen llamados para supervisar las funciones religiosas. Yo sugeriría, como ya han hecho otros muchos estudiosos de esta disciplina, que los druidas eran una casta similar al grupo social que se desarrolló en otra sociedad indoeuropea, los Brahmanes de la cultura hindú, ellos formaban la clase-culta o intelectual de la sociedad hindú, y eran considerados la casta superior. Aunque tenían una función sacerdotal, no eran únicamente sacerdotes. Así fue, también, en el caso de los druidas; eran una casta que incluía todas las profesiones que exigían sabiduría. La casta no consistía sólo en aquellos que tenían funciones religiosas, sino que comprendía también a filósofos, jueces, maestros, historiadores, poetas, músicos, médicos, astrónomos, profetas y asesores políticos o consejeros. Los druidas podían ser, en ocasiones, reyes o jefes, como Divitiaco de los aeduos, pero no todos los reyes tenían que ser necesariamente druidas.

Nuestras fuentes más antiguas y más extensas, como he señalado antes, proceden de escritores griegos y romanos. En otras palabras, de escritores foráneos y extremadamente hostiles hacia la cultura celta. Es significativo que las fuentes griegas son, por lo general, más respetuosas respecto a los druidas, en particular los escritores de la Escuela de Alejandría, mientras las fuentes latinas son universalmente hostiles.

Ahora bien, como he dicho, estas fuentes han sido aceptadas, por lo general, sin dudas incluso por los estudiosos que son habitualmente más críticos con las fuentes utilizadas. Imaginense la cultura y la historia de los indios americanos, desde el punto de vista de los colonos blancos

del siglo XIX, siendo aceptada sin reparos. ¡Qué curiosa imagen, llena de prejuicios, tendríamos de los nativos americanos!

Imagínense también, al comandante de un ejército extranjero que ha sido enviado para conquistar y destruir a un pueblo, escribiendo un libro sobre la cultura y costumbres de ese pueblo, y que las generaciones posteriores consideren que fue escrito sin el más mínimo prejuicio. Pues bien, se nos pide que aceptemos las informaciones de Julio César sobre los celtas y los druidas como absolutamente fidedignas. Si el general Lord Chelmsford hubiese escrito un informe sobre la cultura y la filosofía de la nación zulu, como consecuencia de su conquista de Zululandia en 1879, deberíamos haber tenido ciertas reservas a la hora de aceptar todo lo que escribiese como falto de prejuicios. Sin embargo, algunos creen que el paso del tiempo contribuye a que la exactitud de los datos sea incuestionable. Podemos creer que, muy probablemente, Chelmsford habría tenido prejuicios, pero tenemos que aceptar que los comentarios de Julio César sobre la civilización celta y los druidas están más allá de cualquier reproche. Esto no significa que César fuese totalmente inexacto hasta el punto de que deba ser desechado. Es más, a través de fuentes nativas podemos confirmar muchas de sus observaciones. Deberíamos cuestionar todo, especialmente si procede de fuentes hostiles a la civilización celta. El prejuicio cultural, tanto de griegos como de romanos, debe ser tornado en consideración cuando se refieran a cuestiones pertenecientes a una cultura que, por regla general, juzgaban como bárbara o inferior. Cuando el Cristianismo reemplazó a la religión celta precristiana y llegó a su fin la proscripción druidica de poner por escrito la historia y la filosofía, los celtas dieron rienda suelta a una gran abundancia de literatura, de manera que el irlandés se convirtió en la tercera lengua escrita de Europa. Hay muchas referencias a los druidas en las fuentes irlandesas tempranas y, en unos pocos casos, confirman alguna información encontrada en fuentes griegas y romanas.

Lo que emerge de un estudio cercano de las fuentes es que la creencia comunmente aceptada de que los romanos intentaron una represión generalizada de los druidas, porque estaban horrorizados por las practicas sacerdotales druidicas, no es más que una conjetura que se

ha convertido en mito histórico aceptado. Hay, en efecto, evidencia de que los romanos trataron de abolir la casta druidica, aunque Nora Chadwick sugiere que el intento no fue tan generalizado como historiadores posteriores querían hacernos creer. Por supuesto, semejante intento no fue el resultado de la sensibilidad romana acerca de los ritos practicados por los celtas. Siendo una clase intelectual, reserva de la resistencia cultural y nacional gala y britana frente a la conquista romana, seria inevitable que Roma intentase suprimirlos. Es una máxima imperialista tradicional que, para conquistar una nación, debes primero subvertir o eliminar la clase que resulte más peligrosa para tus objetivos, esto es, los intelectuales. El profesor Jean Markale, en su *La Mujer Celta* (1972) hace el siguiente razonamiento sobre por qué los romanos trataron de eliminar a los druidas.

“Cuando Roma extendió su imperio sobre todo el Mediterráneo y parte de Europa Occidental, se tuvo cuidado de eliminar todo lo que pudiese dañar su organización sociocultural. Esto es evidente en los países celtas: los romanos persiguieron a los druidas hasta que desaparecieron de la Galia y, posteriormente, de Britania. Los druidas representaban una amenaza absoluta para el estado romano, porque su ciencia y filosofía contradecían peligrosamente la ortodoxia romana. Los romanos eran materialistas, los druidas espirituales. Para los romanos., el estado era una estructura monolitica extendida sobre territorios deliberadamente organizados en una jerarquia. Para los druidas era un orden moral libremente aceptado con una idea central completamente mítica. Los romanos basaban su ley en la propiedad privada de la tierra con derechos de propiedad enteramente concentrados en el cabeza de familia, mientras que los druidas siempre consideraron la propiedad como algo colectivo. Los romanos consideraban a las mujeres portadoras de niños y objetos de placer, mientras que los druidas incluían a las mujeres en su vida política y religiosa. Podemos así entender Podemos así entender cuan seriamente se vio amenazado el orden romano por el subversivo pensamiento de los celtas, a pesar de que nunca se expreso abiertamente. La facilidad de los romanos para librarse de las elites galas y britanas siempre se considera asombrosa, pero no se tiene en

cuenta el hecho de que se trataba de una cuestión de vida o muerte para la sociedad romana”.

Plinio el Viejo (23/24-79 d.C.) parece ser el primero en plantearse preguntas sobre las razones para el declive de los druidas y, ciertamente, no tiene dudas en atribuirlo a la represión romana. Sin embargo, uno no puede tomarse realmente en serio la afirmación de que se hizo a causa de la indignación romana ante una religión que asociaban con sacrificios humanos, cuando la propia Roma estaba tan habituada a los sacrificios masivos. Ilustres hombres de las naciones que conquistaba Roma eran arrastrados por las calles, encadenados a los carros de sus victoriosos generales, y estrangulados ritualmente en el Tullianum, al pie del Capitolio, para propiciar a Marte, el dios romano de la guerra. Vercingetorix, el famoso caudillo de la resistencia celta contra César en la Galia, tuvo ese final. Resulta difícil de creer que los romanos, especialmente durante los reinados de Calígula y Nerón, pudiesen impresionarse ante un sacrificio humano. Solo los romanos, por supuesto, tratarían de hacernos creer que se impresionaban ante el sacrificio humano. El hecho curioso es que ninguna literatura ni tradición insular nos ofrece una evidencia de la práctica del sacrificio humano como rito religioso.

Cuando Augusto excluyó a los druidas de la ciudadanía romana, prohibiendo a los ciudadanos romanos que practicasen ritos druidicos, cuando Tiberio prohibió la existencia de los druidas mediante un decreto del senado Romano y cuando Claudio intentó «abolirlos por completo» en el 54 d.C, no era, creo, en desaprobación de «ritos inhumanos» llevados a cabo por los druidas, sino para erradicar una clase intelectual que podía, y de hecho lo hizo, organizar una revuelta contra Roma.

Más aun, mi opinión es que los druidas no fueron totalmente eliminados en las tierras celtas bajo gobierno romano, como se piensa comúnmente. Ni aceptaría la opinión de Nora Chadwick de que perecieron estrangulados lentamente por la superposición “de una cultura superior sobre una inferior”. La Sra. Chadwick, por ejemplo, afirma que cuando los habitantes de la principal ciudad de los aeduos en la Galia, es decir, Bibracte (Mont-Beuvray), fueron trasladados a la

nueva ciudad romana de Augustodunum (Autun), y su escuela oral druidica fue reemplazada por una universidad romanizada, los druidas fueron expulsados a los bosques, donde, finalmente, perecieron. Por el contrario, creo que los druidas permanecieron y se adaptaron a la nueva cultura.

El gran intelectual galo Decimo Magno Ausonio (c 310-c 393 d.C.) nos proporciona alguna evidencia fascinante a este respecto. Ausonio era hijo de un medico de Burdigala (Burdeos), donde enseñó durante treinta años antes de ser designado como tutor de Graciano, hijo del emperador Valentiniano I. Cuando Graciano se proclamó emperador, Ausonio se convirtió en prefecto de la Galia y, posteriormente, cónsul en 379 d.C. El fil era nominalmente cristiano, pero sin el menor sentimiento de profundo compromiso. Escribió un discurso sobre las propiedades del número *tres*, relacionado de manera muy próxima a las enseñanzas druidicas. Ausonio procedía de una cultivada familia celta que podría haber pertenecido a la casta druidica antes de la prohibición romana.

El propio Ausonio admite que su coetáneo Delfidio, famoso por su elocuencia, y posiblemente maestro suyo, descendía también de una familia druidica. El padre de Delfidio era Atio Patera, un famoso retorico, cuyo padre, Febicio, había sido *aedituus* o «guardián del templo» del dios celta Belenos en Burdeos, hasta que fue persuadido para convertirse en profesor en la universidad latina local.

El propio abuelo materno de Ausonio fue desterrado a Tabellae (Dax), en el Adour, por Vitricio, el obispo romano de Rouen (c 330-c 407 d.C), junto con los dos jefes locales, por tomar parte en una insurrección de los aeduos. En *Parentalia*, Ausonio nos dice también que su abuelo materno practicaba la astrología en secreto, e insinúa que era de familia druidica. Vitricio era un ex-soldado romano que se convirtió al Cristianismo mientras servía y estaba acuartelado en la Galia. Era un implacable oponente del «pelagianismo», del que Roma afirmaba que era un intento de revivir los principios druidicos. Y, lo más interesante de todo, Ausonio tenía una tía llamada Dryadia, que significa «mujer druida».

Con la llegada del Cristianismo, los druidas comenzaron a fundirse totalmente con la nueva cultura, algunos se convirtieron, incluso, en sacerdotes de la nueva religión y continuaron existiendo como una clase

intelectual de la misma manera, en gran parte, que sus antepasados habían hecho antes durante cientos de años. Encontramos una interesante referencia en una *Vida de Colmcille*, cuando el misionero irlandés llegó a la isla de Iona y encontró a dos druidas que eran obispos y afirmaban que ya habían instaurado a la nueva religión. Colmcille no creía que hubiesen sido debidamente ordenados y les mandó marcharse, lo que ellos, en efecto, hicieron. Muchos santos cristianos celtas primitivos son mencionados como «druidas».

De acuerdo con la más antigua biografía de un santo británico celta que conocemos, escrita hacia el final del siglo VI d.C, una *Vida de Samson*, el maestro de Samson, el famoso Illtyd (c 425-c 505 d.C.) era «por linaje, un druida muy sabio». En la vida del santo británico celta Beuno, del siglo VII d.C, (que se conserva en un manuscrito escrito en 1346), se nos dice que sus últimas palabras, cuando yacía a punto de morir, fueron que había visto a la Santísima Trinidad y a los santos *y a los druidas*. Beuno fue el padre de Santa Gwenfrewi, conocida más popularmente como Winifred de Gwytherin en Denbigh. El teólogo cristiano celta Pelagio, de finales del siglo IV y principios del V d.C, a quien Vitricio desaprobaba tan fuertemente, fue finalmente declarado hereje tras su conflicto con Agustín de Hipona. Pelagio fue acusado de intentar revivir la filosofía druídica sobre la Naturaleza y el libre albedrío. El razonamiento de Pelagio era que los seres humanos tienen libre albedrío, mientras Agustín creía en la predestinación. Tenemos noticia de como los obispos de Roma se desesperaban por el arraigo que la filosofía de Pelagio tuvo en la Iglesia celta durante los siglos siguientes. Esto no es sorprendente si semejante filosofía era, sencillamente, una actitud cultural antigua transmitida por generaciones de druidas. Nennio, el historiador galés del siglo IX d.C, dice que cuando el rey celta Vortigem fue excomulgado por Germano de Auxerre (c 378-448 d.C.) por adherirse a las enseñanzas de Pelagio, invitó a doce druidas para que le ayudasen en sus consejos. Consideraremos la cuestión del pelagianismo en el apartado sobre los druidas como filósofos.

El padre de Santa Brigida de Kildare era un druida llamado Dubhtach,

que es a menudo erróneamente asociado con Dubhtach Maccu Lugir, que instruyó a Patricio acerca del sistema legal irlandés. Es significativo que no haya registrados martirios cristianos en Irlanda y apenas ninguno entre los otros pueblos celtas. Aquellos pocos martirios que tuvieron lugar en Britania, por ejemplo el de Alban, aproximadamente en 287 d.C, fueron el resultado del antagonismo entre los ocupantes romanos y no entre los nativos celtas. En los registros eclesiásticos irlandeses tenemos un comentario sobre las grandes propiedades de tierra de los druidas convertidos, y otorgadas por ellos a la Iglesia. La *Vida de Santa Columba*, de Adomnan, nos indica, ciertamente, que los druidas eran considerados como pertenecientes a la misma clase que los líderes de la cristiandad celta.

La adopción del Cristianismo en Irlanda no condujo a la abolición de los druidas sino simplemente, a su transformación. El Padre Joseph Mac Veigh, en su polémica obra *Renovar la Iglesia de Irlanda: Hacia una Teología de la Liberación Irlandesa* (1993), señala:

Los primeros misioneros cristianos en Irlanda no intentaron una erradicación total de la tradición druídica celta y sus creencias. En lugar de eso, la nueva religión absorbió las montañas sagradas y las innumerables fuentes sagradas y les otorgó un nombre cristiano. (Se ha estimado que había, aproximadamente, 3.000 fuentes sagradas, algunas de las cuales, como la fuente Doon en Donegal, continúan en funcionamiento.) Esta religión popular o vernácula, separada y distinta de la Iglesia jerárquica institucional, ha sido, desde los comienzos, una vibrante característica del Cristianismo irlandés.

Creo que esta transformación de los druidas tuvo lugar también en otras sociedades celtas.

No hay apoyo en absoluto para la afirmación de César de que en la sociedad celta «las personas (corrientes) son tratados casi como esclavos» y que solo tenían derechos los druidas y la clase guerrera de la sociedad celta. Ningun otro observador llega tan lejos como éste, ni las fuentes nativas indican tal situación. Por el contrario, las fuentes nativas demuestran un estado diferente de las cosas. De nuevo encontramos la belicosa propaganda del conquistador intentando

encontrar una justificación para sus conquistas. Si las gentes son tratadas como esclavos por su propia clase dirigente, entonces, la lógica es que su conquista está justificada.

Los druidas eran reconocidos por la ley irlandesa incluso después de la introducción del Cristianismo. La ley civil de Irlanda fue primero conocida por haber sido codificada en 438 d.C. como la *Senchus Mar*. La ley criminal, recogida en *el Libro de Acaill*, fue codificada poco después. Los druidas continuaron teniendo un lugar en estos códigos, lo que concede autoridad a la idea de que no fueron suprimidos ni desaparecieron con la aparición del Cristianismo. Un druida tenía derecho a una posición en la sociedad, aunque, como no les concernía ninguna práctica religiosa, el *Bretha Crolige* los pone en el mismo nivel social que un *cáinte* (escritor satírico) o un *diberg* (bandido), y, como funcionario religioso, el druida quedaba reducido a hechicero o profeta. En efecto, la palabra irlandesa *Druidecht* viene a significar hechicería, magia o necromancia, mientras que la palabra galesa *Derwydd* significa profeta. De esta manera, con el Cristianismo, la percepción de la función del druida ya había cambiado dentro de la sociedad celta.

Bajo la antigua ley irlandesa, la provisión del mantenimiento de los enfermos, incluyendo el tratamiento curativo, ayuda económica y alimentación, estaba disponible para todo aquel que lo necesitara. A los druidas les concernía el mantenimiento de los enfermos (*othrus*) únicamente en lo relativo al *boaire* (literalmente, jefe de la vaca o magistrado local), y «no importaba cuán alto fuese su rango, privilegio u otros derechos». Es obvio, por esta cualificación, que un druida aun ostentaba un alto rango. Tanto el código legal civil de Irlanda, como el criminal, sobreviven en su forma más completa en el *Leabhar na hUidre* (Libro de la Vaca Parda), fechado a finales del siglo XI o comienzos del XII; debe remarcarse que, en esa época, no hay correcciones de las leyes relativas a los druidas. Se pueden esgrimir dos razones: una, que los druidas continúan existiendo con un papel firme, si bien más limitado, en la sociedad irlandesa; dos, que los druidas han desaparecido, y así, nadie se molesta en cambiar las leyes. Una comparación que podría ser válida aquí es que hasta 1951 el sistema judicial inglés no abolió, finalmente, las leyes medievales relativas a la prohibición de practicar la brujería.

• Esta obra ha sido dispuesta para intentar la presentación más sencilla al lector medio. Los capítulos iniciales presentan el mundo celta al cual pertenecieron los druidas, junto con sus orígenes en aquel mundo. A continuación, consideraremos nuestras fuentes relativas a los druidas; en primer lugar, como fueron percibidos a través de la mirada extraña de griegos y romanos, y en segundo lugar, como los mismos celtas, si bien eran celtas cristianizados, percibieron a estas influyentes figuras de su ascendencia nacional. El lector notara una severa dependencia de las fuentes irlandesas. Esto es porque hay un verdadero tesoro oculto de material irlandés que permanece cercano a la fuente pre cristiana original.

Los druidas, por supuesto, fueron tanto hombres como mujeres, y examinaremos algunas de las más prominentes mujeres druidas o druidesas.

En términos religiosos, ¿Que creían los druidas y cuáles eran sus rituales?- Lo que sabemos por las fuentes clásicas y nativas, junto con las evidencias arqueológicas, se presenta junto con un examen de la controvertida cuestión sobre si practicaron, o no, el rito del sacrificio humano.

Una vez más, remitiéndonos tanto a fuentes clásicas como nativas, abordaremos la sabiduría de los druidas en aquellas áreas de conocimiento en las cuales las fuentes clásicas les otorgan un especial renombre. Los estudiaremos, entre otras ocupaciones, como filósofos, jueces, historiadores, médicos, videntes, astrólogos y magos. Finalmente, examinaremos como los druidas llegaron a ser «revividos» y se han desarrollado como parte de nuestro folklore moderno.

Este libro, como he expuesto al comienzo, no es más que un modesto intento de hacer una discusión introductoria acerca de la realidad y la leyenda de los druidas. Tal y como Nora Chadwick ha expuesto ya, no puede haber duda de que los druidas fueron la influencia espiritual más ilustrada y civilizada en la Europa prehistórica. Sin embargo, al intentar recrear la realidad histórica de los druidas, de mitos de sabios de barba blanca, o de ritos en el solsticio de verano en los megalitos que pertenecieron a una cultura anterior a la celta, se han desarrollado salvajes teorías y especulaciones, desde romanticismos poéticos y ensoñaciones místicas hasta falsificaciones literarias evidentes.

Si, no obstante, al final de esta obra, el lector se encuentra más cerca de atisbar, aunque sea un poco, de la realidad que fue una vez el «druidismo», entonces este libro habrá servido al propósito para el que se concibió.

EL MUNDO CELTA

Nora Chadwick ha señalado que, aparte del mundo griego y romano, «los druidas son la más avanzada de todas las clases intelectuales entre los pueblos de la Europa antigua». ¿A qué tipo de sociedad o mundo pertenecieron? ¿A qué clase de pueblo representaban?

Por el tiempo en el que fueron escritas las primeras referencias clásicas sobre los druidas, o mejor dicho, aquellas que han sobrevivido, los celtas, el primer pueblo europeo al norte de los Alpes que aparece en la historia escrita, se extendían a lo largo de toda Europa, desde Irlanda y Britania en el oeste, hasta un este tan lejano como las llanuras centrales de lo que hoy es Turquía; y desde lo que hoy es Bélgica en el norte de Europa, se fueron estableciendo, en dirección sur, hasta la Península Ibérica, en puntos tan lejanos como Gades (Cádiz), y se asentaron también al sur de los Alpes, en el norte de Italia, con los Apeninos como su principal frontera meridional. Pero las primeras referencias sobre el pueblo celta aparecen, generalmente, en las fuentes griegas desde los siglos V y VI a.C, casi cuatro siglos antes de las primeras referencias sobre los druidas.

Los celtas constituían un grupo lingüístico, pues eran hablantes de una lengua procedente del hipotético tronco común indoeuropeo, del que se dice que proceden todas las lenguas de Europa, con la excepción de los fines, el estonio, el húngaro (magiar) y el euskera. Los numerales proporcionan la manera más sencilla de mostrar la relación entre estas lenguas. El inglés *one, two, three*, encuentra su paralelo en el irlandés *aon, do, tri*, el gales *un, dau, tri*, el griego, *enas, duo, treis*, el latín *unus, duo, tres* o el ruso *odin, dva, tri*. No hay relación entre este grupo de numerales y el euskera *bat, bi, hirur* o el finés *yksi, kaksi, kolme*. Estas comparaciones de numerales se mencionan para demostrar que en algún momento histórico, con la excepción de los ya mencionados, todos los

pueblos de Europa, más Mesopotamia y el norte de la India, descendieron de un grupo lingüístico común. En cierto momento, en la remota antigüedad, se dice que existió una lengua originaria indoeuropea, pero esta lengua no puede ser descrita satisfactoriamente ni ser adscrita a un período específico, aunque la mayoría de estudiosos han propuesto el tercer milenio a.C. para situar sus orígenes en las estepas del sur de Rusia. Ciertamente, a mediados del primer milenio a.C. no había memoria o conciencia de un ancestro común entre los griegos y los hindúes. La hipótesis indoeuropea es importante para cualquier estudio de los celtas, y deberemos volver a ella como un medio para explicar los extraordinarios paralelos y similitudes entre las culturas celta e hindú, que tienen lugar en las áreas del lenguaje, derecho, costumbres religiosas y mitología, música y castas.

Debe tenerse muy presente que los pueblos celtas se identifican, exclusivamente, por sus lenguas y culturas, de las cuales, por supuesto, la lengua es la forma más elevada de expresión cultural. Igual que ocurre con su ancestro indoeuropeo, se considera hipotéticamente que en cierto momento, quizás antes del comienzo del primer milenio a.C., existió un celta común que se dividió en dos dialectos diferentes. Henri Hubert ha afirmado que la forma más antigua del celta es el goidélico, o gaélico, que se extendió por España y Portugal, y también por las Islas Británicas.

Estudiosos tales como Eoin MacNeill, Julius Pokorny, Sir John Rhys y Heinrich Wagner han sugerido que estos «primeros celtas» eran una sociedad militar minoritariamente aria (*aryas*, noble) que llegaron a Europa desde las estepas rusas y se impusieron, ellos mismos y su lengua, a las poblaciones agrícolas que no eran indoeuropeas. Ésta no es, de ningún modo, una teoría generalmente aceptada, y estudiosos como Myles Dillon proponen unos puntos de vista alternativos que estudiaremos más adelante.

Si está aceptado, sin embargo, que el gaélico fue la forma más temprana de celta hablado, pero que los celtas continentales comenzaron entonces a desarrollar la forma conocida como

britónico a partir de éste, simplificando sus terminaciones de caso, perdiendo el género neutro y el número dual, creando diferenciaciones en cuestiones de mutación inicial y aspiración. Esta forma britónica se extendió más tarde a Britania, donde desplazó a la forma gaélica primitiva. Se conservó también en el continente y es conocido por nosotros como galo, del cual se han encontrado numerosos textos e inscripciones. La principal diferencia reconocible entre las dos formas es la sustitución de P por Q en el grupo britónico, lo que ha llevado a los estudiosos a etiquetar los grupos como celta-P y celta-Q. El sonido *qu* (*kw*) en gaélico fue reemplazado por *p*. Un sencillo ejemplo sería la palabra Mac (que significa hijo) en gaélico, que se convierte en map en britónico, o ceann (significa cabeza en gaélico) que se convierte en *pen* en britónico. Los supervivientes actuales de las antiguas lenguas celtas son el irlandés, el manx y el gaélico o godélico escocés, el galés, el córnico y el bretón.

La evidencia textual más antigua del celta continental data de los siglos tercero y segundo a.C, de inscripciones funerarias, un par de textos más grandes descubiertos recientemente en el sur de Francia y norte de España, y el famoso calendario de Coligny. Junto a esta evidencia textual están los nombres de lugar asociados, y el registro de nombres personales y palabras aisladas por autoridades griegas y latinas. Entre los celtas insulares, se creó en Irlanda un alfabeto denominado Ogham. Sobrevive principalmente en forma de inscripciones, de las cuales, la parte principal, unas 369 inscripciones conocidas, datan de los siglos V y VI d.C, cuando el irlandés, con la llegada del Cristianismo y la supresión final de las prohibiciones religiosas acerca de poner sus conocimientos por escrito, adoptó el alfabeto latino y se convirtió, entonces, en vehículo de la tercera literatura más antigua de Europa. Como ha señalado el profesor Máirtín Ó Murchu: «en Irlanda sobrevivieron más registros extensos antiguos que en ninguna otra parte del mundo celta». Por eso nos referiremos continuamente a Irlanda como patrón a la hora de juzgar los comentarios sobre los celtas

hechos por observadores no celtas.

Hecateo de Mileto (c 500-476 a.C) y Herodoto de Halicarnaso (c 490-425 a.C.) fueron los primeros en registrar la existencia de «keltoi». Su «lugar de origen» se identificó con el nacimiento del Danubio, el Rin y el Ródano, y la arqueología apoyaría esta afirmación. Se puede presumir con un cierto grado de certeza que los griegos, a través de sus comerciantes y colonos, trabaron contacto primeramente con los celtas durante sus viajes hasta el Mediterráneo occidental. La edad de oro de la colonización griega transcurrió desde mediados del siglo octavo hasta mediados del sexto a.C. Alrededor del 600 a.C, colonos de Focea, una ciudad griega de Jonia, fundaron una colonia llamada Massilia (Marsella) dentro del territorio de la Galia meridional, al este del río Ródano. La tradición sostiene que los fenicios habían establecido colonias en la Península Ibérica más o menos al mismo tiempo que los celtas fueron entrando en esa península desde el norte, esto es, alrededor del inicio del primer milenio a.C Pero son los griegos, de nuevo, los que dejaron los primeros testimonios de encuentros con asentamientos celtibéricos, tras haber colonizado las áreas costeras de Iberia durante los siglos vii y vi a.C, y fueron los griegos de Focea quienes establecieron sus colonias en la costa de lo que hoy es España.

Por entonces, los celtas habían ido evolucionando desde el inicio del primer milenio a.C. Habían progresado notablemente en cuestiones armamentísticas, habían aprendido el arte de fundir el hierro. Hachas formidables, machetes y otras herramientas permitieron a los celtas abrir caminos a través de los hasta entonces impenetrables bosques del norte de Europa. El nuevo trabajo del metal permitió a los celtas no solo tener mayor movilidad y destacar en técnicas agrícolas, sino que les proporcionó nuevas armas, espadas y lanzas que les otorgaron, durante un cierto tiempo, una superioridad militar sobre la mayoría de sus vecinos. Con esta «nueva tecnología», alrededor del siglo VI a.C, se fueron

extendiendo en todas direcciones y, durante el siglo V a.C, se encontraban en el norte de Italia y comenzaban a tropezarse con etruscos y romanos. Poblaron el valle del Po y se asentaron tomando a los Apeninos como su frontera sur, pero estableciéndose en lugares más meridionales, como Ancona. Alrededor del 474 a.C, los celtas derrotaron a los etruscos cerca del río Ticino y se hicieron con el control total de las llanuras del norte de Italia.

Liderados por Brennos, (el nombre podría significar un título, pues *brenin* es aun la palabra galesa para rey), los celtas derrotaron de nuevo a los etruscos y, cuando los romanos acudieron en ayuda de los etruscos, también ellos fueron derrotados. Esto ocurrió alrededor de 390/387 a.C, cuando, tras su victoria en Allia, el ejército celta se abalanzó sobre la propia Roma, y los romanos se vieron forzados a pagar un gran rescate para persuadir a los celtas de que se retiraran.

Los celtas también se extendieron hacia el este. En 366 a.C, mercenarios celtas estaban siendo contratados por Esparta, y desempeñaban un papel determinante en su guerra contra Tebas. Grandes grupos de celtas fueron siguiendo el valle del Danubio y alcanzaron los Cárpatos, estableciendo asentamientos mientras marchaban. Pronto se encontraron en la frontera norte de Macedonia, y Alejandro Magno se dirigió hacia el norte para encontrarse con los jefes celtas a orillas del Danubio en 335/334 a.C. con la intención de alcanzar un tratado de paz entre iguales. Con la muerte de Alejandro, los líderes celtas consideraron nulo e inválido el tratado de paz. En 298 a.C, bajo Cambaules, conquistaron Tracia y se establecieron allí. En 280 a.C, tres ejércitos celtas se instalaron en la frontera norte de Macedonia. Al año siguiente, uno de esos ejércitos, comandado por Bolgios, derrotó a los macedonios en batalla y dio muerte a Ptolomeo Cerauno, el heredero de Alejandro y, en otro tiempo, su general favorito. Otro ejército celta, dirigido por Brennos y Acichorios, penetró en la península griega y derrotó en las Termópilas a un ejército aliado de estados griegos comandado por Calipo de Atenas. Saquearon el templo de Delfos, sede de la Pitia, la sacerdotisa de Apolo y del oráculo de los griegos.

Por alguna inexplicable razón, los celtas se detuvieron en su conquista.

Su líder, Brennos, se suicidó, y los ejércitos aliados celtas se dividieron. Una sección de éstos se retiró de nuevo a territorio celta, llevándose muchos de los tesoros de Delfos, encontrados más tarde por los romanos cerca de Toulouse, mientras otra sección fue derrotada por Antígono Gónatas, el nuevo rey macedonio. Unos 20.000 guerreros celtas y sus familias fueron persuadidos para que cruzasen a Asia Menor (la moderna Turquía) y ayudasen a Nicomedes de Bitinia contra Antíoco de Siria.

Finalmente, les fueron concedidas tierras en Asia Menor y formaron el estado celta de Galacia, siendo el primer pueblo celta que más tarde se convertiría al Cristianismo por obra de Pablo de Tarso, que les dirigió su famosa epístola. Su asentamiento fue reforzado posteriormente por la marcha de otras tribus celtas hacia esta área.

De nuevo en Grecia, más de 4.000 guerreros y sus familias fueron reclutados por Ptolomeo II, el faraón de Egipto, y fueron a servirle allí. Otras bandas de celtas decidieron prestar sus servicios como mercenarios en los ejércitos de varios reyes, tales como el de Cartago, el de Siracusa e, incluso, Siria.

La bravura de los celtas en la batalla era proverbial en el mundo antiguo, y Aristóteles proclamaba que no temían a nada, «excepto un terremoto de olas». Los autores clásicos tienen mucho que decir sobre las tácticas de batalla de los celtas, que destacaban como caballería, lo que, con sus superiores armas de hierro, parece haberles concedido una preponderancia inicial sobre el mundo mediterráneo. Los griegos recogen muchas palabras celtas primitivas, como *trimadsia*, para las tácticas de caballería, y la palabra *marca*, para caballo. Los romanos comenzaron a adaptar armas celtas e incluso adoptaron al latín las palabras celtas para designarlas; *Landae*, como informa Diodoro Sículo, era el nombre de sus lanzas de punta de hierro, (a partir de la cual nosotros tenemos «lanza»); la popular espada corta romana, el *gladius*, procedía de la celta *dad*, que podemos reconocer más popularmente en la palabra escocesa *claymore*, *daidheamk mor* o «gran espada», aplicada más propiamente a la gran espada ancha de dos filos que a la espada con vaina hasta la empuñadura del folklore popular.

Polibio fue uno de los autores clásicos que identificaron erróneamente una tribu celta con el nombre de *gaesatae*, y afirma que iban desnudos a la batalla. De hecho, no eran, en absoluto, una tribu, sino una banda de guerreros profesionales, conocidos por la palabra *gae*, que significa lanza (así pues, «lanceros»). Al igual que en otras sociedades indoeuropeas o arias, los celtas dieron lugar a una clase o casta guerrera con sus propios rituales; eran profesionales que vendían su experiencia a cualquiera que pudiese alquilar sus servicios. Su papel se entiende más rápidamente comparándolos con los *samurais*, la casta militar japonesa que fue finalmente abolida en el periodo Meiji, coincidiendo con el cambio del siglo xix al xx. Esta casta guerrera celta tiene también su paralelo en la sociedad hindú con los *kshatriya*, que era la casta Inferior a los brahmanes. Al igual que algunos miembros de los *kshatriya*, los *gaesatae* celtas luchaban desnudos porque creían que así liberaban su karma de todo su potencial, aumentando su destreza y, si resultaban muertos, acelerando su encarnación en el otro mundo.

En la mitología irlandesa, y en lo que se puede considerar «pseudo historia», encontramos que esta casta militar con sus bandas de guerreros profesionales aun existe. Uno de los mejor conocidos es el Craobh Ruadh, los guerreros de la Rama Roja del Ulster. Muchos estudiosos creen que los escribas confundieron la palabra *ruadh* con *righ*, de manera que, originariamente, eran los guerreros de la «rama real». Los Fianna, guerreros que guardaban a los Reyes Supremos y que eran reclutados en el Clan Bascna y el Clan Morna, aparecen como otra casta militar; *fianna* es la palabra irlandesa moderna para los soldados. Connacht tenía a los Gamhanrhide como su elite militar, mientras Munster tenía tanto a los Degad como a los Cu Roi y a los Naisc Niadh de los reyes Eoghanacht de Cashel, estos últimos caballeros del collar dorado o gargantilla, que finalmente se convirtió en un honor concedido por los reyes de Cashel y sus descendientes, los MacCarthy Mor. Cuando los MacCarthy huyeron al exilio tras la batalla de Boyne en 1690, continuaron entregando este premio como reconocimiento de los servicios prestados durante dos siglos y medio de exilio en Francia, donde fueron reconocidos como duques de Clancarthy y del Comte MacCarthy Reagh de Toulouse. En 1926, cuando los MacCarthy Mor se

trasladaron a una Irlanda de nuevo libre, los Niadh Nask, como habían sido conocidos durante el periodo del exilio, continuaron siendo premiados, y existen aun hoy, siendo uno de los sistemas de honor conocidos más antiguos de Europa.

Cuando los antiguos celtas aparecieron en la historia y se dieron a conocer a los autores clásicos, está claro que en su sociedad se habían desarrollado cuatro clases principales, como había ocurrido, en un principio, en otras sociedades indoeuropeas: la intelectualidad, los guerreros, los productores de bienes y la ínfima de los trabajadores manuales. Estas clases son equivalentes a las hindúes Brahmanes, Kshatriya, Vaishya y Sudra. En la época en que la ley irlandesa fue puesta por escrito, habían aparecido cinco clases principales, que consistían en: formas variadas de reyes y jefes, la intelectualidad o profesionales, los oficiales y magistrados, los hombres de clan que trabajaban la tierra y formaban el ejército en tiempos de guerra, y aquellos que habían perdido sus derechos civiles, llamados, en ocasiones, erróneamente, esclavos. Este último grupo estaba formado por criminales que cumplían condena, prisioneros de guerra y rehenes.

En la Península Italiana, los romanos y los celtas siguieron chocando con regularidad, y Roma se vio amenazada una vez más después de que los celtas derrotasen a los ejércitos romanos. Cuando Roma comenzó a expandirse en un imperio que, inicialmente, pretendía incorporar a todos los pueblos de la Península Italiana, los celtas fueron buscados como aliados de los enemigos de Roma, formando una alianza en 300 a.C. con sus antiguos adversarios, los etruscos, y luego con los samnitas, alcanzado todavía otra victoria sobre Roma en 298 a.C, y otra más en 294 a.C. Cuando Pirro de Épiro desembarcó en el sur de Italia para impedir que las colonias griegas cayesen bajo la dominación romana, los celtas se le unieron con sus fuerzas y fueron decisivos en la famosa victoria «pírrica»³ sobre Roma en Ausculum, en 279 a.C Pero

³ Pese a vencer en la batalla, Pirro sufrió tantas bajas que exclamó: «Otra gran victoria como ésta y estoy perdido». De este episodio procede la expresión «victoria pírrica» para indicar que ese triunfo ha sido obtenido a un precio demasiado alto. N. Del T.

Pirro fue finalmente derrotado. Inmediatamente, Roma comenzó una ofensiva contra los celtas en el norte de Italia, y en 237 a.C. se apoderaron del territorio de los celtas senones de Piceno, cuya capital era Senigallia (Senones Gallia), y comenzaron a colonizarla.

Los celtas se vieron duramente presionados por todas partes. Atalo I de Pérgamo se había librado del dominio celta gálata y los había derrotado. En Iberia, Cartago estaba conquistando los territorios celtibéricos para formar un nuevo imperio, y los celtas del norte de Italia fueron forzados a buscar nuevos aliados en los celtas de la Galia Transalpina. En 225 a.C, un ejército celta derrotó otra vez a los romanos, pero poco tiempo después, en Telamón, los romanos infligieron una derrota mayor a los celtas del norte de Italia. Roma era ahora suficientemente fuerte para invadir y devastar la Galia Cisalpina. Allí, a lo largo de tres campañas, los romanos, rechazando los ofrecimientos celtas para negociar, invadieron y destruyeron sistemáticamente los asentamientos celtas.

En 221/218 a.C, cuando Aníbal de Cartago comenzó a hacer sus planes para ir a la guerra contra Roma, los celtas de Iberia, Galia Transalpina y Galia Cisalpina hicieron alianzas con él y se unieron a su ejército. Sin la colaboración celta, Aníbal no hubiese podido mover su ejército, predominantemente celta, desde Iberia, a través del sur de Galia y atravesar los Alpes para llegar al territorio celta cisalpino. Cuando alcanzó el norte de Italia, 10.000 celtas cisalpinos se unieron a su ejército y desempeñaron un papel importante en su campaña contra Roma desde 218 a 207 a.C.

Tras derrotar a Aníbal, Roma volvió a su conquista sistemática de la Galia Cisalpina y la colonización del territorio conquistado. Muchos escritores reconocidos ahora como literatos latinos fueron en realidad celtas romanizados de aquel territorio. La campaña de la Galia Cisalpina se prolongó durante veinte años. Cuando el jefe de los boios de la Galia Cisalpina se rindió a Roma con su familia, fueron salvajemente asesinados por el cónsul romano para su entretenimiento personal. Por los años 178/173 a.C la política romana de colonización había comenzado, pero en la zona pervivieron una lengua celta y costumbres celtas hasta bien entrados los tiempos del Imperio. En 82 a.C. la Galia Cisalpina fue declarada provincia romana.

En 197 a.C Roma había comenzado una conquista del imperio cartaginés en Iberia y de sus aliados celtas. La guerra contra los celtas de España duró cien años, y terminó cuando éstos se sometieron, finalmente, a la *Pax Romana*, siendo entonces rápidamente absorbidos por un espíritu cultural latino.

Continuando con sus conquistas sobre los celtas del norte de Italia y de Iberia, los romanos utilizaron el pretexto de proteger a la colonia griega de Massilia (Marsella) para enviar ejércitos al sur de la Galia y tomar el control de un área conocida como Galia Narbonense, o simplemente, “la provincia” cuyo nombre se ha conservado en el actual de Provenza.

La última noticia de los celtas en Egipto tiene lugar en 186/185 a.C. Galacia se había convertido en un estado poderoso por esta época, pero en 74 a.C. Deiotaros, gobernador de Galacia, hizo una alianza con Roma contra algunos de los estados griegos de los alrededores. La amistad de Deiotaros y la alianza con Pompeyo, y más tarde con Marco Antonio, fue un error de cálculo político mediante el cual se encontró involucrado en el bando perdedor de la guerra civil romana. En 25 a.C, tras la muerte de Deiotaros, los ejércitos romanos marcharon contra Galacia y fue declarada una provincia oficial de Roma. En 74 d.C. se encontraba unida a Capadocia como una única provincia, pero fue separada de nuevo en 106 d.C. Continuo existiendo como provincia separada hasta una fecha tan tardía como el siglo VIII d.C. En el siglo IV d.C, San Jerónimo informó que el celta todavía se hablaba en aquel lugar, aunque la mayoría de la clase intelectual hablaba también griego.

Durante el siglo primero a.C, los asentamientos celtas y su influencia fueron retrocediendo desde Tracia, a lo largo del Danubio, quedando fuera de áreas como Panonia, Noricum y, con la presión de las tribus germánicas desde el noreste, los celtas fueron empujados hacia el oeste, sobre el Rin, el gran río cuyo nombre celta significaba «el mar».

Solo la Galia permaneció como territorio independiente propiamente celta, junto a las islas de Britania e Irlanda. En todos los demás lugares, los celtas habían caído, bien ante la implacable máquina militar de Roma, o bien ante las tribus germánicas.

Era inevitable que los romanos, en el cenit de su imperio, pusieran su

atención sobre el último territorio celta independiente. La excusa llegó en 58 a.C. Unos cuantos años antes, Burebista de Dacia había emprendido una guerra de anexión contra los celtas en el este, derrotando a los boios de Bohemia, y obligando a unos 32.000 de ellos a exiliarse para unirse a los celtas helvecios en Austria y Suiza. Los helvecios, liderados por Orgetorix y su yerno Dumnorix, hermano del jefe y druida Divitiaco de los aeduos, formaron una alianza celta y comenzaron a planificar una migración al oeste para escapar de las incursiones de las tribus germánicas y, en los últimos tiempos, también de las eslavas.

Julio César, habiendo recibido el mando de la Galia Cisalpina y la Galia Narbonense, aprovechó la oportunidad de intervenir en los asuntos de la Galia propiamente dicha utilizando el movimiento de los helvecios para protestar por la alteración de la paz de la Galia. Los políticos romanos sencillamente utilizaron esto como excusa para conquistar todo el territorio galo. Entre 58 a.C. y 55 a.C. César y los ejércitos romanos derrotaron a la mayoría de los líderes galos.

Tan exitosa resultó la invasión para los romanos que, en 55 a.C, César fue capaz de organizar una fuerza de invasión, desembarcar en la costa sur de Britania y derrotar a los celtas cantios (la tribu que dio su nombre a Kent). Al año siguiente, tras sofocar un levantamiento de los tréveros en Galia y matar a Dumnorix, el líder de la resistencia gala, César emprendió otra expedición a Britania, y tras una feroz campaña, consiguió obtener la sumisión formal de varios jefes importantes del sur de Britania.

Sin embargo, en la Galia, Ambiorix lideró un nuevo levantamiento galo, cuya dirección fue asumida por Vercingetorix. Algunos celtas britanos fueron a la Galia para ayudar en aquella «guerra de independencia». En 51 a.C, tras una de las más sangrientas campañas emprendidas por los romanos, fue conquistado el último territorio celta independiente, concentrado alrededor del fuerte de la colina de los aquitanos de Uxellodunum. La Galia no fue completamente «pacificada» y cada pocos años los galos se rebelaban en infructuosos intentos por recuperar su independencia. En 69 d.C hubo otro gran

levantamiento en la Galia, del que Tácito dice que los druidas desempeñaron un papel dirigente y profetizaron la caída de Roma.

Sin embargo, la propia Roma era ahora suficientemente fuerte como para intentar una nueva invasión más completa de Britania, uno de los dos últimos territorios celtas completamente independientes. Un país rico en comercio, Britania, o su parte sur, había estado bajo el gobierno del rey Cunobelino, que murió alrededor del 40-43 d.C y fue sucedido por su hijo Caractaco (Caradoc). Los romanos aprovecharon la oportunidad de la muerte de Cunobelino para la invasión, pero llevo nueve años de campaña someter a Caractaco. Así y todo, Roma nunca conquistó Britania por completo. Finalmente, abandonaron la idea de dominar la parte norte de la isla, construyendo la famosa Muralla de Adriano de costa a costa para marcar su frontera norte. Durante los 360 años aproximados que la Britania meridional fue parte del Imperio Romano, las insurrecciones contra el poder romano tuvieron lugar, en especial, entre los brigantes, que ocupaban el territorio justo al sur de la muralla y que estaban, a menudo, en rebelión.

Había en aquel entonces otro gran territorio celta que no había caído bajo ocupación romana, la isla de Irlanda. En 82 d.C. Agrícola, gobernador romano de Britania, recibió a algunos distinguidos jefes irlandeses en sus cuarteles de Britania. Éstos buscaban ayuda militar para resolver sus conflictos en Irlanda, y Agrícola preparó planes para invadir la isla, pero se vieron pospuestos, ya que Agrícola se mostró incapaz de pacificar el norte de Britania.

En los últimos días del Imperio Romano, cuando el Cristianismo se convirtió en religión oficial, el pensamiento cristiano había reemplazado en gran medida a la religión pagana celta. Solo Irlanda y el norte de Britania continuaron siendo, en su mayoría paganas, hasta comienzos del siglo Vd.C. Galia y el sur de Britania se habían convertido al Cristianismo en un momento anterior.

Cuando los romanos abandonaron Britania, y esta renació de nuevo como un país celta, el mundo celta se había reducido considerablemente. Casi se había evaporado en la Galia Cisalpina e

Iberia y, con seguridad, ya no existía a lo largo del valle del Danubio. Incluso los gálatas, que aun hablaban celta en el siglo cuarto de nuestra era, fueron desplazados lentamente, y en el siglo noveno habían desaparecido por completo. La propia Galia era bilingüe, y sabemos por Sidonio Apolinario que, solo en el siglo quinto, las familias dirigentes de la Galia intentaron librarse de «los restos del habla celta».

Nuevos conquistadores amenazaron entonces lo que quedaba del mundo celta. Jutos, anglos y sajones comenzaron a hacer incursiones y establecerse en Britania, y finalmente aniquilaron a una gran parte de la población celta en el área que más tarde sería Inglaterra, provocando que aquellos que sobrevivieron emigrasen en gran número, tanto a territorios al oeste como al este, a Irlanda o al continente europeo. Solo en Gales, Escocia y Cornualles sobrevivieron los celtas en Britania hasta la época actual. Un gran número de refugiados celtas huyeron al norte de España, otros a Armórica (que paso a ser conocida como «la pequeña Britania», y donde sus descendientes de habla celta han permanecido hasta hoy en día). Los francos, parientes germánicos de los anglos y los sajones, se extendieron a través de la Galia al mismo tiempo, y se fusionaron finalmente con los galos celtas. Un gran vocabulario celta sobrevive en el francés moderno.

Los pueblos celtas sufrieron aun más conquistas e intentos de asimilación por parte de los ingleses y franceses hasta el día de hoy, siendo empujados hacia las islas y penínsulas de Europa noroccidental, donde constituyen una población de dieciséis millones, de los cuales únicamente dos millones y medio continúan hablando una lengua celta. Son los duros supervivientes de la antigua civilización del norte de Europa, que una vez se extendió de una parte del continente a la otra, y de norte a sur.

Ya hemos mencionado el sistema de castas celta, no diferente en sus estadios primitivos a otros sistemas sociales primitivos indoeuropeos, y similar al sistema hindú.

La antigua civilización celta fue presentada, particularmente por los griegos y los romanos, como una fiera sociedad guerrera, orgullosa, ignorante e iletrada, que se tomaba la vida con alegría, entregándose a

diversiones infantiles y, a menudo, ebria. Fueron descritos muchas veces como «nobles salvajes». La imagen permanece con nosotros hasta hoy, pero está muy alejada de la verdad. Desde la inicial cultura de los Campos de Urnas, los celtas emergieron, ante todo, como un pueblo agrario y ganadero, como granjeros que cultivaban sus tierras y vivían dentro de una estructura social tribal. No eran nómadas, como algunos han sugerido, pero, una vez que desarrollaron el trabajo del hierro entre sus otras habilidades metalúrgicas, con el inicio del periodo de Hallstatt en el siglo VIII a.C, tuvieron la capacidad de ganar movilidad, y los excedentes de población comenzaron a desplazarse con impunidad en todas direcciones. En esta movilidad no fueron, una vez más, diferentes a los colonos griegos ni a sus sucesores romanos, germanos o eslavos. En efecto, tanto en Grecia como en Italia, cuando la población resultaba demasiado numerosa, los jóvenes de veinte años eran empujados a marcharse a donde quisieran para formar una nueva comunidad. El *ver sacrum*, o «primavera sagrada» de los latinos fue utilizado por Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.) como un medio para explicar la razón de las primeras migraciones celtas al norte de Italia.

Una de las mayores habilidades desarrolladas por los celtas fue la capacidad para construir carreteras, discutida hace tiempo entre los eruditos, pero confirmada ahora por los hallazgos arqueológicos de sofisticadas carreteras celtas. El mito de la construcción de vías romanas ha sido reducido a su verdadero lugar y los estudiosos aceptan los argumentos de aquellos que han señalado el hecho de que muchas palabras latinas relacionadas con el transporte fueron préstamos del celta.

Ya he demostrado en *El Imperio Celta* que la evidencia siempre ha estado ahí, especialmente en los escritos de Cesar, para aquellos que han querido encontrarlas.

También se ha demostrado arqueológicamente la prosperidad de las antiguas comunidades agrícolas celtas, así como su sofisticación en el arte, la alfarería, orfebrería, esmalte, y una metalurgia avanzada, todo lo cual gozó de una gran fama en el mundo mediterráneo antiguo. Durante el siglo I a.C., antes del intento de Cesar de invadir Britania, los productos laneros británicos eran ansiosamente solicitados en Roma,

especialmente los mantos de lana (*sagt*), lo que demuestra cuanto había de propaganda en la descripción de Cesar de Britania, cuando sostenía que los britanos celtas no sabían nada sobre tejidos.

Los celtas utilizaban normalmente materiales locales para construir. Se trataba, por lo general, de madera, pero en algunos sitios utilizaron la piedra, mostrando grandes aptitudes y conocimientos arquitectónicos. En Britania, especialmente, sobreviven los restos de muchos de estas estructuras en piedra, procedentes de los siglos iv a ii a.C., como he mostrado en *Guía de Restos Primitivos en Britania*. Una de estas atractivas estructuras sobrevive hasta una altura de doce metros, con entradas adinteladas y muros que se estrechan hacia adentro, en ocasiones de casi cinco metros de ancho, con cámaras, galerías y escaleras.

La base de la sociedad celta era ciertamente tribal, y de nuevo no hay diferencias con otras organizaciones sociales indoeuropeas primitivas. Las tribus variaban considerablemente de tamaño. Los helvecios, cuyo nombre perdura en Suiza (Confederación Helvética), eran 39.000 cuando comenzaron su migración. Los sistemas legales celtas, transmitidos oralmente, eran altamente cultivados y muestran fascinantes paralelismos con los sistemas legales hindúes, demostrando así el origen común indoeuropeo. Ya hemos mencionado un aspecto particularmente único de la ley celta, el de la provisión de tratamiento médico, mantenimiento del enfermo y el establecimiento de hospitales. Bajo este sistema legal, que puede ser descrito como un comunismo primitivo y sofisticado, o, mejor, en el propio sentido del comunadismo, no existían conceptos similares a la propiedad privada, ni herencia, ni primogenitura. Todos los cargos públicos eran elegidos en la sociedad celta, si bien es cierto que, a menudo desde el mismo grupo familiar. Incluso César señala que el «druida jefe» de la Galia era elegido por sus compañeros coetáneos.

El propósito de este libro es, por supuesto, hablar de los druidas y, a través de su propia definición, examinar la vida intelectual de los antiguos celtas. Por esta razón volveremos más tarde sobre aspectos individuales de la organización social celta. Por el momento, es suficiente mencionar que los celtas no fueron un grupo de tribus

bárbaras, salvajes, simples y sin sentido que deambulaban por Europa de cualquier manera en una orgía sangrienta y despiadada, como muchos autores han intentado hacernos creer a través de los siglos. La sociedad celta era altamente evolucionada y sofisticada, y los celtas formularon y desarrollaron muchos conceptos fascinantes acerca de ellos mismos y del mundo en el que vivieron.

Fue solo en la cúspide de la expansión celta cuando los autores griegos y romanos comenzaron a hablar de los druidas, no como sacerdotes, sino como filósofos, jueces, educadores, historiadores, doctores, videntes, astrónomos y astrólogos, en fin, como la clase intelectual nativa de la sociedad celta, y nos informan que los druidas podían ser encontrados a lo largo de todo el mundo celta.

Nora Chadwick ha señalado que casi toda la información de las fuentes latinas y griegas procede de un período en el que los druidas ya estaban en decadencia como clase influyente, y escribe lo siguiente:

¡La decadencia de los druidas! Éste ha sido un campo de batalla entre todos los estudiosos que han estudiado seriamente a los druidas y su lugar en la Antigüedad ¿Por qué los romanos «reprirnieron», «persiguieron»; «abolieron» a los druidas? - Plinio fue el primero en abordar la cuestión, y respondió a ella, con seguridad, a su propia satisfacción. No obstante, la cuestión ha sido reabierto y reestudiada desde entonces. Ésta ha sido, de hecho, la cuestión candente en nuestros días para los estudiosos del Imperio Romano y también para los de los celtas occidentales...

La conclusión de Nora Chadwick fue que la «represión» y «persecución» de los druidas por los romanos fue una invención de la erudición posterior, que buscaba una base racional para la desaparición de los druidas, o mejor dicho, puesto que, de acuerdo con las fuentes literarias nativas celtas, no habían desaparecido, sino que, simplemente, habían cambiado de función social, quería saber la razón de ese cambio. En las fuentes celtas, los druidas habían dejado de ser filósofos, jueces, educadores, doctores, videntes y astrónomos y se habían convertido en

«magos» y «poetas». La Sra. Chadwick da a entender que la casta druídica ya estaba en proceso de abordar estos cambios dentro de la sociedad celta, y que la conquista romana, simplemente, ayudo al proceso e hizo menos perceptibles las razones del mismo. Chadwick señala:

La evidencia para una supresión no es muy impresionante. No ha llegado hasta nosotros ninguna legislación romana contra los druidas, y ninguna evidencia contemporánea de la mayor fiabilidad nos da testimonio de medidas represivas. La solución más lógica podría parecer que la disciplina de los druidas pereció por estrangulación lenta, resultado inevitable de la superposición de una cultura superior sobre una inferior.

Para aceptar este argumento, uno debe aceptar la veneración casi ingenua de la Sra. Chadwick, considerando todas las cosas romanas como «civilizadas» y todas las cosas celtas como «bárbaras». Pero, ciertamente, eso no explica la situación en Irlanda, donde la cultura romana no ejerció dominio alguno durante este periodo.

Sin embargo, el hecho de que no haya referencias acerca de los druidas en aquellos escritores que hicieron comentarios sobre los celtas antes del siglo segundo a.C. plantea inmediatamente una pregunta: - ¿Existieron los druidas en la sociedad celta antes del siglo II a.C.? Mi opinión será; que sí existieron, pero que ningún comentarista utilizó el nombre nativo celta de casta, refiriéndose a ellos, simplemente, por su función individual sino por la colectiva.

Nuestra siguiente pregunta, entonces, es: ¿Cómo aparecieron los druidas en la sociedad celta? ¿Cuales fueron sus orígenes?

ORÍGENES DE LOS DRUIDAS

Fueron los escritores griegos los primeros que mencionaron la palabra *druidae*. Las referencias sobre los druidas más antiguas que conocemos,

como se ha mencionado antes, proceden tan solo del siglo II a.C. Estas primeras referencias llegaron hasta nosotros por citas de tercera mano. Diógenes Laercio, un griego que vivió en el siglo III d.C, escribió *Vidas y opiniones de filósofos ilustres*. En su obra, cita referencias más antiguas, nombra sus fuentes, y es, por consiguiente, considerado muy valioso al haber conservado máximas y epístolas de hombres como Epicuro, Solón de Atenas y Periandro de Corinto. También menciona en su obra citas de Aristóteles (384-322 a.C) y Sotión de Alejandría, que escribió entre 220 y 170 a.C. acerca de los druidas. Pero ahora se acepta que la obra aristotélica *Magicus*, a la que se refiere Diógenes, no fue, de hecho, escrita por el famoso filósofo griego, sino por un escritor griego anónimo de *circa* 200 a.C. Esto sigue haciendo de esta cita una de las referencias más antiguas sobre los druidas.

Al igual que *Keltoi*, la palabra *Druidae* es, obviamente, una palabra de origen celta, pero los lingüistas todavía discuten sobre su derivación.

Tanto Estrabón (64 a.C.-después de 24 d.C.) como Plinio el Viejo, (23/4-79 d.C.) creían que estaba emparentada con el griego *drus*, «un roble». Se debe poner énfasis en el uso de *ernparentar* y no de «derivar de». De una hipotética palabra del celta común deriva el irlandés moderno *dair* y el galés *dor*. La Sra. Chadwick lanza una divertida idea cuando dice:

«No es completamente imposible que la palabra *druida* pueda haber tenido su origen en un mote derivado de los robles con los que fueron asociados por Plinio, en cuyo caso tendría un significado parecido a «hombres de los robles». Más en serio, algunos etimologistas celtas importantes, como Whitley Stokes, Rudolf Thurneysen, Henri d'Arbois de Jubainville y Holger Pedersen, entre otros, creen que la palabra deriva de la palabra raíz *dru-wid*, «conocimiento del roble», donde *wid* significa «conocer» o «ver» (como en el sanscrito *vid*, que aparece en los «Vedas» hindúes, el texto religioso más antiguo escrito en una lengua indoeuropea). El significado de *druida*, por eso, en un sentido no literal, sería «aquellos cuyo conocimiento es grande», o «conocimiento solido». El simbolismo del roble parece ser generalmente aceptado, aunque los lingüistas celtas más cautelosos todavía tienden a considerar oscuro el origen de la palabra. El Dr. Daitha Ó hógain, del

Departamento de Folklore del University College en Dublin, por ejemplo, ha calificado la relación de la palabra «druida» con «roble» como «derivación un tanto extravagante», señalando que, en un contexto irlandés:

El árbol favorito de los druidas, sin embargo, era, claramente, el serbal, y era entre las ramas de este árbol donde los médicos irlandeses dormían para tener visiones proféticas. El avellano era también importante, como evidencia el nombre del druida Mac Cuill («hijo del avellano») y también la tradición popular referente a los nueve avellanos en el nacimiento del río Boyne, cuyos frutos tenían un núcleo de sabiduría.

Pero el Dr. Ó hógain reconoce que la palabra druida procedía de una palabra celta «que podría significar «muy cognoscible»»

Sin embargo, de una manera extraña, el Dr. Ó hógain parece olvidar el hecho de que el roble desempeña, aun hoy, un papel prominente en la mitología irlandesa, como en el caso del «Roble de Mughna», que, de acuerdo con el *Leabhar Gabhdla* (Libro de las Invasiones), era el árbol sagrado más antiguo de Irlanda. En efecto, los robles son mencionados con frecuencia en un contexto cristiano primitivo en Irlanda, de manera que tenemos razones para suponer que muchas antiguas iglesias fueron construidas sobre los lugares de robles druidicos. Los más famosos de estos lugares son el monasterio de Brigida en Cille Daire (Kildare: iglesia del roble), en Daire Maugh (Durrrow: Uanura de los robles) y Colmcille's Daire Calgaich (Deny: el robledal de Calgaich). A pesar de esto, el Dr. Ó hógain tiene razón en que el tejo, el avellano y el serbal son tres árboles a los que se refiere a menudo la mitología celta en conexión con los druidas irlandeses.

Sir John Rhys, el primer catedrático de estudios celtas de Oxford, en sus *Lecciones sobre el origen y crecimiento de la religión como ilustra el Paganismo Celta* (1888), comenta:

Viendo la importancia de los árboles sagrados en el antiguo culto de la principal divinidad de los arios en Europa, y la preferencia mostrada por

el roble como el árbol más indicado para convertirse en su emblema, o, incluso, para ser la residencia de la divinidad, me inclino, hablando en plata, a admitir la antigua etimología de la palabra «druida» como la correcta.

Esto es, aquella etimología del «conocimiento del roble».

El origen de la casta druídica tiene sus raíces en la «era de los recolectores», cuando enormes bosque de robles cubrían Europa. Estamos hablando de un periodo anterior al 4.000 a.C, cuando los primitivos «cazadores-recolectores» vieron el roble como símbolo de plenitud, recogían las bellotas como un medio de alimentación y las consideraban fáciles de almacenar para días peores. Hesíodo (c 700 a.C), Pausanias (siglo v a.C), Galeno (129-199 d.C), todos habían de la bellota como un alimento. De acuerdo con Plinio, la bellota era molida y horneada dentro de pan. Publio Ovidio Naso, el poeta Ovidio (43 a.C.-17 d.C), habla de la bellota como el primer alimento entregado a los humanos cuando fueron arrojados del gran árbol del dios del cielo Jove o Jupiter. Estrabón se refiere al pan de bellota como la dieta básica de los celtas de Iberia, mientras que el *Leabhar na Nuachonghbaia*, compuesto alrededor del 1150 d.C por Fionn Mac Gormain de Glendalough, dice que, en un año especialmente malo, cada mazorca de maíz no daba más que un grano, y cada roble solo una bellota, lo que indica que la bellota seguía siendo considerada, por los irlandeses, un artículo alimentario equiparable al grano.

El roble no solo proporcionaba alimento, sino que aquellos europeos primitivos pudieron utilizar la madera de roble en sus hogueras para mantenerse calientes en sus viviendas de madera. Ejemplos de viviendas de madera de este periodo ofrecen testimonio de una sabia utilización de los recursos de los grandes bosques de la Europa templada. Estos europeos primitivos observaron que el roble era el árbol más venerable del bosque, el más resistente y el más útil. Desde este periodo, que probablemente duro unos mil años, se desarrollo la veneración por el roble y la aparición de los «sabios del roble», que es una creencia capital en las más antiguas religiones indoeuropeas. Tener

un conocimiento de los árboles, proporcionaba técnicas de supervivencia y, por tanto, sabiduría. El profesor Jaques Briard ha señalado en su *La Edad de Bronce en la Europa bárbara* (1976): «El hombre de madera iba a desempeñar un importante papel en las civilizaciones bárbaras occidentales durante mucho tiempo».

Briard olvida, sin embargo, mencionar que el «hombre de madera» no solo desempeñó una importante función en las civilizaciones europeas «bárbaras», sino también en la civilización del sur de Europa —incluso en las sociedades de Grecia y Roma— y que los restos de este concepto se pueden encontrar en otras sociedades indoeuropeas.

Los hindúes consideraban sagrado al *Ficus religiosa*, un árbol en el que moraba el dios Brahma, mientras Vishnu vivía en las ramitas del árbol y cada hoja estaba asignada a una de las divinidades. La importancia del culto al árbol queda demostrada por el hecho de que, entre las tribus agrarias de la India, todos los pueblos estaban situados cerca de un bosquecillo sagrado (*sarna*) que se consideraba un resto del bosque primigenio, y que había sido conservado intacto por los dioses locales cuando la tierra fue despejada para proporcionar un mejor uso de la agricultura. Incluso Shiva mora en un árbol, el *Aegle*.

Hacia el comienzo del primer milenio a.C., cuando los celtas comenzaron sus expansiones, todo hombre y mujer con cultura dentro de la sociedad era descrito como poseedor del «conocimiento del roble». Y, en la propia religión celta, el roble continuo siendo venerado como el gran símbolo del crecimiento de las plantas, así que, como culto, su simbolismo pervivió entre los celtas algún tiempo después de que se hubiese perdido entre los griegos y los latinos.

Por fuentes irlandesas podemos suponer que todas las tribus celtas tenían su propio árbol sagrado, el *crann bethadh* (o «árbol de la vida»), que se alzaba como su tótem o talismán en el centro de su territorio. En la Irlanda antigua, un ataque tribal contra un clan rival podía suceder solo con el propósito de destruir el árbol y desmoralizar así al enemigo.

Como plantea John MacCulloch: «Otros pueblos arios, aparte de los celtas, tendrán en el roble al símbolo de una gran divinidad, del sol o del cielo, pero probablemente, no será su significado más antiguo.»

James G. Frazer ha señalado que «el culto al roble, o al dios roble, parece haber sido compartido por todas las ramas del tronco ario en Europa, esto es, por pueblos que descendían de los indoeuropeos. De hecho, el roble simboliza frecuentemente al «padre de los dioses» en varias sociedades, quizás a causa de su apariencia majestuosa, así como su tamaño y longevidad, comparados con las de otros árboles. En otras palabras, el roble era un antiguo símbolo fálico.

Los antiguos lituanos asociaban al dios del trueno, Perkunas, con un roble, y creían que, cuando morían, sus almas habitarían en aquellos árboles. Para obtener buenas cosechas, incluso en el siglo sexto, «sacrificaban» un roble mediante fuegos rituales. Los estonios embadurnaban los robles con sangre de animales, ofreciéndosela al dios Taara, para asegurarse la lluvia y una buena cosecha. Dentro de las naciones eslavas también se ha documentado el simbolismo del roble. Entre los eslavos el roble era el árbol sagrado de Perun, dios del trueno. Su imagen fue encontrada en una talla en Novgorod, donde se informa que se debía mantener un fuego eterno en su honor. Los «robles sagrados» proliferaron en la Baja Sajonia, Westfalia y otras áreas de Alemania, de acuerdo con Jacob Grimm (1785-1863). Ciertamente, en tiempos antiguos, los pueblos germánicos también adoraban al roble como representación de Thunor o Thor, el dios del trueno. En Inglaterra el roble era adorado por los anglosajones como parte de su propia religión, y no, como algunos han pensado, como una parte heredada de la tradición celta. En Francia, el Cristianismo ha adoptado en parte al roble, porque tenemos a «Nuestra Señora del Roble» en Anjou y en Orthe, en el Maine. Y, según W.Y. Evans Wentz, que cita el Canon Mahe: «Uno ve en varios cruces de caminos los más hermosos robles rústicos decorados con figuras de santos» El roble, por eso, como símbolo de veneración, se encuentra en toda Europa, y, particularmente, como símbolo del dios del trueno. Incluso en Inglaterra este simbolismo ha sobrevivido hasta hace muy poco. Hay un poema popular mencionado por William Henderson en su *Folklore de los Condados*

del Norte de Inglaterra (1866), que dice:

Cuidado con el roble
Que atrae el golpe.

Pero, como ya he dicho, la veneración por el roble no se limitaba a los pueblos del norte de Europa.

Los pueblos de Grecia y Roma compartieron una vez aquel culto al roble, y aun se pueden encontrar restos del mismo. Zeus fue, en su momento, venerado en el roble oracular de Dodona y en el festival de Platea. Júpiter, el equivalente romano de Zeus, fue venerado en el Capitolio, donde había un roble sagrado. El acto originario de dedicación a Júpiter fue cuando Rómulo ganó a Acron, rey de los caeninenses, los *spolia opima* (despojos del honor), y los colgó en el roble sagrado del Capitolio en honor de Júpiter. El templo de Vesta, en el Foro, tenía unos fuegos que debían ser alimentados con roble y con ninguna otra madera. Pero este culto desembocó en ideas teológicas más complejas. Así ocurrió también en el culto celta. Según evolucionó el sistema social celta a través de muchos siglos, los hombres y mujeres de cultura de las tribus mantuvieron, sencillamente, el título de aquellos que poseían el «conocimiento del roble».

A diferencia de su veneración entre griegos y romanos, el culto al roble continuó durante un largo periodo de tiempo entre los celtas. En Seguret, en Provenza, se conserva la representación del «padre de los dioses» celta en la Galia, al igual que en Hausen-an-der-Zaber. Los dos muestran un árbol adornado con hojas de roble y bellotas. Como evidencia de que el roble fue elegido entre todos los árboles, al menos por los celtas continentales y britanos, observamos que la mayoría de ofrendas votivas de madera del santuario de las *Fontes Sequanm* están hechas con madera de tronco de roble, a pesar del hecho de que había abundancia de árboles adecuados para la talla en la llanura de Chatillon. Máximo Tirio, en el siglo II d.C, escribió en sus *Logoi*, que «la imagen celta de Zeus es un roble majestuoso».

El roble fue elegido para las construcciones funerarias de madera tanto por la cultura de Hallstatt como la de La Tène, ambas celtas primitivas,

y ramas de roble fueron recuperadas, igualmente, de un enterramiento celta en un sarcófago de roble en Gristhorpe, Yorkshire. El simbolismo del roble está omnipresente en la antigua cultura celta.

Se habrá observado que la mayoría de autoridades citadas hasta ahora están decididas en su uso de términos masculinos para el roble y aquellos que buscaban la «sabiduría del roble». Pero las cosas no eran tan simples, pues la religión celta pre-cristiana no era originariamente el concepto masculino en el que se convirtió más tarde y que fue, entonces, convertido en un sistema más patriarcal por el Cristianismo. Al igual que muchas religiones del mundo, los celtas comenzaron con un concepto de «diosa madre». En el caso de los celtas, la diosa madre era Danu («agua del cie-lo») y es significativo que el gran río Danubio tome su nombre de ella; significativo porque era en el nacimiento del Danubio, desde donde se dice que se extendió la civilización celta.

Se puede discutir que el agua simbolizaba el elemento femenino mientras el roble se convirtió en el elemento masculino, y, como símbolo de un crecimiento vegetal, es más razonable suponer que el agua es un símbolo de fertilidad y, por ello, femenino. Sin embargo, el roble, en todas las culturas que lo han utilizado, es representado definitivamente como un símbolo masculino. Siendo así, podríamos señalar que el agua, en la forma de diosa madre, alimentaba al roble y le hacía nacer. Examinaremos estos conceptos más detalladamente en los capítulos correspondientes.

De ser los hombres y mujeres que perseguían los misterios del mundo que les rodeaba, aquellos con «conocimiento del roble», a quienes los miembros de las tribus de «cazadores recolectores» buscaban para su supervivencia.

¿Cómo eran percibidos los druidas cuando, finalmente, emergieron del examen de los observadores extranjeros en el siglo II a.C.?

Los druidas, como ya hemos señalado, aparecen como casta intelectual de los pueblos celtas en cualquier parte donde estos pueblos pudieran encontrarse. Y es evidente que no fueron una élite masculina, sino que estaba formada por hombres y mujeres. Sin embargo, queda claro que los celtas ya se estaban convirtiendo en una sociedad patriarcal, antes incluso de que el Cristianismo provocase los cambios finales.

Los druidas fueron a los celtas lo que los brahmanes al pueblo hindú. Es obvio, como se deduce de sus variadas obligaciones en la sociedad celta, que abarcaban muchas funciones intelectuales. Soy consciente de que es una afirmación polémica, de modo que examinemos los argumentos, comenzando por aquellos que se oponen a la idea de que los druidas fueron originariamente una casta que se desarrolló dentro de la sociedad celta.

El erudito Camille Jullian, en *Historia de la Galia* (1908), mantenía que el druidismo fue una institución celta, pero de aparición relativamente tardía en el desarrollo de la sociedad celta, lo que explica, según argumenta Jullian, que no haya referencias griegas ni latinas a los druidas antes del siglo segundo a.C. D'Arbois de Jubainville, en *Los Druidas* (1906), aceptaba sin reservas la afirmación de César de que «se cree que el sistema (de los druidas) fue creado en Britania, y fue llevado desde allí a la Galia». Por eso, afirma que los druidas fueron una manifestación de los celtas gaélicos que habían sobrevivido cuando los celtas britónicos cruzaron a Britania e impusieron su dialecto sobre los originarios habitantes celtas gaélicos. Lo lógico, entonces, es que el druidismo volviese a la Galia alrededor del 200 a.C, donde fue, finalmente, conocido por los comentaristas griegos. Por eso, de acuerdo con d'Arbois de Jubainville, es por lo que los druidas no aparecen mencionados en otro contexto que no sea Galia, Britania o Irlanda; por eso no hay menciones específicas sobre los druidas entre los celtas de la Galia Cisalpina (en el norte de Italia), o en Galacia o en Iberia. Volveremos a este punto dentro de poco.

Sir John Rhys no estuvo de acuerdo, al principio, con la conclusión de d'Arbois de Jubainville, creyendo que la institución era común a todos los celtas; y en *Britania Celta* concluye que el druidismo no fue una invención celta britónica. Pero en *Folklore Celta* (1901) había llegado a otra conclusión

, que la idea druídica fue formulada entre una población pre-celta en Britania e Irlanda, y en esta creencia se mantuvo, finalmente, en todos sus libros posteriores. Rhys argumentaba que los druidas pertenecieron a una civilización que fue absorbida por la cultura celta.

Para aceptar la propuesta de Rhys uno debe, entonces, aceptar el comentario de Julio Cesar, «se cree» (*existimatur*) que el druidismo se desarrolló en Britania y pasó a la Galia, como absolutamente precisó. Sir John Rhys ve a los druidas como «un sacerdocio no ario». Sir John Morris-Jones, en «*Sintaxis pre-aria en Celta Insular*» (1899) opinaba, en aquella misma época, que, mientras las lenguas celtas insulares se clasificaban como pertenecientes a las lenguas «arias», un término desterrado actualmente, a causa de su imprecisión, en favor de «indoeuropeo», la sintaxis de aquellas lenguas no era aria. Morris-Jones sugería que la sintaxis pertenecía al grupo camito-semítico, que incluye al árabe, hebreo, etiópico, bereber y egipcio antiguo. Esto estimuló enormemente el movimiento «israelita británico» que proclamaba que los celtas eran una de las tribus perdidas de Israel. Así, se decía que estos míticos pueblos pre-celtas habían legado los druidas a la sociedad celta, siguiendo las teorías de Sir John Rhys, Sir George Laurence Gomme y Saloman Reinach.

Pero este argumento ha sido cuestionado por lingüistas posteriores. Myles Dillon señaló que, mientras las gramáticas griega y latina consistían en verbos regulares como norma y verbos irregulares como excepción, lo contrario era cierto para el irlandés. Pero esto también era cierto para el sanscrito. «Este es, hasta donde podemos conocer», dice Dillon, «el sistema indoeuropeo, que se ha conservado mejor en el sanscrito y en el irlandés antiguo». Ha supuesto mucho trabajo el poder demostrar similitudes de construcciones gramaticales entre las lenguas de los Vedas de la cultura hindú y el irlandés antiguo. Los Vedas fueron compilados entre *circa* 1000 a.C. y 500 a.C. *Veda* es una palabra sánscrita que significa «conocimiento», y la palabra raíz *ved* o *vid se* encuentra en la segunda sílaba del compuesto *Dru-vid*.

Una vez dicho esto, Heinrich Wagner, un Catedrático del Dublin Institute for Advanced Studies, y autor de *Estudios sobre los Orígenes de los Celtas y de la Primitiva Civilización Celta* (1971), se adhiere firmemente a la afirmación de Rhys/Morris-Jones. En su artículo «Conexiones del Próximo Oriente y África con el Mundo Celta », entregado en el simposium de Toronto sobre «conocimientos celtas», en febrero de 1978, Wagner reiteraba su creencia en las afinidades

lingüísticas de las estructuras gramaticales de las lenguas norteafricanas y las celtas insulares. Según Wagner: Estudiosos como M. Dillon, N. Holmer, W. Meid y C. Watkins mantienen que el celta primitivo era un dialecto indoeuropeo particularmente arcaico. Sus hallazgos, sin embargo, no descartan automáticamente, como algunos de estos estudiosos parecen creer, el reconocimiento de fuertes elementos no indoeuropeos en el celta insular. El debate proseguirá sin duda. Muchos de los argumentos más antiguos, como el de si los druidas no eran celtas o pertenecieron a una rama particular de la cultura celta, presuponían que los druidas eran, simplemente, un sacerdocio. Gomme apoyó entusiásticamente este punto de vista porque creía en una visión de los druidas practicando sacrificios humanos que el encontró opuestos al sentimiento ario»! Gomme parece haber abrigado la creencia de que los arios eran una civilización más avanzada, que no consentía los sacrificios humanos. Por supuesto, los arios, con los que Gomme se refiere a los indoeuropeos, practicaban el sacrificio humano tanto como otras sociedades antiguas. Los conceptos iniciales de «pureza de raza aria» fueron sondeados en los últimos tiempos. Gomme era un discípulo entusiasta de las ideas que dieran lugar a la famosa «historia de la raza» de Houston Stewart Chamberlain, Die Grundlagen des Neunzehnten Jahrhunderts (Fundamentos del Siglo diecinueve), de 1899, que se convirtió en la base de la filosofía política nazi. Reinach apoyó a Rhys y Gomme al sugerir que los celtas aceptaron el druidismo de los pre-celtas «no arios», y afirmar que lo hicieron de la misma manera en la que los romanos aceptaron o incorporaron las religiones de muchos de los pueblos que conquistaron. Además, Reinach sugirió, lo que es, en cierto modo, asombroso, que los celtas no tenían religión o sacerdocio propios, y por eso aceptaron a los druidas y sus ideas de las poblaciones conquistadas. Reinach sostenía que, cuando los druidas aparecieron en la Historia, la clase militar celta se rebeló contra ellos porque eran una institución extranjera. No hay, en absoluto, evidencias que sugieran esto. Los druidas de la Galia en el siglo I a.C. no estaban, ciertamente, en declive, y reyes y líderes militares galos, como Divitiaco y su Hermano Dumnorix, eran claramente druidas, así como miembros de la

casta militar. Parece que Reinach intentaba tergiversar los hechos para que sus hipótesis resultaran razonables.

Otro partidario del pre-celta «no ario» fue Julius Pokorny, de Viena. Al escribir «Sobre los Orígenes del Druidismo» en la *Revue Celtique*, afirmaba: «El druidismo posee muchas características bastante ajenas al carácter de la religión indoeuropea». De nuevo, Pokorny se inclinaba ante el argumento de que la conquista celta de un pueblo aborígen provocó la adopción de su religión, que no era de «naturaleza aria». Pero Pokorny muestra lo débiles que son sus conocimientos cuando afirma:

Si los celtas hubieran tenido druidas que hubiesen sido ya sacerdotes del roble antes de la ocupación de las Islas Británicas, ciertamente hubieran llevado consigo este culto a Irlanda ... Los druidas irlandeses no han sido nunca mencionados en relación con el roble ... Los druidas deben haber sido, en su momento, los sacerdotes de un pueblo que no conocía el culto al roble. Pero el culto al roble de los celtas está atestiguado en numerosas ocasiones, por lo que los druidas no pueden haber sido originariamente un sacerdocio celta.

Su argumentación es extraña y confusa. Como ya hemos visto, el roble era bien conocido en Irlanda y se utiliza frecuentemente en asociación con lugares de profunda significación religiosa. Su propuesta debe, por ello, ser rechazada.

John A. MacCulloch ha señalado, y yo también lo creo así, que: «No hay razón para creer que los druidas no existieran en cualquier parte donde estuvieran los celtas».

Pero continúa diciendo que no hay restos de la institución de los druidas entre los celtas de Italia, España o Galacia (en la actual Turquía) y, por eso, parece que fue una institución solo de introducción tardía en la Galia. Su conclusión es que el druidismo tuvo su origen entre las tribus celtas belgas, al norte de la Galia y al sur de Britania, y una vez que fueron conquistados, el druidismo desapareció, entonces, como una influencia en la sociedad celta.

Sin embargo, todos estos argumentos contra el hecho de que los druidas

fuesen una institución indígena celta, común a todos los pueblos celtas, descansan sobre el argumento de que Cesar, y nadie más, dice que se cree que el druidismo se originó en Britania. El argumento se ve aparentemente refrendado por el hecho de que, fuera de la Galia, Britania e Irlanda, no tenemos referencias concretas sobre los druidas. Pero esto es superficial puesto que tenemos menciones de grupos que, obviamente, eran druidas llamados de otra forma. Creo que MacCulloch tenía razón en primera instancia y que los druidas existieron en todo el mundo celta.

Diógenes Laercio habla de los galos y de los gálatas, y dice que ambos tienen *Druidae* y *Semnotheoi*. *Semnotheoi* parece ser una palabra conservada por Laercio del autor del *Magicus*, del siglo ii a.C, y de Sotión, y parece ser un sinónimo de druida. Clemente de Alejandria atribuye claramente druidas a los gálatas al igual que Cirilo de Alejandria y Esteban de Bizancio. El Profesor Stuart Piggott comenta: «Si «gálata» es aceptado como valor nominal, el nombre de lugar Drunemeton ... podría ser, entonces, utilizado para apoyar la existencia de druidas en Asia Menor». Drunemeton es la palabra celta para «santuario del roble». Drunemeton fue la ciudad más importante de los celtas gálatas y, aunque su emplazamiento exacto es materia de especulación, hay una referencia a Pesino, anteriormente un centro religioso del reino frigio, que los tolistoboios asumieron como su centro principal, lo que podría significar que Pesino era, por tanto, Drunemeton. Pero el Profesor Piggott reclama precaución y señala que Estrabón se refiere a todos los celtas como gálatas. «Toda la raza que se llama gala o gálata...» (*Gallikon te kai Galatikon*). Por eso, dice Piggott, no se puede hablar de druidas en Galacia con el mismo grado de seguridad que de druidas en la Galia, porque las referencias podrían ser fácilmente aplicables a cualquier punto del mundo celta. A pesar de esto, que Ilmasen a su centro el «santuario del roble» parece una evidencia bastante fuerte. Flavio Arriano, un griego de Micromedia en Bitinia (85/90 d.C.-después de 145/6 d.C), y, por ello, alguien que conoció Galacia de primera mano, confirma que la capital gálata era Drunemeton, «santuario del roble», donde doce jefes (*tetrarcas*) se reunían anualmente con trescientos delegados elegidos que formaban el

gobierno de los gálatas. En Drunemeton, afirma, adoraban a su equivalente de Artemis.

Se ha discutido que el paralelo más cercano de Artemis, hija de Zeus y hermana gemela de Apolo, era Brigit, «la exaltada», hija del Dagda, «padre de los dioses» y divinidad de la curación, las artes, la poesía y la adivinación, cuyo culto estaba extendido por todo el mundo celta. El Dagda era también el «dios del druidismo». Una vez más encontramos el roble sagrado y esta vez en un hábitat más extraño, en la llanura central de lo que hoy es Turquía.

Lewis Spence planteó la pregunta: «¿Eran estos *tetrarcas* druidas y sacerdotes, a la vez que legisladores y administradores? No veo una buena razón para dudar que lo fuesen, aunque la evidencia es demasiado escasa para permitir una conclusión positiva.»

La triste realidad sigue siendo que ningún escritor griego o latino compuso una obra dedicada únicamente a los druidas, o fue completamente explícito sobre su posición en todas las sociedades celtas. O, más aun, ninguna obra de este tipo ha sobrevivido para que la examinemos. Pero de algo podemos estar seguros: ningún escritor clásico se refirió jamás a los druidas como sacerdotes, ni el druidismo fue descrito como una religión.

MacCulloch comenta sobre estos autores que desean identificar al druidismo con un sacerdocio religioso «no ario», o confinarlo a una de las ramas de los pueblos celtas: «Éstas son ideas de autores que quieren ver en los druidas un sacerdocio oculto y esotérico». A.H. Allcroft, en *El Círculo y la Cruz* (1927), está de acuerdo sobre este punto, y señala que el druidismo era «una organización (*disciplina*) que hizo de una religión un medio de poder político».

MacCulloch también apunta que; *«la relación de los celtas con los druidas es bastante diferente de aquella de los conquistadores que, ocasionalmente, recurren a los hombres medicina de un pueblo conquistado, porque tenían una magia más poderosa o mayor influencia con los dioses autóctonos.»*

En efecto, no hay en absoluto evidencia histórica que demuestre que los druidas fueran un sacerdocio pre-celta. Incluso las especulaciones se deberían basar en hechos. Y un hecho es importante en nuestras consideraciones: Encontramos que los celtas tenían un sacerdocio dominado “gutuatri”, que significa “portavoces (de los dioses)”, y, obviamente, la palabra gala está emparentada con la irlandesa “guth”. Los gutuatri son conocidos por algunas inscripciones, y una referencia sobre un gutuatros, condenado a muerte por Cesar es mencionada por Aulo Hirtio, que añade un octavo libro a la *Guerra de las Galias* de César, y que probablemente escribió *Bellum Alexandrinum*. Hirtio era uno de los lugartenientes de César en la Galia.

Los *gutuatri*, por eso, aparecen como una subdivisión de la casta de los druidas. Pokorny intentó replicar que los druidas reemplazaron a los *gutuatri* como sacerdotes celtas, pero esto no es demostrable, tal y como pone de relieve Le Roux en *Los Druidas* (1961). Los *gutuatri* continuaron su existencia bastante después de la conquista romana de la Galia, simultáneamente con los druidas, y más de dos siglos después de las primeras menciones sobre ellos.

No voy a disculparme por reiterar mi argumentación por medio de un resumen: Antes del siglo II a.C, los griegos y los latinos se refirieron a funciones individuales de los intelectuales que ellos llamaron, *sacerdotes, antistites, gutuartros*, etc. Entonces llegaron observadores como Posidonio, cuyo trabajo proporcionó la fuente de Diodoro, Estrabón y Timágenes. Posidonio viajó entre los celtas e identificó a los druidas como una casta específica dentro de la sociedad con responsabilidad en funciones intelectuales.

Joseph Vendryes demostró que un grupo de palabras asociadas con la filosofía, la religión y la realeza han sobrevivido en el indoiranio, por una parte, y en el italo-celta, por la otra, y atribuyó su supervivencia a la casta sacerdotal de los brahmanes en la India y de los druidas en el mundo celta. Dillon y Chadwick hacen el siguiente comentario «Ahora podemos llegar más lejos y afirmar que druida y brahman eran herederos de una tradición común de aprendizaje y cultura». Y continúan:

El origen indoeuropeo de los metros irlandeses, y las estrechas

*semejanzas entre los sistemas legales hindú e irlandés, que también apuntan a un origen indoeuropeo, recorren un largo camino para probar que los irlandeses **filid**, y, en consecuencia, los druidas celtas, fueron herederos de la misma tradición que los brahmanes.*

Antes de que continuemos para ver como retrataban a los druidas los comentaristas griegos y romanos, recapitemos nuestra argumentación. Los druidas eran una intelectualidad celta indígena, que, durante la época de los «cazadores-recolectores», evolucionaron desde los primitivos sabios y sabias de los antiguos ancestros de los celtas, perdiendo su función original, pero reteniendo el nombre celta de aquellos que tenían el «conocimiento del roble». Se les podía encontrar en cualquier parte de la sociedad celta, pero no fue hasta el siglo II a.C. cuando los griegos se dieron cuenta que aquellos doctos funcionarios particulares tenían un nombre colectivo; druidas.

LOS DRUIDAS VISTOS POR LOS EXTRANJEROS

POSIDONIO (C 135-C 50 A.C.) DE APAMEA, Siria, fue un historiador y filósofo que pasó la mayoría de su vida en la isla de Rodas, y se convirtió en cabeza visible de la escuela estoica local. Fue un sabio multidisciplinar, personificación de los conocimientos de época helenística, y transmitió una parte de ellos al mundo romano. Sus cincuenta y dos libros de historia fueron la continuación de Polibio (c 200-después del 118 a.C), el gran historiador del ascenso de Roma al poder. La historia de Posidonio cubría el período imperial romano desde 146 a.C. hasta 81 a.C. Se han conservado unos pocos fragmentos, lo que ha sido considerado una particular desgracia para los clasicistas. Posidonio viajó mucho y visitó la Galia. A pesar de ser griego, era un admirador fanático del Imperio Romano, al considerar que encarnaba el punto de vista estoico del parentesco de toda la humanidad, basándose en que Roma buscaba extender su dominio sobre todo el mundo

conocido. Por eso, su obra representa una política diseñada para ensalzar las actitudes imperiales romanas presentando una visión tendenciosa y negativa de las sociedades extranjeras. Esto debe ser tenido en cuenta cuando lo veamos citado por otros autores como una autoridad sobre los antiguos celtas.

Se ha discutido arduamente si la obra de Posidonio sobre los celtas de la Galia fue utilizada como fuente por los Alejandrinos (Clemente y Cirilo), por Timagenes, circa mediados del siglo I a.C; por el general romano y dictador Julio César (100-44 a.C); por Diodoro Sículo (c 60- c 21 a.C), un historiador griego de Sicilia; y por Estrabón, un geógrafo griego de Amasia en el Ponto (64 a.C.-24 d.C). De hecho, estos cuatro escritores han sido denominados como «la escuela de Posidonio», y se encuentran entre los primeros autores existentes que se refirieron a los druidas, todos como se ve, casi contemporáneos.

Tanto Diodoro como Estrabón dividen las clases intelectuales de la Galia en tres categorías: Estrabón, en su Geografía, dice:

“En todas las tribus, hablando en general, hay tres clases de hombres tenidos por especialmente honorables: los bardos, los vates y los druidas. Los bardos son cantantes y poetas; los vates son intérpretes del sacrificio y filósofos de la Naturaleza; mientras que los druidas, además de su ciencia de la Naturaleza, estudian también filosofía moral. Son considerados los hombres más justos, y por eso se les confía la decisión de los casos que afectan tanto a individuos particulares como al interés público. En tiempos antiguos eran árbitros en la guerra y detenían a los oponentes cuando estaban a punto de colocarse en línea de combate, y los casos de asesinato eran frecuentemente confiados a su decisión ... Estos hombres, así como otras autoridades, proclamaban que las almas humanas son indestructibles, aunque, en ocasiones, el fuego o el agua pueden prevalecer (temporalmente).

Diodoro hace también la misma categorización, señalando que los druidas eran tenidos en gran veneración y que los vates predecían el

futuro por el vuelo o los gritos de los pájaros y por los restos de animales sagrados sacrificados. Diodoro cita a Timagenes como una autoridad sobre los druidas. Sobre esta división de la clase intelectual de la Galia en tres (druidas, vates y bardos), encontramos una confirmación de una fuente nativa celta, según la cual las mismas clases de intelectuales fueron conocidas en Irlanda (Drui, Bard y Fili), un hecho que confirma el origen celta común del orden social.

En efecto, esta misma división de la intelectualidad gala fue hecha por una autoridad griega posterior, Ammiano Marcelino de Antioquía (330-395 d.C.), considerado el «último gran historiador romano». Ammiano también cita al griego Timagenes como su fuente. Timagenes era un alejandrino, capturado en 55 a.C. y llevado a Roma, donde, finalmente, se convirtió en liberto y afamado maestro de retórica. Habiendo perdido el favor del emperador Augusto, Timagenes quemó sus obras y abandonó Roma. Se cree que murió en Mesopotamia.

Ammiano Marcelino, citando a Timagenes, menciona que los druidas tenían una organización, una vida corporativa —*sodaliciss adstricti consostiis*— y eran las autoridades sobre la historia de los galos. «Ellos afirman que una parte de la raza gala era indígena en la Galia, pero que otros penetraron desde las islas lejanas y desde regiones más allá del Rin». ¡Qué lástima que Timagenes no se explayase más acerca de la historia como hizo con los druidas! La única afirmación que hace coincide, ciertamente, con todo lo que sabemos de historia y arqueología de los celtas.

Estrabón continúa sus observaciones con un capítulo que es profundamente crítico con los celtas. En él se refiere a la costumbre de llevar a casa, como trofeos, las cabezas de los enemigos muertos en batalla. Claramente, Estrabón no vio esta costumbre ni la comprendió enteramente. Sin embargo, cita a Posidonio como su fuente, añadiendo que «el propio Posidonio contempló este espectáculo en muchos lugares, y que, aunque al principio lo detestó, después, mediante su familiaridad con él, pudo soportarlo tranquilamente». Estrabón habla, a continuación, acerca de cómo los galos embalsamaban las cabezas de los enemigos

particularmente ilustres y se negaban a venderlas. Añade, y debemos recordar que está escribiendo tras la conquista romana de la Galia: «Los romanos pusieron freno a estas prácticas, así como a todo aquello relacionado con los sacrificios y adivinaciones que se oponía a nuestras costumbres.»

Diodoro proporciona una descripción mucho más comprensiva de los celtas de la Galia que Estrabón, especialmente en lo que concierne a sus costumbres sociales y militares. También habla del trato dispensado a las cabezas de los enemigos de una forma muy similar a la de Estrabón, y menciona brevemente, al igual que Estrabón, la creencia en la inmortalidad del alma, achacándolo a «las enseñanzas de Pitágoras».

Según Diodoro:

Tienen también ciertos filósofos y teólogos que son tratados con especial honor, y a los que llaman druidas. Además, utilizan videntes, a los que consideran dignos de alabanza. Éstos últimos, mediante sus observaciones de augurios y los sacrificios de determinados animales, pueden predecir el futuro, y mantienen a todo el pueblo sometidos a ellos. Especialmente cuando son requeridos para asuntos de gran importancia, tienen una extraña e increíble costumbre. Entregan a la muerte a un ser humano y le apuñalan con una daga en la región por encima del diafragma, y, cuando ha caído, predicen el futuro según cómo haya caído, por las convulsiones de sus miembros y también por la salida a chorros de la sangre, poniendo su confianza en algunas observaciones antiguas y continuadas de estas prácticas. Su costumbre es que nadie debe ofrecer un sacrificio sin un druida, porque dicen que las gracias deben ser dadas a los dioses por aquellos que estén versados en la naturaleza divina, pues son gentes que pueden hablar su lengua (de los dioses), y a través de ellos reciben también los beneficios que solicitan.

De hecho, hay pocas dudas de que Estrabón y Diodoro están, al final, tomando su información de una fuente común. Parecen estar siguiendo un texto similar. Estrabón cita a Posidonio como su autoridad en el

tema del embalsamamiento de las cabezas. Pero, ¿están citando directamente de Posidonio o de Timagenes, que pudo haber sido un transmisor intermedio, al acercar las obras de Posidonio hasta ellos? ¿El estudioso latino Alfred Klotz creía que Timagenes era el intermediario, en el convencimiento de que la obra de Posidonio ya se había perdido en la época en la que escribieron César, Estrabón y Diodoro. Sin embargo, las obras de Posidonio estaban a disposición de Ateneo (que escribió alrededor del 200 d.C), que también nombra a Posidonio como su autoridad para citar costumbres celtas, similares a algunas mencionadas por Diodoro, aunque Ateneo utiliza suficientes citas originales para demostrar que tenía la fuente original y que no estaba, simplemente, repitiendo a Diodoro. Parece igualmente que Estrabón tuvo acceso a ambas fuentes. Pero si Estrabón tomó directamente el material o lo hizo de la fuente de segunda mano de Timagenes, no es tan importante como demostrar que, tanto Diodoro como Estrabón, tienen una deuda con una fuente ahora perdida, la de Posidonio.

Más aún, hay que llamar la atención sobre el hecho de que la Geografía de Estrabón era un ataque puntual contra los celtas que fue escrito como justificación para la conquista de la Galia de Julio César, y los subsecuentes intentos de suprimir la intelectualidad celta y sus centros de enseñanza. Las actitudes estoicas pro-romanas de Posidonio habrían convertido su obra en una fuente comfortable para Estrabón. Así pues, vayamos con el general romano que en ese momento conquistaba la Galia e intentaba, también, poner a todo el mundo celta, con la excepción de Irlanda, bajo la Pax Romana. Julio César (100-44 a.C) pasó, ciertamente, mucho tiempo entre los celtas durante sus esfuerzos por conquistarlos y él, naturalmente, nos proporciona más información que otros escritores.

César, en su *De Bello Gallico*, libro VI, dice que había tres clases en la Galia —los intelectuales llamados druidas (Druides), la casta militar (Eauites) y el pueblo (Plebs). Aquí, César otorga a los druidas su propia designación de casta, pero continúa, en efecto, describiendo un sacerdocio religioso sin mencionarlos como tales.

Sobre los druidas, César dice:

Los druidas ofician el culto de los dioses, regulan los sacrificios públicos y privados, y dictan las reglas sobre cuestiones religiosas. Un gran número de jóvenes se une a ellos para ser instruidos, y son tenidos en gran consideración por el pueblo. Actúan como jueces prácticamente en todas las disputas, sea entre tribus o entre individuos; cuando se comete un crimen o tiene lugar un asesinato, o surge una disputa acerca de una herencia o unas fronteras, son ellos los que juzgan el asunto y fijan la compensación a pagar y recibir por las partes en conflicto. A cualquier individuo o tribu que se niegue a aceptar su veredicto se le prohíbe tomar parte en el sacrificio —el castigo más duro que se puede infligir a un galo. Aquellos que se encuentran bajo esta prohibición son considerados criminales impíos. Todo el mundo los rehúye y evita estar cerca o hablar con ellos, por temor a recibir algún daño por contacto con lo que no está limpio; si aparecen como demandantes, les es denegada la justicia, y están igualmente excluidos de compartir cualquier honor.

César también nos dice cómo estaban organizados los druidas de la Galia:

Todos los druidas están bajo una sola autoridad, a quien ellos guardan el mayor de los respetos. A su muerte, si cualquiera del resto tiene unos méritos sobresalientes, ocupa la plaza vacante; si hay varios con méritos similares, generalmente, los druidas deciden la elección mediante votación, aunque, a veces, compiten entre ellos. Aquellos que están involucrados en disputas acuden aquí desde todas partes, y aceptan las decisiones y los juicios de los druidas.

Más tarde discutiremos referencias en las fuentes irlandesas sobre una institución similar en Irlanda. César observa:

Se cree que la doctrina druídica fue encontrada en Britania, y desde allí fue importada a la Galia; aún hoy, aquellos que quieren hacer un

profundo estudio de la misma van, generalmente, a Britania para este propósito.

Referencias a colegios o escuelas drúidicas también se pueden encontrar en la tradición irlandesa, lo que será objeto de una discusión posterior. En lo que concierne a la posición social de los druidas, César nos informa que:

Los druidas están exentos del servicio militar y no pagan impuestos como los demás ciudadanos. Estos importantes privilegios son, evidentemente, atractivos; muchos se presentan por propia voluntad para convertirse en estudiantes de druidismo, y otros son enviados por sus padres y familiares. Se dice que esta gente tiene que memorizar un gran número de versos — tantos que se emplean veinte años en estudiarlos.

Uno de los puntos más importantes que menciona César es el hecho de que:

Los druidas creen que su religión les prohíbe poner sus enseñanzas por escrito, aunque, para todos los demás aspectos de la vida, tales como informes públicos y privados, los galos utilizan el alfabeto griego. Pero yo me imagino que esta regla fue establecida originariamente por otra razón, porque no querían que su doctrina se convirtiera en propiedad pública, y para prevenir que sus alumnos se relajasen al leer la palabra escrita y olvidasen ejercitar sus memorias. Por eso vemos que, cuando un pueblo cuenta con la ayuda de los textos, son menos diligentes a la hora de aprender de memoria, y dejan que ésta se oxide.

Una interpretación superficial y una lectura errónea de César ha hecho que muchos proclamen que los celtas eran analfabetos. Sin embargo, ejemplos de galo, escrito en alfabeto griego y, algunas veces, latino, se conservan en numerosas áreas y pueden ser datados hasta en los siglos II y III a.C. Inscripciones de la Galia Cisalpina, tales como las de las

pedras de Todi, Briona y Saignon han sido recientemente estudiadas al detalle. Durante mucho tiempo, el intrincado calendario de Coligny datado en el siglo I a.C, fue considerado el texto largo más antiguo conservado en una lengua celta, hasta el descubrimiento en 1983, en La Vayssiére, de una tablilla de plomo, llamada ahora inscripción de Larzac, que estaba escrita en latín cursivo y fue entonces reconocida como «el texto galo más largo hasta la fecha», adscrito al siglo segundo o primero a.C. Luego, en diciembre de 1992, tuvo lugar otro descubrimiento, en el norte de España, de un texto escrito en una tablilla de bronce. La percepción de los modernos eruditos sobre el extremo de si los celtas estaban alfabetizados ha cambiado rápidamente. Volveremos a este tema en una discusión sobre los «libros drúidicos». Acerca del tan discutido tema de las enseñanzas drúidicas sobre la inmortalidad del alma, César comenta:

Una lección, en la que ponen especial esmero en inculcar, es que el alma no perece, sino que, después de la muerte, pasa de un cuerpo a otro; ellos creen que éste es el mejor incentivo para la valentía, porque enseña a los hombres a desterrar los terrores de la muerte.

Aquí habla el soldado cínico.

Otro comentario fascinante, en la línea de otros observadores, es sobre los conocimientos de astronomía de los druidas.

También mantienen largas discusiones acerca de los cuerpos celestes y sus movimientos, el tamaño del universo y de la tierra, la constitución física del mundo y los poderes y propiedades de los dioses; y ellos instruyen a los jóvenes en todas estas materias.

César es claro en que el prestigio de los druidas en todos los asuntos públicos y privados es absoluto y sus decisiones son definitivas. En la naturaleza y la forma de sus comentarios, aunque César amplía sobre el terreno, es obvio que hay una fuente común entre César, Diodoro y Estrabón, y ésta es Posidonio.

A pesar de su parcialidad, podemos apreciar los comentarios de nuestros observadores pro-romanos. César, en particular, que tuvo contacto personal con los celtas durante su guerra de conquista, ofrece información importante que no se encuentra en Estrabón y Diodoro y que no procede de Posidonio. El hecho importante para nuestra opinión es que César, que está en mejor situación para conocer, menciona a toda la clase intelectual de los galos como «druidas».

No podemos abandonar a César sin una referencia a dos druidas y hermanos a los que César conoció muy bien. Divitiaco era un jefe (PRINCEPS) de los aeduos, cuya capital era el fuerte de la colina de Bibracte (Mont Beuvray). Fue Divitiaco el «talón de Aquiles» al provocar el comienzo de la conquista romana de la Galia. Estaba buscando un aliado poderoso para rechazar las incursiones de los germanos en la Galia. En 60 a.C. fue a Roma y se le permitió dirigirse al Senado de Roma para solicitar ayuda militar. Mientras estuvo en Roma, fue huésped de Quinto Tulio Cicerón (102-43 a.C), un soldado y administrador capaz, y hermano del famoso orador y estadista Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C). Es Marco Cicerón quien menciona que Divitiaco era un druida, que estaba familiarizado con la filosofía natural y que era capaz de predecir el futuro. Marco Cicerón, dirigiéndose a su hermano, escribe:

El sistema de adivinación aún no se ha olvidado entre los pueblos bárbaros, puesto que, de hecho, hay druidas en la Galia; yo mismo conocí a uno de ellos, Divitiaco de los aeduos, tu huésped y elogiador, que declaraba que estaba al tanto del sistema de la Naturaleza que los griegos llaman filosofía natural, y solía predecir el futuro, tanto por augurios como por inferencia

Cuando Divitiaco volvió a su tierra, debió llevar consigo algunas vagas promesas de Roma sobre una alianza, puesto que él hizo todo lo que pudo por promover esa unión.

Pero César estaba persuadiendo al Senado Romano para que apoyase al enemigo de Divitiaco, el rey germano Ariovisto, contra los celtas. Fue en 58 a.C. cuando César encontró una oportunidad para intervenir en los asuntos galos y comenzar la conquista de lo que era considerada patria central de los celtas. Los aeduos se habían dividido acerca de la política pro-romana de Divitiaco. La facción anti-romana se congregaba alrededor del hermano menor de Divitiaco, Dumnorix (el nombre significa «rey del mundo»), que parece haber sido también tanto druida como jefe. Cuando César y los romanos marcharon sobre el territorio de los aeduos, muchos de ellos se unieron a Dumnorix en el movimiento de resistencia. César exigió que Divitiaco arrestase a su hermano. Divitiaco, sin embargo, defendió a Dumnorix, señalando que el castigo a su hermano menor podría hacerle perder la buena imagen que tenía ante su pueblo. Las habilidades «predictivas» de Dumnorix eran, evidentemente, mejores que las de su hermano, puesto que él había previsto que César y Roma iban a hacerse con toda la Galia. Con el comienzo de la derrota de la confederación belga, Divitiaco, rey y druida, desaparece de la escena histórica. Hasta este momento había sido el compañero permanente de César en la Galia, pidiendo a sus colegas celtas que se sometiesen pacíficamente a Roma. César, en su obra, incluye lo que pretende que sea un informe literal de los discursos pronunciados por Divitiaco, aunque éstos parecen ser, más bien, la impresión de César de lo que Divitiaco debió decir acerca de los intereses romanos en la Galia. Si aceptamos que Divitiaco era un druida, parece haber pocas de las cualidades asociadas a los druidas en sus discursos. Muy al contrario, César nunca se refiere a él como un druida, pero Cicerón es una buena autoridad. Nora Chadwick señala:

Con toda probabilidad, sin embargo, y a la vista de las afirmaciones de Cicerón, bien podría ser que Divitiaco fuese un típico druida en su mejor expresión y en su mejor momento. Su influencia ante César, y la importante ayuda política que le ofreció, hace que en él encaje, casi a la perfección, la descripción de poder político atribuido a los druidas por Dión Crisóstomo.

Es duro de aceptar que el código moral de Divitiaco, que parece no haber tenido reparos en vender a sus compatriotas (de hecho, todo la Galia) a Roma representaba a lo mejor de los druidas, a menos que se sea un doctrinario pro-romano. Y, en efecto, podemos plantear la cuestión de si Divitiaco, cuando desapareció del escenario de la historia en 54 a.C, simplemente murió, o bien fue asesinado por patriotas galos.

En 54 a.C, es Dumnorix quien aparece como cabecilla de los aeduos y rehén de Roma. César quiso capturar a Dumnorix durante su intento por invadir Britania, porque se dio cuenta que, si había un levantamiento en la Galia mientras él estaba fuera, sería Dumnorix quien lo lideraría. Esperando el tiempo favorable a orillas de Canal, César se encontró con que Dumnorix y su séquito habían eludido a sus captores. César envió tropas de caballería en su persecución y el líder galo fue alcanzado. Rechazó rendirse, y fue reducido y muerto mientras gritaba que era un hombre libre de una nación libre. Su muerte supuso un punto de inflexión para los galos, que se alzaron en una guerra de liberación que los romanos se vieron incapaces de sofocar durante cuatro años.

Que Dumnorix era un jefe aeduo y un líder militar de excepcional habilidad queda suficientemente probado, pero, ¿qué prueba tenemos para afirmar que él, al igual que su hermano, era un druida? En primer lugar, hemos señalado que los druidas eran una casta intelectual como los brahmanes, que más tarde degeneraron en una mera función sacerdotal. Dumnorix pertenecía, claramente, a esta casta, así como a la casta militar. Y lo que es más importante, Dumnorix, buscando excusas para no acompañar a César a Britania, ofreció numerosos pretextos. Uno de ellos fue que tenía que cumplir con sus funciones religiosas en la Galia durante este período. El uso del plural *quo religionibus impeditri sese diceret* es importante, porque implica que estas obligaciones religiosas eran funciones sacerdotales que sólo él podía llevar a cabo.

Nora Chadwick tiene pocas dudas de que Dumnorix fuese un druida:

Que Divitiaco era un druida, no tenemos duda alguna y podemos aceptar su palabra sobre que estaba versado en filosofía y augurios, temas

asociados con nuestras autoridades más antiguas sobre los druidas galos. Si continuó siendo druida tras caer bajo la influencia romana, no lo sabemos. Probablemente no. Esto explicaría el silencio de César sobre este tema, aunque son posibles otras explicaciones. Una pregunta más difícil surge en relación con Dumnorix. Nunca dijo que fuera druida, pero uno se lo pregunta. Sus circunstancias son, con toda probabilidad, las mismas que las de su hermano. Evidentemente, disfrutaba de la confianza de aquellos jefes galos que se oponían a César, y gozaba también de ilimitada popularidad entre el pueblo llano. ¿Cuáles son las religiones, las «responsabilidades religiosas» que, — así lo alegó él ante César— impedían su paso a Britania? Su extremo conservadurismo y su dedicación a la causa gala, en implacable oposición a la influencia romana era completamente consecuente con la actitud política de los druidas, como deducimos por autores posteriores. De hecho, aparte de lo que sabemos de Divitiaco por Cicerón, y analizando las evidencias de los druidas como un todo, Dumnorix, tal y como ha llegado hasta nosotros en las páginas de César, responde con más fidelidad que su hermano mayor a nuestras últimas informaciones sobre druidas, al incitar a los galos contra el conquistador romano.

Se ha dicho alguna vez que César, más que pertenecer a la escuela de autores de Posidonio sobre los druidas, creó su propia escuela tradicional en la que muchos escritores siguieron sus pasos. Ciertamente Pomponio Mela de Tingentera (c 43 d.C), y Marco Aneo Lucano (39-65 d.C), nieto de Séneca el Viejo, parece tan próximo a César como para adivinar préstamos libres de su texto.

También se puede afirmar que Plinio el Viejo, que procedía de una familia de colonos romanos en la Galia Cisalpina, y que ejerció el cargo de procurador romano en la Galia, debía mucho a la obra de César. Plinio murió asfixiado por el humo durante la famosa erupción del Vesubio en agosto del 79 d.C. que enterró Pompeya y Herculano. En su *Naturalis Historia*, su principal obra, y única que ha llegado hasta nosotros, Plinio ofrece uno de los informes más completos sobre los druidas de todos los que se conservan, presentándolos como científicos

naturales, doctores de medicina y magos. Plinio sentía fascinación por la magia, y es, por ello, comprensible, que se explayara en exceso sobre este aspecto de su percepción de los druidas.

Fue quizás, esta fascinación por la magia la que llevó a Plinio a hablar del *anguinam*, los «huevos de druida» o «huevos de serpiente». Plinio dice que durante el reinado de Claudio, un jefe de los galos vocontios fue con denado a muerte porque, estando presente en un juicio en Roma, se descubrió que llevaba un «huevo de serpiente» consigo. Plinio afirma que los druidas lo consideraban un talismán que proporcionaba la victoria en las juicios. Se ha señalado que, fuese cierto no, esto indica que cualquiera que tuviese relación con el druidismo, por remota que fuera, corría peligro de ser condenado por la ley romana. Plinio dice haber visto uno de estos «huevos de druida», que parecía cristal y tenía, más o menos, el tamaño de una manzana normal, y dice también que el huevo era producido por la espuma del silbido de dos serpientes copulando. La espuma de sus bocas formaba una baba viscosa que se convertía en una bola al arrojarla al aire y que, si la cogía un druida, podía ser utilizada para realizar conjuros.

Las divinidades celtas llevan huevos, como Sirona, la diosa de la fertilidad, la salud y el renacimiento, cuya imagen de Horchscheid, en Alemania, lleva un recipiente con tres huevos. Sirona, y esto es suficientemente importante para nuestro asunto sobre los «huevos de serpiente», es representada con una serpiente enroscada en su brazo y extendiéndose para alcanzar los huevos. Está claro que los huevos son un símbolo de fertilidad poderosa. En una tumba de un guerrero galo, los huevos se enterraban como parte del ajuar funerario. Los huevos aparecen también en la mitología celta. La diosa irlandesa Cliodna tenía dos pájaros del Otro Mundo, rojos con cabezas verdes, que ponían huevos azules y carmesíes. Si los mortales los comían, les crecían plumas y se convertían en pájaros.

En efecto, la idea del huevo de druida aparece mucho en el folklore celta. En Escocia se habla del *glain-nan-Druidhe*, o cristal de druida.

William Camden en su *Britannia* (1586) menciona las *gemmae anguine* como; «pequeños amuletos de cristal, normalmente tan grandes como nuestros anillos, pero mucho más gruesos, de color verde, aunque muchos de ellos son azules, y otros, curiosamente, dibujan olas azules, rojas y blancas».

Thomas Kendrick dice que «son llamados «piedras-serpiente» en Cornualles, Gales y Escocia, e informa que en Gales e Irlanda eran conocidas también como «cristal de druida». Kendrick cree que el cristal que vio Plinio era un conglomerado de ammonites diminutos.

Plinio continúa hablando de varios médicos eminentes de la primera parte del siglo I a.C. que eran, bien nativos, o bien habían recibido instrucción en la Galia antes de que sus colegas druidas fuesen proscritos. Crinias de Marsella, que combinaba astrología y medicina, Charmis de Marsella y Alcon, todos instruidos en la Galia, son citados, lo que implica que los médicos galos eran preeminentes hasta la conquista romana y la prohibición de los druidas. Volveremos sobre las tradiciones médicas celtas, así como sobre la astrología, más adelante en esta obra.

Es a través de Plinio cuando oímos por primera vez acerca de los bosques de robles y muérdago.

Los druidas —pues así llaman a sus magi— no consideran nada más sagrado que el muérdago y el árbol sobre el que crece, siempre y cuando sea un roble. Escogen el roble para formar arboledas, y no llevan a cabo ningún rito religioso sin sus hojas, de donde se deduce que los druidas son llamados así por la palabra griega.

Plinio sigue ahora con un pasaje que se ha convertido en la descripción de los druidas más ampliamente conocida y aceptada. Al hablar de los druidas en sus arboledas de robles, Plinio cuenta que:

Cualquier cosa que crezca en aquellos árboles la consideran

enviada por el cielo, y como un signo de que ese árbol ha sido elegido por los propios dioses. El muérdago es, sin embargo, muy difícil de encontrar, y cuando se encuentra, se recoge con gran ceremonia y, en especial, durante el sexto día de la luna-Preparan un sacrificio ritual y un banquete bajo el árbol, y llevan dos toros blancos cuyos cuernos se atan por primera vez para la ocasión. Un sacerdote ataviado con una vestimenta blanca sube al árbol, y con una hoz dorada, corta el muérdago, que es recogido en un paño blanco. A continuación, sacrifican las víctimas rogando que los dioses hagan propicias sus ofrendas para aquellos a quienes se las han concedido. Creen que el muérdago bebido proporciona fertilidad a cualquier animal estéril y es un antídoto contra los venenos.

Nora Chadwick ha señalado que este pasaje es una «fantasía pintoresca».

Está en la misma categoría que las historias del rey Alfred y los pasteles, de Cnut y las olas, y de Bruce y la araña, entre los clásicos de la sabiduría popular universal... tomado con la naturaleza poco crítica característica de los escritos de Plinio, debería hacernos dudar a la hora de conceder un crédito demasiado serio al pasaje del muérdago en relación con los druidas.

En efecto, por lo que concierne a los druidas irlandeses, el muérdago no era una planta originaria de Irlanda y fue introducida en Irlanda sólo hacia el final del siglo octavo o principios del noveno. Sin embargo, si los druidas galos reverenciaban el muérdago, y esta ceremonia era tan importante como indica Plinio, es interesante que ninguna otra fuente lo corrobore. El propio Plinio cita a Polihistor (Alejandro Cornelio, nacido hacia 105 a.C.) como una autoridad sobre robles y muérdago, pero Polihistor no lo confirma, ni es la fuente de la fantasía de los druidas en el robledal de Plinio.

Plinio fue el primer autor que introdujo la arboleda de robles en el

cuadro de los druidas. Aparte de la derivación del nombre, cuando los druidas aparecen en los escritos de Posidonio y sus seguidores, los bosques no representan una parte de su mundo hasta Plinio, ni están presentes de forma significativa en la tradición celta. Pero, siguiendo a Plinio, las esclusas se abren.

Lucano se hace eco de la narración de Plinio al contar que los druidas habitan en espesos bosques y viven en árboles, practicando ritos bárbaros y un tipo siniestro de culto. Lucano, en su poema épico *Farsalia*, describe un bosque cerca de Marsella como un bosque fantasmagórico y encantado: «La gente no frecuenta el lugar para realizar sus ritos cerca de allí, sino que lo dejan para los dioses ... El propio sacerdote tiene terror a aproximarse y no se atreve a encontrarse con el señor del bosque». Sin embargo, Lucano no llega tan lejos como para denominarlo un «bosque druídico», aunque la implicación es obvia. Aunque la *Farsalia* no es, por supuesto, historia, no podemos dejar sin mencionar el hecho de que Lucano dice que la madera de los árboles de este bosque de robles fue groseramente esculpida para representar dioses (*simulacra maesta deorum*). En 1963 se descubrieron, cerca de un santuario galo en las marismas donde nace el Sena, unas 140 piezas de madera tallada, datadas en el siglo II a.C. Actualmente se encuentran en el Museo Arqueológico de Dijon. Lo importante, teniendo en cuenta lo que dice Lucano, es que fueron talladas en trozos de madera de roble. Las piezas, algunas de ellas estatuas completas de dioses y diosas, son consideradas ofrendas votivas.

Lactancio Plácido, en su comentario de la *Tebaida* de Cecilio Estacio (c 45-c 96 d.C), señala: «Los druidas son ésos que se deleitan en los robles». Estacio menciona un bosque «espeso y antiguo, no mancillado por la mano del hombre e impermeable a los rayos del sol. Aquí la pálida e incierta luz sirve únicamente para aumentar el sobrecogimiento y el ominoso silencio. La divina presencia de Latona (el nombre latino de la diosa griega Leto, una de las titanes que fue madre de Apolo y Ártemis) ronda por el bosque, y la madera en sus

sagradas sombras esconde sus efigies en el cedro y el roble».

Ahora sería muy sencillo creer a los escritores romanos y asignar a los druidas las oscuras arboledas de roble, especialmente, como sabemos, desde que los bosques fueron considerados lugares sagrados entre la mayoría de culturas indoeuropeas, sobreviviendo, incluso, en la cultura hindú. Pero surgen algunos interrogantes.

Tácito (56/57 d.C.-después del 117 d.C.) parece apoyar a Plinio al referirse a los oscuros bosques de la isla de Anglesey consagrados a bárbaras supersticiones y que fueron destruidos por Suetonio Paulino alrededor de 61 d.C. Sin embargo, Tácito no fue testigo de estos acontecimientos. Así pues, ¿trabajaba según la nueva tradición de Plinio? Por supuesto, hay que recordar que el suegro de Tácito era Gneo Julio Agrícola (40-93 d.C), que hizo sus primeras armas en Britania con Suetonio antes de convertirse en gobernador de la provincia. Pero queda todavía un aspecto preocupante en la obra de Tácito, especialmente en su *Germania*. ¿Hay atributos que, según él, parecen ser germanos, y son, por el contrario, celtas? O bien, ¿era Tácito, y con él otros autores romanos, tan ignorante acerca de los celtas galos que confundía muchas de sus costumbres con las de sus vecinos germanos y viceversa?- Tácito dice que eran los germanos los que preferían morar en lo más profundo de los bosques y los consideraban sagrados.

Bosques y arboledas son consagrados a las divinidades, y dan nombres de dioses a esa presencia misteriosa que habita el lugar, jamás profanado por los pasos del hombre. La penumbra llena todas las mentes con sobrecojimiento; y (los dioses) son adorados a distancia, y nunca vistos, salvo con los ojos de la contemplación.

Plinio el Joven (61-113 d.C.) se hace eco de esto, pero lo atribuye a los germanos: «Adoramos la penumbra de los bosques, y el silencio que reina alrededor nuestro». ¿Así, de hecho, los romanos, comenzando por Plinio, colocaron erróneamente a los celtas en las arboledas sagradas de los germanos?- ¿Un error que ha perdurado a través de siglos de erudi-

ción?

Acerca de un grupo de germanos, Tácito comete un error obvio al declarar que «su lengua tiene más afinidad con el dialecto de Britania». Es evidente que estaba hablando de celtas y no de germanos. También dice: «Los germanos abundan en groseras variedades de versos, cuyos recitadores, en la lengua del país, son llamados *bardos*.» De nuevo, hay una clara confusión entre celtas y germanos. También señala a Veleda como una profetisa germana, pero el nombre es claramente celta. Discutiremos más adelante este punto en la sección «mujeres druidas». La obtención de augurios de los árboles en las arboledas sagradas por los sacerdotes germanos parece ser un eco de los druidas de Plinio y su muérdago sagrado.

Nora Chadwick ha planteado, sin embargo, otra teoría plausible para explicar la repentina aparición de bosques de roble en referencia a los druidas en las obras de escritores latinos del siglo I a.C. La Galia, debemos recordar, cayó ante Roma en el siglo I a.C. y, por razones que pueden ser discutidas, se dice que los emperadores Augusto, Tiberio y Claudio intentaron eliminar a los druidas. Si esto es así, abandonando su privilegiada posición en la sociedad gala, sus colegios y su séquito de jefes y reyes, ¿se vieron forzados los druidas a esconderse en los rincones más inaccesibles de los bosques de la Galia para enseñar y practicar sus creencias?- La idea cobra cierta credibilidad cuando Pomponio Mela, que escribió unos cincuenta años después de la supresión de los druidas, señala: «Enseñan muchas cosas a lo más noble de la raza en lugares secretos y remotos durante veinte años, *sea en una cueva o en bosques aislados*.

El pasaje nos recuerda actualmente a los «maestros de los setos» de Irlanda que, cuando, a finales del siglo XVII, se puso en marcha un intento de suprimir la educación nativa mediante leyes penales, reunían a sus alumnos en lugares apartados y les enseñaban, mientras uno de ellos se apostaba en un punto de observación para avisar si se aproximaban los soldados ingleses. Trataremos este asunto más profundamente cuando hablemos de los colegios drúidicos.

Sin embargo, es Cornelio Tácito quien nos proporciona una información de incalculable valor sobre los druidas como historiadores cuando, en sus Historias, cita una profecía de los druidas galos hecha en tiempos de Vespasiano, lo que muestra, por cierto, que no habían sido suprimidos por completo. En diciembre de 69 d.C, el emperador Vitelio fue derrotado y muerto por Vespasiano, que, a continuación, reclamó para sí el trono. De acuerdo con Tácito:

Los galos comenzaron a cobrar nueva vida y vigor, persuadidos de que los ejércitos romanos, acuartelados por todas partes, estaban rotos y desanimados. Corrió el rumor entre ellos, y todos lo creyeron, de que los irados y los sármatas habían sitiado los campamentos de Mesia y Panonia, y suponían que los asuntos en Britania no estaban mucho mejor. Pero, sobre todo, la destrucción del Capitolio anunciaba el próximo destino del Imperio Romano. Los druidas, en su salvaje entusiasmo, cantaron sus canciones oraculares en las que enseñaban que, cuando Roma fue, en el pasado, saqueada por los galos, la mansión de Júpiter fue respetada por completo, y la nación sobrevivió al horrible impacto; pero la calamidad del fuego que había ocurrido últimamente era una denuncia del cielo, según la cual el poder y el dominio iban a circular alrededor del mundo, y para las naciones de aquel lado de los Alpes había llegado el momento de convertirse en señores del mundo.

Tácito observa cínicamente: «Así declamaban los druidas en sus cantos de vana superstición».

La profecía parece haber llegado trescientos años antes de lo debido, pero hay que señalar que, efectivamente, los pueblos germánicos al norte de los Alpes se convirtieron en señores del mundo conocido tras la caída de Roma.

Un punto particularmente interesante es que los druidas de 69 d.C. aún recordaban (no está claro si por tradición oral o por registro escrito) la victoria celta sobre el ejército romano en Allia el 18 de julio c 390/387 a.C. Fue la ocasión en la que Brennos y sus celtas saquearon

Roma pero fracasaron en su intento por capturar el Capitolio. Las negociaciones llevaron a Roma a pagar un rescate para que los celtas se retirasen de la ciudad. Esta historia, como demuestra Tácito, era recordada por los druidas, y así lo confirma Ammiano Marcelino, citando a Timagenes sobre el papel de los druidas como historiadores.

Hasta ahora, nos hemos ocupado de las fuentes clásicas que eran favorables al Imperio Romano, fuesen escritores latinos o apologistas griegos. Aparte de aquellos griegos que prestaban sus servicios al Imperio Romano, emergió otra escuela de observadores griegos. Eran estudiosos que habían sido educados en la Escuela de Alejandría, y que escribieron durante el siglo I a.C, pero utilizando también material de fuentes más antiguas. Este grupo se ocupaba de reunir fuentes y tradiciones, citando meticulosamente su procedencia, compilando enciclopedias más que produciendo informes de primera mano. El Profesor Stuart Piggott, uno de los más recientes expertos drúidicos, se inclina a desechar estas obras por ser «en su totalidad obra de biblioteca de segunda mano, sin nuevas observaciones empíricas de informantes de primera mano o de un campo de trabajo dentro de los pueblos celtas». Piggott cree que los textos de la Escuela de Alejandría pecan por idealizar a los druidas como «nobles salvajes» y crear una imagen romántica de los druidas que capturó a los estudiosos franceses e ingleses de los siglos XVII y XVIII.

Ciertamente, estos estudiosos no estaban demasiado preocupados por escribir justificaciones y propaganda, y su tono es más respetuoso respecto a los druidas, que son, en efecto, comparados abiertamente, por primera vez, con los brahmanes de la India. La Sra. Chadwick ha observado que la tradición alejandrina es, por ello, importante, incluso cuando ella tiende a la idealización de Roma.

Dión Crisóstomo (c 40 d.C.-después de 11 d.C), cuyo verdadero nombre era Dión Cocceiano, conocido como «Crisóstomo» —boca de oro— y natural de Bitinia, es la primera figura de importancia en esta nueva escuela. Viajó a Roma, entró en conflicto con el emperador

Domiciano y se marchó entonces para viajar por toda Grecia y Asia Menor, y allí, en Galacia, encontró a los celtas.

Dión Crisóstomo, en su Oratio, es muy respetuoso con los druidas. Fue él quien los comparó, fielmente, según mi opinión, con los brahmanes de la India, y menciona tanto su influencia política como sus logros intelectuales, atribuyéndoles avances en el arte de la mántica y en otras ramas de la sabiduría antigua.

Los celtas designaban a sus druidas, que estaban versados tanto en el arte de la videncia como en otras formas de sabiduría sin las cuales los reyes no están autorizados a adoptar ningún plan o decisión, así que, de hecho, son ellos los que gobiernan y los reyes se convierten en sus subordinados e instrumentos de sus juicios, mientras se sientan en tronos de oro y habitan en grandes casas y son festejados con suntuosidad.

Es en la Escuela Alejandrina donde escuchamos la comparación de los druidas con los pitagóricos, especialmente en sus enseñanzas sobre la inmortalidad del alma que discutiremos posteriormente. Fue Hipólito (c 170-c 236 d.C.) quien reivindica que los druidas recibieron esta enseñanza por mediación del esclavo de Pitágoras, Zalmoxis. Hipólito contradice, por tanto, a Clemente de Alejandría (c 150-211/216 d.C), que pretende que Pitágoras desarrolló sus ideas a partir de las tomadas a los celtas. Diógenes Laercio (escribió entre 225 y 250 d.C) tomó a Polihistor como su principal autoridad sobre las doctrinas de Pitágoras. Polihistor escribió una obra especial sobre Pitágoras que se ha perdido, pero a la que Diógenes, obviamente, tuvo acceso. Diógenes era consciente de los argumentos de Clemente, pero toma partido por Hipólito. El argumento de Clemente giraba en torno a un curioso concepto: «*Fue entre los griegos donde la filosofía llegó a lo más alto: su propio nombre no se puede traducir a ninguna lengua extranjera.*»

Aparte de Dión Crisóstomo, Hipólito y Diógenes Laercio, Orígenes (c 185-255 d.C.) y Cirilo de Alejandría (arzobispo de la ciudad entre 412 y 444 d.C.) se sumaron también a la discusión sobre los druidas

como filósofos. Orígenes, que era el sucesor de Clemente como cabeza de la escuela cristiana en Alejandría, pretendía que los celtas enseñaron el monoteísmo. Todos estos temas serán estudiados en nuestro capítulo sobre los druidas como filósofos.

En los escritos alejandrinos encontramos referencias a escritores anteriores que habían estudiado a los celtas y a los druidas, pero cuyas obras no se habían conservado en su integridad. Timeo (c 356-260 d.C.) fue utilizado con frecuencia como una autoridad por Diógenes Laercio y Clemente de Alejandría. Sotión de Alejandría (que escribió su obra entre 200 y 170 a.C), un filósofo, era la mayor fuente sobre los druidas para Diógenes Laercio. Escritores griegos, desde Heródoto de Halicarnaso (c 490-425 a.C.) hasta Alejandro Cornelio Polihistor (nacido c 105 a.C), son citados pero no llaman a los druidas por ese nombre.

Entre las autoridades citadas también se encuentra Aristóteles (384-322 a.C), el famoso discípulo de Platón. Pero la obra citada por Diógenes, llamada *Magikos*, como he dicho antes, fue identificada por V. Rose (en *Aristoteles Pseudoepigraphus*, Leipzig, 1863) como erróneamente atribuida a Aristóteles. Sin embargo, la obra fue escrita, con certeza, en el siglo II a.C, lo que la convierte en una de las primeras obras que mencionan la filosofía druidica, y, por ello, sea obra de Aristóteles o no, merecedora de consideración. La falsa identificación de Aristóteles como el autor procede de una lectura errónea de la cita de Diógenes sobre Polihistor y que fue corregida por R.D. Hicks en su obra *Diogenes Laertius* (1958). Diógenes Laercio señaló que los druidas enseñaban en tríadas, y la base de esta tradición era «honrar a los dioses, no hacer el mal y practicar el coraje».

Aunque el profesor Piggott reconoce que los escritores alejandrinos estaban comprometidos en obras de síntesis y colación, preservando muchos textos anteriores importantes que, de otra manera, se hubiesen perdido, tiende a apreciar más la tradición de Posidonio «que procede

principalmente de información de primera mano sobre costumbres y hábitos celtas», y suele ignorar la tradición alejandrina por ser portadora de una «imagen romántica de los filósofos bárbaros, que nos lleva desde los druidas, tal y como fueron, a los druidas, tal y como nos hubiera gustado que fueran». Sin embargo, está claro que la mayoría de la información que ofrecen los escritores de la tradición de Posidonio es meramente repetitiva respecto a la información del propio Posidonio. Incluso César, que estuvo en una posición de tener un enorme conocimiento de primera mano, tiende a utilizar a Posidonio como su base, aunque es verdad que añade a nuestro conocimiento algunas observaciones originales. Pero, como ya ha quedado claro, César no es digno de toda la confianza. Sus comentarios sobre Britania, por ejemplo, son ridículamente erróneos.

Pero muchos de los britanos de tierra adentro no cultivan cereales. Viven de la leche y la carne y van vestidos con pieles. Todos los britanos tienen sus cuerpos con un tinte que produce un color azul. Esto les confiere un aspecto terrible en la batalla. Llevan el pelo largo y se afeitan todo el cuerpo excepto la cabeza y el labio superior.

Los celtas eran maniáticos respecto a la apariencia personal. Diodoro Sículo señala que la sopa era un invento y una palabra celta. Durante la época de César, Britania era reconocida en el mundo romano por su comercio de madera y porque un romano que poseyese una capa de lana de Britania obtenía el mismo prestigio que muchos habrían reconocido en el propietario de un traje de *tweed* de Harris hace unas pocas décadas. No es este el lugar para refutar detalladamente las opiniones negativas de César. Incluso Estrabón, contemporáneo de César, señala que, puesto que Britania era un centro comercial importante fuera del Imperio Romano, el comercio en pie de igualdad con Britania produciría más beneficios a Roma de los que se obtendrían si la isla se convirtiese en una provincia romana, y el tesoro romano tuviese que pagar un ejército estacionado y un servicio civil que abarcase todo el país. Esto es difícilmente compatible con el país

salvaje que César intenta retratar para justificar su invasión y conquista.

Hay otra cuestión sobre los escritores de Posidonio. No suelen reconocer sus fuentes, mientras que los escritores alejandrinos lo hacen con meticulosidad. Así, ambos grupos están citando, realmente, a otros escritores con unas pocas observaciones de primera mano de la sociedad celta, y con los posidonianos escribiendo, claramente, para apoyar la ética del Imperio Romano.

Estas escuelas, los posidonianos y los alejandrinos, constituyen, por tanto, nuestras fuentes clásicas sobre los druidas. De acuerdo con estas fuentes, tenemos que tener presente, por encima de todo, que, sean claramente en contra o a favor de los celtas, siguen siendo observaciones hechas por gente cuyos conceptos sociales y culturales eran ajenos a los celtas. Por eso, incluso el observador más favorable puede malinterpretar completamente el tema sobre el que está escribiendo. Como un hecho puede ser drásticamente modificado por una mala interpretación me ocurrió en mis propias carnes cuando investigaba para mi libro *MacBeth: Rey Supremo de Escocia 1040-57 d.C.* (1980). Antes del siglo *xi* d.C, en Escocia, en la ley celta no había nada parecido al concepto de primogenitura, esto es, la sucesión del hijo mayor. Los Reyes Supremos eran elegidos, no por el pueblo en su conjunto, sino mediante un sistema hereditario limitado, primero por el *derbhfine* del clan y posteriormente por los sub-reyes y jefes. ¿Qué le parecería este sistema a un observador habituado al sistema de primogenitura? Tenemos el ejemplo de un comentario del distinguido historiador inglés del siglo *XIX*, el profesor A.J. Church.

Church observa ingeniosamente que la querrela por el trono en Escocia debió haber sido un asunto especialmente sangriento, ¡porque en muy raras ocasiones un hijo sucedía a su padre en el trono! Puesto que la ley celta prevé que el mejor candidato de la familia pueda gobernar, en lugar de que sea, simplemente, el hijo del anterior rey, podemos ver qué fácilmente se pueden malinterpretar por completo los conceptos sociales y culturales e imaginar tumultos y derramamientos

de sangre donde no hubo nada. Los comentarios griegos y latinos son, ciertamente, valiosos, pero no deben ser tratados sin precaución.

LOS DRUIDAS VISTOS POR LOS CELTAS

POR EL TIEMPO EN QUE LOS CELTAS comenzaron a consignar por escrito su fabulosa riqueza de enseñanzas, mitología, historia y filosofía, su mundo no sólo se había reducido en tamaño, sino que se habían convertido al Cristianismo. De hecho, el verdadero acto de conversión fue la forma mediante la cual fue superada la prohibición drúidica de poner por escrito su conocimiento. Durante este proceso, la actitud cristiana fue, generalmente, de enemistad hacia los druidas. Éstos eran, evidentemente, retratados como los enemigos del Cristianismo, mantenedores de la antigua religión, y por eso fueron relegados al papel de chamanes, magos y «doctores brujos», aunque este prejuicio variaba de un escritor a otro. El Dr. Douglas Hyde, en su seminario *Historia literaria de Irlanda* (1899), señaló: «Existía un número suficiente de personas en la Irlanda cristiana primitiva que no consideraba a los druidas completamente malos, sino que creían que podían profetizar, al menos en el interés de los santos.»

Con la dominación del mundo celta continental por el Imperio Romano y sus herederos, fueron los celtas insulares quienes preservaron, en diferentes grados, las tradiciones nativas de los druidas, aunque a través de ojos cristianizados. Nuestras dos fuentes básicas a este respecto son las fuentes irlandesas y, en mucha mayor medida, las fuentes galesas.

En la Irlanda medieval, las clases conocidas por los romanos en la Galia continuaban teniendo sus equivalentes. Druidas (*druí*), vates (*fáith/fáidh* o *fil*) y bardos (*bard*). En términos irlandeses de este período, equivalían a «mago», «profeta» y «poeta».

El *Leabhar Gabhála* (Libro de las invasiones) aclama a Amairgen, un hijo de Miliesio, como el primer druida de los gaélicos en Irlanda. Su esposa Scena murió en el viaje a Irlanda y fue enterrada en Inverksce-na

(Río Kemare, condado de Kerry). Es Amairgen quien pronuncia el primer juicio emitido en Irlanda al decidir que Eremon debería convertirse en el primer rey milesio del país. Tres poemas son atribuidos a Amairgen y quizás el más famoso es el extraordinario conjuro a sí mismo utilizado como cita inicial para su obra. En esta «canción», Amairgen subsume todo a su propio ser con una visión filosófica que tiene paralelos en la declaración de Krishna en el *Bhagavad-Gita* hindú. El encantamiento es recogido en un poema atribuido a Taliesin en el siglo VI d.C, del cual los siguientes versos son una sección comparativa:

He sido un salmón azul
He sido un perro salvaje
He sido un ciervo cauteloso
He sido un venado en la montaña
Y un tocón de un árbol sobre una pala
He sido un hacha en la mano
Un alfiler en unas pinzas
Un semental en celo
Un toro enojado
Un grano en crecimiento
He estado muerto, he estado vivo
Soy el compositor de canciones
Porque yo soy Taliesin

Por supuesto, la tradición de Amairgen es mucho más antigua que la de Taliesin y, bien podría ser que el compositor del poema de Taliesin estuviese influido por la fuente irlandesa. También debe tenerse presente que muchas tradiciones y poemas que han sido atribuidos a Taliesin se han demostrado espurios.

Para aquellos que vuelvan al poema inicial del conjuro de Amairgen, al

comienzo de este libro, hay que explicar que Tethra era un misterioso dios marino fomorio que tenía la espada Orna, una espada que podía hablar y recordar sus hazañas. Ogma la reclamó tras matar a Tethra en la segunda batalla de Magh Tuireadh (Moytura). El «ganado» al que se refiere Amairgen era, de hecho, peces, como corresponde a un dios marino. Como señalan los hermanos Rees, igual que Krishna, «Amairgen, en el océano de la no existencia, encarna la unidad primordial de todas las cosas. Como tal, tiene el poder de dar vida a un nuevo mundo, y sus poemas son de la naturaleza de los conjuros de creación.»

Otro de los conjuros poéticos de Amairgen está dirigido a la propia Irlanda:

*Invoco a la tierra de Éire
Muy bañada por el fértil mar.
Fértil es la montaña plagada de fruta,
Fruta esparcida por el bosque lluvioso,
De lluvia es el río con cascadas,
Cascadas junto al lago de profundas pozas,
Profundo es el pozo de la cumbre,
Un pozo de tribus es la asamblea.
Una asamblea de reyes es Tara,
Tara es la colina de las tribus,
Las tribus de los hijos de Mil,
De Mil el de los barcos-
Como un barco majestuoso es la tierra de Éire,
Majestuosa tierra de Eire cantada con misterio,
Y conjuro de gran astucia,
La gran astucia de las esposas de Bres
Las esposas de Bres de Buaigne*

*Pero a la gran diosa Eire
Eremon la ha conquistado.
Yo, Amairgen, la invoco.
Invoco a la tierra de Eire.*

De nuevo se trata de un conjuro de creación para la nueva Irlanda.

Si Amairgen era considerado el primer druida de los gaélicos, esto no significa que fuese el primer druida conocido en Irlanda. Partholón, que, según el *Leabhar Gabhála* (Libro de las Invasiones), lideró la tercera invasión mítica de Irlanda, tenía tres druidas. Una vez más nos encontramos con el número místico tres, tan predominante en la tradición celta. Estos I druidas se llamaban Fios, Eolas y Fochmarc. Los tres nombres significan «conocimiento»

Seguendo a esta misma fuente, fue un druida de los nemedios, llamado Mide, quien encendió el primer fuego druídico en Uisnech (Ráth-conrath, condado de Westmeath), un lugar considerado «el ombligo de Irlanda», es decir, el centro exacto del país. El primer fuego ardió durante nueve años, y se suponía que cualquier fuego sagrado de Irlanda había tomado su lumbre de éste. A partir de entonces, los druidas se reunían cada año para alumbrar los famosos fuegos de Bel (Beltaine, el 1.º de mayo) en Uisnech, donde se alzaba la Piedra de las Divisiones (*Aill na Mirenn*). El culto de Bel estaba generalizado en todo el mundo celta, emparentado con Beleños, Beli y Bilé, una divinidad solar que aparece en muchas monedas galas, y entre cuyas atribuciones estaba el reunir las almas del pueblo y acompañarlas al Otro Mundo.

En Irlanda, Uisnech era también el lugar donde el Rey Supremo, Tuathal Techtmhair, construyó un palacio y creó una quinta provincia, Midhe (Meath) o la Provincia Media, como un territorio exclusivo del Rey Supremo en Tara, una zona neutral donde podría vivir para que los asuntos de su propia provincia no fuesen mayores que los de las otras provincias de Irlanda. Es significativo que se identifique a Uisnech, con el «Monte Killarus» donde, según Geoffrey de Monmouth, Merlín, el arquetipo de druida de la saga artúrica, tomó las piedras con las que, se

dice, edificó Stonhenge.

Resulta interesante que la costumbre de la reunión anual de los druidas en Uisnech, como centro u «ombligo» de Irlanda, coincida exactamente con lo que Julio César cuenta sobre los druidas de la Galia: «En una fecha establecida de cada año, mantienen una reunión en un lugar sagrado en el país de los Carnutos, que se supone que es el centro de la Galia».

Los Tuath Dé Danaan, los propios dioses y diosas de Irlanda, también cuentan con sus druidas. En la noticia más antigua que tenemos, se dice que los hijos de Danu llegaron a Irlanda desde cuatro ciudades fabulosas: Falias, Gorias, Finias y Murias. En cada ciudad habían sido instruidos por druidas u «hombres sabios», llamados Morías, Urias, Arias y Senias. Así pues, también los dioses debían obtener su sabiduría de manos de druidas místicos. Ogma, el hijo de El Dadga, el padre de los dioses, se convierte en dios de la elocuencia y la poesía, al tiempo que se le considera el dios de los propios druidas. Los druidas de los Dé Danaan invocaron tormentas en un intento por rechazar a los invasores milesios, y fue un druida milesio, Caicher, quien profetizó la victoria de su pueblo sobre los Dé Danaan.

El druida más interesante en la saga irlandesa es Mug Ruith (en ocasiones llamado Magh Ruith), que es descrito de diferentes formas, como druida jefe de Irlanda o, incluso, como druida jefe del mundo. Según Thomas O'Hahilly: «Siendo en origen el dios-sol, fue convertido en nuestros textos, por medio de un eufemismo, en «druida» hacedor de maravillas o mago (*druí*).» Mug Ruith es un eufemismo de Roth, la rueda que es la representación del sol, y de la que se decía que había perdido un ojo. También es capaz de secar las aguas, un elocuente atributo de los dioses solares. Mug Ruith vive recorriendo sus diecinueve reinos y es conocido como *Mac Seinghesa*, «hijo de la antigua sabiduría». Además, conduce un carro de metal blanco con brillantes gemas, cuya luz transforma la noche en día, y sobre el que puede viajar por el aire como un pájaro.

El carro es, por supuesto, el propio sol. Mug Ruith lleva una rueda solar, el *Roth Fáil* o «rueda del destino», capaz de cegar a quien la mire. Mug Ruith combate contra Cormac Mac Art y expulsa al Rey Supremo de Munster tras batallar con el druida Ciothruadh en un fabuloso combate aéreo. Sus tradiciones se sitúan en Munster. Anroth, «la rueda incandescente», figura como el nombre de un antepasado mítico de los reyes Eoghanacht de Cashel. También se le conoce por el nombre de Rothechaid Rotha, «gran viajero de la rueda». Mug Ruith también es reivindicado como el antepasado de los Fir Maige Féine, que dieron su nombre a la baronía de Fermoy en el condado de Cork.

En los mitos y anales irlandeses aparecen muchos druidas fascinantes. Está Findgoll Mac Findemas, druida dedicado a Bres, que gobernó durante un breve tiempo a los dioses; y Trosdan, que inventó un antídoto contra las flechas emponzoñadas que utilizaban algunos invasores de Irlanda. O bien Cabadios, abuelo de Cúchulainn, y Morann, juez supremo y druida del Ulster, que nació con un amnios sobre su cabeza. Su padre ordenó que muriese ahogado, pero fue salvado y recogido por un herrero. Su juicio más conocido fue acerca de quién debía adoptar a Cúchulainn. Tages, padre de Murna, la madre del famoso guerrero Fionn Mac Cumhail, era también druida. Lamhderg, un druida eremita, vivía en una solitaria montaña de Donegal. Dadera fue asesinada por Eoghan, rey de Munster, y el propio Eoghan se casó con Monchae, la hija del druida Treth Mocea Creccai. Monchae dio a luz a Fiachu Muillethan, de quien decían descender todos los reyes de Munster. Olc Aiche, otro druida, profetizó la muerte de Cormac Mac Art. Se dice que Cormac murió asfixiado por unas espinas de salmón, por culpa de la maldición que los druidas habían arrojado sobre él cuando anunció su conversión al Cristianismo. Fiachu Sraibtine (Fécho), un rey de Tara y antepasado de Niall de los Nueve Rehenes, escogió voluntariamente la derrota y el deshonor cuando su druida le anunció que aquel era el único medio por el que podría asegurar la sucesión para sus descendientes. Otro druida, Crond ba Druí, es considerado el antepasado de los cruthin (o pictos) del Ulster. Cáthair Mar, un rey de Leister, se permitía

proclamar ante su pueblo:

*Yo soy Cáthair el triunfante
Yo soy vuestro druida y vuestro padre.*

Otro ejemplo más lo tenemos en el ciclo irlandés referente a Fionn Mac Cumhail, donde aparece Fir Droirich, «el Druida Negro», que convierte a Sibh, futura esposa de Fionn y madre de Oisín, en un cervato. Por eso, cuando nació Oisín, fue también llamado el «pequeño ciervo».

El druida Sithcenn es una de las figuras principales de la historia de Niall de los Nueve Rehenes. Niall y sus cuatro hermanos fueron enviados a él para ver que les depararía el futuro. Sithcenn los atrajo a su fragua y la prendió fuego para ver qué objetos rescatarían de las llamas. Mientras los otros salieron con mazos, un tonel de cerveza, fuelles, y puntas y mangos de lanza, Niall salió con el yunque, y de ahí Sithcenn profetizó que sería el más grande Rey Supremo de Irlanda.

Quizás el druida mejor dispuesto que aparece en la mitología irlandesa sea, dentro del ciclo de la Rama Roja, la figura de Cathbad, druida y consejero de Cónchobhar Mac Nessa, rey del Ulster. El Dr. Dáithí O hÓgáin ha señalado que algunos de los *status* originales de los druidas impregnan este texto primitivo. Nos enteramos de que nadie está autorizado a hablar en la asamblea del reino del Ulster, ni siquiera el rey, hasta que lo hubiera hecho Cathbad. En un pasaje del *Mesca Ulad*, o «La embriaguez de Ulster», en una versión ofrecida por el *Leabhar na hUidri* (Libro de la vaca parda, compilado en 1100 d.C. en Clonmacnoise), Cónchobhar se levantó para hablar en la asamblea. Nadie podía hablar antes que él, pero él no podía hablar antes que su druida. Hubo un silencio, y se dice que se podía haber oído el sonido de una aguja cayendo desde el techo hasta el suelo. Pero Cónchobhar, sometido a la poderosa *geasa* (prohibición), fue incapaz de decir nada. Finalmente, Cathbad pregunta: «¿Qué ocurre, oh, rey?», tras lo cual Cónchobhar pudo hablar, pues su druida había pronunciado las primeras palabras. Así, por diferentes medios, Cathbad el druida tenía un *status*

superior al del rey. El pasaje nos recuerda el comentario de Dión Crisóstomo, cuando dice que los druidas estaban tan altamente considerados socialmente que «a los reyes no les estaba permitido adoptar plan o decisión alguna» sin haberles consultado, «de manera que, de hecho, eran ellos los que gobernaban y los reyes se convertían en subditos...»

Por casualidad, nos enteramos, por una versión de la historia, que Cónchobhar es, en realidad, el hijo de Cathbad, fruto de su unión con Ness, la hija de Eochaidh Sálbuidge, y nos enteramos también de que Cathbad había profetizado muy temprano la grandeza de su hijo.

Los druidas hacen su aparición en el nombramiento de reyes de Irlanda, tales como aquellos asociados con los semi-legendarios Cormac Art, Eoghan Mor y Conall Gulban. Conall por ejemplo, debe su nombre al druida de Muireadhach Meann, rey de Calraighe (condado de Sligo), y cuando resultó herido, fue curado por Dúnadheach, el druida de la princesa Doireann, que se había enamorado de él. El Rey Supremo, Laoghaire, envía a sus dos hijas a ser instruidas por dos druidas en Cruachan, en Connacht.

En el siglo VII d.C, Muirchú Moccu Machteni de Armagh escribió una *Vida de San Patricio*, conservada en una forma corrupta en el *Libro de Armagh*. En éste se habla de la confrontación de Patricio con los druidas en Tara:

Y ocurrió en aquel año, que, en la misma noche en la que el Santo Patricio estaba celebrando la Pascua, había una ceremonia idólatra que los gentiles (irlandeses paganos) acostumbraban a celebrar con conjuros diversos y artilugios mágicos, y con otras supersticiones idólatras cuando los reyes, sátrapas, jefes, príncipes y los grandes del pueblo se reunían, y cuando los druidas, cantores, profetas y los inventores y practicantes de todo tipo y talento, eran convocados por Laoghaire en Tara, su Babilonia, como en su día hizo el rey Nabuconodosor.

La vida tripartita de San Patricio señala que Tara, la sede de los Reyes Supremos irlandeses, era «la principal (sede) de la idolatría y el druidismo en Irlanda».

De hecho, la historia del conflicto de San Patricio con los druidas en Tara está claramente construida basándose en la confrontación de Daniel y los profetas de Baal. Para obtener un mejor efecto, Muirchú cambió en el relato la fecha del 1 de mayo del ritual del fuego de Beltaine para coincidir con la celebración de la Pascua, y también cambió la localización, de Uisnech a Tara, de manera que Patricio pudiese iluminar sus fuegos rivales sobre la colina de Slane. Lucet Mael (el primer nombre significa «seguidor de Lugh», dios de las artes y oficios; y el segundo «calvo» o, mas bien, «tonsurado») profetiza junto a otro druida, Lochru, el final de su poder y el advenimiento de otros nuevos, en la forma del Cristianismo de Patricio. Éstos son los druidas que disputan con Patricio y que están basados en los brujos de Nabuconodosor. En la versión de Muirchú, Laoghaire es convertido; por el contrario, en la versión de Tirechán, escrita también en el siglo VII, Laoghaire rechaza el bautismo, y cuando muere es enterrado como un guerrero, según la manera pagana tradicional, en posición vertical y completamente armado, en los terraplenes de Tara y con la cara vuelta hacia sus enemigos de siempre, el reino de Laighin (Leinster).

Lucet Mael es típico de la nueva imagen cristiana del druida, contemplado como un brujo por su habilidad para hacer que nevase cuando lo desearan, crear ilusiones, interpretar sueños, curar enfermedades, maldecir a la gente y proporcionar sagaces consejos militares. También encontramos, en *La vida tripartita de San Patricio*, del siglo IX d.C, una referencia a un intento de asesinato de Patricio por nueve druidas instigados por Amalgaid, hijo de Fiachra-Ealgach, cuya tierra era Hy-Amhlagaidh, cerca de Killala. En la *Vida de Patricio* de Tirechán se nos informa que el druida de Amalgaid, un tal Rechrad, y ocho compañeros (¿todos druidas?) llevaban túnicas blancas (¿vestimentas drúidicas?) cuando intentaron matar a Patricio.

Otros dos druidas aparecen de forma más benigna en la historia de San Patricio: Ida y Ono, druidas de Corchachlann, cerca de Roscommon,

que regalaron a Patricio su casa, Imleach Ono, convertida desde entonces en la fundación religiosa de Elphin (*Ailfinn*, piedra blanca).

De Colmcille (Sta. Columba, c 521-597 d.C.) se decía que había sido descendiente de Niall de los Nueve Rehenes. Algunas referencias en manuscritos sugieren que recibió su primera educación de un druida. Las explicaciones varían. En una versión, fue su madre quien la llevó al druida; en otra, el clérigo es el encargado de su educación. En la compilación del siglo XV, el *Libro de Lismore*, el druida es llamado, simplemente, profeta (*flaidh*). Al principio se le pregunta cuándo sería un tiempo propicio para que Colmcille iniciase su educación. Después de «escudriñar el cielo» (¿astrología?), respondió que Colmcille debía comenzar en aquel mismo instante. El druida tenía un pastel con un alfabeto escrito en su parte superior, y ordenó a la muchacha que lo comiera. Por la forma en que comió el pastel, el druida profetizó entonces que Colmcille sería famosa, tanto en Irlanda como en Escocia.

El rey Supremo era en aquel tiempo Diarmuid Mac Cearbaill, que reinó entre 545 y 568 d.C. Se dice que tenía por consejeros tanto a cristianos como a druidas en su corte de Tara. Su druida jefe era Beag Mac Dé (en ocasiones llamado Bec Mac Dé), a quien escritores posteriores convirtieron en un «santo» celta. Diarmuid es, de acuerdo con los textos, una interesante combinación de cristiano y pagano. Fue él quien obligó a Cólmenle a exiliarse en Escocia, un hecho del que oiremos hablar posteriormente.

Cuando uno de los hombres de Diarmuid fue asesinado por un jefe de tribu llamado Aodh Guaire, emparentados por crianza con San Ronán, Diarmuid envió sus hombres para arrestar a Aodh. Como quiera que San Ronán lo había escondido, Diarmuid arrestó a Ronán en su lugar. El Rey Supremo fue entonces condenado por los eclesiásticos cristianos a causa de su acción, y se cuenta que Ronán pronunció su famosa maldición: «¡Desolada queda Tara para siempre!» La historia cuenta que Tara fue abandonada y jamás recobró su antiguo esplendor. A pesar de tan dramática historia, la evidencia arqueológica muestra que Tara floreció durante varios siglos después de este período.

Cuando la mujer de Diarmuid, Mughain, tuvo una aventura amorosa

con Flann Mac Dima, Diarmuid quemó la fortaleza de Flann cuando éste se encontraba en su interior. Herido de gravedad, Flann, se vio obligado a evitar las llamas refugiándose en un tanque de agua, donde se ahogó. San Ronán profetizó que, como castigo, una viga caería sobre la cabeza de Diarmuid y lo mataría. En otra versión, San Ciarán predice que Diarmuid sufrirá la misma muerte que Flann.

Sin embargo, es Beag Mac Dé, el druida, quien pronuncia la profecía más interesante de todas, un ejemplo del misticismo de la Muerte de Tres Caras que surge en la mitología celta. Su profecía fue que Diarmuid sería muerto por el pariente de Flann, Aedh Dubh Mac Suibni, en la casa de Banbán de Ráith Bec, un pequeño fuerte circular al este de Antrim. Su muerte sólo podría tener lugar una noche en la que llevase una camisa cuyo lino procediese de una única semilla, que bebiese, además, cerveza fabricada con un solo grano de cebada, y que comiese cerdo que fuese hijo de una cerda no hubiese parido nunca. Moriría quemado, ahogado y golpeado en la cabeza por la viga maestra de un tejado. La profecía parecía tan imposible que Diarmuid la desdeñó, a pesar de lo cual expulsó de Irlanda a Aedh Dubh y se procuró otras formas de protegerse de cualquier circunstancia que pudiese facilitar el cumplimiento de la profecía.

Y sin embargo, ocurrió que un día Banbán invitó al Rey Supremo a una fiesta, y Diarmuid, ignorando la profecía, acudió a su fortaleza. Una vez en casa de Banbán, su anfitrión sugirió que, puesto que Mughain, la mujer del rey, no lo había acompañado, su propia hija «sería su esposa aquella noche». La muchacha llevó a Diarmuid una camisa de noche, comida y cerveza. La profecía comenzaba a cumplirse. Dándose cuenta de su inminente condena, Diarmuid saltó hacia la puerta, pero Aedh Dubh estaba allí y lo acuchilló. Herido, Diarmuid se escondió dentro de la casa, pero los hombres de Aedh Dubh la prendieron fuego. Buscando escapar de las llamas, Diarmuid se metió dentro de un tonel de cerveza, al tiempo que una viga ardiendo caía sobre su cabeza. La profecía se había cumplido en todos sus términos.

Los druidas, como símbolos de gente informada o sabia, continúan durante mucho tiempo en la literatura irlandesa. El poeta y monje Blath-

mac, hijo de Cú Brettan (escribió entre 750 y 770 d.C), fue capaz de escribir sobre Jesucristo:

*Ferr fáith, fisidiu cech druí
Rí ba hepseop, ba lánsuí*

Mejor que un profeta, con más conocimientos que cualquier druida, un rey que era obispo y muy sabio.

También tiene interés, entre las referencias irlandesas sobre los druidas, el hecho de que haya una mención a la tribu llamada los Corco Modruad («semilla de mi druida»), en el norte de Clare y en la isla de Beare, en Cork. Y, por supuesto, ya hemos mencionado a los Fir Maíge Féne de Fermoy, de quienes se decía que eran descendientes del druida/divinidad solar Mug Ruith.

«Es muy cierto, en efecto, que el sistema druídico de la Galia, Britania e Irlanda era, originariamente, uno y el mismo», comenta el Dr. P.W. Joyce. Sin embargo, en lugar de poner en cuestión la veracidad de las informaciones de César, Joyce las acepta como infalibles y explica, entonces, la diferente imagen mostrada por los testimonios nativos celtas en Irlanda y Britania, arguyendo que «estuvieron separados y aislados durante muchos siglos de los pueblos celtas de la Galia, y así, tanto su sistema religioso como su lengua, lógicamente, se diferenciaron. Por eso, el druidismo de Irlanda, tal como se nos describe en las fuentes nativas, difiere en muchos aspectos del de la Galia».

Joyce está de acuerdo en que los druidas eran la clase intelectual en Irlanda, al igual que en la Galia y que «entre ellos se daban todas las profesiones intelectuales». También es interesante que Joyce acepta, en realidad, ocho puntos de similitud entre los druidas irlandeses y galos, estos últimos descritos según las fuentes clásicas: 1) Ambas clases eran conocidas por el mismo nombre: druidas. 2) Tanto los druidas galos como los irlandeses eran considerados videntes, profetas, jueces, poetas, etc. 3) Eran la única clase intelectual de los celtas. 4) Eran maestros,

especialmente de los hijos de reyes y jefes de tribu. 5) Sus discípulos necesitaban un largo período de aprendizaje, durante el cual aprendían de memoria un gran número de versos. 6) Eran consejeros de los reyes, tenían gran influencia y, a menudo, derecho a hablar los primeros, antes, incluso, que los reyes, y se les respetaba enormemente. 7) Tanto los irlandeses como los galos tenían mujeres druidas, y 8) Adoraban a un gran número de dioses. Nos ocuparemos en breve del asunto de las mujeres druidas. En las fuentes irlandesas, los druidas masculinos tenían una tonsura. Parece obvio que los druidas de Britania tuviesen también una forma similar de corte de pelo, aunque no esté documentado específicamente. El concepto de tonsura aparece en muchas culturas y religiones. Los budistas y los monjes Jaina, también hindúes, cortan su cabello como una forma de iniciación religiosa. En tiempos antiguos, un niño hindú, al cumplir los dos años, se sometía a la ceremonia del cudakarana, haciéndose una tonsura para mostrar su paso de bebé a niño. Hoy en día, el cudakarana es más simbólico que real. No es, pues, sorprendente encontrar una tonsura drúidica en la antigua sociedad celta.

El erudito Maud Joynt trata la tonsura drúidica en su artículo «*Airbacc giunnae*» (Eriu, X, 1928, pp. 130-34). Tirechán es una de nuestras primeras autoridades en mencionar la tonsura. Lucet Mael y Caplait, dos druidas que fueron tutores de las hijas del Rey Supremo Laoghaire, Ethne y Fidelma, se cortaron el pelo a la manera conocida como *airbacc giunnae*, que PW. Joyce cree que significa «corte del pelo (como una) valla», lo que implica cortar una especie de alero o valla a lo largo de la cabeza, cortado de oreja a oreja, dejando afeitada la parte delantera del cráneo. Joynt, sin embargo, cree que significa «curva frontal de la tonsura». El nombre Mael, «calvo», como hemos dicho antes, podría significar igualmente «tonsurado». Los autores latinos se refieren a Lucet Mael como Lucet Cal-vuc, obviamente, del latín *calvus*, calvo.

Cuando el Cristianismo arraigó entre los celtas, la tonsura drúidica fue conservada y se convirtió en la tonsura de los religiosos cristianos celtas, aunque en el glosario de Ferfesa O'Mulchonry (Anuales Ríoghachta Éireann), el nombre de tonsura se convirtió en herrad mog o tonsura

civilis. La descripción más explícita de la tonsura nos la da la carta de Ceolfrid a Naiton, rey de los pictos, que dice que es como un rasurado en la parte delantera de la cabeza, en una línea de oreja a oreja, con el pelo largo creciendo hacia atrás. Por supuesto, los escritores celtas cristianos posteriores no reivindicaban un origen celta de esta tonsura, sino que argumentaban que era la tonsura de San Juan.

Los romanos opuestos a la Iglesia celta, en particular Aldhelm de Malmesbury, argüían que era la tonsura de Simón el Mago. Tanto La vida tripartita de San Patricio como la Vida de Patricio de Tirechán señalan que, cuando Cass Mac Glais, el porquerizo del Rey Supremo Laoghaire, fue bautizado por Patricio, se cortó el pelo de esta forma. Pero, según Dom Gougard, Patricio era opuesto a esta tonsura y ordeno la excomunión de todos aquellos clérigos irlandeses que se negasen a afeitarse more romano. El excelente estudio de Dom Gougard está muy arraigado en su doctrina romana, y debemos tenerlo en cuenta para comprender su actitud en esta obra. Si Dom Gougard está en lo correcto, debemos concluir que Patricio no tuvo éxito en su intento y que, finalmente, aceptó la tonsura.

La tonsura celta fue una de las causas de discusión durante el conflicto entre los abogados celtas y romanos en Whitby en 664 d.C. El Concilio de Toledo ya había condenado en 633 d.C. la tonsura de los celtas británicos que se habían establecido en Galicia y Asturias. Sin embargo, se seguía practicando en Landévennec, centro intelectual de la Iglesia celta en Bretaña, en una fecha tan tardía como 818 d.C, cuando el abad Marmonoc recibió la orden de instituir la regla benedictina para reemplazar a la de Guérolé, conocido también en Cornualles como Winwaloe.

Según los *Anales de Tigernach*, la tonsura romana no fue aceptada en Iona hasta, aproximadamente, el 714 d.C, y más allá de esta fecha, los celtas británicos aún llevaban la tonsura celta. Cuánto duró todavía esta moda es difícil de decir. Hay algunas referencias, incluso, a Culdees, (Cele Dé, «sirviente de Dios»), una orden formada por Mael Ruain, fundador del monasterio de Tallaght (muerto en 792 d.C), de quien se decía que había llevado la tonsura celta, mientras recorría Escocia en

una fecha tan tardía como el siglo XIV d.C.

Si aceptan la concepción de los druidas meramente como «sacerdotes», los comentaristas encuentran dificultades para entender por qué otras personas que no eran funcionarios religiosos, también llevaban tonsura.

«Sin duda», dice Dom Gouard, «la tonsura no era un privilegio exclusivo de los druidas. Muy posiblemente, era también practicada por otras clases de la sociedad celta».

Pero se podría replicar que esto sólo confirma la afirmación de que los druidas no eran simplemente un sacerdocio. Sin embargo, hay otro argumento. En muchas partes del mundo, la tonsura se convirtió en una marca distintiva, tanto de la casta guerrera, como de la intelectual o la sacerdotal. En la sociedad celta encontramos también que algunos campeones del rey bretón Waroc'h II (c 577-594 d.c) afeitaban sus cabezas con la misma tonsura druidica. Waroc'h consiguió unir toda la Bretaña contra los ataques de los francos.

La imagen romántica popular de los druidas hoy en día es la de hombres venerables ataviados con trajes blancos. Los druidas de la Historia, como examinaremos con más detenimiento, eran tanto hombres como mujeres, se casaban y tenían hijos. Son numerosas las referencias a hijos de druidas en las antiguas sagas irlandesas, y los textos antiguos pueden confirmar que los druidas eran una casta hereditaria. Plinio ofrece la primera alusión de que los druidas llevaban ropas blancas. Leemos en Tirechán que Rehrad y sus ocho compañeros, los nueve druidas de Amalgaid, a quienes Patricio destruyó arrojando un fuego mágico sobre ellos, también vestían ropas blancas. Por otro lado, Estrabón dice que los druidas iban ataviados con prendas multicolores bordadas en oro. Algunos autores han propuesto que estas «prendas multicolores» podrían, ser una forma primitiva de tartán (tela escocesa de cuadros). También se decía, en las descripciones de los textos irlandeses, que los druidas, llevaban unos collares dorados con forma de serpiente, asociados generalmente con los héroes. Tulchinne, otro druida de Tara, llevaba una capa moteada y anillos dorados, y era capaz de hacer juegos malabares con las nueve espadas

que llevaba consigo. Cuando el afamado Mug Ruith fue a entablar mágica batalla, llevaba una «piel de toro gris oscura, sin cuernos, y una cabeza de pájaro moteada». Mientras Estrabón retrata a los druidas con los pies descalzos, en el *Táin Bó Cuailnge* los druidas llevaban sandalias, y el archidruida llevaba normalmente una guirnalda de roble sobre la cabeza y, por encima de ella, una tiara dorada decorada con «piedras de serpiente» (los huevos de druida de Plinio). Cuando iba a celebrar un rito, se ponía una capa blanca cerrada con un broche dorado. Aunque las referencias en la literatura irlandesa son la principal fuente para las tradiciones nativas celtas de los druidas, también hay datos sobre ellas en otras tradiciones literarias del mundo celta.

Es sencillo, por ejemplo, suponer la presencia de druidas en la Isla de Man (Ellan Vannin), que fue extensamente ocupada por los irlandeses, posiblemente durante los siglos III y IV d.C, imponiendo su lengua a una población de habla celta britana. Pero los documentos maneses (de la Isla de Man), a diferencia de los manuscritos en irlandés antiguo y medio, no comienzan hasta los siglos XVI y XVII. Sin embargo, el folklore manés y sus topónimos están plagados de referencias a dioses precristianos de los celtas. Se cuenta que la isla recibió su nombre del dios marino Mannanán Mac Lir. En una leyenda popular, recogida por A.W. Moore en *Folklore de la Isla de Man* (1891), Mannanán Mac Lir es «un famoso druida que, por medio de la necromancia, sumergía toda la isla de Man bajo las brumas, y si temía a algún enemigo, podía hacer, gracias a sus artes mágicas, que cada hombre pareciese cien.

En la *Vida Tripartita* oímos hablar de Mac Cuiü (latinizado como Mac-caldus), que era un ladrón del Ulster. Por coincidencia, o quizás no, el nombre Mac Cuill (hijo del avellano) es también el de un druida de la mitología irlandesa. Mac Cuill fue convertido por Patricio, pero tuvo que someterse a juicio por la ley Brehon a causa de su anterior vida de crímenes. Y deben haber sido importantes, porque fue abandonado a la

deriva en el mar dentro de un *curragh*⁴ sin comida, velas ni remos. El *Senchas Mor* indica que ser abandonado a la deriva en el mar dentro de un *curragh*, sin comida, velas ni remos era el castigo por homicidio si el culpable no pagaba a la familia de la víctima la compensación oportuna. Está documentado que Hugh de Lacey, el conde anglosajón del Ulster (muerto en 1243 d.C), utilizó la ley Brehon para arrojar a la deriva en un barco a aquellos que habían traicionado a John de Courcy.

Mac Cuill, después de vagar por el mar durante un tiempo, fue arrojado a las playas de la Isla de Man. La ley decía que debía servir al gobernante del territorio en cuya costa desembarcase, a menos que pagase un rescate por su liberación. Pero la *Vida Tripartita* dice que dos hombres, Conindri y Romuil, que eran misioneros cristianos en la isla, «cuando vieron a Mac Cuill en su *curragh*, lo recogieron del mar y lo acogieron en su seno; con ellos aprendió la Ley Divina hasta que asumió el obispado a la muerte de ellos».

Mac Cuill, ciertamente, comenzó a predicar el Cristianismo en la isla y se convirtió en San Maughold (por la distorsión de la versión latina de su nombre, Maccaldus). Muchas localizaciones topográficas de la isla continúan llevando su nombre. Se le considera fundador de una comunidad monástica celta que, durante siglos, fue el monasterio más importante de la isla, hasta que fue reemplazado por el que fundó Rushen en 1134 d.C. Lo más importante para nuestra posterior discusión sobre rituales drúidicos es que Dudley Wright, en *Druidism* (1924), recoge una tradición de los primeros escritores cristianos según la cual, cuando Mac Cuill, o Maughold, llegó a la isla, los druidas estaban ofreciendo un sacrificio humano en el círculo de piedras de Lonan, cerca de Baldrine. Como quiera que previamente habían calentado con fuego la piedra sobre la que estaban realizando el sacrificio, Mac Cuill arrojó agua bendita sobre ella y ésta se rajó de parte a parte. Esto fue un hecho científicamente posible. Los druidas huyeron y el sacrificio se suspendió.

⁴ Un *curragh* es un barco circular típicamente celta, de ocho remos dispuestos también circularmente, y sin vela. N. del T.

La conversión de Mac Cuill por Patricio también queda recogida en el *Liber Ardmachanus* (Libro de Armagh), compilado por Feardomhnach hacia el 807 d.C. Más interesante para apoyar la identidad druídica de Mac Cuill, es que lo encontremos en la obra latina *Inciyiunt crónica regum Mannie & Insularum & episcoporum & quorundam regum Anglie, Scotie, Norwegie* (popularmente conocida como las Crónicas de los Reyes de Man y de las islas), compilado en el siglo XIII. San Maughold o Mac Cuill aparece en una papel druídico muy popular, golpeando a un enemigo muerto con su báculo. Otra historia de Maughold aparece en *Trias Thaumaturgae* (1647), una obra escrita por Sean Colgan de Dongal, profesor de Teología en la Universidad de Lovaina (1590-1658), sobre las vidas de santos irlandeses primitivos, en la que tenemos una glosa más milagrosa.

Una piedra encontrada cerca de Port St Mary, en la isla, y que contiene una inscripción en Ogham, presenta la palabra *droata*, genitivo de *druadh*. William Sacheverell, en su obra *An Account of the Isle of Man* (1703), cree que la isla, que comparte el nombre latino Mona con Anglesey, era, de hecho, la sede principal de los druidas, señalando que antiguamente era también conocida como *Sedes Druidarum* e *Insula Druidarum*. Pero la evidencia para esta afirmación es, por decirlo suavemente, tenue, al estar basada en leyendas tales como la de Dothan, un rey de Alba, que envió a sus tres hijos para que fuesen educados en la isla, o la de Corbed, otro rey mítico de Alba, que también fue educado allí por los druidas. En su *Historia de la Iglesia de Escocia* (1655), John Spottiswood, arzobispo de St. Andrews, supone, a partir de tradiciones eclesiásticas, que la isla fue un centro del druidismo que fue gobernado por un archidruida elegido a tal efecto. Ésta parece ser la fuente de la historia repetida por Sacheverell.

Cuando Colmcille fue expulsado de Irlanda, fundó un centro monástico en Iona (I-Shona, la Isla de los Santos). Este monasterio fue parte del asentamiento que fundaron colonos irlandeses en Caledonia durante el siglo IV d.C. Las fuentes irlandesas sostienen que, después de una hambruna en Munster, un jefe llamado Conaire, hijo de Riada, se dirigió hacia el norte y fundó un reino en el condado de Antrim. El nombre Dál

Riada significa «seguidores de Riada». Después de una discusión entre los Dál Riadans, algunos de ellos cruzaron a Caledonia y formaron un segundo reino a lo largo de la costa, que sería conocido como Airer Gháidhe-al (Argyll), la costa de los gaelicos. Colmcille abandonó al final el asentamiento de Dál Riada y empujó tierra adentro a los nativos caledonios, que popularmente son conocidos por su apodo latino, los pictos (*Picti*, «gente pintada»). Descubrió que los cruthin, el nombre con el que los pictos se llamaban a sí mismos, tenían druidas. John Hill Burton, en su *Historia de Escocia* (1853), aseguraba que no había tradición ni referencia alguna al druidismo en Escocia. Pero el conjunto de pruebas es incuestionable. D'Arbois de Jubainville, en *Los Druidas*, señala que la existencia de druidas en Escocia es un hecho histórico innegable. Hay menciones a los druidas bastante antes de la llegada de Colmcille, cuando Cormac Mac Art envía a pedir a los druidas de Alba su ayuda contra el molesto rey de Munster.

El gobernante de los pictos, en el momento de la llegada de Colmcille a Escocia, era un tal Bruide Mac Maelchon (c 556-584 d.C), considerado el primer rey histórico de los pictos. Adomnán menciona a Bruide varias veces en su obra y señala que jamás se convirtió al Cristianismo a pesar de los grandes esfuerzos de Colmcille. Su muerte está recogida en los *Anales del Ulster*. Está claro, a partir de las informaciones de Adomnán, que la capital de Bruide estaba cerca de donde el río Ness desagua en el Moray Firth, posiblemente el fuerte de la colina de Craig Phádraig (Roca de Patricio). Colmcille viajó hasta la capital de Bruide vía el Firth of Lorn, el Great Glen y el propio Loch Ness. Colmcille salió de su primer encuentro con el rey de los Tuatha Cruthin con un tratado negociado que proporcionaría salvoconductos para los monjes cristianos y misioneros que viajaran a través de territorio picto.

En las *Vidas* de Colmcille encontramos una poderosa figura: el druida Broichán, tutor del rey Bruide y principal antagonista de Colmcille. Vemos a Colmcille comprometida en un concurso de magia contra él y otros druidas, y aún fue capaz de hacer volver a la vida a un hombre muerto para dejar estupefactos a los pictos. Convirtió a una familia picta y, unos días más tarde, uno de sus miembros, un joven, cayó

enfermo y murió. Cuando los druidas proclamaron que aquello era un castigo por su acto de infidelidad hacia los antiguos dioses, Colmcille lo resucitó para demostrar que su magia era más poderosa que la de los druidas. Se dice incluso que Broichnán fue también sanado de una enfermedad gracias a los cuidados de Colmcille, con la condición de que liberase a una prisionera irlandesa.

Uno de los poemas atribuidos a Colmcille demuestra su anti-druidismo:

No es con el estornudo como se escribe nuestro destino,

Ni con el pájaro sobre el borde de una ramita,

Ni con el tronco de un nudoso árbol,

Ni con un murmullo.

Yo no adoro el canto de los pájaros,

Ni el estornudo, ni el destino en el mundo terrenal,

Ni a un hijo, ni el azar, ni a una mujer;

Mi druida es Cristo, el hijo de Dios.

Las referencias son interesantes en este poema, porque tenemos una tradición que dice que los druidas podían adivinar por un estornudo (sre-od) y también por un murmullo (sordán). Según las tradiciones narradas en la obra de William E Skene *Crónicas de los pictos y escoceses* (1867), los druidas fueron conducidos a Alba (Escocia) desde Irlanda por Patricio. Y dice: «de ellos viene todo hechizo y todo encanto y todo sreod (estornudo), y los cantos de los pájaros y todo augurio». Pero no hay nada que sostenga la afirmación de que los druidas no eran una institución nativa entre las tribus celtas de Caledonia antes de la llegada de los Scotti, como fueron llamados los colonos irlandeses Dál Riada.

En narraciones sobre los concursos de magia entre Broichán y Colmcille vemos que el pueblo de Bruide adoraba a cierta fuente, y bebía y se bañaba en sus aguas, y se decía que aliviaba a los leprosos y a los que habían perdido algo de vista. Colmcille bendijo inmediatamente la fuen-

te, para que fuese utilizada por el Cristianismo.

Durante el siglo siguiente, los cruthin, o pictos, se convirtieron al Cristianismo. Fueron uno de los últimos pueblos celtas en adoptar la nueva fe. Hacia el año 625 d.C. encontramos que Nechtán, rey de los pictos, se había convertido en protector de un grupo de monjas de la casa de Santa Brígida en Kildare, que habían venido a Escocia para fundar una «casa hija» en Abernethy.

Lewis Spence cree que muchos rituales drúidicos sobreviven como tradiciones folklóricas en Escocia. En 1656 el presbítero de Applecross, Rosshire, actuó contra ciertas personas por sacrificar toros el 25 de agosto, «día dedicado, como ellos saben, a San Mourie, que así le llaman». En 1678 el presbítero de Dingwall hizo lo propio contra cuatro Mackenzies por sacrificar un toro en una isla en Loch Maree. Thomas Pennant, en su Recorrido por Escocia y un viaje a las Hébridas en 1769 (1771) informa sobre un roble en esta isla de Inis Maree en cuyo tronco se metían agujas y monedas como «ofrendas». Más aún, la gente del lugar tomaba juramentos en nombre de San Mourie. Spence cree que ese Mourie o Maree era «una divinidad primitiva», pero pasa por alto el nombre del conocido druida de Dairbre (Valentía, en Kerry), que era Mug Ruith (Mow-rih). Como hemos visto, Mug Ruith, llamado en ocasiones Magh Ruith, fue originariamente una divinidad solar que fue convertida, por eufemismo, en un druida.

Spence señala que otro ritual es el del TAIGHAIRM, que sobrevive en muchas partes de las Highlands, y en el que un vidente, envolviéndose dentro de una piel de un toro muerto recientemente, espera a que llegue una visión. Discutiremos más adelante estos rituales cuando nos ocupemos de los rituales drúidicos.

Cuando los druidas de Gales hacen su aparición en la tradición literaria galesa, se habían transformado ya en una clase de bardos y poetas.

Sir John Rhys señala en su Britannia celta (1904) que «el druidismo es mucho más difícil de encontrar en la literatura más antigua de los galeses» que en las fuentes irlandesas. La palabra DERWYDDON

(druidas) aparece en un poema en el LIBRO DE TALIESIN aplicado a los Reyes Magos que visitaron al niño Jesús. De hecho, la mayoría de las referencias sobre los druidas en la literatura galesa hablan de ellos como poetas y profetas sabios. Las fuentes literarias proceden principalmente de textos de los siglos XII a XIV d.C. Hay una interesante referencia histórica en el historiador gales del siglo IX Nennio, que escribió una HISTORIA BRITONNUM (Historia de los britanos), alrededor del 829. Nennio dedica dieciocho capítulos a la carrera de Vortigern (VAWR TIGERN, señor), el rey del sur de Britania al comienzo de la retirada romana, a mediados del siglo v d.C. Nennio dice que, cuando Germano de Auxerre excomulgó a Vortigern por adherirse a la herejía pelagiana, Vortigern reunió a doce druidas para que le aconsejaran. Volveremos al significado del pelagianismo cuando tratemos a los druidas como filósofos.

En una elegía a Madog de Powys, Gwalchmai ap Meilyr (1130-1180) escribe: «Quiera Dios que llegue el día de la condenación, desde que los druidas llegan trayendo las noticias acongojantes». Y en un panegírico de Owain Gwynedd (1137-70), Cynndelw Brydydd Mawr (escribió entre 1155 y 1200) escribe: «los bardos son los jueces de la excelencia, incluso los druidas del círculo, de los cuatro dialectos, viniendo desde los cuatro reinos «de Gales)». Continúa hablando de «los druidas de una espléndida raza, que llevan cadenas doradas» como si aún existiesen en el siglo XII. Cynndelw dedica un poema a Owain Cyfeilcawg, príncipe de Powys (c 1149-1195), y repite la idea de los druidas como un grupo que todavía existiese.

Llywarch ab Llewelyn (1160-1220) habla de las profecías de los druidas de una manera que también indica que continuaban siendo parte de la vida cultural diaria de Gales. Y Filip Brydydd (1200-1250) habla de los druidas en términos semejantes.

En el LIBRO ROJO DE HERGEST (compilado c 1375-1425) hay un poema conocido como «El bastón de Moisés» que contiene las líneas siguientes: «Cada oración de una mujer de alta cuna ha sido cantada por alguno de los druidas».

No parece que haya ninguna mención a los druidas en el sistema legal

gales, las leyes de Hywel Dda, codificado en el siglo X, de la misma manera que los druidas de Irlanda figuraban en el sistema legal Brehon de acuerdo a su posición social específica. Si, como el poema de Gales parece indicar, los druidas todavía constituían un grupo reconocible en la Gales medieval, no eran, por contra, un grupo con reconocimiento legal.

Así pues, parece, por la evidencia, que en el siglo XII los druidas habían sobrevivido en Gales únicamente como una fraternidad poética. Sir Thomas D. Kendrick, en su innovador estudio *Los druidas: un estudio sobre la prehistoria celta* (1927), observa:

«El supuesto básico de que los bardos galeses medievales eran una continuación de la jerarquía druídica... no es, de ninguna manera, una creencia extravagante o ridícula».

Ciertamente, aparece en Gales una continuación de la «clase de los bardos» de la Britania celta primitiva. Según Lewis Spence: «Tenemos buenas razones para creer que se deben haber retenido y preservado muchas de las tradiciones del *cultus* druídico con el que estuvieron, en su día, estrechamente relacionados».

Antes de que William Borlase escribiera sus *Antigüedades de Cornualles* (1754), en las que rechazaba con bastante fundamento la teoría de William Stukeley, que mantenía que las piedras planas (quoits) de Cornualles eran altares druídicos, parecía no haber tradiciones sobre los druidas que hubiesen perdurado en las fuentes literarias cómicas. A pesar de las innumerables *Vidas de santos cómicos*, no hay información sobre conflictos entre misioneros cristianos y druidas nativos. Hay, sin embargo, una referencia sobre mártires cristianos en Cornualles en el siglo vi. La *Vida de San Gwinear*, del siglo XIV, cuenta que era un misionero irlandés que llevó un grupo a Cornualles, desembarcando en la boca del Hayle. Su hermana Piala era una de las del grupo. El gobernante local se llamaba Teudor (Tewdrig), y aparece también en la obra cómica *Bevcans Meriasek* (*Vida de San Meriadoc*) ¡como un musulmán! *Bewans Meriasek*, la única obra completa de santos medievales que se ha

conservado en una lengua celta, fue escrita en 1504. Pero en la Vida de Gwinear, nos enteramos que Teudor «teniendo miedo, no fuera que su pueblo pudiera convertirse a la fe de Cristo», condenó a muerte a Gwinear, Piala y algunos de sus compañeros. Otros, como la (San Ivés), pudieron escapar. Henry Jenner, entre otros, ha propuesto que Teudor era, probablemente, sólo un cristiano poco convencido», pero seguro que no era musulmán. Sin embargo, hay una alternativa obvia, que Teudor fuese, no sólo rey, sino también druida y defensor de la antigua fe. El hecho de que la misma fuente diga que Teudor decapitó a Gwinear, cogió su cabeza y se la llevó como trofeo, nos evoca las imágenes transmitidas, no sólo por autores clásicos, sino por tradiciones nativas celtas, en las que la cabeza es un símbolo. Los celtas paganos veneraban las cabezas de sus enemigos, el lugar donde ellos creían que habitaba el alma. Teudor, obviamente, creía en los métodos antiguos. Según F.E. Halliday, en su Historia de Cornualles (1959):

...aunque los druidas no han dejado ningún monumento visible y claro de su religión, parece que dejaron recuerdos imperecederos en las mentes de los hombres. La creencia de que pasar a los niños a través del agujero de Men-an-Tol los curaría del raquitismo podría ser una superstición de los druidas, quizás procedente de una época aún más antigua, y su arte de adivinación puede estar conservada en la antigua costumbre de colocar dos alfileres cruzados sobre una piedra y predecir el destino por sus movimientos. E igualmente, los festivales de fuego, tan queridos para los celtas, son, probablemente, los fuegos sacrificiales de los druidas en una forma modificada. Solía existir la costumbre de dibujar la figura de un hombre sobre los «palos» de Navidad o troncos Yule, antes de prenderlos fuego, y en el gran festival celta del solsticio de verano, cuando los fuegos se encendían sobre las cumbres⁵,

⁵Recordar, simplemente, la existencia de estos fuegos del solsticio de verano de muchas localidades españolas, p. ej. la Noche de San Juan. N. del T.

como se sigue haciendo, los niños eran sumergidos en las llamas, en ocasiones tan peligrosamente como para chamuscar sus ropas.

Entre las tradiciones drúidicas de Bretaña, destaca una historia en la Vida de San Guénolé, del siglo IX, escrita por Wrdistan, un monje de Lan-dévennec. Guénolé fue un santo del siglo sexto también conocido en Cornualles como Gunwalloe y Winwaloe, que fundó el gran monasterio bre

ton de Landévennec. La tradición registrada por Wrdistan muestra que los druidas casi habían desaparecido en la Bretaña del siglo vi, como últimos fieles de una religión muerta. Pero, curiosamente, son descritos con una gran simpatía.

La historia se refiere al semi-legendario rey de Kernev (Cornuaille) en el sudoeste de Bretaña, que se extiende al sur desde los Monts D'Arrée y al este hasta el río Elle. El rey, Gradlon, se está muriendo y envía a buscar a Guénolé. Cuando el monje se acerca al rey, descubre allí a un druida. Gradlon le dice al monje que no sea cruel con él, porque los druidas conocen la profundidad del sufrimiento: «Los males que yo he padecido no son nada comparados con las agonías por las que ha tenido que pasar él... ¡él ha perdido a sus dioses! ¿Qué pena puede compararse a ésta ¿Una vez fue un druida; ahora llora una religión perdida».

Grandlon muere, y tanto el monje cristiano como el «último adorador de Tutatis» entonan sus salmos y cantos fúnebres. Por la mañana, el cuerpo de Grandlon es lavado en un manantial cercano y envuelto en linos perfumados con verbena para ser llevado a Landévennec. El druida se dirige entonces a Guénolé como «hermano, pues, ¿no procedemos de antepasados comunes?» El druida pide a Guénolé que erija una iglesia «para la Afligida Madre de tu Dios» en aquel lugar, para que las personas enfermas puedan encontrar la salud y «los apesadumbrados, la paz»:

Hubo una vez, yo era joven entonces, un bloque de granito rojo que se alzaba en este lugar. Al tocarlo, el ciego recobraba la vista, el sordo el oído, el afligido la esperanza. Que el santuario que tu erijas herede las mismas virtudes; ése es mi deseo, el deseo de alguien que ha sido conquistado pero se resigna al cambio de los tiempos, alguien que no siente ni amargura ni odio. He dicho.

Se nos dice que Guénolé sintió gran simpatía por el druida a pesar de una breve discusión teológica cuando el santo cristiano le ofreció mostrarle el «camino de la vida» y fue rechazado por el druida que, señalando hacia el cielo azul, indicó que, cuando llegase el tiempo, para cualquiera de los dos, de pasar al otro mundo, quizás ninguno de ellos pudiese encontrar «nada, excepto un gran error». Guénolé estaba escandalizado.

«Crear es conocer», argumentaba a la manera cristiana. Su compasión por el druida le lleva a ofrecerle refugio en la abadía de Landévennec. El druida lo rechaza diciendo que prefiere sus senderos del bosque. «¿No llevan todos los caminos al mismo gran centro¿» sentencia, finalmente, antes de partir. Es una filosofía que nuestro intolerante mundo moderno encuentra difícil de aceptar.

El encuentro con el, simbólicamente, último druida de Bretaña, escrito por un monje cristiano en el siglo IX d.C, es fascinante, pues los druidas continúan contando con el respeto de los cristianos, los mismos que mostraron incompreensión e intolerancia en tiempos posteriores.

MUJERES DRUIDAS

Varios escritores latinos y griegos hablan de DRYADES o mujeres druidas, y la existencia de estos druidas femeninos queda ciertamente confirmada por las fuentes celtas. Hay que tener presente el fascinante papel de las mujeres en la sociedad celta, en contraste con su

posición en otras culturas europeas. Los derechos y el STATUS de las mujeres celtas superan, con mucho, al de aquellas de Grecia y Roma.

En Grecia, las mujeres no tenían ningún derecho político. No podían tomar parte en la vida social, y sus derechos sociales estaban severamente limitados. Tampoco podían heredar ni poseer propiedades, o participar en una transacción que supusiese un valor mayor que el de una fanega de grano. El marido, padre o tutor masculino de cada mujer se hacía cargo, por completo, de sus asuntos. Si el padre moría sin haber otro varón en la familia, la hija «iba con la propiedad» para aquel hombre que la aceptase como esposa. En otras palabras, era considerada un bien «heredable». Las mujeres se encontraban confinadas en su propia casa, pues tenían, incluso, sus propias zonas separadas dentro del hogar. Ésta era la realidad de su existencia, a pesar de que la vida de una mujer griega era, en ocasiones, pintada mucho más vigorosamente en las epopeyas griegas, donde el comportamiento de las heroínas se encontraba gobernado por una convención literaria. Aristóteles parece haber sido más avanzado que sus compatriotas griegos al afirmar que hombres y mujeres deberían tener la misma educación y entrenamiento. Pero la vida para la mujer griega era extremadamente restrictiva.

En Roma, las mujeres disfrutaban, por lo general, de más derechos que en Grecia, pero el paterfamilias seguía teniendo el control absoluto sobre su mujer, y era necesario que las mujeres tuvieran un tutor masculino que se hiciese cargo de sus asuntos y negocios. La propiedad era un concepto dominado por el hombre. Las mujeres romanas casadas no vivían, como las griegas, recluidas, sino que comían con sus maridos, eran libres para poder salir de casa, siempre que vistieran la *stola matronalis* para indicar su status, y podían visitar tiendas, cortes de justicia, teatros y otros lugares públicos.

En la sociedad celta, por el contrario, la posición de las mujeres era muy diferente. En la Historia encontramos numerosas figuras femeninas de la máxima autoridad, por ejemplo, Boudicca (Boadicea), gobernante de los ícenos, que fue aceptada como líder guerrera por las tribus del sur de Britania en 61 d.C. Ella es, quizás, la más famosa de las gobernantes celtas. Según Dión Casio, Boudicca aparece como sacerdotisa de la dio-

sa «Andrasta», descrita como una diosa de la victoria. Parece que se trata de la misma diosa Andarte venerada por los vocontios de la Galia. Una razón podría ser, por tanto, que Boudicca era druida además de reina. Pero Boudicca no era un caso aislado de gobernantes femeninos. En efecto, Tácito dice en sus Anales: «no es la primera vez que los britanos han sido conducidos a la batalla por una mujer».

Las sagas apoyan la idea de las mujeres como guerreras. Reinas guerreras aparecen en muchas historias, entre las que destaca Medb de Connacht, que condujo a su ejército y mató personalmente al héroe Cethren en combate. Scáthach, una campeona guerrera, era la principal instructora en cuestiones bélicas de Cúchulainn. Su hermana Aoife era otra famosa guerrera y, a pesar de lo grande que era el héroe Cúchulainn, tuvo que recurrir a las artimañas para superar su destreza. Entre los Fianna de Fionn Mac Cumhail, aquel grupo escogido de guerreros, encontramos a la campeona Credne. Art se encontró con grandes dificultades para vencer a la luchadora Coinchend. Una campeona llamada Estiu desempeña un papel principal en la historia de Suibhne Geilt durante su estancia en Snámh Dá En (Nadan Dos Pájaros), que sirvió de inspiración para el título de la novela-comic clásico de Flann O'Brien En Nadan Dos Pájaros (1939).

Volviendo a la historia, encontramos que Cartimandua («el pony elegante»), gobernante de los brigantes britanos (c 43-69 d.C), era contemporánea de Boudicca. Cartimandua surge como una personalidad fuerte y decidida. Estaba casada con Venutios, que intentó arrebatarle el reino. Cartimandua se divorció de él y se casó con su auriga Vello-catos. Parece ser que Venutios, a la cabeza de una partida de disidentes, fue derrotado finalmente por el gobernador romano, Petilio Cerial, alrededor del 72 d.C.

Tenemos noticias de la jefa gala Onomaris, que condujo a las tribus celtas en su marcha hacia Iberia. Tanto por Tácito como por Plutarco (el historiador griego, c 46-c 120 d.C.) nos llega la historia de otra destacada mujer gala, Eponina. El nombre remite a la diosa yegua celta Epona, y quizás ella fue una sacerdotisa de su culto. El marido de Eponina, Julio Sabino de los Lingones, tomó parte en la insurrección gala del 69

d.C. Cuando el levantamiento fracasó, Sabino lo dispuso todo para que pareciese que se había suicidado, y eludir así a sus perseguidores romanos. Eponina lo escondió, pasando a escondidas ropas y comida para él durante nueve años, mientras, al mismo tiempo, buscaba la manera de obtener para su marido el perdón de Roma, yendo, incluso, a la capital del Imperio para defender su causa. Cuando, finalmente, Sabino fue capturado, el emperador Vespasiano los ejecutó, tanto a él como a su esposa Eponina.

Plutarco también cuenta que el historiador Polibio conoció y habló i con Chiomara, esposa de Ortigion, jefe de los tolistoboios, que aglutinaron a los celtas gálatas en un poderoso estado contra Roma cuando se produjo la invasión de Gneo Manlio Volso en 189 a.C. Chiomara fue capturada por los romanos y un centurión la violó. Luego, el centurión se dio cuenta de que era una mujer de alto rango y pidió un rescate, que Ortigion accedió a pagar. El intercambio iba a tener lugar en la ribera de un río, un lugar siempre significativo en la tradición celta. Mientras el centurión estaba recogiendo su oro, Chiomara lo decapitó y llevó su cabeza, a la manera celta, para su marido. El informe griego de su conversación, según el Dr. Rankin, «conservaba expresiones celtas genuinas, sabias, aunque ligeramente desconcertantes»:

«Mujer, buena cosa (es) la buena fe.»

«Algo mejor sólo es un hombre que haya sobrevivido tras copular conmigo».

Plutarco nos narra otra historia de una heroína celta en Galacia que era, claramente, una druidesa: Camma, sacerdotisa hereditaria de la diosa Brigit (si aceptamos que Brigit, Brigantu en galo, era el equivalente celta de Artemis). Camma estaba casada con un jefe llamado Sinatos, que fue asesinado por un tal Sinorix, que obligó entonces a Camma a casarse con él. Pero, como la ceremonia de boda implicaba beber de una misma copa, Camma decidió poner veneno en ella. Evitó las sospechas

de Sinorix bebiendo ella primero y aceptando su propia muerte, para obtener a continuación la del que iba a ser su marido.

En el ensayo de Plutarco «Sobre las virtudes de las mujeres», nos enteramos que las mujeres celtas eran enviadas a menudo como embajadoras. Tomaron parte activa en un tratado entre el general cartaginés Aníbal y los celtas volcas. Roma ya había pedido a los volcas su neutralidad si Aníbal marchaba contra su país. Los celtas, evidentemente, no quedaron enamorados de las demandas de los romanos, pues Aníbal ya estaba siendo apoyado por otras tribus celtas. Plutarco cuenta también que las mujeres tomaron parte en las asambleas celtas, frecuentemente allanando caminos con su cuidadosa diplomacia.

Según las fuentes irlandesas, Macha Mong Ruadh (Macha del Pelo Rojo), hija de Aed Ruadh, se convirtió en reina de Irlanda entre 377 y 331 a.C. Mujeres gobernantes aparecen en los textos irlandeses y galeses, al igual que las reinas imaginarias del Otro Mundo que, como el Prof. Mar-ke ha señalado en su libro *La Mujer Celta*, eran «símbolos de una actitud mental que el patriarcado no pudo desarraigar del espíritu celta primitivo». Las diosas son muy numerosas en la mitología irlandesa y están asociadas con la provincia suroeste de Munster más que con ninguna otra. Puede que sea porque Mumham (el *ster* es una adición nórdica) es descrito como un mundo primigenio, un lugar de origen, donde desembarcan algunos de los invasores míticos y que se convierte en lugar de reunión para los muertos. Mug Ruith, la divinidad solar convertida en druida, procede de Munster, mientras su hija Tlachtga es descrita como una diosa en muchas historias antes de convertirse, al igual que su padre, en una simple druida. Los escritores cristianos se inventan que fue violada por tres hijos de Simón el Mago, y da a luz a tres hijos en un solo parto en el que, además, muere. Fue enterrada en la colina de Tlachtga, actualmente Hill of Ward (*Cnoc an Bháird*, la colina del Bardo), cerca de Athboy, condado de Meath, donde tenían lugar el Festival Samhain y los fuegos sagrados druídicos.

Tácito comenta en sus *Anales*, de forma aparentemente desconcertante, que los celtas no tenían objeción alguna a ser dirigidos por una mujer, y repite este concepto en su *Agrícola*. «En Britania», dice, «no hay regla

de distinción que excluya a la línea femenina del trono o de la dirección de los ejércitos». Como señala el Dr. Rankin, «Las ciudades estado de Grecia y Roma tenían estructuras políticas altamente organizadas que no admitían la asunción del poder a una mujer. Todos los griegos y romanos quedaban muy asombrados por la relativa libertad e individualidad de las mujeres celtas.» Ciertamente, Pausanias hace una mención especial al excepcional coraje de las mujeres celtas.

La posición de las mujeres, tal como aparece en el sistema legal Brehon de Irlanda, en un tiempo en el que eran tratadas como meros bienes en la mayoría de las sociedades europeas, es sorprendentemente avanzada. Podían ejercer muchas profesiones, incluso las de abogado o juez, como Brigh, una famosa mujer-brehon. Tenían también derecho de sucesión y, como hemos visto, podían ejercer la autoridad suprema, aunque la realeza, en período histórico, estaba principalmente limitada a los hombres, una mujer podía heredar propiedades y seguía siendo la propietaria de cualquier bien que aportase al matrimonio. Si el matrimonio se disolvía, no sólo se llevaba sus propiedades, sino cualquier cosa que su marido le hubiese dado durante sus años de casados. El divorcio, por supuesto, estaba permitido, y una mujer podía divorciarse de su marido igual que él podía hacerlo de su mujer. Si un hombre «había caído en su dignidad», esto es, había cometido un crimen y había perdido sus derechos civiles o había sido excluido de la sociedad, esto no afectaba a la posición de la esposa. Una mujer era responsable de sus propias deudas, pero no de las de su marido.

Como el Prof. Markale ha señalado, «los romanos consideraban a las mujeres portadoras de niños y objetos de placer, mientras que los druidas incluían a las mujeres en su vida política y religiosa». Los griegos y los romanos no podían comprender la libertad de las mujeres celtas y sus actitudes más abiertas en las relaciones sexuales. «Los escritores griegos y romanos expresan poco más que una noción impresionista y llena de prejuicios del papel de las mujeres en las sociedades celtas sobre las que escriben», dice el Dr. Rankin. Por ejemplo, Estrabón hace la salvaje afirmación de que los celtas britanos no sólo cohabitaban con las mujeres de otros, sino con sus propias madres y hermanas para, a

continuación, sin entusiasmo, reconocer que no tiene la más mínima prueba para hacer semejante afirmación. La frase «se dice ...» podría justificar muchas especulaciones fuera de lugar. César y Dión Casio mencionan la práctica de la poliandria y el matrimonio comunal. Lo que estamos viendo es una sociedad más abierta y permisiva, no comprendida en su totalidad por los observadores extranjeros.

Esto no significa que los celtas tuvieran una sociedad ideal al comienzo de la era cristiana. Su sociedad ya había comenzado a desintegrarse para convertirse en un patriarcado. Como veremos más tarde, evolucionó desde el concepto originario de «diosa madre» hacia la idea del «padre de los dioses» y, lentamente, la sociedad guerrera masculina fue reemplazando percepciones anteriores. La introducción del Cristianismo, en particular tras el desplazamiento de la cristiandad celta por Roma, dio la puntilla a lo que una vez fue la igualdad de hombres y mujeres en la sociedad celta. La singularidad de la antigua sociedad celta radica en el hecho de que tales conceptos hayan perdurado tanto tiempo.

Teniendo en cuenta esta posición social única de las mujeres celtas, el Dr. Rankin hace la siguiente observación: «el abanico de posibles funciones de las mujeres en las antiguas sociedades celtas es mucho más amplio que el permitido en Grecia o Roma, la tradición irlandesa, que nos obsequia con un cuadro de una tradición de la Edad de Hierro arcaica, no sólo habla de mujeres guerreras, sino de mujeres profetisas, druidas, bardos, médicos e, incluso, satíricas.

Ahora bien, ¿qué es lo que sabemos sobre estas mujeres druidas¹?

Ya hemos mencionado que Ausonio Décimo Magno, el escritor galo del siglo IV d.C, que escribió sus obras en latín y algunos epigramas en griego, tenía una tía llamada Dryadía, a quien menciona en su *Parentalia* (nº XXV). ¿Por qué se llamaría su tía «mujer druida» tantos siglos después de que, según se decía, los romanos hubiesen acabado con esta casta? La respuesta: porque pertenecía a esta casta.

Tácito menciona que en la isla de Mona (Anglesey) las mujeres corrían entre los guerreros, llevando vestidos funerarios, el pelo suelto y portando antorchas, mientras alrededor (*circum*) los druidas pronunciaban conjuros con las manos levantadas. Tácito no dice que aquellas mujeres

fuesen druidas, pero, más adelante, menciona a «una profetisa» de los bucteros, según él una tribu «teutónica», que se llamaba Veleda, en tiempos de Vespasiano (69-79 d.C). Veleda, ciertamente, tenía un nombre celta que parece derivar de la raíz *gwel*, «ver» (emparentado con el irlandés *fil*), y parece ser también un nombre común en el celta continental para «mujer vidente». Es descrita como una virgen que gobernaba sobre un amplio territorio. «Su nombre era venerado... Veleda, al mismo tiempo, era un oráculo de Germania». Los romanos tenían a veces dificultades para diferenciar entre tribus celtas y germanas, como ya hemos visto anteriormente. Por extraño que parezca, la propia palabra «teutón» procede de la palabra celta para tribu, *tuath* en irlandés. El dios conocido como Tutatis es, como veremos en el próximo capítulo, el título de los dioses tribales celtas. No hay la más mínima duda de que Veleda era celta y druida, lo que está confirmado, además, por Dión Casio.

Veleda era una personalidad política y fue elegida, junto a Claudio Civil, para arbitrar entre los tencterianos y los agripinianos de orillas opuestas del Rín, Tácito dice que a ningún embajador le era permitido ver a Veleda en persona: «Los embajadores, sin embargo, no eran admitidos en presencia de Veleda. Para aumentar la veneración que profesaban a su persona, todo acceso a ella era denegado. Residía en lo alto de una majestuosa torre, y un pariente cercano, elegido a tal efecto, le transmitía varias preguntas; ella, desde el santuario, emitía las respuestas oraculares, como un mensajero que mantuviese tratos con los dioses».

Veleda recuerda a la profetisa de la historia de Fíngin Mac Luchta de Munster, en Irlanda, que en todas las fiestas de Samhain visitaba a una druida similar que era capaz de relatar, durante aquella noche, todas las incidencias del reino y las consecuencias que tendrían durante los siguientes doce meses.

Tácito, en su *Germania*, en la que confunde claramente a celtas y germanos, de modo que identifica, por ejemplo, a Ambiorix de los eburones como un germano al hablar de sus «bosques sagrados», menciona a otras profetisas:

Hay, en mi opinión, algo sagrado en el sexo femenino, y es el poder de prever los acontecimientos futuros. Sus consejos son, por ello, siempre escuchados y considerados oraculares. Hemos visto, durante el reinado de Vespasiano, a la famosa Veleda venerada como una divinidad por sus conciudadanos. Antes de ella, Aurinia y otras fueron tenidas en igual veneración, pero era una veneración fundada en la sensiblería y la superstición, libre de aquella servil adulación que pretende poblar el cielo con divinidades humanas.

Creo que Tácito continúa confundiendo a celtas y germanos en este pasaje. /

Dión Casio no confunde a celtas y germanos cuando se refiere a Gan-na «una virgen de los celtas», que sucedió a Veleda como oráculo y de quien se dice que acompañó a Masyos, rey de los semnones, en una embajada al emperador Domiciano, el hijo menor de Vespasiano que fue emperador entre 81 y 96 d.C. Ganna, cuyo nombre parece derivar de una palabra celta que significa «intermediario» (la palabra sobrevive en el moderno galés como *canol*), fue recibida por el emperador, recibió honores y regresó a su tierra. Este episodio lo confirma Flavio Josefo, que identifica a Ganna como miembro de la tribu gala de los tungrios (modernos tongres, cerca de Lieja, Bélgica).

Pomponio Mela, en *De Choro graphia*, menciona a nueve sacerdotisas vírgenes de la isla de Sena off Pointe du Raz, en la costa oeste de

Armórica (Bretaña), que conocían el futuro y emitían oráculos a los marineros. Pero, una vez más, no las llama específicamente druidas, sino *Gallicenae*. En la tradición bretona, estas mujeres eran llamadas *Groac'h* o *Grac'h*, palabras que implican que eran «de temperamento fogoso». J.F Campbell, sin embargo, intenta emparentar esa palabra con el gaélico escocés *gruagach*, que era la palabra para una mujer bronceada; usado como adjetivo, significaría tener una cabeza o cabellera hermosa. Campbell cree que las mujeres bronceadas eran, originariamente, druidas y representantes de las divinidades solares celtas, relegadas a un nuevo papel de hadas en época cristiana. Las *Gallicenae*, ciertamente, poseían los atributos de las mujeres druidas, según las retrata la literatura celta insular, donde se habían convertido en «hechi-

ceras» y «magas».

Más fascinante es el hecho de que la inscripción de Larzac contenga los nombres de nueve «brujas» (druidas). La tablilla principal fue encontrada en la tumba nº 71 de las 115 halladas en una necrópolis cerca de Millau. Está datada entre 90 y 110 d.C. De acuerdo con la traducción de Lejeune (*Études Celtiques*, nº XXII, 1985) el texto es una «fórmula mágica» para preservar al muerto de la acción de las «brujas». Se mencionan siete nombres en un apartado, mientras otros dos aparecen en otros lugares. Lejeune juega con la idea de una asociación de siete «brujas», pero se encuentra confundido por la mención de los otros dos nombres, olvidando que el número «nueve» es igualmente significativo que el «siete», y olvidando también a las nueve *Gallicenae*.

Estas nueve *Gallicenae* tienen también un paralelo en la leyenda de las nueve magas que guardaban las aguas termales de Gloucester, que aparecen en el cuento gales de Peredur.

Estrabón menciona una isla parecida a aquella de Sena, que sitúa cerca de la desembocadura del Loira, donde unas mujeres llamadas Namnitas servían a una divinidad que recordaba a Baco, el nombre romano de Dionisos, dios del vino y del éxtasis. Y más interesante todavía, hay tradiciones nórdicas que han conservado sagas de profetisas y sacerdotisas que habitaban en las islas del Canal de la Mancha. Estrabón, probablemente repitiendo a Posidonio, pone el énfasis en el hecho de que las sacerdotisas galas eran muy independientes de sus maridos, confirmando así la existencia del matrimonio dentro del sacerdocio.

Elio Lampridio, uno de los autores de la *Historia Augusta*, escrita posiblemente durante el siglo IV d.C., presenta a una *Dryades* prediciendo la derrota de Alejandro Severo antes de emprender su expedición de 235 d.C. Lampridio pone estas palabras en boca de la druida: «Marcha, pero no tengas esperanza en la victoria ni deposites tu confianza en tus guerreros».

La druida pronuncia su profecía en la Galia celta. Según Flavio Vopisco, otro de los autores de la *Historia Augusta*, Gayo Aurelio Diocleciano (284-305 d.C.) estuvo viviendo en una posada en el

territorio de los tungros de la Galia, cuando era sólo un simple soldado de humilde cuna. Al ir a liquidar la cuenta con la posadera, ella le regañó por su aparente tacañería y regatear lo que debía.

Diocleciano respondió que sería más generoso con su dinero si fuese emperador, a lo que la posadera, que era druida, replicó: «No te burles, Diocleciano, porque, cuando hayas matado al jabalí, serás,

en efecto, emperador». Con el tiempo, Diocleciano ascendió en rango y mató al prefecto Arrio, apodado «el jabalí», convirtiéndose en emperador

de Roma y llevando a cabo una notable persecución contra los cristianos.

Vopisco ofrece otro ejemplo de una druida al contar que el emperador Aureliano (Lucio Domicio Aureliano, c 215-275 d.C.) consultó a unas «druidas galas» (*Gaílicanas Dryadas*) sobre si su hijo retendría la corona imperial. Las druidas le dieron una respuesta negativa.

Hemos visto la historia de Plutarco sobre la sacerdotisa gálata que servía al equivalente celta de la diosa Ártemis. En la Galia, varias inscripciones hablan de sacerdotisas en Arles y en Le Prugnon, donde era venerada la diosa Thucoliss. Una inscripción cerca de Metz habla de «*Arete Druids Antistita, somno monita*», sacerdotisas drúidicas.

En la tradición celta, la existencia de mujeres druidas es bastante explícita. Aparecen referencias a las *bandruaid*, mujeres druidas, y aún más frecuentemente a *banfhlaith* o *banfhilid*. Según Seathrún Céitinn, las vírgenes guardianas de los fuegos sagrados mantuvieron su oficio en Irlanda hasta que fueron reemplazadas por las religiosas cristianas. El papel de las mujeres druidas se menciona en el *Dinnsenchus* de Rennes, y muchas druidas aparecen, de manera individual en las epopeyas irlandesas.

E. Gwynn, en su estudio del *Metrical Dindshenchas* (1913), identifica a una mujer llamada Gáine como jefa de los druidas en una historia. Antes de la segunda batalla de Magh Tuireadh, dos mujeres druidas prometieron encantar «los árboles y las piedras y la tierra, para que se convirtieran en una hueste y pusiesen en fuga a sus enemigos». Aoife,

la malvada madrastra de los hijos de Lir, a quien no hay que confundir con la hermana guerrera de Scáthach, los convirtió en cisnes con una vara mágica de druida. Aoife es claramente una druida. Biróg era una druida que ayudó a Cian a tener acceso a la torre de cristal de Balor, el malvado gobernante de los fomorios. Balor había encarcelado allí a su hija Ethlinn, por haber profetizado que su propio nieto le mataría, de manera que buscó evitar el nacimiento de ese niño. Biróg resultó también decisiva para salvar la vida del niño, hijo de Cian y Ethlinn, cuando Balor lo arrojó al mar. El niño creció como Lugh Lámfhadha, dios de las artes y oficios.

T.D. Kendrick refiere una tradición de que en Cluain Feart (Clonfert) existió una comunidad de mujeres druidas que podían provocar tormentas, causar enfermedades y matar a sus enemigos por medios sobrenaturales. Muchos nombres de mujeres druida, reales o míticos, se han conservado en la literatura irlandesa primitiva. Bodmall fue la druida que ayudó a Fionn Mac Cumhail cuando se ocultaba de los asesinos de su padre. Snir-gat profetizó que, si Fionn bebía de un cuerno, moriría, de manera que siempre puso mucho cuidado de beber en una copa o un cuenco. Milucrah transformó a Fionn en un anciano cuando se encontraba en Loch Slieve Gallion. En Donegal vivía la druida Geal Chossach (Piernas Blancas).

En la más famosa epopeya de la mitología irlandesa, el *Táin Bó Cuailnge*, el «robo de ganado de Cuailnge», Medb, la reina de Connacht, consulta a una druida llamada Fidelma acerca del *sidh* de Cruachan (Connacht). Una interesante reflexión de la afirmación de César, cuando dice que los galos iban a estudiar la tradición druídica a Britania, es el hecho de que Fidelma comenta que acaba de volver «de aprender versos y visión en Albion». Preguntada sobre si poseía el *imbas forasnai*, la Luz de la Previsión, Fidelma contesta que sí, y entonces le piden que profetice cómo le irá al ejército de Medb contra las tropas de Cónchobhar Mac Nessa del Ulster. Fidelma profetiza su derrota a manos de Cúchulainn.

Fidelma es una chica joven. En la traducción del *Táin* que hace Thomas

Kinsella es descrita en estos términos:

Tenía el pelo amarillo y llevaba una capa de colores ceñida con un alfiler de oro, una túnica roja acabada en una capucha y sandalias con broches de oro. Su frente era ancha, su mandíbula estrecha, sus dos cejas negras como la brea, con delicadas pestañas oscuras que proyectaban sombras casi hasta las mejillas. Se podría pensar que sus labios contenían púrpura de Partia, y sus dientes eran como una exposición de joyas entre sus labios. Tenía el pelo dividido en tres trenzas: dos enroscadas hacia arriba sobre la cabeza, y la tercera cayendo por su espalda hasta acariciar las pantorrillas. En su mano sostenía una ligera vara de tejido dorado con incrustaciones de oro. Sus ojos tenían tres iris, dos caballos negros tiraban de su carro, e iba armada.

La epopeya es de fecha incierta, aunque la primera referencia a ella fue escrita en el siglo VII. Se conservan algunos textos muy posteriores, y aparece en el *Leabhar na kUidhre* (Libro de la Vaca Parda) del siglo XI, el *Leabhar Laighnech* (Libro de Leinster), del siglo XII y, por último, en el *Leabhar Buidhe Lecain* (Libro Amarillo de Lecan).

Fidelma no es la única mujer interesante en esta saga. Tenemos la figura de Medb, la «diosa soberana» y una mención de Macha Mong Ruadh, que pronunció una maldición contra los guerreros de Ulster, cuyo simbolismo analizaremos en breve.

Nos encontramos con otra fascinante figura femenina en la historia de la muerte del Rey Supremo Muirchertach Mac Erca (c 512-533 d.C), recogida en el *Leabhar Buidhe Lecain*. El rey está cazando cuando se encuentra con una hermosa muchacha y se enamora de ella. Aunque casado y con niños, le pregunta si quiere acompañarle, en calidad de amante, a su palacio real de Cletach, Cletty, en el Boyne, cerca de Rosnaree. Ella acepta con dos condiciones: que ningún clérigo cristiano ponga su pie en el palacio mientras ella viva allí, y que el rey se someta a su voluntad en todas las cosas. Cuando el rey le pregunta su nombre,

ella responde que se llama Sin, y da también una serie de palabras que son utilizadas como sinónimos de su nombre: suspiro, arrebató, tormenta, viento agitado, noche de invierno, llanto, lágrima, gemido. En efecto, en antiguo irlandés, la palabra *sin* significa «mal tiempo» o «tormenta». ¿Está avisando la chica al rey sobre la «tormenta» que se avecina? El rey le pregunta si cree en el dios cristiano, porque se da cuenta que posee enormes poderes, y ella responde:

Nunca creas a los clérigos,
Pues no salmodian nada excepto la sinrazón.
No sigas su pentagrama sin melodía.
No te dirijas hacia los clérigos de las iglesias
Si deseas una vida sin traición.
Mejor soy yo como amiga.
No te arrepientas que vaya contigo.

Una vez instalada en Cletach, Sin expulsa a la esposa de Muirchertach, Duailtech, y a sus hijos, que acuden al obispo cristiano, Cáirnech, para pedirle que intervenga. Cáirnech ordena a Muirchertach que se deshaga de la chica, pero el rey se niega y Cáirnech lo maldice con un ritual que parece más druídico que cristiano. Sin embargo, los seguidores de Muirchertach se unen a él contra el obispo. Después de un tiempo, Muirchertach comienza a sentirse turbado por las exhibiciones de magia que realiza la chica y, temeroso, va al obispo Cáirnech y confiesa sus pecados, prometiendo echar a Sin. Vuelve para expulsarla de Cletach, pero cae bajo su poder, pues ella provoca una visión que lo hipnotiza. Vemos, sin embargo, que Sin se debate entre su deseo de venganza por la traición, que Muirchertach comete contra ella con el obispo cristiano, y su genuino amor por el rey. La venganza triunfa, como debe ser en toda gran epopeya, y Muirchertach se despierta para descubrir que su fortaleza está ardiendo. Buscando escapar, Muirchertach se esconde en un tonel de vino, pero se ahoga, lo que es, más o menos, el mismo

motivo encontrado en la historia del rey Diármuid. A continuación descubrimos otro tema. Toda la familia de Sin, madre, padre, hermanas y primos, han sido asesinados por Muirchertach durante la batalla de Atha Síghe (Assey) en el Boyne. Sin había planeado su venganza contra el rey utilizando sus poderes druí-dicos para atraparlo y destruirlo. Pero estaba verdaderamente enamorada de Muirchertach y, tras su muerte, se ve invadida por una profunda pena y acaba muriendo. Una vez más nos encontramos con un sentimiento de simpatía hacia los druidas a pesar de la presentación cristiana.

Encontramos en la *Vida Tripartita de Patricio* que, en sus decretos canónicos, Patricio advierte a los reyes que no deben aceptar el consejo de druidas, sean hombres o mujeres, y en sus *Himnos* pide especialmente a Dios que le proteja de las mujeres druidas.

Según el *Rennes Dinnsenchus*, Brígida era una *ban-druí* antes de convertirse al Cristianismo. Se dice que Brígida había nacido alrededor del 455 d.C. en Faughart, cerca de Newry, condado de Down. Su padre se llamaba Dubhtach, como un druida. Su nacimiento y educación, de acuerdo con una tradición legendaria, estuvieron teñidos de simbolismo druídico, y se supone que fue amamantada con la leche mágica de vacas del Otro Mundo. Se convirtió al Cristianismo y fue ordenada por Mael («calvo» o «tonsurado»), obispo de Ardagh. Se la considera la fundadora del primer establecimiento religioso en Drumcree, a la sombra de un gran roble. Su fundación en Kildare se basó también en el simbolismo del roble, tratándose de *cill-dara*, la iglesia del roble. Murió allí en 525 d.C. Ya en 650 d.C, Cogitoso escribió una biografía de la santa, *Vita Brigitae*. Cogitoso mezcla, simbólicamente, su culto con el de la antigua diosa irlandesa de la fertilidad, Brigit (Brígida), de la que obviamente tomó su nombre la santa. El simbolismo druídico impregna las tradiciones de su vida. El día de Santa Brígida coincidía con el festival de Imbolc (llamado en ocasiones Oímelg, literalmente, «parto»), consagrado a la diosa Brigit. Esto ocurría entre el 31 de enero y el 1 de febrero, siempre recordando que los celtas contaban los períodos de tiempo por una noche seguida por su día. La fiesta estaba relacionada con la subida de la leche de las ovejas y era, por ello, una festival

pastoral o de fertilidad. La diosa Brigit («la exaltada» o «la alta») era también conocida como Brigantia, en el norte de Britania y como Brigantu en la Galia. Era hija del Dagda y se la veneraba como diosa de la salud, la poesía y las artes y oficios. La diosa era conocida por sus poderes de adivinación.

La santa asumió muchos de los poderes de la diosa, en particular su simbolismo de fertilidad.

La madre de Santa Brígida, Broiseach, es considerada, en hagiografías del siglo IX, una esclava de Dubhtach, y se dice que fue vendida por él a un druida. Por eso, Brígida fue educada por el druida que más tarde la enviará de vuelta a Dubhtach. Una fuente del siglo VIII da el nombre de este druida, que era Maithghean, y dice que supo por el sonido del carro en el que Broiseach estaba siendo llevada que tenía un maravilloso bebé en su seno. Esta fuente nos cuenta también que Brígida nació cuando su madre llevó leche a la casa del druida al amanecer, pero Broiseach tenía un pie pasado el umbral de la puerta y otro todavía fuera, por lo que Brígida no nació «ni dentro ni fuera de la casa». Este motivo «ni... ni» es uno de los temas recurrentes favoritos en la mitología celta. Según el Dr. O hÓgáin:

Es, por ello, probable que un santuario pagano en Kildare fuese cristianizado por una santa de Fotharta (Faughart). Esto habría significado que el culto del santuario se atribuyese a esta mujer, pero incluyendo el nombre de «la diosa Brighid que, probablemente, era un título ostentado por la druida jefe de aquel lugar.

En muchas historias se menciona a poderosas «hadas» o «brujas», tras abandonar su papel de druidas y siendo relegadas a esa función por los escritores cristianos. El concepto de la mujer druida reducida a hechicera provocó, quizás, el nacimiento de las tres «brujas» más famosas del mundo.

«Truenos y relámpagos. Entran tres brujas». Esta es la simple indicación introductoria de *Macbeth* (1606), la famosa obra de William Shakespeare. Macbeth, Rey Supremo de Escocia desde 1040 a 1057 d.C, fue uno de los monarcas escoceses más interesantes. Había llegado

al poder de manera legítima, según el sistema legal celta, y gobernó Escocia con paz y prosperidad, hasta que pudo, incluso, permitirse abandonar su reino y marchar de peregrinación a Roma. Algunos gobernantes ingleses envidiosos utilizaron las ambiciones del hijo de un rey anterior (aunque no había ningún concepto parecido a la primogenitura en el derecho celta) para enviar ejércitos a Escocia. Sin embargo, llevó algunos años derrotar a Macbeth. Los conquistadores siempre son los que escriben la historia, y por eso tenemos la versión distorsionada de Shakespeare sobre la vida de Macbeth. Fue Andrés de Wyntoun, prior de San Serf, en Loch Leven, en Fife, quien escribió sobre Macbeth (c 1395-1424) e introdujo en las historias del monarca el motivo típicamente escocés de las tres hechiceras que profetizan a Macbeth su ascenso al poder y las circunstancias de su posterior caída. El motivo fue seguido por Shakespeare.

Esta situación se repite muchas veces en las sagas celtas. Conaran tenía tres hijas brujas que atrapaban a la gente haciendo girar una telaraña mágica. El guerrero Goll Mac Morna mató a dos de ellas, pero la tercera, llamada Irnan, suplicó clemencia y prometió liberar a los guerreros que estaban en su poder. Irnan se transformó en un monstruo y arrojó un *geis* sobre Goll y sus compañeros, que tuvieron que aceptar el combate singular contra ella. Finalmente, Goll la mató, después de que Oisín, Oscar y Celta rehusasen enfrentarse a ella.

En un cuento bretón tenemos otro ejemplo de una mujer, indudablemente una druidesa practicante de la antigua religión, que es transformada en hechicera por los autores cristianos. En este cuento encontramos a Dahud-Ahes, la hija de Gradlon (siglo VI d.C.) el semilegendario rey de Kernev (Cornuaille), en el papel de una mujer druida, «hija vergonzosa de un rey digno». Dahud-Ahes se opone constantemente al Cristianismo, posee poderes mágicos y se enfrenta a San Guénolé. Su oposición provoca que su ciudad de Ker-Ys sea destruida por una inundación, pero Guénolé convierte a Dahud-Ahes en una sirena cuando se está hundiendo bajo las olas, para probar que su magia es tan buena como la de cualquier druida. Es interesante que las tradiciones de Dahud-Ahes en el área del Pointe du Raz, lejos de donde

se dice que estaba situada Ker-Ys, son aquellas que presentan a Dahud-Ahes como una «bruja buena». Además, el lugar de Ker-Ys, en la Baie des Trépassés (Bahía de los Muertos), lejos del Pointe du Raz, es donde estaba situada Sena, la isla de las nueve *Gallicenae*, las profetisas de Pomponio Mela. Según el Prof. Markale:

Por otra parte, además de representar al paganismo en oposición al Cristianismo, ella (Dahud-Ahes) simboliza también la rebelión contra la autoridad masculina... La significación completa de este acto queda clara cuando se considera su vida disoluta como contraria a las enseñanzas de la Iglesia cristiana, representada aquí por Guénolé, en sí mismo el verdadero símbolo de la autoridad masculina.

En las sagas galesas tenemos el relato fascinante de Ceridwen, la mujer de Tegid Foel de Penllyn. Ceridwen es descrita claramente como el concepto cristiano de una druida: una hechicera, que dio a luz a dos hijos extremadamente feos. Uno de ellos, Morfau, de quien se decía que luchó con Arturo en la batalla de Camluan, era tan feo que nadie se atrevía a retarle en un combate, porque pensaban que era el demonio. El otro hijo, Afagddu, cuyo nombre significa «oscuridad absoluta», era conocido como el hombre más feo del mundo. Para compensarle, Ceridwen decidió hervir un caldero de inspiración y ciencia, para que Afagddu bebiese de él y conociese los misterios del mundo, de manera que todos le respetasen por su sabiduría.

El caldero, prototipo del «santo Grial» que los monjes desarrollaron a partir de los mitos celtas, debía ser hervido durante un año y un día, después de lo cual quedarían únicamente tres gotas (de nuevo el número místico «tres»). Morda, un hombre ciego, recibió la orden de alimentar el fuego mientras Ceridwen empleaba al hijo de Gwreang de Llanfair, un chaval llamado Gwion Bach, para remover el caldero. Cuando acabó, las tres gotas de destilación mágica cayeron en el dedo de Gwion Bach, y el muchacho las chupó. Inmediatamente, Gwion obtuvo sabiduría, así como los secretos del pasado, presente y futuro. Furiosa,

Ceridwen encantó a Gwion Bach, y durante este proceso, lo convirtió en liebre, pez, pájaro y en un grano de trigo. Ceridwen, por su parte, se transformó en perro de caza, nutria, halcón y, finalmente, en gallina, tragándose a Gwain como grano de trigo. El resultado de todas estas transmutaciones es que Ceridwen, cuando volvió a su forma humana, se encontró que estaba encinta. Cuando tuvo al niño, Gwion Bach reencarnado, lo metió en un saco y lo arrojó al mar, pero fue rescatado y se convirtió en el poeta/místico Taliesin, la verdadera encarnación del druidismo, y famoso por su conocimiento del mundo. MacCulloch dice:

La existencia de estas sacerdotisas y adivinas en todo el área celta puede ser explicada por nuestra hipótesis de que muchas divinidades celtas eran, en principio, femeninas, y servidas por hombres, que estaban poseídos por la tradición tribal. Más tarde, los hombres asumen sus funciones, y entonces surgen los grandes sacerdocios, pero el conservadurismo retiene esporádicamente aquellos cultos femeninos y aquellas sacerdotisas, de manera que algunas diosas continúan siendo servidas como mujeres, por ejemplo, la Artemis gálata, o la diosa de la Galia, con sus sirvientes femeninos.

Si las mujeres no tomaban parte en las funciones sacerdotales de la religión de los celtas primitivos, entonces, las religiones celtas serían, en efecto, únicas en la historia del mundo. Pero, como hemos visto, las mujeres no sólo desempeñaban un papel igual al de los hombres en las actividades de los druidas, sino que su posición en la sociedad celta era muy avanzada, comparada con la de otras sociedades europeas. Sin embargo, fueron teniendo lugar cambios en la sociedad patriarcal, y el papel prominente de las mujeres celtas recibió un golpe de gracia con la llegada del Cristianismo romano. A pesar de esto, en los primeros años de lo que definimos como Iglesia celta, su papel siguió siendo importante, como demuestra el gran número de santas celtas, si lo comparamos con el de otras sociedades. Pero cuando Roma comenzó a ejercer más y más influencia en asuntos eclesiásticos, el papel de la

mujer empezó a disminuir. Según Mary Condren, en *La serpiente y la diosa: mujeres, religión y poder en la Irlanda celta* (1990): «Podemos trazar un cambio gradual de énfasis según el cual, lo que antes era considerado sagrado, se convierte en profano, y la nueva expresión de sacralidad adquiere un creciente carácter masculino».

Las mujeres dirigentes dentro de la iglesia fueron contempladas inicialmente como iguales a sus colegas masculinos, como lo habían sido bajo la religión celta precristiana. Esto se deduce de la autoridad que tenían las santas cristianas celtas. Brígida, según Cogitoso (siglo VII), presidía su comunidad sobre miembros de ambos sexos, igual que hacía Santa Hilda, originaria de Northumbria y educada en Irlanda. En la Iglesia cristiana celta primitiva, las comunidades eran, a menudo, casas dobles o *conhospitae*, en las que hombres y mujeres, y sus hijos, vivían como una gran familia trabajando en el nombre del nuevo dios, quizás tomando tradiciones de las comunidades druídicas. En un principio, las mujeres podían, en consonancia con la filosofía celta, celebrar el «divino sacrificio de Mass» igual que los sacerdotes hombres. Esto irritó la sensibilidad de la Iglesia de Roma, cuya larga lucha para dominar a la Iglesia celta está bien documentada. Parece que, en un principio, Roma se enteró de la noticia de esta práctica en Bretaña, y alrededor de 515-520 d.C. tres obispos romanos escribieron una carta a dos miembros de la clerecía bretona llamados Lovocat y Catihern: «celebráis el sacrificio de Mass con la ayuda de mujeres a quienes dais el nombre de *conhospitae* ... estamos profundamente entristecidos al contemplar una herejía abominable... renunciad a estos abusos...»

Mary Condren observa:

Uno de los principales problemas que tuvo la Iglesia cristiana con estas mujeres religiosas fue que el dios de los cristianos era muy diferente de su dios. Igual que los israelitas derrocaron a los dioses de los cananeos cuando desarrollaron sus formas patriarcales de organización social, así también los sacerdotes cristianos formularían un concepto de dios que reforzara y alentara su nueva conciencia patriarcal. En estos momentos iniciales, la Iglesia pudo, perfectamente, haber contrarrestado el poder de los guerreros, pero en muchos

aspectos sus sacerdotes profesionales fueron bendecidos con una forma igualmente virulenta de conciencia reproductiva masculina. Aunque el dios cristiano tenía el control de la Naturaleza, ésta no era su atribución primaria. Estaba mucho más relacionado con reglas y conceptos abstractos como justicia, ley y honradez.

Las vidas de varios santos irlandeses primitivos comienzan a apuntar el creciente conflicto entre hombres y mujeres por la posición social. La *Vida de Maedoc*, o Aidan de Fems (muerto en 626 d.C), cuyo relicario se conservó en Dublín hasta el siglo XI, detalla algunos interesantes conflictos de misóginos con las mujeres. Otros ejemplos se encuentran en las *Vidas* de Kevin (Coemgen), el «santo de Glendalough», Declan, Molasio, Moling e, incluso, Colmcille. Encontramos historias de los santos irlandeses primitivos aceptando la misoginia romana. Enda de Aran (c 530 d.C), por ejemplo, sólo hablaba a su hermana, Sta. Faenche, a través de un velo cuando ella iba a visitarle. Maighenn, abad de Kilmainham, nunca miraba a una mujer, no fuese a ver al diablo. Ciarán (futuro abad de Clonmacnoise) estudió en la escuela de Finian de Clonard. Entre sus compañeros estaba la hermosa hija de un jefe, pero él jamás se permitió mirarla, ni a ella ni a ninguna otra mujer, según cuenta la *Vita Ciarani*.

Según yo lo interpreto, la «ley de los inocentes» propuesta por Adomnán y aceptada por el Sínodo de Birr en 697 d.C, liberaba a las mujeres celtas de la salvaje condición de servir en batalla. Es verdad que la *lex innocentium* de Adomnán estaba diseñada para proteger a los no combatientes durante la guerra, tales como los ancianos, las mujeres y los niños, así como a los clérigos y, de nuevo, era muy avanzada en comparación con las costumbres de otras sociedades europeas. La ley también prohibía que las mujeres fuesen guerreras o comandantes militares. Según la vida de Adomnán, fue movido a proponer la nueva ley, conocida como la *Cáin Adomnáin*, porque se lo pidió su madre, Ronnat, cuando estaban cruzando juntos un campo de batalla y contemplaron la horrible mirada de una mujer decapitada con su niño aún mamando de su pecho; «un reguero de leche en una de las mejillas

del niño y otro de sangre en la otra». Ammiano Marcelino informa sobre una lucha en la que una enfurecida mujer celta luchó junto a su marido. Otra interpretación de la *lex innocentium* sería que desposeía a las mujeres de algunos derechos de autoridad y mando.

El papel de las mujeres en la sociedad celta fue drásticamente alterado hacia el siglo x d.C, cuando el sistema legal **galés** fue codificado en el reino de Hywel Dda.

Según la *Ley Galesa de la Mujer*, editada por Dafydd Jenkins y Morfydd E. Owen (1980), «la ley galesa es considerablemente menos generosa hacia las mujeres (que la ley irlandesa), permitiéndoles únicamente una igualdad de *status* en las situaciones en las que no se las pueda distinguir de los hombres». Esto significaba hasta que la niña alcanzase la edad de doce años. Bajo el nuevo desarrollo patriarcal, alentado por la cristiandad romana, la ley galesa no reconocía lo femenino como lo hacía la ley irlandesa. No es que digamos que, bajo la ley galesa, la posición de la mujer en la sociedad celta hubiese degenerado hasta el mismo nivel en que lo hizo en otras culturas europeas. No habían alcanzado la consideración de meros bienes. Las mujeres galesas pudieron seguir siendo *gwraig briod* (mujeres de propiedad); y si una mujer se divorciaba, se convertía en propietaria de la mitad de la riqueza del matrimonio, ¡un concepto introducido en Inglaterra sólo en las décadas finales del siglo **XX**! Igual que en la ley irlandesa, una mujer viuda o divorciada conservaba la posición del hombre con el que había vivido. Pero una posición de inferioridad de la mujer comenzó a surgir en la nueva sociedad patriarcal cristiana. El papel de la mujer celta estaba cambiando.

Quizás un eco de aquella independencia de las mujeres celtas que se estaba desvaneciendo se puede contemplar en una historia de Macha, una diosa triple. Aparece en varias formas diferentes en el mito irlandés, y es identificada, también, como Macha Mong Ruadh, septuagesimosexta monarca de Irlanda, que reinó en 377 d.C, pero esto puede ser, simplemente, una confusión de nombre o tradición. Los anales atribuyen a Macha Mong Ruadh la fundación del primer hospital irlandés, Brong-Bherg (Casa de la Pena), así como la construcción de

Ard Macha (la Cumbre de Macha), que es la ciudad de Armagh, que Patricio convirtió en sede de la primacía de la Iglesia Cristiana en Irlanda. Esta es difícilmente una tradición de una «diosa de la guerra». Por eso, me inclino a creer que las tradiciones de la diosa Macha y aquellas de Macha Mong Ruadh son dos diferentes. Un cuidadoso examen de la diosa Macha muestra que, inicialmente, era una «diosa madre» que se vio modificada hasta convertirse en una «diosa de la guerra».

En la saga de «La debilidad de los hombres del Ulster», Macha aparece como la misteriosa mujer de Crunnchua Mac Agnoman y está embarazada de él. Macha va a una carrera de caballos en la fiesta de Samhain, en la que dos caballos del rey del Ulster derrotan a todos sus oponentes. Crunnchua fanfarronea diciendo que incluso su esposa podría dejar atrás a los caballos del rey, pero, por casualidad, el rey lo escucha y monta en cólera. El rey ordena que Macha sea llevada ante la asamblea y le manda que corra contra sus caballos, diciendo que, si no lo hace, matará a Crunnchua. Macha se encuentra en la última fase de su embarazo y suplica al rey que posponga su idea hasta que haya dado a luz y se haya podido recuperar, pero el rey se niega y, entonces, Macha grita al pueblo allí reunido: «¡Ayudadme, pues una madre os llevó dentro a cada uno de vosotros!» Pero nadie le hizo caso.

La carrera comienza y Macha vence, mas, cuando alcanza la línea de meta, sus hijos, gemelos, un niño y una niña, ya han nacido. Entonces ella pronuncia una maldición contra todos los hombres del Ulster, excluyendo específicamente a niños y mujeres.

Desde este momento, la ignominia que me habéis infligido redundará en vergüenza de cada uno de vosotros. Cuando llegue un tiempo de opresión, cada uno de vosotros que vivís en este reino se verá afectado por la debilidad, similar a la debilidad de la mujer durante el parto, y esto lo deberéis soportar durante cinco días y cuatro noches, hasta la novena generación, y así será.

Como todos los mitos, la historia está abierta a varias interpretaciones. Mary Condren ve la historia como simbolización de la última llamada pagana a la verdadera diosa madre como base de la ética social pública, y, a la vez, una maldición contra la edad patriarcal que acababa de nacer.

Lo que la diosa está diciendo realmente es: «Aunque podéis desarrollar sofisticadas doctrinas sobre el renacimiento, aunque os habéis apropiado del derecho de la vida y la muerte, aunque vuestros esfuerzos puedan parecer lógicos y plausibles a la luz de la cultura patriarcal, vuestros intentos no pueden sino estar condenados al fracaso mientras estén basados en la subordinación de las mujeres. Habláis la lengua de la paz y del dios común con una mano, mientras con la otra estáis convocando a las tropas para la guerra contra las mujeres y contra la tierra.

Esta interpretación de la historia es, ciertamente, tan válida como cualquier otra ofrecida, y uno siente, claramente, simpatía hacia ella. MacCulloch ha observado:

La mitología irlandesa apunta a una preeminencia primitiva de las diosas. Puesto que la agricultura y muchas de las artes estuvieron al principio en manos de las mujeres, las diosas de la fertilidad y los dioses anteriores de su cultura mantuvieron su lugar cuando las divinidades evolucionaron. Incluso las diosas de la guerra eran preeminentes en Irlanda. Los dioses y héroes celtas reciben a menudo el nombre por su madre, no por su padre, y las mujeres aparecen una y otra vez en los relatos de la colonización irlandesa, a la vez que, en muchas leyendas, representan el papel más importante. Las diosas dieron su nombre a los grupos divinos, e incluso, cuando los dioses son preeminentes, sus acciones son libres y sus personalidades están claramente definidas. La supremacía de las mujeres divinas de la

tradicón irlandesa debe ser contemplada, una vez más, en el hecho de que ellas mismas cortejan y vencen a los héroes. Su capacidad para el amor, su pasión, su eterna juventud y su belleza sugieren su primitivo carácter como diosas de la fertilidad y de la renovación.

Para explicar el cambio desde las divinidades femeninas a las masculinas, Sir John Rhys señala que la supremacía de las diosas era una concepción pre-celta, una noción que incorporaron los celtas «orientados hacia lo masculino». MacCulloch ya ha considerado esta propuesta como algo sin sentido. «Está demasiado impreso en la estructura de la tradición celta para no ser nativo, y no tenemos razones para suponer que los celtas no pasasen por una fase en la que aquel estado de cosas fuese normal. Su conservadurismo innato los llevó a preservar estas divinidades más que otras razas que ya habían dejado atrás aquella fase». Por desgracia, MacCulloch habla desde la complacencia de la arrogancia masculina, lo que implica que, para él, una sociedad orientada hacia lo femenino es primitiva y una que lo esté hacia lo masculino representa un estado más maduro de evolución.

En cualquier estudio sobre los druidas, puesto que éstos representan los conceptos religiosos y la filosofía celta pre-cristiana, no sólo se debe reconocer la importancia del papel de las mujeres, sino su auténtica posición central, consagrada como la «diosa madre» suprema, símbolo del conocimiento y la libertad, y como el sostén moral de la sociedad. En consecuencia, no es casualidad que en las sagas irlandesas la soberanía esté retratada en la persona de una mujer. Generalmente, la mujer aparece en forma de bruja hasta que el héroe la abraza y es entonces aclamada como la gobernante legítima, mientras la bruja se convierte en una hermosa mujer. La unión entre el rey y la diosa de la tierra era esencial y, en este aspecto, la antigua Irlanda no es diferente de otras civilizaciones como Mesopotamia, donde los reyes sumerios se casaban simbólicamente con la diosa Innana. Medb de Connacht sale de los mitos como la esposa de nueve reyes de Irlanda consecutivos.

Volviendo en este punto, de nuevo, al mito hindú, encontramos que la

diosa india Laksmi, consorte de Indra, aparece como «soberanía», y en el proceso de casamiento prepara *Soma*, «la bebida que no prueba nadie que habite en la tierra», mascando unas hojas. Indra bebe este *Soma* de la propia boca de la diosa. Al volver a Medb, descubrimos que su nombre significa «licor embriagador», y es el origen de la palabra inglesa *mead* (hidromiel). Medb es hija de Conan de Cuala, y un antiguo poema cuenta que nadie puede ser rey de Irlanda a menos que beba del hidromiel de Cuala. Cuando la diosa de la soberanía ofrece una bebida a Níall de los Nueve Rehenes, le dice: «Suave será la bebida de tu cuerno real, será hidromiel, será miel, será cerveza fuerte».

Se dice que las tribus celtas del norte de Britania, los cruthin de Caledonia, conocidos popularmente por su apodo de pictos, tenían una sucesión matrilineal de la monarquía, y se conservan dos fuentes para esta afirmación. La más citada es el historiador northumbrio Beda (muerto en 735 d.C), en su *Historia Ecclesistica gentis Anglorum*, donde dice que los reyes y jefes pictos tomaban esposas irlandesas con la condición de que la realeza se transmitiese por línea materna. La segunda fuente primitiva sería una irlandesa que afirma lo mismo y que es, evidentemente, la fuente de Beda. Lloyd y Jenny Laing, en *Los Pictos y los Escoceses* (1993), creen que era, probablemente, propaganda irlandesa que se utilizaba realmente en las reclamaciones irlandesas sobre la monarquía picta. «Tal como están las cosas, el asunto de la matrilinealidad picta no está probado, y no parece ser refrendado de ninguna manera por la evidencia que se conserva, excepto en el muy curioso patrón sucesorio.» Este «muy curioso patrón sucesorio» no es nada más que el método electoral habitual de la realeza celta, que ignora el sistema de primogenitura.

Las listas de reyes escoceses, y por extensión, irlandeses, pretenden descender de una mujer llamada Scota, cuyas tradiciones se separan en dos identidades diferentes. En una tradición, Scota es la hija de un faraón egipcio llamado Cingris, y se convirtió en la esposa de Niul, un sabio maestro y, obviamente, druida, que fue invitado a establecerse en Egipto cuando trabó amistad con Aaron. El hijo de Niul y Scota se llamó Goi-del y fue salvado de la mordedura de una serpiente por el

propio Moisés. Goidel fue el progenitor de los gaelos, y así, se predijo que no viviría serpiente alguna en las tierras en las que habitasen los hijos de Goidel. Esta es, claramente, una historia inventada por los escribas cristianos para explicar la ausencia de serpientes venenosas en Irlanda. La otra tradición de Scota dice que era hija del faraón egipcio Nectanebo, y que se convirtió en esposa de Mil. Fue muerta luchando contra los Dé Danaan y fue enterrada en Scotia's Glen, a tres millas de Tralee, en el condado de Kerry. De una combinación de las dos figuras de Scota descende Eber Scot, que fue «el padre de los Scots (escoceses)» aplicado a la moderna Escocia. El nombre *scotti*, como lo recogen los romanos, se suponía que significaba «asaltante». Sin embargo, Scota fue en su día símbolo de la soberanía de Escocia.

El propio nombre de Irlanda, Eire, es el de una diosa triple; sus hermanas eran Banba y Fódá. Cada diosa pidió a los milesios que las recordasen bautizando a Irlanda por su nombre. Banba y Fotla fueron utilizados a menudo, sobre todo en poesía, como sinónimos de Irlanda. Pero el druida, Amairgen, prometió a la diosa Éire que los hijos de Gael usarían su nombre como el principal del país.

LA RELIGIÓN DE LOS DRUIDAS

«SACAR DE SU TUMBA OLVIDADA a una religión muerta y hacer que nos cuente su historia requeriría una varita mágica de hechicero», comenta J.A. MacCulloch en su obra fundamental *La Religión de los Antiguos Celtas* (1911), y explica:

Ningún celta nos ha legado un testimonio de su fe y sus prácticas, y los poemas no escritos de los druidas murieron con ellos. Sin embargo, en estos fragmentos podemos ver al celta como un buscador de dios, uniéndose por medio de fuertes lazos con lo invisible, e impaciente por conquistar lo desconocido mediante un rito religioso o artes mágicas. Porque las cosas espirituales nunca apelaron en vano al alma celta, y, hace mucho

tiempo, los autores clásicos quedaron impresionados con la religiosidad de los celtas. Jamás olvidaron ni violaron la ley de los dioses, y creían que ningún hombre virtuoso se alejaría de su voluntad. La sumisión de los celtas a sus druidas muestra cuánto apreciaban su autoridad en materia de religión; todas las regiones celtas se caracterizaron por su devoción religiosa, llegando fácilmente a la superstición, y pasando de la fidelidad a los ideales y las causas perdidas. Los celtas nacieron soñadores, como muestra su exquisita creencia en el Eliseo, y a ellos se debe lo romántico y espiritual que hay en más de una literatura europea.

Hay algunas cosas en las que se puede disentir de MacCulloch, especialmente su afirmación sobre la sumisión de los celtas a la autoridad religiosa y la subordinación de su voluntad ante la de los dioses. Hay que recordar que MacCulloch era un ministro religioso y hablaba más de actitudes religiosas de su tiempo que de las de épocas precristianas o cristianas primitivas. El hecho cierto del conflicto entre libre albedrío y predestinación, encapsulado en el conflicto Pelagio-Agustín que estudiaremos más tarde, muestra que los celtas no estaban muy dispuestos a someter su voluntad ante nadie salvo ellos mismos.

Los celtas, a pesar de los escritores románticos de los siglos XVIII y XIX, en especial los franceses, eran politeístas y no monoteístas. La idea de que los celtas fuesen monoteístas procede de una cita de Orígenes (185-254), que sucedió a Clemente como cabeza de la Escuela cristiana de Alejandría. En su crítica textual del libro de *Ezequiel*, afirma que los druidas de Britania habían «venerado el dios único... antes de la llegada de Cristo». Los celtas, continúa, «estaban bien predisuestos desde antiguo hacia el Cristianismo a través de las enseñanzas de los druidas ... que ya les habían inculcado la doctrina de la unidad del Altísimo.»

Pero la idea de que fuesen monoteístas no está confirmada. El lector debe ser advertido ya, en este punto, de que no se nos ha conservado

ningún conocimiento del sistema druídico de culto o ritual, a pesar de románticos como Edward Davies, en *Mitología de los Celtas Británicos* (1809) o Herbert en *La Herejía Neo-Druídica* (1838). Davies proclama haber resucitado el sistema esotérico druídico a partir de la poesía de los bardos de Gales. Debemos tomar sus afirmaciones con mucha cautela.

Pero, una vez dicho esto, y siendo la evidencia fragmentaria, podemos atisbar algunos de los rituales e ideas en relación con el panteón de divinidades celtas y sus funciones mediante el estudio de las literaturas celtas insulares y comparándolas con los testimonios arqueológicos y las referencias de topónimos.

Es un hecho que existen unos 374 nombres de dioses y diosas celtas a lo largo del vasto territorio habitado una vez por los celtas. De esos nombres, unos 305 aparecen sólo una vez y se han considerado nombres de divinidades locales (teutates), particulares de cada tribu. Sin embargo, veinte nombres aparecen con gran frecuencia en aquellas áreas donde vivieron los celtas. Aunque será necesario más trabajo para hacer un estudio demográfico de estos nombres, me atrevería a afirmar que el panteón celta básico cuenta con un número de treinta y tres dioses. Los dioses hindúes y los de Persia eran también treinta y tres. Los Vedas hablan de treinta y tres dioses como el de «todos los dioses» (*visve-devab*). Treinta y tres parece ser un número con un significado compartido por otras culturas indoeuropeas, incluida Roma.

¿Tiene este número treinta y tres algún significado en la cultura celta? La respuesta es afirmativa. Encontramos que los dioses y diosas irlandeses, los hijos de Danu, tenían treinta y tres capitanes en las batallas de Magh Tuireadh, aunque sólo cinco de ellos, otro número significativo, se reúnen antes de la batalla. Pero los fomorios tienen también treinta y tres líderes. Nemed perdió treinta y tres barcos en su viaje a Irlanda. Cúchu-íllainn mata a treinta y tres contrarios en el Otro Mundo. En el *Táin Bó Cuailnge*, los hombres de Irlanda son agrupados en compañías de treinta y tres. En la historia de la «Fiesta de Bricriu», treinta y dos héroes acompañan a Cónchobhar Mac Nessa al salón de Bricriu (lo que hace treinta y tres) y en «El Sueño de Maxen Wledig» treinta y dos

reyes acompañan a Maxen a una caza que conduce a su visión. Los Dési deben vagar durante treinta y tres años tras su expulsión de Meath. El druida/divinidad solar, Mugh Ruith, debió estudiar con Simón el Mago durante treinta y tres años. Los cruithin (o pictos) tuvieron treinta y tres reyes paganos y treinta y tres reyes cristianos. Los hijos de Calatín, de Fergus, de Moma y de Cáthair Mor hacían treinta y tres cada uno. En algunas versiones del historiador gales Nennio, las grandes ciudades de la Britania celta eran treinta y tres, no las veintiocho contadas en otras versiones. Por todo esto, es obvio que el numeral es significativo.

Pomponio Mela cuenta que los druidas «se precian de conocer la voluntad de los dioses» lo que, si aceptamos esta afirmación, significa claramente que los druidas eran los «intermediarios» e «intermediarias» entre el mundo mortal y el inmortal. Pero, como ya se ha discutido anteriormente, ésta era sólo una de sus funciones.

Una cosa es evidente, y lo confirman César y las literaturas insulares celtas: que los celtas no veían a los dioses como sus creadores, sino como sus ancestros, más como héroes y heroínas sobrenaturales, de la misma forma que aparecen en la saga y el mito hindú. Por ello debemos preguntarnos si los celtas poseían un concepto de «creación». En el antiguo irlandés existe el concepto “*isin chétne tuiste*” (en la creación primigenia). Según O'Curry, hay un pasaje en los textos antiguos en el que Conlaí de Connacht convoca una asamblea de druidas en la que se afirma que había creadores del mundo. Conlaí se burla de esta afirmación y los reta a cambiar los cursos del sol y de la luna para que aparecieran en diferentes áreas del cielo. Se cuenta que los druidas se retiraron completamente confundidos. Probablemente no fue sino una belicosa mano cristiana la que escribió esta historia.

La historia de Conlaí se repite en una glosa al Senchus Mor que cuenta que los druidas, como los brahmanes hindúes, se jactaron una vez de haber creado el sol, la luna, la tierra y el mar. En la mitología védica, la creación comenzó con el espacio (aditi) en el que fueron formados el cielo y la tierra, y fueron considerados como los elementos masculino y femenino originales. El cielo estaba personificado por Varuna. El

primer hombre aparece como Manu y su hija Ida nació de la comida que Manu ofreció como sacrificio a Vishnu en agradecimiento por haberle protegido de la gran inundación. Pero tenemos algunos trazos de una figura de «diosa madre» hindú primitiva en Aditya, a quien volveremos en breve.

El mito de creación más antiguo que se conoce es el de los sumerios, en Mesopotamia, en el que Nammu, el mar primigenio, da a luz al dios cielo, An, y al dios tierra, Ki. El hijo de éstos fue Enlil, el aire. Enlil engendró a Nanna, la luna, que, a su vez, engendró a Utu, el sol. Enlil dejó embarazada a Ki, que parió a Enki, dios del agua y de la sabiduría. Enki ordenó el universo. Su hermana Nintu creó entonces al hombre moldeándolo con arcilla.

El mito de creación de los babilonios queda recogido en el *Enuma Elish* (Guerra de los Dioses), en el que Marduk forma al hombre a partir de la sangre y los huesos del dios Kingu a quien había matado. En Egipto, la divinidad solar Re se crea a sí misma en el caos pronunciando su propio nombre, un ejemplo del poder de la palabra que estudiaremos posteriormente. En la mitología irlandesa, el *Leabhar Gabhála* menciona procesos de creación en los que pone especial cuidado en dar el nombre del primero en conseguir cosas, desde desembarcar en el país hasta hacer mantequilla, fabricar hidromiel, construir una casa, cultivar la tierra, etc. Hay otro mito egipcio de creación en el que el dios Atón se puso de pie sobre un montículo que sobresalía de las aguas primordiales y dio a luz partenogénicamente a los otros dioses y les asignó partes del mundo para que las personificaran. El mito judeocristiano nos resulta familiar por el *Génesis*, en el que Yahvé creó el universo y al hombre en siete días.

El mito de creación griego más antiguo aparece en la Teogonía de Hesíodo, en la que, después de la creación de los elementos a partir del caos original, Prometeo moldea al primer hombre y a la primera mujer con arcilla.

El problema con los mitos celtas es que, cuando fueron puestos por escrito, los escritores eran monjes que intentaban conciliarlos con las creencias cristianas basadas en los mitos de creación hebreos. Por eso, tenemos al dios celta creando la tierra con un préstamo liberal de las fuentes bíblicas. Lamentablemente, no tenemos testimonio alguno de mitos de creación celtas originales. El libro de «origen nativo» más antiguo es, por supuesto, el Leabhar Gabhála, en el que se cuenta la invasión de Irlanda, y es esta invasión la que proporciona el génesis de todos los oficios y conocimientos, conmemorando cada ocasión.

El primer invasor fue una mujer, Cesair, hija de Bith, que era hija del Noé del mito hebreo. A Bith se le negó un puesto en el Arca y, por eso Cesair le aconsejó construir un ídolo con sus compañeros Fintan y Ladra. El ídolo les dijo entonces que construyesen un barco como había hecho Noé y se refugiasen en él, aunque no pudo avisarles del momento preciso en el que se produciría el Diluvio, por lo que construyeron el barco y comenzaron a navegar. Después de siete años llegaron a las costas de Irlanda. Cesair se convirtió en esposa de Fintan, pero al final él la abandonó. Llegó el Diluvio y Bith y Cesair se ahogaron con sus seguidores. Fintan, por el contrario, sobrevivió al transformarse en un salmón. Hay algún parecido entre esta historia y la del hindú Manu, salvado de la inundación por un gran pez. Esto, por supuesto, no es exactamente un mito de creación, sino uno de renacimiento.

Según MacCulloch:

Ciertas creencias populares relativas al origen de diferentes partes de la Naturaleza presentan un estrecho parecido con los primitivos mitos cosmogónicos, y deben haber sido tomados como recuerdos inconexos de mitos similares conservados por los celtas y, quizás, enseñados por los druidas. Así, el mar, un río o un manantial surge por la micción de un gigante, un hada o un santo, o bien de su sudor o de su sangre. Las islas son rocas arrojadas por los gigantes, y las montañas son el material desechado por éstos cuando estaban trabajando en la tierra. Las fuentes nacían de la sangre de un mártir o del toque de varita de un

hada. El mar se originó por un tonel mágico que Dios entregó a una mujer. El tapón, una vez abierto, no pudo volver a cerrarse, y el tonel jamás dejó de manar, hasta que las aguas cubrieron la tierra.

Son numerosas las historias acerca de cómo asumieron su identidad las llanuras, montañas y otros fenómenos naturales, particularmente en el período de la segunda invasión comandada por Partholón y la tercera invasión conducida por Nemed. Tanto Partholón como Nemed son descendientes de Magog, hijo de Jafet. La razón para que los escribas cristianos escogiesen a Jafet como ancestro es que se trataba de uno de los tres hijos de Noé. Se dice que Jafet tuvo siete hijos, cuyos descendientes ocuparon las «islas de los Gentiles» (*Génesis 10:5*). Partholón y Nemed invadieron Irlanda por separado y encontraron allí a los fomorios, los dioses malvados de los mitos irlandeses, cuyo nombre significa «los habitantes de debajo del mar», pero lo más interesante de ellos es que no conservamos ninguna información sobre sus orígenes. Partholón y sus seguidores perecieron durante una plaga, mientras Nemed murió también, pero asesinado y sus seguidores se dispersaron. Sólo cuando los hijos de Danu, la diosa madre, invadieron Irlanda, se quebró el poder de los fomorios en la segunda batalla de Magh Tuireadh, y los dioses buenos triunfaron.

Aquí es donde podemos atisbar, aunque de forma breve, un mito de origen celta en la historia de Danu, la diosa madre, y sus hijos, los Tuatha Dé Danaan. La mayoría de las religiones del mundo tienen su figura de «diosa madre». Como ha señalado el Prof. Markle: «La religión druídica no fue una excepción de esta regla. Su mitología, como otras, contiene restos de una diosa madre». El nombre de Danu es también el del gran río Danubio en cuyas orillas, curiosamente, se dice que se desarrollaron los pueblos celtas antes de su expansión por toda Europa a comienzos del primer milenio a.C. El nombre parece estar emparentado con el sánscrito, lo más cerca que podemos llegar de nuestra hipotética lengua indoeuropea. *Dana* significa «aguas del cielo». La forma irlandesa indica «corriente rápida». Además, el

nombre se puede encontrar en varios nombres de ríos, como el río Don en Durham y Yorkshire o el Don en Escocia y Francia.

Tenemos otra comparación con la cultura hindú en la que, según el *Rigveda*, Aditya no sólo es una primitiva diosa madre, sino el nombre de un río mítico que es la fuente de todas las aguas del mundo. ¿Pudo ocurrir que el Danubio, el río de la diosa madre Danu que proporciona «las aguas del cielo», ocupase el mismo lugar en el mundo celta primitivo. Un lugar que el Ganga, o Ganges, continúa ocupando todavía hoy en el mundo hindú. Ganga era una diosa madre que en la tradición hindú tardía se convierte en una de las esposas de Shiva. Como ha recalcado Joseph McCampbell: «La idea del río sagrado, el Jordán, las aguas que caen del cielo, se traduce en la idea de la gracia de la divinidad, fluyendo incansablemente de alguna fuente. En India la fuente del Ganges, arriba en la zona del Himalaya, es un lugar sagrado». Vemos que los antiguos bardos irlandeses consideraban que el límite del río, el borde del agua, era siempre el lugar donde se revelaba *éicse*, sabiduría, conocimiento y poesía. Era una palabra que significaba también adivinación.

Sabemos que Danu, o más bien sus hijos, al llegar a Irlanda, tuvieron que luchar contra sus enemigos, los malvados fomorios, cuya propia diosa madre es Domnu. Curiosamente, Domnu no significa sólo «el mundo», sino las profundidades» del mar. La épica irlandesa contiene muchos episodios de la lucha entre los hijos de Domnu, que representan la oscuridad y la maldad, y los hijos de Danu, que simbolizan la luz y el bien.

Además, los hijos de Domnu nunca fueron totalmente eliminados o erradicados del mundo. Ellos son, simbólicamente, el mundo. El conflicto es entre «las aguas del cielo» y el «mundo».

Es un detalle significativo que el jefe celta, Viridomar (Virdomarus), que condujo a treinta mil galos gesates contra Roma en 222 a.C., se lla-

mase a sí mismo «hijo del Rín», lo que significaba, según mi opinión, que la diosa del Rín había sido su antepasado. Cónchobhar Mac Nessa es declarado unas veces hijo del druida Cathbad y otras del amante de Nessa, Fachtna. Pero en el *Stowe MS 992*, hay una tercera versión más interesante. Nessa lleva a Cathbad una bebida de un río. Cathbad ve que hay dos gusanos en el agua y obliga a Nessa a bebérsela como castigo; pero Nessa queda embarazada y pare a Conchobar, que es llamado así por el río. ¿Adoptó la diosa del río la forma de gusanos para renacer como Conchobhar?.

Cuando los celtas se extienden a lo largo de Europa, en ese momento, ¿se consideraron a sí mismos como hijos de la gran diosa madre-río divino Danu. Ciertamente, hay un equivalente gales de Danu en la persona de Don, cuyo nombre, como Downy, también aparece en nombres de ríos galeses como Dyfrdonwy y Trydonwy. Otros nombres de ríos con la misma derivación se pueden encontrar en Inglaterra, Escocia y Francia.

Pero las fuentes galesas no tienen tradiciones de mitos de creación como las narraciones irlandesas. Únicamente podemos especular sobre cuánto introdujeron los escritores de las sagas celtas de la tradición judeocristiana, distorsionando así las tradiciones originales.

Sólo cuando los Tuatha Dé Danaan invadieron Irlanda se reconoció claramente el panteón de dioses y diosas, y éstos son, ciertamente, paralelos de los hijos de Don de la saga galesa.

Tanto la mitología como la saga irlandesa y galesa son «heroicas», pues, a finales del primer milenio a.C, los celtas habían convertido a sus dioses y diosas en héroes y heroínas y a sus héroes y heroínas los habían convertido, a su vez, en dioses y diosas. En las vidas de estos dioses y héroes, diosas y heroínas, se reflejan las vidas del pueblo, en su sociedad patriarcal emergente, y la esencia de sus tradiciones religiosas.

Los dioses y héroes, las diosas y heroínas, no eran meras bellezas físicas con cabezas vacías. Debían tener poderes intelectuales iguales a sus

habilidades físicas. Eran totalmente humanos y eran poseedores de todos los vicios y virtudes naturales y practicaban los siete pecados capitales. Su mundo era el de la felicidad del campo, un mundo en el que se solazaban con todos los placeres de la vida mortal en una forma idealizada; amor natural, arte, juegos, fiestas, cacerías y combates heroicos con una sola mano.

César, por desgracia, debido a las circunstancias, se refiere a los dioses de la Galia con una identidad romana en un corto pasaje:

Veneran principalmente al dios Mercurio; hay numerosos símbolos de él y lo consideran el inventor de todas las artes, el guía de los viajeros, y poseedor de una gran influencia sobre tratos y comercio. Después de él adoran a Apolo y Marte, Júpiter y Minerva. Sobre éstos tienen numerosas creencias, igual que otras naciones. Apolo sana las enfermedades, Minerva enseña los elementos de la industria y de las artes, Júpiter gobierna sobre los cielos, Marte dirige la guerra ... Todos los galos aseguran que descienden de su progenitor Dispater.

Al tratar de equiparar los dioses celtas con sus equivalentes romanos, el testimonio de César es poco menos que inservible. En inscripciones latinas, no menos de sesenta y nueve dioses celtas se han asociado al romano Marte. El testimonio acerca de los galos celtas asegurando que eran descendientes de Dispater es, sin embargo, interesante y es una confirmación de que los celtas veían a los dioses como sus ancestros. Dis, en la religión romana, era el equivalente del dios griego Plutón, el gobernante del mundo subterráneo que, en la literatura clásica romana, se convierte en símbolo de la muerte. Únicamente podemos interpretar la afirmación de César de que Dispater (Padre Dis) era considerado ancestro de los galos con el sentido de que los celtas tenían un «padre de los dioses» como su progenitor. De esto se deduce que, en este momento de su evolución, los celtas habían variado la percepción de una «diosa madre» como la fuente de su existencia para adecuarla al modo de expresión patriarcal.

En efecto, hay un «padre de los dioses» en la literatura insular celta que

equivale al dios nativo galo. Pero no es un dios de la muerte o del Otro Mundo. El dios de la muerte análogo en el mito irlandés es Donn, el hijo mayor de Midir el Orgullosa, y su morada estaba en Tech Duinn (Casa de Donn), en una isla frente a la costa sudoeste de Irlanda, donde reunía a los muertos antes de enviarlos a su viaje hacia el oeste, hacia el Otro Mundo. No hay que confundirlo con el Don del mito gales, que es el equivalente de Danu, la «diosa madre». Resulta llamativo que, en el paito gales, el equivalente de Tech Duinn es imaginado también en una isla en la costa sudoeste de Gales (Lundy). De hecho, tanto el reino irlandés de Munster como el galés de Dyfed, los dos en el sudoeste de sus respectivos países, están asociados con el Otro Mundo y aparecen como lugares de origen, como mundos primordiales. Y aún más importante, estas áreas están asociadas con más divinidades femeninas que ninguna otra zona.

Henri D'Arbois de Jubainville, sin embargo, identifica otro dios celta, Bilé, emparentado con Bel y Beleños, como el Dispater de César. Su fiesta era el 1.º de mayo (Beltaine), mes que en irlandés moderno sigue llevando su nombre. También puede resultar significativo que Uisnech fuese el lugar donde se celebraba en su nombre uno de los cuatro grandes festivales de Irlanda. Es verdad que también aparece como «dios del los muertos» y en ocasiones se refirieron a él como «Padre de dioses y hombres». Bilé es retratado como consorte de Danu y su culto estaba; extendido bajo sus nombres equivalentes de Bel o Belenos. Éste último fue venerado en la Galia durante muchos siglos después de la conquista romana.

Hay muchos nombres por toda Europa que tienen un nombre basado en el de Bilé. En Londres, la Puerta de Belenos ha llegado a nosotros como Billingsgate (Puerta de Bilé). Presumiblemente las cabezas de los muertos de los asentamientos celtas originarios, y más tarde de la ciudad romana ocupada, eran llevadas a través de esta puerta al río Támesis, el río oscuro o lento, donde eran utilizadas como ofrendas votivas o simplemente colocadas para que Bilé las transportase al Otro Mundo. Cientos de cráneos del período celta han sido descubiertos en el

Támesis, en los alrededores de Londres, junto con otras ofrendas votivas.

Hay que recordar que los antiguos celtas creían que el alma reposaba en la cabeza, no en la región del corazón donde el mundo cristiano occidental lo coloca hoy. Por eso la cabeza era tan venerada y apreciada en la antigua sociedad celta. Cuando Bran el Bendito fue mortalmente herido, suplicó a sus camaradas que cogiesen su cabeza y la llevasen a la Isla de los Poderosos (Britania) para enterrarla. Llevó muchos años llegar hasta allí, y la cabeza de Bran comía, bebía y les daba instrucciones durante el viaje. La cabeza fue enterrada (la leyenda dice que el lugar era Tower Hill, en Londres) mirando en dirección a sus enemigos para, de acuerdo con la costumbre celta, poder proteger la tierra contra las invasiones. Muchos otros ejemplos de cabezas parlantes de héroes muertos se pueden encontrar en el mito celta.

Poniendo en relación los muchos cráneos humanos encontrados en el Támesis, con espadas exquisitas, escudos, cascos y otras ofrendas votivas, el Prof. Richard Bradley, de la Universidad Reading, expuso el argumento, en un programa de la BBC en 1990, de que el Támesis pudo haber sido un río sagrado para los celtas británicos, cumpliendo la misma función que el Ganges. Ya he mencionado esto en *Una guía de los restos celtas primitivos en Britania* (1991). Es, ciertamente, una teoría aceptable, aunque el énfasis debe ser puesto en que era *un* río sagrado, no *el* río sagrado.

Una vez más, encontramos el culto a los ríos, manantiales o fuentes como parte de una costumbre indoeuropea antigua. En India central, las tribus de Chota Nagpur, en lo que hoy es el estado de Maharashtra, ofrecen sacrificios a las divinidades de los pozos y ríos de un modo muy similar al que, aún hoy, lo hacen sus homólogos indoeuropeos cristianos de Irlanda, Gales y Bretaña.

El nombre del candidato de d'Arbois de Jubainville para ser el Dispatér de César, Bilé o Belenos, aparece incorporado en muchos nombres personales celtas. Puede que el más famoso de éstos sea el rey de Britania que gobernó justo antes de la invasión romana de 43 a.C, Cunobelino. El nombre significa «sabueso de Belenos», a quien Shakespeare

hizo famoso tiempo después bajo la forma de Cimbelino.

Podría argumentar que El Dagda aparece más veces retratado como «padre de los dioses» que Don o Bilé, y podría argumentar que esto es significativo porque el Dagda es el hijo de Danu por medio de Bilé. Por eso Danu sigue teniendo preeminencia como la primera fuente de vida. En su calidad de sagradas «aguas del cielo», Danu riega el roble, que era Bilé, el símbolo masculino de la fertilidad, y dio a luz a El Dagda, «el buen dios» que fue padre del resto de los dioses. ¿Qué me lleva a relacionar a Bilé con el roble? Que Bilé es la antigua palabra irlandesa para un árbol sagrado, y fue también utilizada para referirse a un «noble guerrero». Encontramos Bilomago en la Galia como un lugar que significa «el claro (del bosque) del árbol sagrado». El nombre se conserva en topónimos como Billé y Billom en Francia, y Billum en Dinamarca. Cuando el árbol sagrado de Medb de Connacht es mencionado en el Táin, lo hace como Bilé Meidbe.

El papel de Bilé transportando almas de los muertos celtas al Otro Mundo añade otro significado. El transporte se realizaba, normalmente, por vía acuática, a través de ríos como el Támesis o por el mar. Bilé está transportando las almas, de hecho, hacia las «aguas divinas», esto es, su consorte Danu, la «diosa madre». No es casualidad, por tanto, que su principal centro de veneración en tiempos primitivos fuese la colina de Uis-nech, cuyo nombre, como veremos posteriormente, cuando estudiemos a los druidas como astrólogos, está compuesto por la palabra raíz que se utiliza para «agua», uisce.

El Dagda es padre de prácticamente todos los dioses irlandeses y es también conocido por los nombres de Eochaidh Ollathair (Padre de Todos), como Aedh (Fuego) y como Ruadh Rofessa (Señor del Gran Conocimiento), lo que hace de él una tríada divina. El prof. Myles Dillon señala que el nombre Eochaid tiene un equivalente en el sánscrito Pasupati, que es uno de los nombres del dios hindú Shiva, el espíritu supremo conocido también como Mahadeva (el gran dios).

El Dagda aparece como patrón del druidismo irlandés y su imagen es la de un hombre llevando un gigantesco garrote que va arrastrando sobre ruedas. Un extremo de su garrote puede matar mientras el otro puede

curar. Tiene un caballo negro llamado Acéin, u Ocean, y su caldero, llamado Undri, es uno de los mayores tesoros de Dé Danaan, traído desde la ciudad fabulosa de Murías. El caldero proporciona alimento como para que ningún hombre se aleje de él hambriento. Es «el caldero de la abundancia», que más tarde, las generaciones de celtas cristianizados convirtieron en el Santo Grial del mito artúrico. El Dagda posee también un harpa mágica.

El Dagda también ha sido equiparado a Cernunnos, cuyo culto se encuentra tanto en Britania como en la Galia. Representaciones de Cernunnos muestran su garrote, igual que El Dagda, y, a veces, se sienta en la característica postura de Buda. Se cree que la figura de Cerne Abbas, al sudoeste de Inglaterra, que es también una réplica cercana de la talla celta encontrada en Corbridge, Northumberland, representa a Cernunnos. Pero Cernunnos aparece normalmente sosteniendo los cuernos de un ciervo y ¡acompañado por una serpiente con cabeza de carnero. En esta forma se le ve' en el panel del Caldero Gundestrup (Museo Nacional, Copenhague). Esta figura se encuentra también en una moneda de plata de los belgas Remos, actualmente en el Museo Británico. Mientras agarra firmemente la serpiente en su mano izquierda, está rodeado por numerosos y diversos animales. Esto ha llevado a muchos eruditos a llamarle «Señor de los Animales». Como mencioné antes, Dillon ha mostrado que Shiva era conocida también como Pasupati, que significa «Señor de los Animales», y el arqueólogo Sir John Marshall, durante su excavación en Mohenjodaro, en el noroeste de India, encontró un sello en el que estaba representado Pasupati. «El parecido general entre el panel de Cernunnos y el sello de Mohenjodaro (actualmente en el Museo de Nueva Dehli) es tal, que difícilmente se pueden tener dudas sobre su origen común», dice Dillon.

Cuando los hijos de Danu llegaron a Irlanda, Danu ya no estaba con ellos. ¿La dejaron atrás en la forma de Danubio, cuando comenzaron su expansión por Europa? Sabemos que los hijos de Danu procedían de cuatro ciudades fabulosas: Falias, Gorias, Finias y Murías, y llevaban consigo tesoros especiales de cada una de esas ciudades. El Lia Fáil

(Piedra del Destino) de Falias; una espada de Gorias (la antepasada de la famosa Excalibur); la lanza de la victoria de Finias y el «caldero de la abundancia» de El Dagda de Murías. Además, nos enteramos que en esas cuatro ciudades había «cuatro druidas que enseñaban a los hijos de Danu, capacidades, conocimiento y sabiduría perfecta». Morías habitaba en Falias; Urias «el de Noble naturaleza» vivía en Gorias; Arias, el poeta, residía en Finias, : y Senias tenía su morada en Murías. ¿Se encontraban los lugares reales de aquellas ciudades a lo largo de las orillas del Danubio, desde donde los celtas comenzaron su primera migración a comienzos del primer milenio a.C. ¿Y eran Morías, Urias, Arias y Senias un recuerdo de un pueblo real que había instruido a los hijos de Danu antes de partir en su primera gran migración desde las fuentes del Danubio?

Hay confusión porque El Dagda no sea su líder cuando los hijos de Danu llegan a Irlanda. El líder es Nuada, que también aparece en el mito gales como Nudd, que está también emparentado con Lludd Llaw Ereint, y es también, obviamente, Nodens, cuyo nombre sobrevive en un templo de la ocupación romana de Britania en Lydney, junto al río Severn. Nuada, en las batallas con los fomorios, pierde primero su mano, que es reemplazada por una de plata por el dios de la medicina, Dian Cécht, y posteriormente por una mano real por el hijo de Dian Cécht, Miach, pero es finalmente muerto en otra batalla. Nuada no debe ser confundido con el Nuada que es druida jefe de Cahir Mor, el ancestro de Fionn Mac Cum-hail. Cuando Nuada no puede seguir liderando a los hijos de Danu a causa de sus heridas, es reemplazado por Bres, que es hijo de Elatha, un rey fomorio, y de una mujer de los Dé Danaan que confraternizó con la diosa Brigit, una hija de El Dagda. Bres se comporta como un tirano y es depuesto poco después, huyendo con los fomorios. Después, El Dagda se convierte en el líder de los dioses y diosas y lo continúa siendo hasta que son llevados al Mundo Subterráneo.

Entre los nombres de los dioses celtas que aparecen más frecuentemente está el de Lugh en irlandés, Llew en gales y Lugus en galo. Las inscripciones y monumentos sobre él son más numerosos que los de cual-

quier otro dios celta, y está generalmente aceptado que cuando César hablaba del «Mercurio» galo se estaba refiriendo a Lugus. El nombre aparece en topónimos en muchos de los antiguos territorios celtas: Lyon, Léon, Loudan y Laon en Francia; Leiden en Holanda; Liegnitz en Silesia; y Carlisle (Luguvalum en tiempos romanos) en Inglaterra. Se ha afirmado que el nombre de Londres, ahora capital de Inglaterra⁶, también procedía de Lugdunum, como Lyon, en Francia. De ahí la forma romana Lon-dinium. Algunos eruditos han propuesto, sin embargo, que el nombre podría proceder igualmente de la raíz celta londo, que significa «el lugar salvaje». Otras dedicaciones a Lugh aparecen en Arranches, en Suiza y en Asma (Taragona)⁷, en España, como Lugoues y Lugoubus. En Lyon (Lugdunum), los celtas galos celebraban una antigua fiesta de Lugus, y después de la conquista romana, durante el reinado de César Augusto, fue dedicada al emperador. La misma fiesta tenía lugar en la tradición celta insular. En Irlanda era conocida como Lughnasadh, celebrada el 1 de agosto. Era uno de los cuatro grandes festivales precristianos y era, básicamente, una fiesta agraria en honor de la cosecha. El nombre se conserva, en gaélico escocés, como Lúnasad para el festival de Lammas. Lugh, en el mito irlandés, el hijo de Cian y Ethlinn, era el dios de todas las artes y oficios, y, a causa del esplendor de su rostro, era también conocido como Find (El Bello). En esta forma sobrevive también en el continente como Vindonnus y en muchos topónimos como Uindobona (Viena).

Lugh era, dice el Prof. Dillon, el más grande de todos los dioses. El Dagda, en realidad, le cedió el mando en la segunda batalla de Magh Tuireadh. Es comunmente conocido con Lugh Lámhfadha o Lug del

⁶ La ciudad de Lugo fue fundada por Paulo Fabio Máximo en 14-13 a.C. con el nombre de Lucus Augusti. La palabra romana lucus significa «bosque sagrado». Aunque no hay evidencias seguras, el parecido con el nombre de Lugh, los restos de un santuario celta hallados en la ciudad y el significado del nombre romano, llevan a pensar que Lugo podría ser otra ciudad dedicada a Lugh. N. del T.

⁷ El autor y el traductor, se equivocan. No existe ninguna ciudad de Asma en Tarragona. El autor se refiere a Osma o Burgo de Osma, antigua Uxama, en la actual provincia de Soria. Nota del digitalizador.

Largo Brazo, o mano, cuyo homólogo gales es Llew Llaw Gyffes. Lo más fascinante es que en el Rigveda, el dios hindú Savitar es llamado prthupani, «de la gran mano». La percepción hindú del sol al amanecer con sus rayos de luz, y su posición, se comparan con una gran mano. «El dios con la gran mano alza sus brazos y todos obedecen». No sólo Lugh era una divinidad solar; también lo era Savitar, que era capaz de estirar sus manos para ordenar la aparición del día y la noche. ¿De nuevo tenemos un lazo de unión común indoeuropeo?

El Prof. Dillon era un estudiante de Paul Jules Antoine Meillet, autor de obras tan pioneras como Los dialectos indoeuropeos (París, 1908). Meillet estaba particularmente interesado en el tema de las palabras tabú en las lenguas, un asunto al que volveremos cuando estudiemos a los druidas como astrónomos y astrólogos. Meillet señalaba el hecho de que parecía no haber una raíz común indoeuropea que se pudiese identificar para la mano o el brazo, y concluía que la palabra era objeto de tabú. La palabra para mano/brazo varía mucho en los idiomas indoeuropeos (el inglés hand, representando al grupo germánico, cheir(o) en griego, manas en latín y lamh en irlandés indican la amplia variedad de palabras) sugiriendo, dice Millet, que en cada lengua se utilizaba un eufemismo. Millet apunta que esto pudo ser debido a un antiguo culto indoeuropeo de un dios con una gran mano o un largo brazo. Este culto fue discutido por Hermann Güntert en Sobre la Lengua de los Dioses y los Espíritus (1921). El «dios con la mano grande» es conocido por grabados en la roca y pinturas datadas en la Edad de Bronce y extendidas geográficamente desde Suecia hasta el Punjab.

Lugh era llamado samildánach en Irlanda, el que ejerce muchos oficios. Un oficio era el de zapatero y en Asma (Tarragona) un gremio de zapateros remendones ofrece una dedicatoria a Lugh, mientras que el Prof. Dillon señala que igualmente fascinante es el hecho de que en Backa, cerca de Brastad en Suecia, el «dios con la mano grande» sea conocido como «el zapatero». Paul-Yves Sebillot, en/ Folklore de Francia (1904-1907) dice que los bretones de Morbihan todavía llamaban al sol sabotier («zapatero») como un eufemismo. ¿Es una

coincidencia que Lleu Llaw Gyffes, en el Mabinogion, vaya a visitar a su madre disfrazado de zapatero remendón? Y, por último, en Irlanda, cuando los antiguos dioses fueron reducidos a la clandestinidad por el Cristianismo, Lugh se apagó en la mente de los hombres, convirtiéndose en un simple artesano, Lugh chro-main, «Lugh el encorvado». Ahora todo lo que queda de este poderoso patrón celta de las artes y los oficios es la versión anglicanizada de Lugh chromain, el duende, ¡un geniecillo zapatero remendón!

Otro dios ampliamente extendido era el galo Ogmios, identificado por el poeta griego Lucano (c 115- después del 180 a.C.) como «Heracles». Ogmios tiene sus equivalentes en Irlanda (Ogma) y Britania (Ogmia). En Britania, por ejemplo, una pieza de cerámica procedente de Richborough representa una figura con pelo largo rizado y rayos de sol saliendo de su cabeza con el nombre de Ogmia inscrito. En Irlanda, Ogma era el dios de la elocuencia y la literatura, hijo de El Dagda. Se le atribuye la invención de la forma más antigua de escritura irlandesa, la escritura Ogham, llamada así en su honor. Su hija se casó con el dios de la medicina, Dian Cécht. Su parentesco y aventuras le convierten en paralelo, en muchos aspectos, de la figura de Heracles, que era hijo de Zeus, padre de los dioses griegos.

Encontramos dioses y diosas irlandeses, como Badb, Brigit, Bran, Buanann, Cumal, Goibniu, Manannán, Mider, Nemon, Nét y Nuada, todos ellos con equivalentes reconocibles en Britania y la Galia.

Lucano añade a nuestro conocimiento de los dioses celtas un dato nuevo: Esus, Taranis y Tutatis también eran venerados. Lucano se refiere al «zafio Esus de bárbaros altares», que debía ser propiciado mediante sacrificio humanos. Esus aparece como un musculoso leñador en un relieve dedicado a Júpiter entre los años 14 y 37 d.C, descubierto en 1711 bajo el coro de la catedral de Notre Dame de París. Una imagen similar y del mismo siglo fue encontrada en Trier. Los otros dioses, Taranis y Tutatis, eran más fácilmente identificados, pues Taran significa «tormentoso» (taran en gales y torann en irlandés), y es obviamente un dios del trueno, como Thunor o Thor. En las dedicatorias, Taranis es, a menudo, equiparado con Júpiter. Sobreviven

monumentos dedicados a él en Chester (Inglaterra), Bóckingen y Godramstein (Alemania), Orgon, Thauron y Tours (Francia) y Scardona (en la antigua Yugoslavia). Taran aparece en la mitología galesa como el padre de Gluneu, uno de los siete supervivientes de la infortunada batalla entre Bran y Matholwch. En cuanto a Tutatis, mencionado por Lucano, el nombre significa «pueblo» o «tribu» (del que quedan ecos en el tuath irlandés y en tud en gales). Tutatis es una variante de pronunciación. Por las dedicatorias, es claramente un título más que un nombre. Tutatis era usado con otro nombre, «Marte Tutatis Cocidio», en Carlisle. Por eso, «un Tutatis» era un dios tribal. De su significado se ha dicho que, cuando los germanos comenzaron a cercenar las fronteras orientales de los celtas, éstos se referían a los germanos como «el pueblo» (teutones), más o menos de la misma manera que, en el siglo XIX, los sudafricanos fueron conocidos según la palabra bantú que significaba, simplemente, «hombres».

Muchos dioses celtas fueron venerados en tríadas o formas triples. El concepto de un dios de tres personalidades parece tener sus raíces en una expresión indoeuropea. En la creencia hindú, Trimurti consiste en Brahma, el creador; Vishnu, el preservador, y Shiva, el destructor.

Pitágoras vio el tres como el número perfecto de los filósofos (el comienzo, el medio y el final), y lo utilizó como símbolo de la divinidad. En efecto, los antiguos griegos veían el mundo gobernado por tres dioses: Zeus (cielo), Posidón (mar) y Plutón/Hades (mundo subterráneo). El tres impregna el mito griego: las Parcas eran tres, las Furias, tres; las Gracias, tres; las Harpías, tres; la Pitia o Sibila, en su oráculo deífico, se sentaba sobre un trípode, los Libros Sibilinos eran tres veces tres; las Musas eran tres veces tres, etc.

Igual que en el mundo griego ocurría en el celta, que dividían al homo sapiens en cuerpo, alma y espíritu; el mundo en el que habitaban era tierra, mar y aire; las divisiones de la Naturaleza eran animal, vegetal y mineral; los colores básicos, rojo, amarillo y azul, etc. Tres era el número de todas las cosas. La mayoría de sus dioses eran tres personalidades en una. Combinaciones de la figura tres aparecen a

menudo en cuentos celtas, igual que ocurre con el nueve (tres veces tres), y treinta y tres.

La propia Irlanda se representa con la tríada de diosas Eire, Banba y Fódla. Tres eran los dioses celtas de los oficios, Goibhniu, Luchta y Credh-ne. Las diosas de la fertilidad, de los herreros, de la salud y de la poesía, incluso el propio El Dagda, eran venerados en forma de tríadas. La diosa de la guerra más famosa era La Mórrigan, en ocasiones Mórrigu, «gran reina», y también ella aparece como intercambiable con Macha, Badb y Nemain. La Mórrigán encarna todo lo que es perverso y horrible entre los poderes sobrenaturales.

Los símbolos maternos fueron también venerados en forma triple; en la Galia, el título matres o matronae se usaba, porque las dedicatorias en los monumentos sobreviven sólo en latín. La Madre Tierra era el símbolo de la fertilidad, y figuras con niños, cestas de fruta y cuernos de la abundancia se encuentran por todo el mundo celta. De Vertault, en Burgundia, procede una escultura de diosa madre triple con un niño sostenido por una de ellas, mientras otra sostiene una toalla.

Más tarde, el Cristianismo adoptó este modelo divino triple (Padre, Hijo y Espíritu Santo), no por la cultura judía, a la que le resulta extraño, sino por la interpretación griega completada con los conceptos de los primeros Padres de la Iglesia. El galo Hilario, obispo celta de Poitiers, (c 315-c 367 d.C.) es considerado uno de los primeros nativos celtas que se convirtió en una destacada fuerza filosófica dentro del movimiento cristiano. Su gran obra fue De Trinitate, en la que definía el concepto de la Santísima Trinidad, que es ahora parte integral de la creencia cristiana.

Diógenes Laercio observó que los druidas enseñaban en forma de tríadas, lo que confirman también por las tradiciones literarias tanto de Irlanda como de Gales.

Los grandes ríos del norte de Europa tienden a conservar nombres celtas, muchos de ellos asociados a figuras de diosas. Ya nos hemos ocupado del Danubio, que toma su nombre de la diosa Danu. Aquí nos encontramos en la tierra de donde los celtas dicen ser originarios; las fuentes del Danubio, el Rin y el Ródano. Y aquí vemos que el Alto

Danubio, con sus afluentes y sub-afluentes, es una región plagada de nombres celtas, como lo es, también, el valle del Alto Rín, y el del Ródano. El Sena toma su nombre de la diosa celta Sequana. En Inglaterra, el Severn se llama así por Sabrann, que es el nombre de otra diosa celta, que se intuye también en el nombre de un afluente del Bedfordshire y en el nombre primitivo del río Lee en Irlanda. El Boyne en Irlanda es así llamado por una diosa, Boann, la esposa de El Dagda; y el Shannon por la diosa Sinainn. La Dra. Arme Ross apunta:

Los nombres de ríos como el Dee (Deva), el Clyde (Clóta, cf., en galo Clutoida), el Severn (Sabrina) y quizás el Wharfe (-¿Verbeia?), así como el Briant de Anglesey y el Brent de Middlesex (de Brigantia), reflejarían, aparentemente, la misma asociación de río con una diosa como está atestiguado para la Galia; en el caso de Irlanda, esta sugerencia está fuertemente apoyada por material textual. Los ríos no sólo tienen nombres de diosas, sino que hay leyendas culturales irlandesas que pretenden explicar por qué reciben esos nombres.

MacCulloch mantiene que:

...hay pocas dudas de que los celtas, en su continuo avance, llamaban, un río tras otro, por el nombre de la misma divinidad, creyendo que cada nuevo río era una parte de su reino ... La madre-río era aquella que regaba toda la región, igual que en los libros sagrados hindúes las aguas son madres, fuentes de fertilidad ... los celtas veían los ríos como dadores de vida, salud y plenitud, y les ofrecían ricos regalos y sacrificios.

Algunas veces, los dioses celtas son descritos con acompañantes femeninos. El dios galo Sucellus, que lleva un martillo en su mano izquierda, está representado, en un relieve encontrado cerca de Metz, en compañía de Nantosuelta. El nombre Sucellus significa «el que golpea con eficacia». Nantosuelta ha sido traducido como «río serpenteante». Así,

cuando el patriarcado reemplazó al concepto de «diosa madre», y con la intención de mantener una continuidad, los nuevos dioses masculinos debían casarse con la antigua diosa del río. Un cuervo, el símbolo celta de la muerte y la batalla, se posa a sus pies. Sucellus y Nantosuelta aparecen en otros monumentos y restos del mundo celta. Siguiendo a Dillon y Chadwick, la «pareja divina» es un motivo típico, con Luxovius y Brixia, con Bormo y Damona, también representados. El matrimonio de un «dios jefe» con una «diosa madre» ha sido contemplado como la forma de asegurar al pueblo la protección y la fertilidad. Según Dillon y Chadwick

De nuevo, esta situación nos recuerda al hinduismo, en el que el dios tiene su contrapartida femenina, su sakti, o fuente de poder. Así, Indra tiene a su esposa Saci, Shiva tiene a Ua, Vishnu tiene a Sri-Laksmi

Una vez que el Cristianismo consiguió dominar el mundo celta, los dioses celtas fueron relegados a vivir en las colinas. En irlandés, la palabra sídhe significa montículo o colina, y alude a los lugares donde acabaron viviendo los Dé Danaan, los Inmortales, tras su derrota a manos de los milesios. Los dioses antiguos, reducidos de esta manera al anonimato, fueron convertidos por la memoria popular a aes sídhe, el pueblo de las colinas, o en el folklore posterior, simplemente, a la categoría de duendes o hadas. La palabra sídhe es actualmente la palabra irlandesa para las hadas. El más famoso es la banshee (bean sídhe), la mujer de los hechiceros cuyos gemidos y chillidos presagian la muerte en el folklore irlandés reciente. Cada dios tiene su propio sídhe o colina en Irlanda, entregado por El Dagda, otra prueba de su papel como «padre de los dioses» antes de ceder su liderazgo entre los dioses.

Los romanos, y los apologistas griegos, informaron que el principal aspecto de las creencias religiosas celtas giraba en torno al sacrificio humano. Volveremos sobre este punto en el siguiente capítulo, que trata sobre los rituales drúidicos.

Teniendo siempre presente la creencia celta en la inmortalidad y el feliz espíritu rural que domina su mitología, es interesante preguntarse qué

era lo que más temían los celtas en este mundo. Cuenta Arriano, citando a Ptolomeo, hijo de Lagos, que esta pregunta fue la que hizo Alejandro Magno cuando se encontró con los celtas a orillas del Danubio en 335/334 a.C. «Tememos sólo que el cielo caiga sobre nuestras cabezas», contestaron solemnemente los jefes celtas. Arriano comenta que Alejandro pensó que los celtas tenían una opinión absurda de sí mismos. Pero hay dos maneras de interpretar la respuesta celta. Una, que los celtas estaban utilizando una fórmula ritual para enfatizar sus buenas intenciones respecto al tratado que estaban negociando. Las palabras eran, de hecho, una forma de juramento que se puede encontrar todavía en los tratados legales de un milenio más tarde, comprometiendo la integridad corporal para mantener un acuerdo, pero invocando a la vez a los elementos naturales. «Nos mantendremos fieles a menos que el cielo se desplome sobre nosotros, o la tierra se abra y nos devore, o el mar se levante y nos arrolle». Cuando Cónchobhar Mac Nessa de Ulster envió a rescatar a los cautivos y el botín de los que se había apoderado Medb, declaró que conseguiría su propósito «a menos que el cielo se desplome, la tierra reviente o el mar sepulte todas las cosas». El otro argumento es que simplemente era una expresión de temor al «fin del mundo», igual que hoy en día se expresa un temor parecido, porque los druidas, como señala Estrabón, enseñaban que «el fuego y el agua prevalecerían un día». Después de todo, Alejandro estaba preguntando qué era lo que más temían, y expresar los temores de cada uno al fin del mundo parece suficientemente natural. La diosa de la guerra Badb profetizó el fin del mundo después de la batalla de Magh Tuireadh, lo que ha sido puesto de relieve por parecerse a la profecía de la Pitia sobre la fatalidad que aparece en el *Voluspa*.

El propósito de este capítulo ha sido simplemente repasar los mitos de origen de la religión celta, así como sus dioses y diosas. Puesto que sabemos muy poco sobre los detalles de esta religión, carece de sentido seguir especulando. El concepto de inmortalidad del alma, la idea de que el alma tiene su hogar en la cabeza, y de ahí la veneración de las cabezas, y la idea de que, en efecto, todas las cosas están poseídas por un espíritu que las habita, son temas que abordaremos en los siguientes

capítulos.

LOS RITUALES DE LOS DRUIDAS

Los AUTORES CLÁSICOS, AL ALUDIR AL RITUAL DRUÍDICO, parecen detenerse en exceso en el sacrificio humano, un asunto que abordaremos brevemente. Plinio es el primer escritor que nos cuenta que los druidas se subían a los robles cuando la luna era propicia, cortaban ritualmente el muérdago y sacrificaban toros blancos. Varrón menciona la «ceremonia druídica de caminar sobre el fuego». Es a las fuentes celtas insulares, en especial las irlandesas, a las que debemos acudir para descubrir otros rituales. Intentemos, pues, definir los rituales en la vida de un druida Según las fuentes irlandesas, los druidas tenían una forma de bautismo. El bautismo está actualmente asociado por el pueblo con la fe cristiana, y simboliza la purificación frente al pecado. La palabra es, por supuesto, de origen griego, baptizien, que significa «sumergir». Pero el rito religioso de iniciación mediante la purificación simbólica con agua se encuentra en una amplia variedad de religiones de todo el mundo. Los Vedas indican que el agua es el símbolo de la pureza hindú, y los textos incluyen detallados rituales purificadores. El baño ritual en el Ganges en Benarés, la ciudad de Shiva, es un ejemplo. Joseph Campbell señaló:

...la gente se baña en el Ganges. Es como si fuera un constante rito bautismal; entrar y absorber la virtud de este milagroso don del Universo, las aguas del Ganges. El Ganges, en realidad, es una diosa, Ganga, y esta corriente de agua es la gracia que viene a nosotros desde el poder del poder femenino.

Pero la iniciación en el agua se encuentra en religiones de lugares tan distantes entre sí como Manchuria, Japón y América Central. Aparece también en el Corán del Islam, en textos hindúes, budistas y jainistas, así como en el Cristianismo. En la Roma pagana encontramos que las

religiones de Isis, Dionisos y Mitra tenían, todas ellas, un bautismo de agua en el que se creía que el rito de confesar los pecados, seguido por una purificación simbólica mediante agua santificada, limpiaba todas las faltas del creyente y cambiaba su vida a mejor.

Alguno estudiosos han sido abiertamente escépticos acerca de las referencias al rito bautismal de los druidas, argumentando que es, probablemente, un concepto cristiano escrito por aquellos escribas que recogieron las tradiciones primitivas. La idea sería que esos escribas, sencillamente, fueron atribuyendo a los druidas una parodia de sus propios ritos. Como el bautismo no es exclusivo del Cristianismo, es ciertamente razonable aceptar la evidencia del bautismo pagano celta o druídico.

El bautismo druídico irlandés era llamado *baisteadh geinntlidhe*, que parece significar «lluvia primera de protección». Hay un antiguo proverbio irlandés que podría incluso proceder de esta época: gan bheo, gan baistedach, sin vida, sin bautismo. Cuando nació Conall Cernach, el héroe de la Rama Roja, «los druidas vinieron a bautizar al niño» y cantaron una canción ritual sobre él. Ailill Ollamh de Munster fue «bautizado en los arroyos druídicos»; el bautismo druídico es también mencionado en el caso de los tres hijos de Conall Derg. Sir John Rhys, en sus Lecciones sobre el origen y desarrollo de la religión como las ilustra el paganismo celta (1888), cita el bautismo druídico del héroe gales Gwri del Cabello Dorado, demostrando que el bautismo druídico no estaba limitado a Irlanda. Parece lógico que la purificación ritual estaba extendida por todo el mundo celta como lo estaba entre otras sociedades indoeuropeas.

¿Hubo, sin embargo, una iniciación ritual en el rango de los druidas? En «El Botín de Annwyn», se dice que Gwydion, el hijo de Don, fue a Caer Sidi, un sinónimo del Otro Mundo, y se sometió a un extraño ritual que le convirtió en poeta profético y en el mejor bardo del mundo. ¿Implica esta tradición una iniciación?- «La Silla de Taliesin» se refiere a una purificación en un caldero, «el caldero de la inspiración», para aquel que buscase iniciarse en los misterios.

Como ya hemos visto, la veneración del agua, en particular en la forma

de ríos, fue claramente un factor básico de la religión celta precristiana. Al ver en el Danubio a su gran «diosa madre», los celtas desarrollaron un concepto de veneración del agua tan enraizado en su subconsciente popular que el Cristianismo no pudo eliminarlo y debió adaptarlo para sus propios usos; de ahí la preponderancia de las Aguas Santas en los países celtas. De hecho, fue el papa Gregorio, en 601 d.C, quien dijo a los misioneros de la Iglesia que no destruyesen los lugares de culto precristianos, sino que los bendijeran y pusieran «ese culto de demonios al servicio del verdadero Dios». Encontramos a Colmcille haciendo precisamente esto al bendecir una fuente drúidica en el país de los pietos. Fue esta referencia en la Vida de Colmcille de Adomnán la que olvidó el Dr. Whitley Stokes cuando mantenía que había sólo un pasaje que pusiese a los druidas en conexión con los cultos de fuentes, y que se encontraba en la Vida de San Patricio de Tirechán. Tirechán cuenta cómo Patricio llegó al pozo de Findmaige, «que es llamado Slán» (salud), y encontró druidas haciéndole ofrendas «como si fuesen regalos para los dioses». Dice que «veneraban a la fuente como a un dios».

La literatura insular indica que los antiguos celtas creían que los pozos estaban formados por divinidades. En la Galia, Grannos, un dios de la sanación y culto solar, que, según Dión Casio, fue invocado por el emperador Aurelio Antonio (211-217 d.C), estaba asociado con el culto a un pozo. Un punto interesante en esta historia es que el apodo del emperador era Cara-calla, por la larga capa con capucha celta que introdujo en la moda romana. Grannos fue emparejado normalmente con la diosa Sirona (el nombre significa «estrella»), y su propio nombre parece estar emparentado con la palabra del irlandés antiguo *grian*, que significa «sol». Otro dios galo asociado con los pozos era Borvo, también Bormo o Bormanus. El nombre parece denotar aguas bulliciosas o turbulentas, y sobrevive en varios topónimos. Borvo aparece con su consorte divina Damona, que significa «vaca divina».

Un mito fascinante al respecto de las cualidades sobrenaturales de los pozos se nos cuenta en la historia de El Dagda y su consorte Boann. En otra versión de la historia, El Dagda es reemplazado por Nechtan, que

parece ser un dios del agua primitivo, porque el nombre implica «lavar» en agua sagrada, «ser limpiado», «purificado» o «ser blanco». Bien podríamos estar, de hecho, ante un sobrenombre de El Dagda, pues Nuada era llamada también Nuada Necht. El Dagda o Nechtan tenía un pozo que era llamado Pozo de Segáis (o también Pozo de Conlai). Nueve avellanos de sabiduría crecían alrededor del pozo y las avellanas, descritas como de color carmesí muy vivo, caían en el pozo formando burbujas de inspiración mística. Sólo El Dagda/Nechtán y sus tres coperos podían ir al pozo y extraer agua. Pero su joven esposa Boann desobedeció el tabú igeis). Las aguas se salieron, la persiguieron y la ahogaron. Su curso formó el río llamado Boann o Boyne por el nombre de ella.

Un suceso similar se cuenta de Sionan, hija de Lodan, hijo del dios del océano Lir. Sionan fue al Pozo del Conocimiento a pesar de estar prohibido. El agua salió del pozo y la persiguió hacia el oeste, formando el gran río que fue llamado como ella, Sionan (Shannon). Bien podría ocurrir que la misma historia se contase sobre el origen del Danubio.

La veneración tanto de pozos como de ríos, que tiene fuertes coincidencias con los cultos hindúes, ha llevado, como hemos visto, al Prof. Bradley de la Universidad Reading, a afirmar que el Támesis (Río oscuro o lento) ocupó el mismo lugar entre los celtas de Britania que el Ganges ocupa ahora entre los hindúes. Ciertamente, se han encontrado muchos restos (cráneos, espadas, escudos y otros objetos que se han considerado ofrendas votivas), especialmente en el área de Londres.

El Mabinogion gales contiene una historia de Owain, hijo de Urien, un guerrero de la corte de Arturo, que parte para vengar a Cymon, asesinado por el Guerrero Negro. Durante su búsqueda, llega a un pozo junto a un árbol alto. Una losa de mármol cierra el pozo, y sobre ésta hay un cuenco de plata. Si el agua es sacada del pozo con el cuenco y se derrama sobre la losa, produce un trueno y una furiosa tormenta que, cuando acaba, es seguida por una multitud de pájaros cantando en un árbol. Entonces llega el guerrero vestido de negro y se entabla un combate singular. Una misteriosa muchacha, obviamente una druida, en el sentido gales, ayuda a Owain a vencer al Guerrero Negro, y afirma

ser «La Dama de la Fuente». En la posterior saga artúrica también tenemos el famoso cuento de «La Dama del Lago» que supone otro caso de espíritu que habita en el agua.

Ciertamente, podemos afirmar que los druidas, o sacerdotes precristianos, llevaban a cabo rituales en pozos o nacimientos de ríos. La evidencia proporcionada por las ofrendas votivas encontradas en esos lugares es abrumadora.

Publio Terencio Varrón (nacido 82 a.C), un escritor originario de la Galia Narbonense que escribió en latín, menciona que los druidas andaban sobre el fuego en algunos de sus festivales, caminando lentamente sobre un lecho de brasas ardientes, lo que conseguían, añade, con la ayuda de cierto ungüento que se ponían en las plantas de los pies. La obra de Varrón, desgraciadamente, se ha perdido y es citada sólo en extractos. Sabemos que escribió una obra titulada *Bellum Sequanicum*, sobre la guerra contra los celtas sequanos. La afirmación que hace Varrón es repetida por John Toland en su *Historia Crítica de la Religión Celta* (1740). Al hablar de Irlanda, Toland dice:

“Era tradición del señor del lugar, o de su hijo, o de cualquier otra persona distinguida, coger en sus manos las entrañas de un animal sacrificado, y caminar con los pies desnudos sobre las brasas por tres veces después de que hubiesen cesado las llamas, para llevarlas al druida, que esperaba en el altar con un vestido blanco. Si el noble salía ileso, era reconocido como un buen hombre, y era recibido con grandes aclamaciones; pero si recibía algún daño, se consideraban desafortunados, tanto la comunidad como él”.

Pero, aún más importante: Toland afirma que él había visto una costumbre similar que se practicaba en Irlanda en su época, con gente

caminando sobre brasas o ascuas ardientes⁸. Según Lewis Spence: “*El Gabha-Bheil*”, o juicio de Beli (Bilé), una ceremonia irlandesa más moderna, obliga a una persona sospechosa a pasar tres veces, con los pies descalzos, a través del fuego para probar su inocencia...»

Joyce observó que «muchas curiosas costumbres del fuego siguen vigentes, o lo estuvieron hasta hace poco, en muchas partes del país», pero continúa advirtiéndole que «las descripciones detalladas del culto al sol y al fuego en Irlanda, ofrecidas por muchos escritores del último siglo, y sus especulaciones acerca de «cultos bovinos», «cultos porcinos», «Crom, el dios del fuego y de los vientos», y otras cosas por el estilo, así como las imágenes de adivinación de los druidas irlandeses por medio de la sangre de víctimas, son todas sueños de personas que nunca se molestaron en investigar el asunto al referirse a la auténtica literatura antigua del país».

Sin embargo, sabemos que «caminar sobre el fuego» es un ritual practicado en muchas partes del mundo. El fuego desempeña un papel central en las experiencias religiosas primarias y la obsesión por el fuego tiene un origen muy antiguo. El Prof. John E. Pfeiffer, en *La Aparición del Hombre* (1969), señala:

El fuego puede ser un estimulante tan potente como las drogas para provocar visiones y previsiones, y como tal ha servido a los propósitos de sacerdotes y sacerdotisas, los descendientes culturales de los portadores del fuego de los tiempos del homo erectus.

El fuego, como las herramientas, tuvo un doble impacto. Mantuvo lejos al frío y a los depredadores, y, al mismo tiempo, acercó más a la gente.

⁸ También en España se puede ver todavía esta costumbre en el pueblo soriano de San Pedro Manrique, durante las fiestas de la Ermita de la Virgen de la Peña, el 24 de junio. Los jóvenes del pueblo caminan sobre un lecho de ascuas de madera de roble con los pies desnudos. Obsérvese la fecha, que coincide con el solsticio de verano y las hogueras de San Juan, así como que la madera utilizada deba ser de roble. N. del T.

Al seguir el nacimiento de una persona, los druidas, por lo menos, veían la vida de esa persona dividida en dos mitades de tres períodos cada una. El Glosario de Cormac coloca estas seis edades del hombre en columna ais o «columnas de edad». La primera parte de la vida era 1) *náidenacht* (primera infancia); 2) *macdacht* (infancia); 3) *gillacht* (pubertad). Los tres estadios siguientes eran: 1) *hóclachus* (madurez); 2) *sendacht* (ancianidad); 3) *díblidecht* (senilidad).

Los druidas tenían rituales para el funeral de una persona fallecida. En Irlanda había una fiesta, *fled colige*, seguida por juegos funerarios, *cluiche caintech*. El conjunto era una forma de celebración porque, como señala Filostrato, los antiguos celtas celebraban el renacimiento del muerto en el Otro Mundo. Era costumbre lavar el cuerpo y envolverlo en un racholl, un sudario o sábana. El cuerpo era vigilado o velado durante una o más noches. Dependiendo de la posición social de la persona, se podría llegar hasta las doce noches. San Patricio fue velado durante doce noches, igual que Brian Boru. Según el Dr. Joyce: «entre los paganos irlandeses, siete días y siete noches era un tiempo normal para grandes personalidades». El cuerpo era entonces colocado sobre unas andas o *fuat* que eran posteriormente destruidas para evitar que las utilizaran los malos espíritus. Cuando el Cristianismo tomó el control, la ceremonia se acompañaba de lamentaciones o caoine, conocidas comúnmente en inglés como keening. A menudo, sobre la tumba se cantaba un ritual o réquiem llamado *énaire*, muchas veces acompañado por el *lámh-comairt* o batir de palmas. Tenemos el testimonio de la muerte de Mogneid, cuando el druida Dergdamsha entonó un ritual sobre su cuerpo y pronunció a continuación una oración fúnebre. Esta elegía fue llamada *nuall-guba*, o lamentación de la pena, llamada a menudo *Amra*. El *Amra* de Dallan Forgaill por Colmcille fue celebrado durante mucho tiempo y, de acuerdo con Joyce, es una de las piezas más difíciles existentes de la prosa irlandesa.

En tiempos precristianos, el cuerpo era normalmente llevado a la tumba en una cubierta de *strophais*, o ramas verdes de mata de abedul. Según el Glosario de Cormac, los druidas usaban un *fé* o ramita de álamo, con una inscripción Ogham incisa, con la que medían las tumbas. Se

consideraba un horror medir la tumba, y nadie la tocaba excepto la persona que tenía ese trabajo.

César afirma que era una costumbre entre los galos quemar el cuerpo de un jefe y, al mismo tiempo, entregar a las llamas a sus prisioneros y animales favoritos. Esto nos recuerda la costumbre hindú que evolucionó en *Sati* (del sánscrito «esposa devota»), en el que la viuda seguía a su marido a la pira funeraria. Esta costumbre fue abolida oficialmente en la India en 1829 en las áreas bajo control británico. No hay confirmación de esta tradición entre los celtas insulares, y no encaja, ciertamente, con los rituales funerarios de los antiguos irlandeses.

Sin embargo, hay una referencia a algo similar que se hizo en cierta ocasión. Durante el reinado de Eochaidh Muigmedoin (c 358-366 d.C), el Rey Supremo envió una expedición punitiva contra Munster, pero pagó cara su victoria, porque su hijo Fiachra murió a causa de las heridas recibidas. Durante su entierro, los cincuenta prisioneros tomados a Munster fueron reunidos en la tumba y asesinados. El hecho es narrado por el *Leabhar na Nuachonghbala* (Libro de Leinster), pero una versión ligeramente diferente se nos ofrece en el *Leabhar Buidhe Lecain* (Libro Amarillo de Lecan), en el que los prisioneros, mientras marchaban hacia Tara, se encuentran con Fiachra herido, que había sido abandonado temporalmente. Entonces, éstos se vuelven hacia él y lo entierran vivo antes de escapar.

La muerte de animales debió ser ciertamente una costumbre. Ailill de Connacht pide en su lecho de muerte «que se vaya cavando la tumba, se canten las lamentaciones y se vayan matando a sus cuadrúpedos».

En los entierros precristianos en Irlanda, de un guerrero notable, o un rey, el muerto era enterrado de pie con sus armas. En ocasiones, el cuerpo se colocaba en posición sedente, pero era más común colocarlo tumbado. También se han encontrado cremaciones. Después del Cristianismo, sólo el método de enterramiento tumbado fue aprobado por la nueva religión.

Girald Cambrense, (c 1146-1220 d.C), en su *Expurgatio Hibernica*, un

informe de la conquista de Irlanda, describe un rito durante el comienzo del reinado de un rey en el norte de Irlanda que podría ser un resto de tiempos druídicos. Giraldo habla del sacrificio ritual de una yegua. El rey electo come su carne, bebe y se baña en un caldo hecho con su cadáver. Es, obviamente, una unión ritual mediante la cual el rey busca la fertilidad para él y su pueblo. Giraldo ha sido acusado de pintar a los irlandeses de una manera bárbara y algunos se han inclinado por ignorar su narración. Sin embargo, el sacrificio del caballo es significativo porque aparece en escritos hindúes como el *asvamedha* y podría, por tanto, ser una evolución del mismo simbolismo indoeuropeo.

El ritual druídico más famoso, gracias a los escritos de Plinio el Viejo, es el corte de muérdago del roble sagrado con una hoz durante el sexto día de la luna, y el sacrificio posterior de dos toros blancos. Plinio es la única fuente para esta ceremonia y debemos ser precavidos, porque algo similar está atestiguado en Egipto, donde el faraón utilizaba una hoz para cortar un haz de maíz y sacrificaba un buey blanco a Min, el dios de la fecundidad, durante el mes de verano de Pachons. ¿Mezcló Plinio egipcios con druidas o es posible que se trate simplemente de un rito paralelo asociado con la fertilidad? Hay otro caso más en el que los romanos ofrecían en sacrificio dos bueyes blancos en el Capitolio de Roma en honor del dios Júpiter.

Plinio añade que los celtas «llaman al muérdago (*viscum*) por un nombre que en su lengua significa «curalotodo». Como el muérdago no era una planta indígena de Irlanda y no fue conocida allí hasta el siglo *XVIII*, no podemos llamar a un irlandés antiguo para comprobar la veracidad de esta afirmación. En irlandés moderno, el muérdago es conocido como *Druialus* (*Druidh lus*, hierba del druida). En gales es llamado *uchelwydd* o *uchelfar*, en bretón la palabra es *uhelvarr* y en cornoico *ughelvar*. Esto predispone a creer que la palabra gala habría sido un compuesto similar, pues todas ellas significan «rama alta», al encontrarse el muérdago, por lo general, muy arriba, aunque no en la copa de los árboles. Plinio pone en duda en su obra el significado del nombre. «Creen que el muérdago, si se toma bebido, otorga fecundidad a los animales estériles y es un antídoto para todos los venenos», dice

Plinio. En las tradiciones sobre hierbas, el muérdago es conocido como un nervino, así como un antiespasmódico, tónico y narcótico. Plinio es la única fuente para este ritual y ningún otro escritor clásico habla de él ni lo encontramos en la tradición nativa celta.

Sin embargo, encontramos una referencia al muérdago en la tradición nórdica. En esta mitología, Balder, hijo de Odín y dios de la luz, fue muerto por su rival Hodr. Frigga, la madre de Balder, había conjurado a todas las cosas del mundo por juramento para que no hiciesen daño a su hijo, pero, por accidente, omitió el muérdago. Hodr estaba armado con una ramita de muérdago, con la que mató a Balder. Hay un significado en esto que tiene una leve conexión con la percepción celta. El muérdago no es esto o lo otro; no es ni arbusto ni árbol. Como planta, ni crece desde el suelo ni cae hacia él. Pensemos en un «hombre no nacido de mujer» y cerdos que no han sido paridos» y están así libres de las limitaciones normales; de la misma manera, el muérdago debió parecer un medio por el cual uno se liberaba de las restricciones convencionales.

¿Cómo fueron capaces los druidas de ejercer su autoridad?. Esta es una pregunta obvia. En tiempos cristianos, los sacerdotes utilizaban los rituales de excomunión y los interdictos religiosos como un medio para que la gente les obedeciese. En la sociedad patriarcal de Roma, el patrocinio sobrenatural de las leyes del estado era utilizado por las autoridades para que ningún ciudadano las transgrediese sin temer las represalias de un poder divino. En efecto, la filosofía del «derecho divino de los reyes», que causó problemas a Carlos I de Inglaterra, parece tener sus raíces europeas en Roma. Numa Pompilio, segundo rey legendario de Roma (715-673 a.C), creó su sistema legal aconsejado por la diosa Egeria, que le dio una autoridad divina a su ley.

Sin embargo, en términos celtas, deducimos por las fuentes irlandesas que el geis (geasa, una prohibición o tabú) era el principal poder que tenían los druidas, tanto hombres como mujeres, para conferir autoridad a sus edictos. El problema de aceptar la autoridad era más probable que apareciese en la sociedad celta que en la romana, pues los celtas tenían una tendencia natural a la anarquía. El prof. Markle hizo la siguiente

observación:

Sólo la religión druídica podía unificar unos pueblos repartidos por todo el continente europeo y las Islas Británicas. Así, puesto que todos los contratos y acuerdos eran susceptibles de ser discutidos por uno u otro, eran puestos bajo la protección de las divinidades, con los sacerdotes druídicos salvaguardando oficialmente su cumplimiento. Por eso había tantos juramentos cuando se santificaban los tratados, y en consecuencia, por qué había tantas «maldiciones» divinas dirigidas a aquellos que rompían sus juramentos o contravenían aquellos tratados.

Los druidas podían pronunciar el glam dicín o el geis para hacer valer su autoridad. El geis era, en origen, una prohibición dirigida a una persona particular y, puesto que influía en todo el destino de esa persona, no se imponía a la ligera. Cualquiera que transgrediese un geis estaba expuesto al rechazo de su sociedad y era puesto fuera del orden social. La transgresión podía conllevar la vergüenza y la proscripción y podía también suponer una muerte penosa. El poder del geis estaba por encima de la jurisdicción humana y divina y rechazaba todas las reglamentaciones previas, estableciendo un nuevo orden que controlaba los deseos de las personas.

Cuando Setanta recibió el nombre de Cúchulainn (Sabueso de Culann), recibió también un geis que le prohibía comer jamás carne de un perro. Engañado por sus enemigos, quebró el geis y esto, inevitablemente, condujo a su muerte.

El geis de Fergus Mac Roth fue la prohibición de rechazar jamás una invitación a una fiesta, y en este hecho se forjó la tragedia de los hijos de Usna. Conaire *Mor* se vio atado por una serie de geasa independientes y complicados.

El glam dicín, como el geis, sólo era invocado por los druidas, y era una encantación satírica dirigida contra una persona concreta a la que se le imponía una obligación. En resumen, era una maldición que podía ser pronunciada por infringir las leyes divinas o humanas, por traición o

asesinato. Su proclamación era muy temida, pues las víctimas cargaban con un sentimiento de culpa, enfermedad y muerte. La persona sujeta a un glam dicín se veía rechazada por todos los niveles de la sociedad celta.

Otro método de ejercer la autoridad, al alcance de todos los miembros de la sociedad celta, era el ayuno ritual, el *troscad*. Este acto aparece en el sistema legal Brehon como una forma legal de reparación de un agravio. Que era un antiguo ritual puede ser demostrado por el hecho de que es prácticamente idéntico a la costumbre hindú de *dharna*. Esta costumbre no sólo se encuentra en las leyes de Manu, sino que aparece en las antiguas fuentes védicas como prayopavesana («esperando la muerte»). El Dr. Joyce veía el *troscad* como «idéntica a la costumbre oriental, y no hay duda que, en tiempos paganos, se creía que estaba asistida por similares efectos sobrenaturales»; esto es, que si la persona contra la que se está ayunando ignora a la persona que ayuna, sufriría entonces horribles penalidades de origen sobrenatural. El *troscad* era el medio de conseguir justicia y hacer valer los derechos del individuo. Según la ley, la persona que reclamaba justicia tenía que notificarlo a la persona a la que se le reclamaba, para sentarse a continuación delante de su puerta y permanecer sin comer hasta que el ofensor aceptase la administración o el arbitraje de justicia. «Aquel que desprecia al que ayuna no tendrá lugar en las cosas de dios ni en las de los hombres ... pierde todos sus derechos legales según la decisión del Brehon».

El *troscad* es mencionado en las sagas irlandesas, así como en leyes y, cuando el Cristianismo desplazó a la religión pagana, el *troscad* continuó. Encontramos a San Caimin ayunando contra Guaire el Hospitalario, San Ronán ayunando contra Diarmuid, incluso Patricio ayunando contra algunas personas a las que reclamaba justicia. Algunos pueblos ayunaban contra los propios santos para conseguir de ellos que se les hiciera justicia, y las mujeres ayunaban contra sus maridos cuando éstos se equivocaban.

Es fascinante, a la vez que triste, que en los largos siglos de lamentable relación de Inglaterra con Irlanda, los irlandeses continuaron la tradi-

ción del *troscad*, que se convirtió en huelga de hambre política. Una de las más notables huelgas de hambre políticas de los irlandeses fue la del alcalde de Cork, Terence MacSwiney, que era también miembro electo del Parlamento, y que fue arrestado por la administración inglesa en el Ayuntamiento de Cork y trasladado por la fuerza desde Irlanda hasta la cárcel de Brixton en Londres. Murió en Brixton el 24 de octubre de 1920, tras setenta y cuatro días de huelga de hambre. No fue, por supuesto, el primer prisionero político irlandés que murió por una huelga de hambre durante este período. Thomas Ashe murió como resultado de la alimentación forzosa a la que fue sometido el 25 de septiembre de 1917. Se dice que el sacrificio de MacSwiney inspiró a Mahatma Gandhi a la hora de revivir la costumbre del dharna en la India como un arma política moral.

En tiempos recientes y quizás mejor conocidos, tuvo lugar la huelga de hambre en el penal de Long Kesh, en el norte de Irlanda, cuando en 1981, diez presos políticos irlandeses murieron a consecuencia de una huelga de hambre, en un intento por forzar a la administración para que restaurase sus derechos como prisioneros políticos, suprimidos en 1974. Entre ellos se encontraba Bobby Sands, miembro electo del parlamento Británico y Kieran Doherty, miembro electo del parlamento Irlandés. Pero estos diez prisioneros irlandeses no fueron los primeros en recurrir a la todavía viva tradición del *troscad* en un intento por afirmar sus derechos durante el actual conflicto de Irlanda del Norte, ni los primeros en morir en una huelga de hambre. Frank Stagg, por ejemplo, murió después de una huelga de hambre de sesenta días en la prisión de Wakefield el 12 de febrero de 1976, intentando que se le concediese la reinstauración del reconocimiento de status especial retirado en 1974. El *troscad* nunca fue abordado a la ligera y siempre con pleno conocimiento de la seriedad del intento final.

El *troscad* en tiempos antiguos era un medio efectivo para que alguien de inferior posición social reclamase justicia de alguien de una posición social superior. Los druidas podían ayunar contra el rey, e incluso un hombre o una mujer de la clase social más baja podía ayunar contra su

jefe.

El círculo de prosperidad parece ser un vestigio de otro ritual druídico. El curso diario del sol ocasionando que se alternase la luz y la oscuridad y la sucesión de las estaciones, era el ejemplo más inmediato del orden natural del universo. Para los antiguos irlandeses, el universo era algo circular y las palabras para universo, *cruinne* y *roth*, significaban este concepto. El círculo del universo servía como modus operandi para la prosperidad y el crecimiento, tanto espiritual como físico. Imitar el recorrido del sol, esto es, caminar hacia la derecha, era la forma de llevar a cabo un ritual que proporcionaba resultados beneficiosos. Martin, en su Descripción de las Islas occidentales de Escocia, cuenta que este rito tenía lugar con mucha frecuencia entre las gentes de las islas a principios del siglo XVIII. El fuego era llevado *deisel* o «manera de la mano derecha» alrededor de las casas, campos, ganados o gente para asegurar un resultado beneficioso. En los primeros días del Cristianismo, se sabe que las mujeres, después de parir un niño, hacían un círculo de fuego similar alrededor de ellas, y luego alrededor de los bebés antes de que se les permitiese bautizarlos por el rito cristiano. Procesiones similares o movimientos *deiseal*, o hacia la derecha, alrededor de pozos curativos, piedras sagradas, pilas de piedras o iglesias están también atestiguados, y entre los pescadores celtas se comenzaba un viaje por mar girando el barco «como el sol» hasta tiempos muy recientes. Por contra, ir *tuathbel*, o hacia la izquierda, en la dirección contraria, podía suponer una violación del orden del universo y acarrear daños.

Examinaremos algunos de estos rituales en conexión con la adivinación más tarde, pero en este punto debemos mencionar un ritual de adivinación relacionado con la elección del Rey Supremo de Irlanda en tiempos paganos. *El Leabhar na huidre* o Libro de la Vaca Parda, compilado bajo la dirección de Mael Muiré Mac Ceileachair (muerto en 1106 d.C.) en Clonmacnoise, se refiere a la *tabhfheis* o fiesta del toro asociada con la elección del Rey Supremo. Un druida comería la carne de un toro sacrificado y bebería su sangre. Luego era colocado por otros cuatro druidas en posición de dormir, y la persona con la que soñase

sería el futuro Rey Supremo. Si el druida mentía acerca de su sueño, los dioses le destruirían. El culto del toro, extendido por todo el mundo celta, haría, creo, su particular ritual, pero más o menos el mismo para todos los celtas. Ciertamente, en las islas occidentales de Escocia, un medio similar de adivinación era utilizado hasta tiempos recientes.

A partir de las fuentes insulares celtas, en particular el folklore, así como su rica literatura, podemos observar algunos otros ritos que bien podrían ser supervivientes de cultos celtas precristianos. El más importante de ellos será examinado cuando tratemos «la sabiduría de los druidas».

Pero antes de abandonar el tema de ritos y rituales, debemos tratar el rito más controvertido atribuido a los druidas: la práctica del sacrificio humano. La cuestión de si los celtas practicaban o no este tipo de sacrificio ha sido objeto de mucha controversia entre los eruditos en los dos últimos siglos.

Un poeta griego llamado Sópater de Pafos, en Chipre, nacido en tiempos de Alejandro Magno y que vivió para mencionar a Ptolomeo II (285-246 a.C.), cuenta que los celtas de Galacia sacrificaban sus prisioneros a sus dioses, quemándolos después de una victoria. Esta referencia sobrevive en la obra del autor griego Ateneo de Naucratis (c 200 d.C). Diodoro Sículo, el historiador griego (c 60-30 a.C.) también habla de la ejecución de prisioneros de los celtas gálatas:

El general gálata, al retornar de la persecución, reunió a los prisioneros y llevó a cabo un acto de extrema barbarie y total insolencia. Tomó a aquellos que eran más guapos, fuertes y en la flor de la juventud, y tras coronarlos, los sacrificó a los dioses, si es que hay alguno que recibe estas ofrendas.

Estas referencias al asesinato de prisioneros deben ser tratadas como lo que son. No hay un solo ejército en el mundo en ninguna época histórica que no haya sido culpable de asesinar prisioneros después de una batalla. Debemos recordar también el alto grado de histeria con que los

griegos veían a los celtas gálatas, especialmente tras la invasión de Grecia en 290 a.C. Pausanias, el viajero y geógrafo griego, va más allá al acusar a los celtas de practicar el canibalismo tras derrotar a los ejércitos griegos en Atenas, Pócis, Etolia y Tesalia. Además, sugiere que éste era un comportamiento normal celta. Según César, y él siempre es una fuente cuestionable, durante el asedio romano del fuerte celta de la colina de Alesia (Alias Ste. Reine), un jefe celta, Critognato, propuso que la ciudad, que estaba pasando hambre, se mantuviese comiéndose a sus propios muertos. Éste era un recurso extremo. Al final, los celtas fueron forzados a rendir Alesia y Vercingetorix, su rey fue llevado como prisionero a Roma, para ser sacrificado ante Marte, el dios de la guerra romano.

Así pues, debemos ser cuidadosos acerca de qué es propaganda y qué es verdad. En lo que concierne a los celtas comiéndose a los griegos durante su invasión del 290 a.C, la historia parece la propaganda del «coco» que siempre se utiliza en estas circunstancias, como las inventadas sobre las atrocidades alemanas en Bélgica al principio de la Primera Guerra Mundial en 1914. Como Rudyard Kipling, un experto propagador de historias, dijo cínicamente ante un público de estudiantes universitarios escoceses después de la guerra, el primer uso que el primer hombre hizo del don del lenguaje fue para mentir acerca de sus vecinos.

La primera mención polémica de sacrificio humano como un acto deliberado de culto religioso de los celtas fue hecha por César y Estrabón, citando, aparentemente, a Posidonio como su fuente.

Según Estrabón: «Solían golpear a un hombre al que habían consagrado a la muerte, con un cuchillo en la espalda, y luego realizaban adivinaciones según sus estertores; pero no sacrificaban sin un druida». Y continúa:

Se nos dice que todavía tienen otros tipos de sacrificios; por ejemplo, disparan a sus víctimas con flechas, o las empalan en sus templos, o, después de construir un coloso de paja y madera, arrojan dentro del coloso un montón de animales de todos los tipos

y seres humano, y entonces lo queman para hacer la ofrenda de todo el conjunto.

Incluso si aceptamos esto sin entrar en más consideraciones, no hay nada que sugiera que los druidas eran responsables de estos sacrificios, únicamente que su presencia durante los mismos era esencial. Se ha señalado que Estrabón concede a los druidas una posición de jueces y se puede discutir que su presencia era, probablemente, la de aquellos oficiales que comprueban el correcto proceso y evitan la violación de la ley.

Diodoro diferencia, en realidad, entre los druidas y los videntes que adivinaban en un sacrificio humano. Dice que, en las grandes ocasiones, los vates nombraban a una persona para el sacrificio y, después de hundirle una daga, leían el futuro por la manera que tenía de caer, por los movimientos de sus miembros y el fluir de su sangre. Añade que no era costumbre hacer un sacrificio sin un druida, puesto que se decía que las ofrendas eran aceptadas por los dioses si las hacían aquellos familiarizados con su naturaleza. Diodoro concluye que, en las guerras civiles entre los celtas, ambos bandos obedecían a los druidas. Incluso cuando dos ejércitos estaban a punto de comenzar una batalla, si un druida se plantaba entre ellos, se veían forzados a desistir.

César llama la atención sobre el hecho de que había ocasiones de peligro, fuese público o privado, en que los celtas inmolaban víctimas humanas, o *prometían hacerlo así* (la cursiva es mía), empleando druidas para dirigir estos sacrificios. César añade que, para apaciguar a los dioses, debía ofrecerse una vida. «Otros utilizan figuras colosales hechas con ramas, que llenan con hombres vivos y las prenden fuego». César da otra vuelta de tuerca cuando dice que las víctimas eran preferiblemente criminales, pero que si la materia prima escaseaba, utilizaban entonces víctimas inocentes. Este pasaje se corresponde, por lo general, con bastante exactitud, con los de Estrabón y Diodoro, y se puede asumir con seguridad que también él estaba utilizando la misma fuente.



El Caldero de Gundestrup, datado en el siglo I A.C.



Taranis, dios celta del Trueno, sosteniendo su rueda solar.



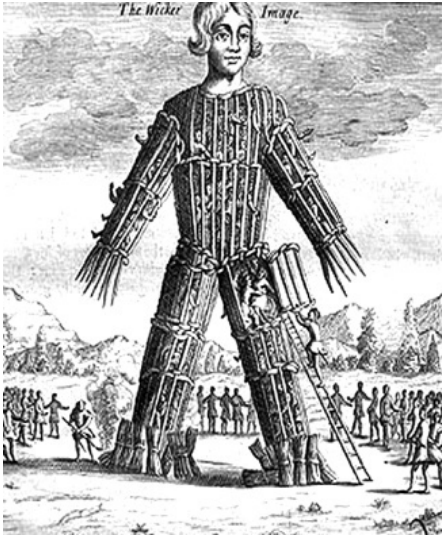
Parte del calendario celta de Coligny, datado en el siglo I a. C.



Base del Caldero de Gundestrup



Un Motivo típico celta: Guerreros muertos y el caldero del renacimiento



Una Visualización del "Hombre de Mimbre" de César.



Sheela-na-gig



El torso humano de 2000 años de antigüedad que se encontró conservado en turba en Lindow Moss



Winston Churchill being installed into the Albion Lodge of the Ancient Order of Druids at Blenheim Palace, 15 August 1908.

Winston Churchill al entrar en la Logia Albion de la Antigua Orden de los Druidas



Dibujo de una aparición de un druida. William Stukeley, 1740.

Un contemporáneo de César, Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.) en su discurso de 64 a.C., *Pro Fonteio*, menciona la pervivencia del sacrificio humano entre los celtas galos como si fuese un hecho bien conocido en aquella época. Pero si esto era simplemente algo que el había recogido de Posidonio, la fuente de Estrabón, Diodoro y César, es un punto discutible.

Ciertamente, Pomponio Mela de Tingentera (cerca de Gibraltar), que escribió en 43 d.C. *De Chorographia*, la obra sobre geografía más antigua que se conserva en latín, y que ofrece información sobre los druidas que no se encuentra en otros lugares, cuenta que los celtas habían hecho en su día sacrificios humanos, pero que ya eran cosa del pasado. «En una época creyeron que el sacrificio de un ser humano satisfacía plenamente a los dioses». Sin embargo, Mela no indica que los druidas estuviesen relacionados de alguna manera con estos sacrificios. Pero dice de los celtas: «Tienen, además, su elocuencia y sus druidas, maestros de sabiduría, que se precian de conocer el tamaño y la forma de la tierra y del universo, y el movimiento de los cielos y las estrellas y cuál es la voluntad de los dioses». Mela, ciertamente, toma algún material de César, como este pasaje: «Uno de sus dogmas se ha hecho muy conocido, porque pueden estar más dispuestos para ir a la guerra; concretamente, que las almas son eternas, y que entre las sombras hay otra vida».

Marco Aneo Lucano, (39-65 d.C), de Córdoba, un nieto de Séneca el Viejo, estaba preocupado por el apoyo de las políticas imperiales de Roma y justificaba la represión de los druidas a causa de los ritos bárbaros y el modo de culto en bosques, que está prohibido». En este texto parece dar a entender el ritual del sacrificio humano.

Gayo Suetonio Tranquilo (nacido en 70 d.C.) en su *Vidas de los Césares*, al hablar del reinado de Claudio, menciona que la religión de los druidas era «cruel y salvaje» e insinúa de este modo el sacrificio humano, como Lucano, pero de nuevo sin mencionarlo expresamente.

Tenemos una referencia más clara de Tácito, que habla de sacrificios humanos en Mona (Anglesey). Dice que cuando Suetonio atacó Anglesey y, los druidas «alzaron sus manos al cielo y pronunciando

maldiciones, sobrecogieron a los romanos con una visión extraordinaria».

Después de la conquista: «Se impuso una guarnición sobre los conquistados, y sus bosques, dedicados a crueles supersticiones, fueron cortados. Consideraban, ciertamente, un deber cubrir sus altares con la sangre de prisioneros y consultar a sus dioses a través de las entrañas humanas».

Petronio Arbiter (muerto en 65 d.C.) es citado por Mario Servio Honorato (c. siglo V d.C.) acerca del rito del emisario sacrificado, en el que una persona es elegida para ser sacrificada a los dioses. En la antigua Grecia, donde, por supuesto, se practicaban sacrificios, la víctima se llamaba *yhar-tnakos*, un chivo expiatorio. Petronio se refiere a esta costumbre en Marsella:

“Una vez que se declaró una epidemia en Marsella, uno de los pobres de la ciudad se ofreció a salvar a sus conciudadanos. Durante todo un año le tuvieron que mantener con bienes selectos a expensas de la ciudad. Cuando llegó el momento, coronado con hojas y llevando vestiduras consagradas, fue llevado por toda la ciudad; fue abrumado con imprecaciones, de manera que todos los enfermos se concentraron a su alrededor, y luego fue arrojado al mar”.

Aunque Marsella era una colonia griega, fundada en el siglo VI a.C., y esta práctica era, indudablemente, una costumbre griega, se ha argumentado también que Marsella estaba en la costa gala y que era probablemente una costumbre gala. Lactancio Plácido, al hacer un comentario sobre la obra del escritor galo Cecilio Estacio, originario de la ciudad de Mediolanum (Milán) en la Galia Cisalpina, habla de una costumbre similar que él atribuye a sus compatriotas celtas. Estacio fue llevado a Roma como esclavo aproximadamente en 223/222 a.C., después de la invasión romana de su territorio. Una vez liberado, se convirtió en el principal cómico latino de su época. Según los comentarios de Plácido sobre Estacio:

“Los galos tenían una costumbre de sacrificar un ser humano para purificar su ciudad. Seleccionaban a uno de los ciudadanos más pobres, lo cubrían con privilegios y por este medio le persuadían para que se ofreciese como víctima. Durante todo un año era alimentado con comida selecta a expensas de la ciudad, y luego, cuando llegaba el día indicado, se le hacía vagar por toda la ciudad; finalmente, era lapidado hasta morir por el pueblo fuera de las murallas”.

El pasaje es tan similar al del comentario sobre la costumbre de los masalotas que parece obvio que ambos tienen una fuente común. Pero, ¿fue griega o celta? Si una filosofía tan básica como la necesidad de propiciar a sus dioses por medio de sacrificios humanos tuvo semejante predicamento entre los pueblos celtas, se debería esperar que apareciese alguna mención a ella en la vasta literatura celta, especialmente cuando estas tradiciones fueron puestas por escrito por los celtas cristianizados que aprovecharían la oportunidad de renegar de su pasado pagano y vilipendiar las tradiciones drúidicas. O'Curry en sus *Maneras y Costumbres de los Antiguos Irlandeses*, mantiene que: «en ningún cuento o leyenda de los druidas irlandeses que ha llegado hasta nuestro tiempo hay una mención de que hubiesen ofrecido sacrificios humanos». Hay, sin embargo, una referencia específica al sacrificio humano como rito religioso, aunque no conectado con la observación drúidica. Pero es una referencia en todo el *corpus* de la literatura celta y, además, su veracidad es cuestionable, ya que está abierta a interpretación.

Esta única referencia a sacrificios humanos como un rito religioso específico en la práctica general procede de la compilación de topónimos irlandeses del siglo XII, el *Dindschenchas* (a veces llamado *Dinnsenchus*), que recoge tradiciones mucho más antiguas que el periodo del que procede. El *Dindschenchas* fue recopilado por un escriba cristiano, por supuesto, y menciona el sacrificio humano sólo dos veces, al hablar de los nombres de Tailltenn y Magh Slécht. El primer testimonio es sobre Patricio predicando en Tailltenn y

argumentando contra la «quema de la primera progenie nacida», mientras que el segundo es sobre el culto del ídolo Cromm Cruach en Magh Slécht.

Cromm Cruach (a veces Crom Cróich) era un ídolo de oro primitivo del que se cuenta que tenía doce piedras de oro para servirle y que era venerado por el rey Tigernmas (Señor de la Muerte) en Magh Slécht (Llanura del Corte/Matanza). Se ofrecían sacrificios humanos a Cromm Cruach en forma de «la primicia de todas las cosas, y los principales retoños de cada clan». Este concepto del «primer nacido» como sacrificio parece estar más en relación con la tradición bíblica hebrea, vía Cristianismo, que con la costumbre celta. Y lo que es más importante: como ya se ha señalado, el concepto de primogenitura, que aumenta la importancia del primer varón o, incluso, hembra que nazca, no existía en el orden social celta. Se ha introducido un concepto extraño, y esto pone en cuestión la validez de toda la historia de Cromm Cruach. Sabemos que en honor de Cromm Cruach «mataban a sus lastimeras y desdichadas criaturas con muchos gemidos y lamentos, para verter su sangre alrededor de Cromm Cruach. Como compensación por haber sacrificado un tercio de sus productos sanos, ellos pedían al ídolo que les entregase leche y miel (de nuevo parece más una analogía bíblica que celta precristiana). Grande era el honor y el terror al ídolo. Ante él se postraban los propios gaelos. Por el culto al ídolo con muchas víctimas, la llanura es llamada Magh Slécht». (*Slécht*, cortar, golpear, matar.)

Pero esta historia es, de hecho, presentada de forma que Tigernmas y su ídolo sean una aberración social y fueron pronto derrocados por los druidas.

En el *Leabhar na Nuachonghbala* (Libro de Leinster), hay un texto en prosa sobre el ídolo y la muerte de Tigernmas junto a una multitud de su pueblo mientras se encontraban en un acto de frenética veneración, un eco del destino de Sodoma y Gomorra que pudo haberse apoderado de la imaginación de los escritores cristianos. Pero no hay una sola palabra sobre sacrificios humanos en este texto, ni fue mencionado por los escritores posteriores como Seathrún Céitinn, Ruaraidh O

Flaithbheartaigh (Roderick O'Flaherty) o en la referencia ofrecida en los *Annales Rioghach-ta Éireann* (Anales de los Cuatro Maestros). Asimismo, a principios del siglo IX, cuando la *Vida Tripartita de San Patricio* aseguraba que fue Patricio, y no los druidas, quien acabó con el ídolo, no se hace mención al sacrificio humano. Ni ninguna de las *Vidas* de los santos celtas primitivos mencionan este rito. Parece obvio que el prejuicio de los cristianos no tenía en absoluto material de «sacrificio humano» al que agarrarse.

Hay un par más de referencias que bien podrían implicar la existencia de sacrificios humanos, pero como una costumbre antiquísima abandonada a finales del primer milenio a.C. Esta costumbre, sin embargo se puede encontrar en la mayoría de las sociedades europeas primitivas. Estas evidencias están conectadas con la antigua superstición de que rociar la sangre de alguna víctima humana sobre los cimientos de un edificio a punto de construirse le proporcionaba seguridad y estabilidad. Esta costumbre se ha encontrado en la cultura hindú, entre los griegos, eslavos y escandinavos. En una *Vida de Colmcille*, se cuenta que uno de sus discípulos, Odran, un celta británico, se ofreció a morir para que su sacrificio y entierro expulsasen aterrorizados a los demonios que infestaban Iona. Hay tradiciones orales que cuentan que Odran fue enterrado bajo los cimientos de la iglesia de Colmcille. Según los *Carmina Gaelica* (1900) de Alexander Carmichael, hay tradiciones orales que se encuentran por todas las Hébridas sobre personas asesinadas y enterradas, o incluso enterradas vivas, bajo los cimientos de edificios construidos recientemente para asegurar su estabilidad. Pero ¿es ésta una tradición celta o escandinava, que también se conservó en las islas occidentales?-

Esta práctica aparece reflejada en la *Historia Brittonum* de Nennio, el historiador gales que escribió alrededor de 829 d.C, y que cuenta que, cuando Vortigem decidió construir Dinas Emrys, consultó a sus druidas, y éstos le dijeron que, para construir una estructura que durase para siempre, debía ser sacrificado un niño que no tuviese padre, y su sangre esparcida sobre los cimientos. Se encontró un niño así, pero el

chico tenía gran sabiduría y discutió la moralidad del sacrificio con los druidas de forma tan exitosa que fue liberado. El niño era Merlín. En realidad, esta historia se corresponde casi al detalle con un antiguo cuento irlandés, El Cortejo de Bécuma», copiado, de una fuente anterior, dentro de la obra del siglo XV d.C. «*Libro de Fermoy*». En esta historia, una plaga asóla el país porque una mujer había cometido un gran crimen. Los druidas dicen que la única forma de apartar de ellos la plaga es sacrificar a un niño, el hijo de una pareja que tuviese unas determinadas características. La sangre del niño debía ser rociada sobre las jambas de las puertas de Tata II niño es encontrado y está a punto de morir asesinado cuando aparece una maravillosa vaca y es sacrificada en su lugar.

Las jambas son untadas con su sangre y la plaga desaparece. Hay también ciertas similitudes entre esta historia y la historia griega de Ingenia, la hermana de Orestes, a quien Agamenón se vio obligado a sacrificar por orden del vidente Calcante. Artemis sustituye a Ifigenia por un ciervo sobre el altar sacrificial.

Hay otra referencia irlandesa indirecta a este concepto. En el *Sanas Chormaic* (Glosario de Gormac), escrito por Cormac Mac Cuileannáin de Cashel (muerto en 836 d.C), Emain Macha, el gran palacio del rey del Ulster, recibe parte de su nombre por el sacrificio de un hombre en tiempos de su construcción. La descabellada etimología sugiere que se trata de *em* o *ema* (sangre), *ain* o *uin* (uno), «porque la sangre de un hombre fue derramada en el tiempo de su construcción».

De todos los escritores clásicos, es Pomponio Mela quien parece el más preciso al afirmar que ninguna tradición de sacrificio humano entre los celtas había llegado hasta el tiempo en el que él escribía, esto es, alrededor de 46 d.C. En efecto, aunque hay mucho material sobre los ritos y supersticiones de los irlandeses paganos, no tenemos prácticamente nada, aparte de la historia de Cromm Cruach. Ésta se podría utilizar como apoyo a la teoría de la tradición del sacrificio humano, pero la historia muestra en realidad a Cromm Cruach como una aberración frente a las normas de la sociedad.

Incluso la Sra. Chadwick, en su estudio *Los Celtas*, aunque inclinada a creer a los romanos, tiene que admitir que: «hay muy pocas evidencias arqueológicas directas relevantes sobre el sacrificio celta...» En su intento por encontrar algo, se refiere a los cuerpos encontrados en una ciénaga en Dinamarca, pero, aún admitiendo que están «más allá de las fronteras del mundo celta», continúa intentando establecer relaciones con los motivos del Caldero Gundestrup. Y tiene la gracia escolástica de decir que los sacrificios humanos son «*aparentemente* representados en el cuenco de Gundestrup».

La evidencia arqueológica muy abundante, corroborada por referencias literarias clásicas sobre varias ofrendas de objetos inanimados, a menudo de considerable valor, en ríos, lagos, bosques sagrados y otros lugares semejantes, y la posibilidad del sacrificio animal, sugieren que el sacrificio humano entre los celtas, aunque de gran significación ritual, pudo haber sido practicado, apareciendo, por lo general, en épocas de peligro o estrés común i ta rio, más que como parte de una observancia ritual regular.

Este comentario de la Sra. Chadwick da muchos saltos conceptuales, ¿Por qué las ofrendas de objetos inanimados pueden llevar a alguien a creer que el pueblo que las hizo practicaba también el sacrificio humano, ¿y -¿por qué razón el sacrificio humano debe ser de gran significación ritual cuando no hay ninguna evidencia literaria nativa o arqueológica para corroborarlo? ¿Qué es eso de que se practicaba normalmente en épocas de peligro comunitario cuando la única autoridad para semejante afirmación es la siempre cuestionable opinión de César? Los comentarios de la Sra. Chadwick descansan sólo en la aceptación de que los enemigos de los celtas eran precisos en sus observaciones.

En efecto, como Jean Louis Brunaux afirma en *Los Galos Celtas*:

Las pruebas arqueológicas relativas a la cuestión del sacrificio

humano, han sido, durante mucho tiempo, escasas y equívocas. La presencia en tumbas de esqueletos sin cráneo o la extraña posición de algunos enterramientos, con las manos detrás de la espalda, como si estuviesen atados, han en efecto, citadas, pero no se ha identificado ninguna prueba formal de sacrificio como opuestas a costumbres funerarias excepcionales.

Las excavaciones en Gournay-sur-Aronde, en Francia, muestran unos ochenta esqueletos de cuerpos que fueron divididos, aparentemente, en cuartos. Si las muertes fueron violentas, no ha quedado prueba alguna entre los restos. Brunaux parece insinuar que había una práctica funeral después de que la gente hubiese muerto de forma natural. De forma parecida, la excavación en Ribemont-sur-Ancre en 1982 mostró huesos pertenecientes a unos 200 individuos, meticulosamente colocados. Pero estas excavaciones, junto con la de Mirebeau y Saint-Maur, parecen más bien ser cementerios celtas que evidencias de sacrificios.

El argumento de que la arqueología ha proporcionado finalmente evidencias del sacrificio humano está basado en el descubrimiento del «Hombre de Lindow». El viernes 1 de agosto de 1984, trabajadores encargados de limpiar los barrizales en Lindow Moss, cerca de Wilmslow, en los arrabales del sur de Mánchester, encontraron una pierna humana bien conservada. La policía supervisó la búsqueda de más restos, y se encontraron una cabeza y un torso. La datación por radio carbono dio, finalmente, un resultado entre 50 y 100 d.C. El Museo Británico fue llamado, y en 1986 llevó a cabo un estudio preliminar: EL CUERPO EN LA CIÉNAGA. En 1989, la eminente erudita celta, Dra. Anne Ross, junto con el Dr. Don Robins, del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres, publicaron un libro, “LA VIDA Y MUERTE DE UN PRÍNCIPE DRUIDA”.

Los hechos eran que el cuerpo era el de un hombre de unos 25/30 años que gozaba de bastante buena salud, aparte de una leve osteoartritis. Llevaba un amuleto de pelo de zorro en su mano, y el cráneo había sido fracturado por la coronilla, y la mandíbula estaba

igualmente rota. El cuello estaba dislocado, como si le hubiesen colgado. Había laceraciones en las partes de piel preservadas. Un examen POST MORTEM mostró que el hombre había sido golpeado dos veces por detrás con un instrumento parecido a un hacha, lo que, probablemente, lo dejó inconsciente. Después fue estrangulado con una cuerda con nudos de tendones de animal que le habían cortado la piel. Al mismo tiempo, una hoja afilada le había cortado la vena yugular. Luego había sido arrojado a la ciénaga.

Ahora bien, ¿cómo llevaron estos hechos a los doctores Ross y Robins a concluir que se trataba de un sacrificio humano ritual? Y más aún, ¿cómo sabían que era un «príncipe druida? ¿Desde luego, las conjeturas son imaginativas. El amuleto de pelo llevó a los autores a sugerir que el nombre del hombre era Lovernios, esto es «zorro», del galo LOVERNIOS, emparentado con el galés LLWYNOG, el bretón LOUARN y el corno LOWARN.

Pero ¿cuál es la base para esas conjeturas?. La base es que el testimonio de «sacrificio humano» de los romanos es aceptado sin discusión. Los autores argumentan:

Su (de los celtas) inclinación por el sacrificio humano impresionó incluso a los romanos, inmunes como eran a los horrores y las carnicerías de los anfiteatros. Rendirse ante el enemigo no figuró nunca en el orden de batalla celta. Los prisioneros de guerra, como sabemos por Julio César, eran normalmente sacrificados a los dioses. César cuenta cómo los cautivos eran quemados en gigantescas jaulas de mimbre...

César, con el debido respeto hacia él, no dice nada sobre este asunto. Acerca del tema de los sacrificios, dice que los criminales eran elegidos primer lugar. Referencias sobre que los celtas no tomaban prisioneros de guerra, encontradas en otros escritos clásicos, bien pudieron ser, simplemente, un aviso a los soldados griegos y romanos, para que no contemplasen la posibilidad de rendirse y hacerlos luchar sin cuartel. Pero esto solo es un «quizás». Y, como hemos visto, el testimonio del

“Hombre de mimbre” ni siquiera era original de César, sino un refrito de Posidonio.

Los autores, Ross y Robins, se refieren a las tradiciones encontradas en Escocia. «Es en Escocia donde han aparecido las pistas más claras de sacrificio humano en conexión con Beltain». La evidencia es apoyada por la tradición oral galesa y hay más de un indicio en Irlanda. En todos los casos, la víctima era elegida por medio de la pieza quemada del festival *bannock*⁹». Finalmente aparece un poco de lo que la evidencia muestra en realidad, como ha citado más arriba. La introducción de un *bannock* quemado en los informes es simplemente para reforzar los argumentos de los autores, porque se encontraron restos de un *bannock* quemado en el estómago del Hombre de Lindow. En efecto, los autores no presentaron en su momento sus fuentes exactas o pruebas para sus afirmaciones

También sorprendente es la siguiente afirmación:

Los celtas creían en la pena capital, pero la convirtieron en un acto religioso, haciendo un sacrificio en lugar de una ejecución ... Los prisioneros eran prometidos a los dioses antes de la batalla, y por esta razón no podían ser vendidos o devueltos. Tenían que ser ofrecidos. Seres humanos fueron sacrificados para propiciar a los dioses y evitar plagas y pérdidas de cosechas.

Probablemente, ésta es la interpretación más imaginativa sobre la información de César de que los sacrificios entre los galos eran, normalmente, de criminales. De nuevo, los autores están aceptando simplemente la autoridad del general romano y su propia interpretación de lo que quería decir.

Frente a esta afirmación, encontramos que los sistemas legales celtas se oponen a la pena capital y a la esclavitud en la forma conocida por Grecia y Roma. De nuevo nos debemos preguntar: ¿cuál es la evidencia para la afirmación de que «los celtas creían en la pena capital» además

⁹ *Bannock*: Flor típicamente escocesa. En ocasiones se utiliza como símbolo del país. N.del T.

de la desechada línea de César, Laurence Ginell, en su estudio *Las Leyes Brehon* (1894), llega a la afirmación contraria: «Existen muchas pruebas diferentes de que el sentimiento público de Irlanda era, en su totalidad, opuesto a la pena capital; y aún era más opuesto a la aplicación de la ley por parte de cada uno sin la decisión de un jurado». Esto no significa que no hubiese en absoluto pena de muerte. «Actualmente, nadie es condenado a muerte por sus crímenes deliberados mientras se obtenga una multa *crio*, dice el comentario al *Senchus Mor*. El Dr. Joyce explica «la idea de utilizar la muerte como castigo judicial contra el homicidio, incluso cuando se tratase de asesinato, no parece haber estado nunca en la mente pública de Irlanda». En efecto, Edmund Spenser y Sir John Davies, y otros antiguos colonos ingleses de Irlanda de los siglos XVI y XVII, al comentar la multa *eric* por homicidio en lugar de la pena capital, la consideraban como «contraria a las leyes de Dios y de los hombres».

Según el Dr. Joyce: «no hay ningún testimonio de sacrificio humano en conexión con los druidas irlandeses; y hay buenas razones para creer que el sacrificio humano directo no se practicaba en absoluto en Irlanda...»

La Vida y Muerte de un Príncipe Druida es un libro polémico, pero demasiado cargado de saltos conceptuales de la imaginación como para resultar aceptable como hecho probado. Aunque como el Dr. I.M. Stead del Museo Británico comenta: «El arqueólogo debería esforzarse por encontrar un ejemplo más convincente (de sacrificio humano)». Hay que encontrar esos ejemplos más convincentes antes de que podamos llegar realmente a la conclusión propuesta por los autores.

La deducción a la que realmente se llega es que la idea del sacrificio humano generalizado entre los celtas era mera propaganda romana para apoyar su poder imperial durante su invasión de las tierras celtas y conseguir, asimismo, la destrucción de los druidas.

Además, se puede argumentar que tenemos más pruebas de que los sacrificios humanos se practicaban más ampliamente tanto en la civilización griega como la romana. A diferencia de la tradición literaria celta, la literatura griega está llena de indicios de sacrificio humano, en

particular el asesinato de jóvenes vírgenes antes de una batalla. El ejemplo histórico mejor conocido es el sacrificio ritual masivo de prisioneros persas antes de la batalla de Salamina de 480.C. Entre los romanos contamos con varias referencias específicas de sacrificios humanos, en especial en 228 a.C. y durante la Segunda Guerra Púnica para propiciar a las coléricas divinidades de la guerra. El propio Livio cuenta que los romanos realizaron sacrificios humanos después de la derrota de Cannas da 216 a.C.

Entre los sacrificios para apaciguar a los dioses, dos celtas fueron enterrados vivos en el Foro Boario. Durante la vida de Plutarco (46- c 120 d.C.) se continuaban haciendo sacrificios humanos. En la última época de la República y primeros años del Imperio, se sacrificaban niños para conjurar a los espíritus de los muertos. Durante el reinado de Claudio, prisioneros extranjeros fueron enterrados vivos en Roma para ganar el favor de los dioses de la guerra. Prisioneros de guerra como el rey de Numidia, Yugurta, y el líder celta Vercingetorix, con sus familias, fueron tenidos durante largos periodos de tiempo (seis años en el caso de Vercingetorix) en profundas prisiones subterráneas del Tuliano, bajo el capitolio, antes de ser, finalmente, sacrificados ceremonialmente en honor de Marte. Incluso patricios romanos como los seguidores de Lucio Sergio Catilina (muerto en 62 a.C), fueron muertos ritualmente en Roma. Durante los siglos II y III d.C, Taciano, Tertuliano y Minucio Félix informan de sacrificios humanos que se llevaban a cabo durante el festival de Latini

Sobre todo, cuando examinamos sensibilidades romanas, debemos recordar la cultura violenta y sedienta de sangre del circo romano. El espectáculo de prisioneros y esclavos luchando hasta la muerte ante le entusiasmado público está atestiguado en Roma hasta el siglo III d.C.

En tiempos del emperador Marco Ulpio Trajano (98-117 d.C), una época de la que se recuerda que el Imperio Romano llegó a su «máxima grandeza», el propio Trajano envió a la arena a cinco mil parejas de gladiadores, y los forzó a combatir hasta la muerte. A modo de «intermedio» en el espectáculo, decenas de miles de criminales fueron llevados a la arena y masacrados ritualmente para mayor

entretenimiento de las masas. Fue Décimo Junio Juvenal, el poeta satírico que vivió durante esta época, quien escribió su famosa sentencia: «El pueblo que ha conquistado el mundo tiene sólo dos intereses: pan y circo».

En los primeros años del Imperio, en un solo día de espectáculo en el Circo Máximo, trescientos prisioneros tuvieron que luchar entre ellos hasta la muerte; mil doscientos hombres y mujeres condenados por la ley, fueron muertos brutalmente, la mayoría de ellos por animales salvajes, y, como atracción especial, se anunció que veinte chicas serían forzadas a copular con bestias salvajes. Masacrar animales salvajes, o ser masacrado por ellos, era una de las atracciones especiales del «entertainment» romano. Cuando Tito Flavio Vespasiano (79-81 d.C.), que se proclamó emperador a la muerte de su padre Vespasiano, terminó el Coliseo que había comenzado su padre, un total de nueve mil animales salvajes murieron en luchas contra hombres y mujeres (venationes) para celebrar la «gran inauguración». El número de hombres y mujeres masacrados no consta.

Incluso cuando Flavio Valerio Constantino Augusto (c 285-337 d.C.) ascendió al trono imperial y se convirtió al Cristianismo, concediendo a los cristianos total libertad de derecho dentro del Imperio en 313 d.C, permitió la continuación de estos sangrientos espectáculos. Hasta el papa Dionisio (259-268 d.C.) poseía sus propios gladiadores y acudía a los juegos. De forma irónica, no fue hasta el siglo v d.C, cuando Roma fue invadida por aquellos a los que consideraban «bárbaros», que aquellos mismos «bárbaros» pusieron fin a estos espectáculos violentos y sangrientos.

Teniendo en cuenta esto, las expresiones romanas de disgusto y profundo desagrado hacia los sacrificios humanos, al referirse a los druidas, deben ser tomadas como un sinsentido y como un acto de cinismo político. Para terminar, no podemos sino estar de acuerdo con la conclusión del Dr. Brunaux:

“En el actual estado de la investigación, el conocimiento del sacrificio humano descansa sobre unos textos que tienen tendencia a distorsionar la realidad de los hechos y a exagerar su frecuencia, con la

intención de hacerlos más sensacionales. En este área, a pesar de los importantes descubrimientos, la arqueología no tiene nada nuevo con lo que contribuir. La ausencia de pruebas concluyentes, a pesar de las excavaciones, cada vez más numerosas, tiende a confirmar la hipótesis de que la práctica era muy extraña. Los antiguos etnógrafos no fueron en realidad testigos de ninguno de estos hechos que reprochan a los celtas. Mientras exploraban la Galia, como Posidonio, sólo vieron cráneos alineados sobre las puertas de casas y santuarios, de lo cual hay muchas pruebas arqueológicas”.

LA SABIDURÍA DE LOS DRUIDAS

ESCUELAS DRUÍDICAS

FUE JULIO CÉSAR QUIEN HABLÓ DE LA EXTENSIÓN de los estudios necesarios para convertirse en druida. En muchos casos, los alumnos necesitaban pasar hasta veinte años, según dice, bajo la disciplina de sus maestros. César también sugiere que había grandes escuelas de enseñanza druídica en Britania. Pomponio Mela, que escribió después de la proscripción romana de los druidas, habla de los druidas reuniéndose para instruir a sus alumnos «en secreto, bien en una cueva o en un valle apartado». Hay datos suficientes para afirmar que la casta druídica estaba a cargo de la educación celta. En lo que concierne a la Galia, Camille Jullian señala que «los druidas «reunían a su alrededor a los jóvenes de las familias galas y les enseñaban todo lo que sabían o creían sobre el mundo, el alma humana y los dioses. Unos pocos de estos estudiantes permanecían con sus maestros hasta alcanzar la edad de veinte años, pero está claro que aquellos que se convertían en sacerdotes recibían la «parte del león» en cuanto a atención. Jullian creía que César estaba en un error al afirmar que había que estudiar veinte años para ser druida y que lo que realmente quiso decir es que los alumnos estudiaban hasta los veinte años. La opinión de Jullian no se ve apoyada por las fuentes insulares celtas.

Es de Irlanda de donde obtenemos más evidencias tangibles de la tradición de escuelas de druidas o de bardos. El Dr. Douglas Hyde, en

su Historia Literaria de Irlanda, señala que, junto a las escuelas monásticas de Irlanda, florecieron las más tradicionales instituciones de los bardos. “Hubo, casi con certeza, una continuación de las escuelas drúidicas, y representaban algo más antiguo, incluso, que las más antiguas escuelas de los cristianos, pero, a diferencia de éstas, no estaban localizadas en un emplazamiento fijo ni en un conjunto de casas, sino que parece que fueron peripatéticas». El Dr. Hyde sugiere que estas escuelas drúidicas o de bardos, se concentraron, inicialmente, alrededor de una personalidad, y los alumnos iban allí donde su maestro quisiese ir. Hyde cree que este fue el sistema hasta el siglo VI d.C.

Sin embargo, James Bronwick, en *Druidas Irlandeses*, cita los "Annales Rioghachta Éireann" (Anales de los Cuatro Maestros) al referirse a la gran escuela llamada Mur Ollamhan, la Ciudad de los Sabios, que existía en 927 d.c. Esta ciudad, por supuesto, se encuentra en el reino de la leyenda. Lo importante es la existencia de una larga tradición de una escuela drúidica fija. Giraldo Cambrense cuenta que en Kildare, Brígida construyó su comunidad en el lugar de una antigua comunidad de mujeres druidas, que era una escuela donde ellas enseñaban. Hay, de hecho, referencias a muchas escuelas drúidicas en la mitología irlandesa. En efecto, Cuchulainn estudió en una escuela drúidica con Cathbad el Druida. Esto demuestra una tradición antigua de estas escuelas.

Las escuelas de bardos, como una institución separada de las escuelas eclesiásticas, pervivieron hasta el aplastamiento de la intelectualidad irlandesa en el siglo XVII. En estas escuelas se graduaban los poetas, historiadores, los Brehon (jueces), doctores y otros profesionales. La educación en estas escuelas «laicas» corría paralela a la educación en las escuelas monásticas o eclesiásticas. Irlanda, a diferencia de la mayoría de sus vecinos europeos, como Inglaterra, tenían, por eso una tradición educativa fuera de las fundaciones eclesiásticas. El profesor principal de estas escuelas laicas era conocido como “druimclí” (viga maestra, esto es, la sujeción de una casa), mientras que su equivalente eclesiástico era llamado fer-liginn (hombre de enseñanza), y debía encontrarse bajo la autoridad de un abad.

Sabemos que las escuelas laicas estaban firmemente establecidas en la época de la convención de Druim Cett (condado de Kerry) en el año 574 d.C, cuando fueron aprobadas las leyes para su regulación. Todas las instituciones sin un lugar fijo recibieron unas sedes permanentes financiadas por las asambleas de clanes locales. Según Seathrún Céitinn, la persona que diseñó un nuevo esquema de escuelas laicas fue Dallan Forgaill (c 540-590 d.C), por entonces ard-ollamh, bardo jefe de Irlanda. El más famoso de sus poemas que ha llegado hasta nosotros es Amra Cholium Chillí, el elogio de un santo que acudió también a la asamblea de Druim Cett. La idea era que hubiese una escuela principal en cada una de las cinco provincias, además de unos cuantos colegios menores subordinados a ellas. Todas aquellas personas que necesitasen formación dentro de la sociedad podrían obtenerlo. El Dr. Hyde comenta:

Que las escuelas de bardos ... eran realmente una continuación de las escuelas druídicas, y encarnaban muchas cosas que eran puramente paganas en sus curricula está, creo, ampliamente demostrado por curiosos fragmentos de libros de poesía conservados en los Libros de Leinster y Ballymote, en un ms en el Trinity College y en un ms en el Bodleian, los cuatro editados admirablemente hace poco por Thurneysen como un texto continuo.

El trabajo de Rudolf Thurneysen fue publicado en las series de *Textos Irlandeses* editadas por Ernst Windisch y Whitley Stokes, en Leipzig, desde 1884 a 1905. Los *curricula* muestran que un estudiante que había acudido a unos cursos tuvo que aprender ciertos conjuros místicos llamados *tenmlaída*, *imbas forosnai* y *dichetal do chennaub na tuaithe*, durante uno de sus años de estudio, y aprender el *cétnaid* en otro año. Otro conjuro, que ha sido mencionado anteriormente, era el *glam dicín*. Están considerados como métodos poéticos de adivinación para encontrar a un ladrón, alcanzar una larga vida o, como el *glam dicín*, para satirizar y castigar a cualquiera que se negase a pagar a un poeta. Pero en tiempos paganos se utilizaba como método para ejercer la autoridad del druida. El Dr. Hyde hace la siguiente observación:

“Todos estos ejemplos que he dicho que aparecían en el libro de las instrucciones de los poetas, son, evidentemente restos de conjuros mágicos y terroríficas ceremonias, controladas desde y celebradas en tiempo de los druidas y que continuaron durante la era cristiana porque nadie, imagino, pudo demostrar que su origen antes de que Irlanda fuese cristianizada”.

En el siglo XIX, estas escuelas de bardos eran organizadas por ciertas familias como los Ó Cleirigh (O'Clery), que fueron expulsados de Connacht, y las familias Ó Conratha (Mulconry) de Roscommon y Clare. La familia Ó Cleirigh dirigió tres famosas escuelas en Donegal conocidas por sus estudios de historia, literatura y poesía.

Según la Historia de Irlanda (1571) de Edward Campion, en su época todavía existían colegios nativos especializados en derecho y medicina.

Hablan latín como una lengua vulgar, aprendida en sus escuelas comunes de sanguijuejería (medicina) y derecho, en las que comienzan (como) niños, y a las que van durante dieciséis o veinte años, repitiendo de memoria sin prestar atención al sentido los Aforismos de Hipócrates y las Instituciones Civiles, y otras pocas pares de esas dos disciplinas.

Pero esta idea de que el latín era utilizado como una lengua de enseñanza, y que la enseñanza era «de memoria» o transmitida oralmente, sin libros, ha sido rechazada por el Prof. Francis Shaw, en su artículo Médicos y Filósofos Irlandeses» en Siete Siglos de Enseñanza Irlandesa 1000-1700, editado por el Dr. Brian Ó Cuív (1971). El Profesor Shaw señala: «La idea de que al final del siglo XVI el latín era la lengua de las escuelas médicas irlandesas es irreconciliable con la evidencia de los manuscritos irlandeses». La mayoría de los libros de medicina estaban escritos en lengua irlandesa.

Como veremos más tarde, los libros médicos más antiguos que se conservan datan de principios del siglo XIV y

constituyen la colección más grande de manuscritos de literatura médica, anterior a 1800, que se haya conservado en cualquier idioma.

En 1615, los comisarios enviados por Jacobo I para investigar el estado de la educación en Irlanda, ordenaron el cierre de las escuelas, pero no fue hasta finales del siglo XVII, con el comienzo de la conquista inglesa cuando fueron suprimidas casi todas las antiguas escuelas laicas. A esto le siguió la clausura de las escuelas monásticas. Estas escuelas ya habían sido atacadas en 1310 cuando se aprobó una ley en Irlanda que prohibía a las órdenes religiosas de Irlanda admitir a cualquiera que no fuese inglés. De nuevo, otro estatuto de 1380 prohibía expresamente a los monasterios de Irlanda que aceptasen a los estudiantes irlandeses. La supresión de los monasterios con la ley de 1539 vio la emigración masiva irlandesa al continente para educarse en los colegios irlandeses que se habían establecido en París, Lovaina, Roma y otros muchos lugares. Esta destrucción de la enseñanza nativa irlandesa, agravada por las Leyes penales de Guillermo III, vieron el nacimiento de un nuevo fenómeno, La Escuela Irlandesa del Seto.

A finales del siglo XVII y principios del XVIII, los profesores irlandeses se vieron obligados a enseñar a sus alumnos en secreto y normalmente fuera de los recintos, en algún lugar oculto, muchas veces al abrigo de un seto, de ahí su nombre. Un alumno se colocaba en un lugar adecuado para avisar si se aproximaban soldados o informantes ingleses, y entonces la clase huía en desbandada con sólo dar la señal. El maestro, que vivía de la hospitalidad del pueblo, lo que era asumido por todos si querían dar una educación a sus hijos, incrementaba a menudo sus ingresos ofreciéndose a trabajar en granjas cuando se trasladaba de un lugar a otro. El artista George Holmes, en Bocetos de algunos de los Condados del sur de Irlanda, reunidos durante un viaje en 1797, pudo escribir sobre el condado de Kerry: «Dentro de la parte inculta del país se puede encontrar a muchos que están con buenos latinistas, aunque no hablan una sola palabra de inglés. Esos profesores itinerantes también enseñan griego en las zonas de montaña».

Finalmente, cuando las leyes penales eran ignoradas o su cumplimiento era menos riguroso, el profesor podía reunir a sus alumnos en un granero o una cabaña. Hasta el siglo XIX no se aligeraron las prohibiciones y el pueblo irlandés pudo disfrutar abiertamente, de nuevo, de su educación.

Sabemos por el sistema legal Brehon que tanto las escuelas de los bardos como las eclesiásticas adoptaron ciertas ideas similares que podían ser herencia común, como propone el Dr. Hyde, de las anteriores escuelas druídicas. La «Continuación del Crith Gabhlach» habla de los «siete tratados de la sabiduría».

«Los grados de sabiduría de la Iglesia se corresponden con los grados de los poetas y de los *féine* o contadores de historias: pero la sabiduría es la madre de todas las profesiones, y es de su mano de donde beben todas». El grado más alto de todos suponía doce años de estudio.

Después de la enseñanza elemental, en el segundo año, el primer grado en una escuela de bardos era *fochluc*, «porque su arte es tan escaso como su edad», como un ramito de *fochlacán*, bocabunga. Al tercer año, el estudiante había ascendido a *mac fuirmid*, «llamado así porque ha comenzado» (*fuirmithir*) a aprender un arte». Al cuarto año, el estudiante era un *dos* «por su similitud con *dos*, árbol joven». Al quinto año había alcanzado el grado de *cana*, y al sexto se convertía en un *cli* (*cleith*) en un pilar de una casa). Entre siete y nueve años de estudio le llevaba al estudiante conseguir que le considerasen un *anruth*, «arroyo noble». Al final de los doce años de estudio, una vez que el candidato había aprobado todos los exámenes, podía alcanzar el más alto grado, *ollamh* o profesor.

El sistema de grados en las escuelas eclesiásticas era similar. El *ollamh* era el título del grado superior en cualquier arte o profesión. Podía ser aplicado a un constructor, orfebre, médico, abogado o incluso juez.

La posición del Poeta Jefe de Irlanda sobrevivió hasta la conquista anglo-normanda. En actos de estado, el Poeta Jefe vestía una capa

especial, decorada con profusión y llamada *tugen*, o *taiden*, y a veces *stuige*. Según el *Glosario de Cormac*:

El *tuigen* se deriva de *tuige-en*, el *tuige* o cubierta (de las plumas) de un pájaro (*én*): porque es con plumas de pájaros, blancas o de muchos colores, como está hecho el manto de los poetas desde la faja hasta los pies; y de cuellos de patos y de sus crestas, desde la faja hacia arriba, hasta sus cuellos.

El poeta jefe y todos los poetas, llevaban un *craebh-ciuil*, una pequeña rama de la que colgaban vanas campanillas diminutas que tintineaban cuando se sacudía la rama. El *ollamh* llevaba una rama dorada, el *anruth* una de plata, mientras que los otros llevaban ramas de bronce.

Las tradiciones nos muestran que la sociedad celta precristiana tenía un sofisticado sistema educativo mucho antes del comienzo de la era cristiana.

NO APTO PARA SU VENTA

LIBROS DRUÍDICOS

»Se dice», escribió Julio César sobre los druidas, «que se obligan a memorizar inmensas cantidades de poesías, y así algunos de ellos continúan sus estudios durante veinte años. Consideran impropio llevar a cabo sus estudios por escrito, aunque utilizan el alfabeto griego para casi todo lo demás...»

Una interpretación superficial o mal entendida de esta famosa cita ha llevado, incluso, a los más prestigiosos eruditos, a expresar en ocasiones la idea de que los celtas precristianos eran iletrados. Es bien sabido que los textos irlandeses y galeses que se conservan están fechados en época cristiana, cuando se consideró que la prohibición religiosa druídica de poner los conocimientos celtas por escrito ya no tenía validez. El irlandés se convirtió entonces en la tercera lengua escrita de Europa, después del latín y el griego.

Cuando tratemos la filosofía de los druidas, en nuestra próxima sección, veremos el concepto druídico de Verdad como poder supremo, que encontramos como un pensamiento básico indoeuropeo. Simplemente debemos mencionar, en este punto, como una razón para la prohibición druídica de escribir, que la enseñanza suponía que la Verdad era la Palabra y la Palabra era sagrada y divina y no debía ser profanada. Los celtas creían en el poder mágico de la Palabra. «La Verdad es la base del discurso, y todas las Palabras están basadas en la Verdad». Los druidas creían que «por medio de la Verdad la tierra perdura». Pero, ¿hasta dónde llegó esa prohibición religiosa de la que habla Césaré

Una lectura más cercana de César nos muestra claramente que es sólo el conocimiento druídico (la «Palabra») lo que no se puede escribir, y que los celtas, en este ejemplo particular los celtas continentales, utilizaban las letras griegas. Debemos añadir que también usaban letras etruscas y latinas. La prueba la proporcionan las inscripciones celtas primitivas, en aquellas encontradas en el norte de Italia (Galia Cisalpina) y en España.

Inscripciones sobre piedras conmemorativas fechadas entre los siglos IV y II a.C, como las de Briona, Todi y Saignon, han sido estudiadas en Lepóntica por el Dr. Michel Lejeune (París, 1971). Las inscripciones funerarias celtas, marcas de fabricantes en la cerámica, y otros objetos son suficientes para demostrar algún grado de alfabetización. Más aún, durante muchos años, el calendario de Coligny, datado en el siglo I a.C, considerado como el documento más extenso en lengua gala celta. Sin embargo, en 1983 se descubrió una tablilla de plomo, la inscripción de Larzac, a la que nos hemos referido antes, y en 1992 otra tablilla de fue hallada en el norte de España. Esto ha dotado a los estudiosos, de textos más largos y fascinantes. Así pues, como decía César, ya había alfabetización en la lengua celta.

Un punto que también olvidan muchos es el hecho de que, a consecuencia de las conquistas romanas de las tierras celtas, muchos celtas empezaron a escribir en la lengua del conquistador. Presumiblemente, esos celtas, a menos que hubiesen rechazado totalmente la religión pagana celta, creían que la prohibición druídica de

poner por escrito los conocimientos no afectaba a la expresión literaria en otros idiomas. El paso del tiempo había llevado a estos escritores a ser aceptados como autores latinos. (Igual que muchos autores irlandeses, escoceses y galeses, por el hecho de escribir en inglés, son considerados autores ingleses). En efecto en el siglo I a.C, surgió toda una «escuela literaria celta», identificada principalmente con escritores de la Galia Cisalpina. Los celtas de Iberia, Provenza (la Provincia) y, más tarde, de la propia Galia, pronto se unieron a la literatura latina. El Dr. H.D. Rankin, en su obra *Celtas y el Mundo Clásico* (1987), se refirió brevemente a los celtas que escribían en latín.

La cuestión más importante es si algún escrito relativo a la historia, filosofía derecho y otras materias celtas escapó a la prohibición drúidica.

Según el Dr. Joyce: «Los druidas galos prohibieron a sus discípulos poner por escrito parte alguna de su tradición, considerando esto como una práctica contra lo sagrado. No hay mención de una prohibición similar entre los druidas irlandeses».

Ciertamente, en las sagas irlandesas, los druidas leen y escriben en un alfabeto irlandés particular, el *Ogham*. En la mitología irlandesa, la invención del alfabeto es atribuida a Ogma, dios, no sólo de la elocuencia y el aprendizaje, sino también, curiosamente, de los druidas. Sin embargo, el conjunto de inscripciones Ogham conservadas procede de época cristiana, es decir, de los siglos V y VI d.C. Hay 369 inscripciones, la mayor parte en Irlanda, pero también se conservan algunas en Gales y Escocia, y unas pocas en Cornualles y la Isla de Man, así como en la actual Inglaterra. La inscripción Ogham más oriental está atestiguada en Silchester, que era la capital tribal de los celtas atrebates. La extensión de estas inscripciones desde una concentración en Munster (curiosamente, el área de tradición irlandesa de origen más antiguo) hacia el este coincide con el movimiento de los profesores misioneros irlandeses cristianos. Cuando, en 1390, Maghnus Ó Duibhgeánnáin compiló el *Libro de Ballymote*, que contiene una copia de los *Laebhar na gCeart* (Libros de los Derechos), incluyó un tratado en Ogham con una clave alfabética. El alfabeto consiste en pequeñas líneas dibujadas sobre, o cruzando, una línea base. El Ogham ha sido considerado el alfabeto de los druidas en la fantasía popular, y más a menudo, el «Alfabeto del árbol», porque cada letra irlandesa

toma el nombre de un árbol: por ejemplo, A, *ailim* (olmo); B, *beithe* (abedul); C, *coll* (avellano), etc.

Puesto que todos los restos proceden de época cristiana, se ha sugerido que el Ogham no fue inventado hasta ese momento, y que estaba basado en el alfabeto latino. Otros, como el Dr. Barry Fell de Harvard, ve inscripciones Ogham prácticamente por todos los lados, en España e, incluso, en América, ¡y data esas «inscripciones» en el 500 a.C! Estamos seguros, sin embargo, de que el Ogham no sobrevive antes del siglo V d.C, aunque es pertinente preguntamos si pudo existir antes de esa fecha.

Las menciones al uso del Ogham aparecen con frecuencia en los antiguos mitos irlandeses. En el *Immrain Brain* o Viaje de Bran, cuyo texto conservado está fechado en el siglo vm d.C, aunque la historia tiene un origen claramente precristiano, se dice que Bran, hijo de Febal, había escrito cincuenta o sesenta cuartetos en Ogham. En el *Táin Bó Cualinge*, Cúchulainn escribe admoniciones y amenazas contra sus enemigos en Ogham.

Los druidas escribían conjuros mágicos y augurios en Ogham. En la historia de Midir el Orgullosa, un druida llamado Dalan informa a Eochaidh Airemh que su mujer Étain ha sido llevada a Brí Leith. Dalan puede escribir en Ogham. Hay claramente una tradición literaria que se puede demostrar.

Pero aún más importante es que, en la historia de Baile Mac Buain, se nos habla de una biblioteca de «varas del Filí» sobre las que estaban inscritas antiguas historias y sagas. El Ogham se tallaba sobre la corteza o sobre varas de avellano y álamo. Estas bibliotecas o *Tech Screpta* son también mencionadas en el *Leabhar na Nuachonghbala*, el Libro de Leinster, compilado alrededor de 1150 por Fionn Mac Gormain de Glenda-lough. Ciertamente, estas bibliotecas existían desde el siglo VI d.C, después de la introducción del Cristianismo, pero, ¿existieron las *Tech Screpta* de Irlanda en época pagana?

Hay un indicio en el *Leabhar Buidhe Lecain* (Libro Amarillo de Lecan), compilado alrededor de 1400 por Giolla losa Mor Mac Firbis, y que contiene muchos textos primitivos, tales como otra copia del *Leabhar na gCeart* (Libro de los Derechos), un tratado político sobre la

constitución de los reinos irlandeses, compilado, se dice, en el siglo V por Benigno. La obra cuenta que Patricio, en su furia misionera, quemó 180 libros de los druidas. Esta destrucción de libros por el celoso Patricio, añade Mac Firbis. «puso a los cristianos conversos a trabajar, hasta que todos los restos de la superstición druídica fueron completamente destruidos». Mac Firbis, como cristiano que es, escribe de forma aprobatoria. Su obra contiene mucho material primitivo del período en el que se decía que los libros habían sido destruidos. Por eso, podemos tener la certeza de que Mac Firbis estaba copinado fuentes contemporáneas. Para corroborar esto, en la *Vida de Patricio del siglo VII* de Muirchú Machteni, y en la *Vida Tripartita de Patricio* del siglo IX, se nos dice que Patricio compitió con los druidas en Tara ante el Rey Supremo Laoghaire. El rey propone que uno de los libros cristianos de Patricio y un libro druídico sean arrojados al agua como una ordalía¹⁰. Después de un rato, los libros deberían ser extraídos del agua, y si alguno de ellos seguía resultando legible, y el agua no hubiese corrido su tinta, el dueño de ese libro sería declarado poseedor de la Verdad

Las fuentes cristianas irlandesas dicen claramente que estos libros existían en Irlanda antes de la llegada del Cristianismo, y que los misioneros cristianos hicieron que aquellas «obras paganas» fuesen quemadas. Si esto es así, fue entonces una destrucción sin el más mínimo sentido. Para apoyar la evidencia de la existencia de libros en Irlanda antes de la llegada del Cristianismo, viene en nuestra ayuda el escritor cristiano de los siglos III y IV d.C, Ético de Istria. Ético escribió una *Cosmografía del Mundo (Cosmographia Aethici Istit)*, parte de la cual fue insertada por Osorio Paulo en su *Historia Contra los Paganos*, compuesta en siete libros alrededor de 417 d.C. Se dice que Ético navegó desde Iberia y «llegó a Irlanda, y permaneció allí algún tiempo examinando sus libros». Ético llama a esos libros *ideomochos*, lo que implica que la literatura era particular de Irlanda y

¹⁰ La ordalía era una forma de juicio de Dios practicada en la Edad Media (Nota del T.)

bastante novedosa y extraña para él. Habla de los *volumina* de los irlandeses como uno de los aspectos notables del país. Si Ético estaba examinando bibliotecas en Irlanda en el siglo tercero o cuarto, tenemos, entonces, una clara confirmación sobre la existencia de estas bibliotecas que es independiente de los escritores irlandeses cristianos posteriores y de las numerosas referencias en las sagas.

Muchos poetas precristianos y su obra aún son recordados en la literatura irlandesa posterior. Ya hemos discutido los tres poemas existentes de Amairgen el Druida. Pero hay obras de otros autores como Feirceirtné, a quien se le atribuye la autoría del *Uraicept na nÉigear* (Manual del Instruido), un tratado gramatical. Feirceirtné compitió con Neidé por la posición de principal poeta de Irlanda. Su obra comienza: «Éste es el libro de Feirceirtné. Su lugar es Emain Macha; su tiempo, el reinado de Cónchobhar Mac Nessa; su persona, Feirceirtné el *filé*; su causa, llevar el conocimiento a la gente ignorante». Feirceirtné es también autor de un poema sobre la muerte de Cú Roí y el *Lebhar Gabhála* le atribuye otro poema acerca del Rey Supremo Ollamh Fodhla. Igual que Neidé, sabemos quién fue su padre, un tal Adhna, otro famoso poeta y estudioso.

Athairné es descrito como un satírico o insolente de la Colina de Howth.

Se dice que fueron Athairné, Neidé y Feirceirtné quienes compilaron los códigos legales, los *Breithne Neimhidh* que están plasmados en las leyes Brehon.

Tenemos una copia del *Audacht Morainn* (Deseo de Morann), un importante texto que es atribuido a Morann, un juez, que vivió a finales del siglo I d.C. Hay referencias sobre varios escritores de los siglos I y II d.C, cuyas obras son mencionadas por escritores posteriores y, en ocasiones, citadas (pequeños poemas o fragmentos en prosa). Los nombres de Feradach, Modan, Coithruadh y Fingin están entre ellos. Muchos poemas y piezas de prosa se consideran procedentes del siglo III d.C, el siglo en el que están datados el semi legendario Cormac Mac Art, Fionn Mac Cumhail, Oisín, Fearghus y Caoilte.

¿Es posible que, en lugar de ser confiados a la tradición oral, estos textos fuesen fijados en las «varas del Filí» y consignados en varios Tech Screpta hasta que fueron quemados por entusiastas misioneros

cristianos ¿Las inscripciones Ogham que sobreviven lo han hecho únicamente porque fueron talladas sobre piedra. Es obvio que las varas de madera, si existieron, habrían sido quemadas con más facilidad o, si sobrevivieron a los celotas¹¹ cristianos, habrían desaparecido por el paso de los años. Y un punto interesante es que las inscripciones Ogham que sobrevivieron son mostradas como una forma arcaica de “irlandés literario”; arcaico incluso en la época en la que se hicieron las inscripciones. Esto se corresponde con el hecho de que la lengua de los libros legales irlandeses, cuya primera codificación registrada, según los *Anales del Ulster*, fue en el año 438 d.C, fue escrito en una forma arcaica similar conocida como la *Bérta Féini*. Esta forma arcaica parece ser una prueba de que el texto fue manejado durante siglos sin sufrir alteraciones. Cuando cambió la lengua del pueblo, los textos antiguos no lo hicieron. Eran, presumiblemente, tratados dentro de una estricta tradición oral de memorización desde tiempos antiguos hasta el momento en el que fueron puestos por escrito. Como han observado Myles Dillon y Nora Chadwick:

Irlanda poseyó una enorme riqueza de tradición oral cuidadosamente preservada desde un período más antiguo de nuestra era que el de cualquier otro pueblo europeo al norte de los Alpes. Por esta razón, las raíces de los materiales tradicionales de su historia más antigua son de interés general más allá de su área geográfica y política, y sólo superadas en importancia por las del antiguo mundo griego y romano.

Hemos utilizado una enorme literatura y enseñanza irlandesa. Pero aún así, podemos seguir lamentando la aparente destrucción de los libros drúidicos por los zelotas misioneros cristianos, que fue, claramente, un crimen contra el conocimiento.

¹¹ El autor utiliza en inglés la palabra «zealot», que designa a los fanáticos religiosos judíos entre los siglos II a.C. y II d.C. Eran auténticos apóstoles de la violencia poseídos por el «celo de Yahvé» y fueron responsables de las mayores atrocidades cometidas contra los invasores griegos o romanos durante estos siglos. La palabra, pues, tiene connotaciones prácticamente de criminal. N. del T.

LOS DRUIDAS COMO FILÓSOFOS

La palabra «sacerdote» no fue nunca aplicada a los druidas por ningún autor clásico, pero muchos griegos y romanos utilizaron el término «filósofo» para describirlos. Dión Crisóstomo, de hecho, hace una clara distinción entre un «druida» y un «sacerdote».

¿Cuál era la filosofía de los druidas? ¿Podemos salvar algo de sus contenidos básicos? Nora Chadwick ha observado, en su estudio “Los Druidas”, que: «Los rasgos destacados de la enseñanza druídica pueden ser resumidos en filosofía natural y ciencia natural, la naturaleza del universo físico y sus relaciones con la Humanidad». Diodoro Sículo afirma: “El druida unía a su estudio de la naturaleza aquel de la filosofía moral, asegurando que el alma humana es indestructible, y también el universo, pero en un momento u otro, el fuego y el agua prevalecerán».

Mucho se ha discutido acerca de la filosofía moral de los druidas. Si se intenta extraer esta filosofía de las fuentes, uno puede únicamente señalar al resumen de Diógenes Laercio de que la máxima principal de los druidas era que el pueblo pudiera “venerar a los dioses, no hacer ningún mal y ser valiente”. Para resumir, basándonos en varias fuentes, se puede decir que los druidas enseñaban que se debe vivir en armonía con la Naturaleza, aceptar que el dolor y la muerte no son malos sino parte del plan divino y que solo la maldad es una enfermedad moral. De los textos antiguos irlandeses se deduce que los druidas estaban comprometidos, sobre todo, con la Verdad y rezaban «An Fhírinne in aghaidh an tSaoil» (La Verdad contra el mundo). El Prof. Myles Dillon sostiene que «esta noción de Verdad como el principio más alto y poder que sostiene la creación domina la literatura (irlandesa)». Dillon observa:

“En Irlanda también tenemos historias en las que un Acto de Verdad tiene poder mágico (no es una cuestión de que la virtud sea recompensada: es el poder mágico de la propia Verdad). Muchos de

ustedes conocerán la historia del niño Cormac en Tara, que escuchó al rey Lugaid Mac Con jurar en falso cuando concedió la oveja que había entrado sin permiso en el jardín de la reina como multa por su delito. En ese mismo momento, el juzgado comenzó a caer y resbalar colina abajo. Cormac dijo: «¡No!. Ése es un juramento falso. El glasto¹² crecerá de nuevo en el jardín. Sólo la lana de la oveja, que también crecerá otra vez, debe ser multada por el glasto. « Y toda la gente gritó: «Ésa es la verdad». Y en ese momento el juzgado se detuvo en su caída. Lugaid Mac Con tuvo que abandonar Tara, y Cormac se convirtió en rey tiempo después.

Hay otra historia sobre Cormac, en la que se le entrega una copa que se hacía añicos si se decían tres mentiras sobre ella y se rehacía si se decían tres verdades. Pero quizás la más clara indicación del poder de la Verdad se encuentra en el audacht o deseo del famoso Brehon, Morann Mac Cairbre, que dejó instrucciones para el Rey Supremo, Feradach Finn Fachtnach (95-117 d.C.) que se han recogido en el Leabhar na Nuachonghbala (Libro de Leinster):

Que magnifique la verdad, y la verdad le magnificará.
Que fortalezca a la verdad, y la verdad le fortalecerá.
Que guarde la verdad, y la verdad le guardará.
Que exalte la verdad, y la verdad le exaltará.

- Porque mientras él guarde la verdad, el bien no le fallará y su gobierno no perecerá.
- Porque es por medio de la verdad del gobernante como son gobernados los grandes clanes.
- Por medio de la verdad del gobernante se evitan mortandades masivas entre los hombres.

¹² El glasto es una planta de la familia de las crucíferas de hojas grandes y flores amarillas. No queda claro en el texto, pero parece que la oveja se había comido las flores del jardín de la reina. N. del T.

- Por medio de la verdad del gobernante poderosos ejércitos invasores son rechazados a territorio enemigo.
- Por medio de la verdad del gobernante cada ley es gloriosa y cada barco está lleno en sus tierras.
- Por medio de la verdad del gobernante toda la tierra es fructífera y todo niño nacido es hermoso.
- Por medio de la verdad del gobernante hay abundancia de trigo alto.

Varios conceptos lingüísticos de esta idea de verdad sobreviven. Un punto fascinante es que la palabra irlandesa antigua para verdad es también la base para conceptos lingüísticos como felicidad, rectitud, fidelidad, para la religión y, sobre todo, para la justicia. Incluso en irlandés moderno se dice: «Ta sé/sí in áit na fhírinne anois» para expresar que un hombre/mujer está muerto. Esto significa, literalmente: «él/ella está en el lugar de la Verdad ahora». Ésta es, claramente, una enseñanza de los druidas, porque encontramos un paralelo exacto en el parsismo persa-iraní. El Avesta es el libro sagrado de los parsis, que data de los siglos m y rv d.C, y está escrito mediante la reunión de los antiguos textos y tradiciones del maestro religioso y profeta de la antigua Persia Zoroastro, más conocido popularmente como Zaratustra (c 628-511 a.C). En el Avesta, Asa, la Verdad, es el nombre del Otro Mundo o Paraíso que todos esperan alcanzar. En los Vedas hindúes, encontramos que la Verdad (ṛta) es una tierra en el estado superior del Paraíso y la fuente del sagrado Ganges. También nos recuerda al pozo místico de Segáis que se convirtió en fuente del Boyne y del Shannon, en el que caen las avellanas de la Verdad y la Sabiduría, y eran devoradas por Fintan el salmón, de quien aprendió su sabiduría Fionn Mac Cumhail. Creo que lo que estamos viendo son restos de lo que una vez fue una creencia común indoeuropea.

El Prof. Dillon señaló que en el «Deseo de Morann» se encuentra un hecho nítido de los Upanishads hindúes, una colección de tratados sobre la naturaleza del hombre y el universo que forma parte de los escritos védicos. De nuevo aquí hay un ejemplo, creo, del extraordinario desarrollo desde una raíz indoeuropea común. Dillon demuestra que la cultura hindú tiene el mismo concepto del poder

mágico de la Verdad. La heroína, Sita, perseguida en el bosque por un cazador malvado, declara que ella ama a Rama, la séptima encarnación del dios Vishnu. «¡Que me libre yo mediante esta verdad!», grita la muchacha, y el cazador cae muerto. El Acto de la Verdad, *satyakriya*, aparece con frecuencia en la literatura hindú. La misma noción de verdad se puede encontrar en algunas de las enseñanzas que se han conservado de Heráclito de Éfeso (c 540-480 a.C.) en las que postula un principio del que nacerá la escuela estoica de filosofía: la naturaleza, o el universo, estaban controlados por el logos, la Palabra de la razón, que era Verdad y sinónimo del ser supremo. Cualquier cosa que ocurriese estaba en consonancia con esta Verdad, y el objetivo de hombres y mujeres sería vivir en armonía con ella. El concepto fue adoptado por estoicos y platónicos, como Filón de Judea (c 30 a.C.-45 d.C.) un judío helenizado de Alejandría cuya obra influyó en los cristianos primitivos. El *Evangelio de San Juan* fue escrito alrededor del 100 d.C. y, a diferencia de los Evangelios Sinópticos, es una composición unificada de un solo autor, que muestra claramente que tenía influencias de las ideas de Filón y otros estoicos platónicos con su frase introductorias «Al principio fue el Verbo (logos), y el Verbo (logos) estaba con Dios, y el Verbo (logos) era Dios.»

Agustín de Hipona, en las (Confesiones, admite que encontró este concepto en los libros de los platónicos.

Pero volvamos a la idea básica indoeuropea de Verdad como Palabra y sinónimo de la divinidad. Para los druidas y los brahmanes, el principio dador de vida y poder sustentador era la Palabra o Verdad, la causa última de todas las cosas. Los Vedas dicen que «por medio de la Verdad, perdura la Tierra». El concepto indoeuropeo primitivo encuentra su eco en la filosofía de Heráclito y llega al Nuevo Testamento cristiano a través de los estoicos y los platónicos. Así, encontramos también en muchos mitos celtas la idea de algún castigo para la persona que no diga la verdad. Normalmente, las imperfecciones aparecen. La idea impregna muchas culturas europeas; el famoso vestigio moderno de la antigua idea se encuentra en el cuento de niños; *Las Aventuras de Pinocho* (1883), escrito por el italiano «Collodi»,

Cario Lorenzini (1826-1890). En este cuento, la nariz de Pinocho crece cada vez que dice una mentira.

Otra demostración de la importancia de la Palabra se ve en la idea de que nombrar las cosas hace que existan. Ra, el gran dios sol y primera divinidad egipcia en aparecer del Caos primigenio, se creó a sí mismo pronunciando su propio nombre. Hasta que algo es nombrado, permanece desconocido, sin lugar ni propósito. Para los cristianos, un niño recién nacido no tiene alma y no puede esperar entrar en el Reino de Dios a menos que haya sido bautizado con un nombre. Por eso, la Palabra es uno de los poderes divinos. En irlandés antiguo, así como en el moderno, vemos que *ainm* no era sólo la palabra para nombre, sino para alma (como oposición al cuerpo) y vida. La comparación aparece en galés con las palabras *enwi*, *enaid* y *einioes*, que han evolucionado a partir de una misma raíz. Para los antiguos celtas, como para otras sociedades indoeuropeas, el mundo fue creado por la Palabra, desde el proceso del desarrollo del lenguaje.

Ya hemos observado que los celtas desarrollaron una doctrina de inmortalidad del alma y fueron uno de los primeros pueblos indoeuropeos en hacerlo. Ammiano Marcelino observó: «Con gran desprecio de la parte humana, ellos profesan la inmortalidad del alma». Y Lucano, en su poema Farsalia, se dirige así a los druidas: «*Sois* vosotros los que decís que las sombras de los muertos no buscan la silenciosa tierra de Erebo y las pálidas residencias de Plutón; más bien, nos decís que el mismo espíritu tiene de nuevo un cuerpo en algún lugar, y que la muerte, si lo que decís es cierto, no es más que un punto intermedio en una larga vida».

La escuela alejandrina estaba dividida sobre si los celtas habían desarrollado esta doctrina por ellos mismos o si habían tomado prestado el concepto de los griegos, en especial de Pitágoras.

El griego Alejandro Cornelio Polihistor (c 105 a.C), utilizó como fuente principal a Pitágoras, y su material fue utilizado por Diógenes Laercio, Plinio el Viejo y Esteban de Bizancio. Polihistor escribió un tratado sobre la filosofía de Pitágoras, *De Symbolis Pythagoricis*, en el

que decía haber utilizado «los cuadernos de notas de Pitágoras», transmitidos por los pitagóricos del siglo IV a.C. Hay alguna discusión académica sobre si las fuentes de Polihistor eran genuinas. Sin embargo, Polihistor, que escribió en la misma época que Timágenes, utilizó fuentes que parecen más antiguas que las de Posidonio, y su obra proporciona, al menos, una de las fuentes de Clemente de Alejandría, un ateniense nacido alrededor del 150 d.C que se convirtió en cabeza de la Escuela catecumenal de Alejandría. Clemente murió entre el 211 y 216 d.C. La fuente de Clemente es confirmada por el hecho de que Cirilo de Alejandría, arzobispo entre 412 y 444 d.C, cita pasajes idénticos a los utilizados por Clemente en *Contra Julianum*, y afirma categóricamente que proceden del libro de Polihistor sobre Pitágoras.

Pitágoras, en el siglo VI a.C, enseñó una doctrina de reencarnación o transmigración de las almas, y decía que, en una anterior reencarnación, había sido el troyano Euforbo, muerto durante la guerra de Troya.

Según Diodoro Sículo, fue Polihistor el primero que mencionó que «la doctrina pitagórica prevalece entre los galos», y que en ella se enseñaba la inmortalidad del alma. Timágenes parece también haber enseñado la misma idea, y Ammiano Marcelino, utilizando a Timágenes como su autoridad, dice: «Los druidas, hombres del más elevado intelecto, y unidos a la íntima fraternidad de los seguidores de Pitágoras, estaban absorbidos por investigaciones sobre asuntos secretos y sublimes, y despreocupándose de los asuntos humanos, declaraban que el alma era inmortal.»

Estrabón dice: «Los druidas y otros unen al estudio de la naturaleza el de la filosofía moral, asegurando que el alma humana es indestructible, y también el universo, pero que en un tiempo u otro, el fuego y el agua prevalecerán». César, el soldado cínico, recalca esta doctrina, explicada por la valentía de los soldados celtas en batalla, y de esta opinión se hace también eco Lucano.

Hipólito (c 170-c 236 d.C), un importante autor cristiano que escribió en griego y del que solo se conservan fragmentos de sus obras, aseguraba que los druidas habían adoptado las enseñanzas de Pitágoras por intermedio de Zalmoxis de Tracia, que había sido su esclavo.

Heródoto (c 490-c 425 a.C), un griego de Halicarnaso, a veces llamado el «Padre de la Historia», Zalmoxis fue esclavo del filósofo durante el tiempo que Pitágoras vivió en Samos. Hipólito dice que Zalmoxis volvió finalmente a Tracia con riquezas y prestigio, y prometió a su pueblo inmortalidad gracias a estas nuevas enseñanzas, por lo que fue considerado como un dios.

Los druidas, entre los celtas, examinaron profundamente la filosofía pitagórica, Zalmoxis, un tracio esclavo de Pitágoras, habiéndose convertido para ellos en el fundador de esta disciplina, después de la muerte de Pitágoras, marchó hacia Tracia y se convirtió, a sus ojos, en el fundador de la filosofía. Los celtas honran a los druidas como profetas y pronosticadores, porque ellos predicen asuntos a través de las cifras y los números de acuerdo con la doctrina de Pitágoras... Los druidas, sin embargo, también practican la magia.

Hay un problema en este texto. Hipólito, obviamente, sabía que Tracia había sido ocupada por los celtas. Cambaules y un ejército celta se había dirigido a Tracia en 298 a.C Los celtas se asentaron en el país durante un tiempo. El último rey de Tracia que llevó un nombre celta gobernó en 193 a.C. Pero Pitágoras vivió en el siglo VI a.C, mucho antes de que los celtas hubiesen alcanzado Tracia. Así pues, ¿hasta donde podemos creernos esta tradición de Zalmoxis? ¿Era celta o era tracio? Mientras Hipólito no deja absolutamente claro cuál fue la fuente para su afirmación, Diógenes Laercio, sin embargo, y más tarde Clemente de Alejandría, citaron pasajes similares al de Hipólito.

Es Clemente el que, como dice el proverbio, mete un gato entre las palomas, cuando dice que no fueron los druidas los que aceptaron la doctrina de Pitágoras sobre la inmortalidad del alma, sino Pitágoras quien aceptó la doctrina de los druidas. Clemente cita a Polihistor como fuente. «Alejandro (Polihistor) desea afirmar que ... «Pitágoras fue uno de aquellos que escucharon a los celtas (gálatas) y a los brahmanes».

Diógenes Laercio lo contradice: «Hay algunos que dicen que el estudio de la filosofía tiene sus orígenes entre los bárbaros... Fue entre

los griegos donde surgió la filosofía, su propio nombre rechaza ser traducido a una lengua extranjera».

A modo de interesante digresión, se puede llamar la atención sobre el hecho de que las fuentes para las palabras que designan al filósofo en todas las lenguas celtas actuales significan literalmente «hombre de sabiduría». Así pues, parecería que el concepto de «amante de la sabiduría», que es la derivación griega, tiene su paralelo entre los celtas. Sin embargo, el galés tiene otro término, *athroniaeth*, basado en la raíz *athro*, que significa maestro. Pero quizás más interesante es que en antiguo irlandés se encuentran otras palabras para filósofo; *cailleóir*, cuya base significa augurar o adivinación de las estrellas y que es utilizada en gaélico escocés en la forma *cáileadar* para designar al filósofo o «el que mira las estrellas»; mientras, otro término irlandés antiguo sobrevive en manés como *fallosgyssagh*, que significa astrólogo. Discutiremos estos conceptos lingüísticos más tarde.

Diógenes Laercio cita a Sotión como su autoridad principal sobre los druidas. Sotión, que escribió en el siglo II a.C, es, por ello, la autoridad conservada más antigua sobre la idea de que los antiguos griegos tomaron de los celtas su doctrina de la inmortalidad del alma. Diógenes Laercio cita también al escritor anónimo del siglo II a.C. cuya obra, *Magicus*, fue atribuida erróneamente a Aristóteles. Kendrick ha señalado que estas obras, escritas mucho antes de que los romanos conquistasen la Galia, demuestran que los druidas tenían una gran reputación como filósofos fuera del mundo celta y que ésta debe haber sido una reputación largamente establecida.

El nexo de unión pitagórico con los druidas ha sido tratado de forma romántica con la propuesta de que un druida llamado Abaris viajó a Atenas y conversó con Pitágoras. Un examen de la primera referencia a esta historia en Estrabón se ha traducido de la siguiente manera:

“No vino vestido con pieles como un escita, sino con un arco en su

mano, un carcaj colgando de su espalda, una tela de cuadros¹³ que le envolvía el cuerpo; un cinturón dorado rodeando su cintura y unos pantalones desde la cintura hasta las plantas de los pies. Era sencillo en su trato, agradable en su conversación, activo en sus acciones y secreto en su tratamiento de grandes asuntos; rápido en el juicio, exacto y presto a asumir su parte en cualquier emergencia repentina; prudente al evitar la futilidad, diligente en la búsqueda de la verdad, sincero en la amistad, poco confiado en la fortuna, pero teniendo entera confianza en los otros, y digno de toda confianza por su prudencia. Hablaba griego con tal fluidez que se pensaría que se hubiese criado en el Liceo y hubiese conversado toda la vida en la Academia de Atenas”.

Ahora Abaris nos es descrito como un hiperbóreo. Un hiperbóreo «un habitante de más allá del viento del norte», era un miembro del fabuloso pueblo que los griegos creían que existía en el norte inaccesible, Eran adoradores de Apolo, del que se decía que había vivido algunos años entre ellos. Aquellos que eran particularmente favorecidos por los dioses podían convertirse en inmortales y vivir con los hiperbóreos. Las fuentes originales no señalan que Abaris fuese un celta o, más concretamente, un druida. Fue John Wood en 1747 quien afirmó que los britanos y los hiperbóreos eran uno y el mismo pueblo... « Su autoridad fue, aparentemente, Hecateo de Mileto, que identificó a los hiperbóros como habitantes de las Islas Británicas.

El reverendo Henry Rowlands, sin embargo, en *Mona Antiqua Restaurata*, 1723, ya había afirmado, por medio de una extravagante justificación lingüística, que Abaris era un druida galés llamado «ap Rees. Después John Toland, en su *Historia Crítica de la Religión Celta... etc.*, decidió saludar a Abaris como un gaélico escocés, a pesar del hecho de que los gaélicos escoceses no existían en aquella época, y fue Toland quien decidió autentificar su descripción traduciendo el griego *chlamys* como

¹³ El texto utiliza la palabra “plaid” que sirve para designar únicamente la típica tela escocesa. Unas líneas más adelante se explica esta elección del traductor inglés. N. del T.

«plaid» tela escocesa). Finalmente, John Wood, el arquitecto de Bath, en (*Choir Gaure, vulgarmente llamado Stonehenge, sobre la llanura de Salisbury, descrito, reconstruido y explicado, 1747*, se refiere al mítico britano celta llamado Bladud; un rey, a quien Wood convierte en sinónimo de Aquila y Abaris.

Después de su estancia en Grecia, Wood dice que Abaris volvió a Britania, donde creó la orden de los druidas. De hecho, Abaris el hiperbóreo, cuya visita a Grecia fue, según la tradición griega, recordada durante mucho tiempo, se convirtió en el equivalente de los anticuarios ingleses para el druida Chyndonax de Dijon de los anticuarios franceses conjurado de forma imaginativa para presentar una imagen de un antiguo druida filósofo y sabio. No hay ningún testimonio clásico sobre un encuentro entre Abaris y Pitágoras. Volveremos a Abaris más tarde.

¿Cómo eran de próximas, en realidad, las enseñanzas de los druidas celtas y las de Pitágoras?. La primera cosa que debemos recordar es que Pitágoras no escribió nada que se haya conservado, y ni siquiera es conocido por haber escrito algo. Es una figura de misterio y leyenda con tradiciones sobre su vida tan opuestas entre sí como las de cualquier filósofo o rey irlandés precristiano. Heráclito le consideraba un fraude, mientras Jenófanes se burlaba de sus enseñanzas sobre la inmortalidad. Escritores posteriores nos dicen que Pitágoras enseñaba que el alma era inmortal, una divinidad caída y apresada en un cuerpo. El alma, por medio de sus actos, determinaría la forma de su reencarnación en humano, animal o, incluso, en planta. Empédocles, un seguidor de Pitágoras, decía haber sido anteriormente un arbusto. Según Jenófanes el propio Pitágoras declaraba que reconocía la voz de un amigo en el aullido de un cachorro de perro que había sido golpeado. Pitágoras mantenía que el alma podía, al final, alcanzar su liberación de las preocupaciones del mundo manteniéndose pura, lo que conllevaba un austero régimen de silencio, autocontrol y abstenerse de ciertas cosas (en especial de comer carne y judías). Esta teoría de la transmigración de las almas (*metempsychosis*) era ajena a la tradición filosófica griega de aquella época. La creencia estaba, sin embargo, extendida en la India,

donde se creía que, a causa de su *karma*, un alma transmigraba de una vida a otra en un ciclo eterno que sólo podía ser roto por el Nirvana.

La creencia aún existe en el hinduismo, jainismo y budismo.. El Nirvana es un estado de felicidad absoluta que, una vez alcanzado, libera del ciclo repetitivo de muerte y renacimiento. El Nirvana se alcanza a través de la disciplina moral y la práctica del Yoga, una disciplina espiritual para obtener una conciencia más elevada, la liberación de la ignorancia, el sufrimiento y el renacimiento. De hecho Alexandro Pope, al escribir sobre los druidas, comentaba sardónicamente:

“Entra, como el indio, en otra vida, Excepto tu perro, tu botella y tu mujer”.

La base de la idea celta de la inmortalidad del alma era que la muerte no era sino un cambio de lugar, y la vida continuaba con todas sus formas y bienes en *otro* mundo, un mundo de los muertos, el fabuloso Otro Mundo. Cuando la gente moría en aquel mundo, sus almas, por el contrario, volvían a nacer en este. Así, tenía lugar un constante intercambio de almas entre los dos mundos; los muertos en este mundo llevaban un alma al Otro Mundo, los muertos de aquél mundo traían su alma a éste. Filostrato de Tiana (c 170-249 d.C.) observó acertadamente que los celtas celebraban el nacimiento con lamentos por la muerte en el Otro Mundo, y contemplaban la muerte con alegría por el nacimiento en el Otro Mundo. Un escritor clásico observó que su creencia en el renacimiento en el Otro Mundo era tan firme, que algunos celtas se sentían felices aceptando pagarés que debían hacerse efectivos en el Otro Mundo. La fuente es Valerio Máximo a comienzos del siglo I d.C, que dice sobre los celtas que: «se prestan cantidades de dinero entre ellos que deben ser devueltas en el próximo mundo, tan firmemente convencidos están de que las almas de los hombres son inmortales».

Las tumbas celtas precristianas, repartidas por todo el mundo celta, están llenas de objetos personales, armas, comida y bebida, y otros

objetos para que el que se marcha tenga un buen comienzo en el Otro Mundo. La tumba de un jefe celta de cuarenta años, enterrado hacia el 550 a.C. en Hochdorf, en el límite de la Selva Negra, en el sur de Alemania, es uno de los mejores ejemplos de semejante pompa y circunstancia. Descubierta en 1968, el jefe, de seis pies de alto, estaba vestido con ropas de seda ricamente decoradas y un sombrero de corteza de abedul. Su traje estaba sujeto con broches de oro, y llevaba un brazalete de oro, un ancho cinturón de cuero con una banda de oro, una daga de oro de exquisita factura, y sus zapatos estaban decorados con oro. Estaba tumbado sobre una gran litera de bronce. Curiosamente, junto a él había un caldero en el que había cuatrocientos litros de aguamiel fermentada al lado de nueve cuernos para beber, uno de los cuales podía contener nueve litros. Los objetos de la tumba incluían armas, utensilios de cocina y para comer, cuchillos, un carro de cuatro ruedas hecho con fresno, olmo y arce, y muchos tapices. Había también cortaúñas de hierro, peines de madera, anzuelos y otros objetos. De esta manera, los druidas preparaban a sus muertos ilustres para el viaje al Otro Mundo. Lo que está claro por todas estas pruebas es que los celtas creían que la vida en el Otro Mundo era, esencialmente, la misma que la de este. Lucano, en su Farsalia, mantiene, en realidad, que los celtas creían que sus almas continuaban controlando sus cuerpos en el Otro Mundo.

Más interesante aun es que Virgilio (Publio Virgilio Maro, 70-19 a.C.) presenta en la Eneida algunas ideas sobre la vida después de la muerte que guardan un gran parecido con las creencias celtas. Esto adquiere su verdadera perspectiva cuando nos damos cuenta que Virgilio nació en Andes, cerca de Mantua, en la Galia Cisalpina, y era de familia celta. Sus obras demuestran un intenso amor por su tierra natal, y el Dr. Rankin ha comentado al respecto: “No tenemos que negar las influencias celtas en paisaje general de la vida de Virgilio”. Por eso Virgilio creció con un conocimiento de la cultura celta que continuaba existiendo a su alrededor.

En el Imperio Celta, adelanté la noción de que los celtas no tomaron su filosofía de los griegos ni los griegos de los celtas. La evolución de

la doctrina de inmortalidad del alma podría simplemente ser de desarrollo paralelo o, más razonablemente, se puede decir que las similitudes de las doctrinas de los druidas y Pitágoras son tan superficiales que, en realidad, no existen. El Prof. Piggott ha llegado también a la conclusión de que la filosofía «de hecho, no es en absoluto pitagórica en su contenido». Después de todo, la creencia pitagórica era sobre la transmigración de almas a través de todas las cosas vivas de este mundo. La creencia celta era en dos mundos paralelos y en el renacimiento del alma en cuerpos humanos de un mundo al otro. Por eso, se podría sostener que las doctrinas pitagórica y celta se excluyen mutuamente. Hay, sin embargo, algún testimonio en la literatura celta insular de que las almas podían migrar por medio de varios pájaros. En los textos irlandeses, Fintan sobrevive al Diluvio convirtiéndose en salmón, mientras que, en los textos galeses, Gwion Bach es el ejemplo favorito utilizado para los que defienden la Transmigración, porque se reencarna en liebre, pez, pájaro y grano de trigo que es devorado, entonces, por una gallina, antes de renacer finalmente como Taliesin.

Pero debemos ser cuidadosos y diferenciar la transmigración de las almas de un simple cambio de forma. La capacidad para cambiar de forma no debe ser confundida con la idea de que el ser humano es parte de una unidad con la Naturaleza creyendo en la conciencia de todas las cosas. Los árboles, fuentes, incluso las armas y los instrumentos no son sino fragmentos de un todo cósmico. Las piedras, al ser viejas, “más allá del tiempo”, estaban poseídas por un espíritu que las habitaba. Así Lia Fail (Piedra del Destino) pudo rugir con alegría cuando sintió el contacto del pie de un gobernante justo. Caladcholg, la espada de Fergus con su propensión mágica, tenía su equivalente en Gales, Caladwalch, que a través de la corrupción de la fonética latina, se convirtió en la mundialmente famosa Excalibur. Conaire Mor también tenía una espada que podía cantar. El dios Ogma tomó la espada de Tethra, el rey de los fomorianos tras haberlo matado en la segunda batalla de Magh Tuiredh. Esta espada Orna, podía hablar y recitar sus actos valerosos. Lugh tenía una lanza Luin, que rugía cuando se

aproximaba una batalla, y una vez desenvainada no volvía a su lugar sin haber dado muerte al enemigo. Fue abandonada en un campo de batalla donde fue reclamada por el héroe Celtchair. Giraba y se retorció en las manos de Celtchair antes de un combate y, si no probaba la sangre, se volvía contra su dueño a menos que se la sumergiese en un caldero de veneno. Ochain el «llorón», el escudo de Conchobhar Mac Nessa, podía llorar advertencias cuando su portador estuviese en peligro. Mannanan Mac Lir tenía una barca que podía navegar por el mar ella sola. Otros objetos inanimados poseían el poder de la razón y la posibilidad de comunicar advertencias.

La muerte y renacimiento son un tema constante en las sagas y cuentos mitológicos celtas. El tema de la resurrección del guerrero se puede encontrar tanto en la Segunda Rama del Mabinogion como en la batalla entre los Tuatha Dé Danann y los fomorios, en la que los cuerpos introducidos en un caldero mágico volvían a la vida. En el Caldero de Gundestrup hay una escena de un dios acompañando a un grupo de guerreros a un lugar donde uno de ellos se está sumergiendo en algo parecido a un caldero. Los demás llevan, simbólicamente, un árbol, o ¿quizás el “crann beatha” o árbol de la vida?.

En una noche del año, el otro Mundo se hace visible para la humanidad. Esta era la fiesta de Samhain (31 octubre-1 de noviembre), cuando las puertas del Otro Mundo se abrían y los habitantes podían salir a reclamar venganza contra aquellos que viviesen en este mundo que les hubiesen agraviado. La antigua creencia sobrevivió dentro del Cristianismo después de transformarse en Halloween, la noche de Todos los Sagrados o Todos los Santos, que se celebra el 1 de noviembre. La idea moderna es que es la noche en la que las brujas, espíritus y demonios del infierno salen para atrapar a las almas desprevenidas.

Las descripciones del Otro Mundo entre los celtas varían desde el purgatorio oscuro y sangriento de las islas de los fomorios hasta las tierras soleadas y placenteras de la Tierra de Juventud o Tierra de Promisión.

Si podemos aceptar la autoridad de las observaciones de Ateneo

(que escribió hacia 200 d.C.) cuando cita a Posidonio, algunos galos celtas mostraban tan poco temor a la muerte que eran capaces de vender sus vidas para pagar sus deudas y procurar algún dinero a sus familias. El asunto es referido en un glosario atribuido a Lactancio Plácido, un gramático del siglo VI d.C., que dice que era una costumbre gala vender sus vidas a cambio de dinero, y, después de un año de festejos, el galo era ejecutado ceremonialmente. Semejante extremismo no se ve confirmado por ning otra fuente y, por supuesto, por ninguna fuente celta. Sin embargo, la idea de un sacrificio voluntario de alguien cuya creencia en una vida posterior es tan fuerte, no está fuera de lo posible, y ocurre incluso en nuestro mundo moderno. Se puede recordar las autoinmolaciones de los los monjes budistas en Vietnam como protesta contra la intervención americana. Pero si esto ocurrió en el antiguo mundo celta fue solo como un gesto aislado y no, ciertamente, como una «costumbre gala, como mantiene Lactancio Plácido. La cercanía de la ley, costumbres y otras materias hindúes con las irlandesas, ha sido contemplado, como una evidencia para apoyar la hipótesis indoeuropea. Los paralelos en ambas culturas parecen probar el origen cultural común de ambos pueblos.

Dillon y Chadwick han aceptado que los druidas y los Brahmanes comparten un origen indoeuropeo común. También se ha discutido la posibilidad de que la doctrina de la inmortalidad del alma, tenga una idea (aria) común tomada de las estepas rusas. en el tercer milenio a.C., y extendida por los asentamientos indoeuropeos. Los Vedas muestran que la meta del hinduismo, budismo y jainismo era liberarse de la muerte y renacimiento perpetuos. Parece bastante probable que la inmortalidad del alma druidica fuese, en efecto, un desarrollo de una idea comun indoeuropea, que evolucionó con sus atributos culturales particulares de forma paralela a las filosofías hindúes y, con certeza, a la metempsicosis de Pitágoras. Una cosa en la que están de acuerdo casi todos, incluso griegos y romanos, es que los druidas eran admirados por la sinceridad de sus creencias y enseñanzas. Diodoro Sículo observa “Son muy sinceros e íntegros, lejos de las artimañas y las bellaquerías que hay entre nosotros, les gusta la comida hogareña, y son extraños al

exceso y la lujuria”. Y Estrabón confirma esto con su comentario de que “los druidas son considerados los más justos de los hombres”.

La filosofía de los celtas, al ser instruidos por los druidas, era ciertamente un sistema moral basado en la distinción entre lo correcto (fas) y lo equivocado (nefas), qué era lícito (dleathach) y qué ilícito (neamhdleathach), y estaba impresa en el pueblo mediante una serie de tabúes (geasa) que ya hemos repasado. En este aspecto, hay, de nuevo, mucho que comparar con el desarrollo de la religión hindú. Los Juegos de palabras y los acertijos aparecen a menudo en la litera insular celta. Las adivinanzas tienen un importante papel en muchas culturas antiguas. Los escritores clásicos hablan, en ocasiones con perplejidad de los druidas enseñando por medio de acertijos. Conocemos un concurso entre Marbán «principal profeta del cielo y la tierra, y Dael Duiled, ollamh principal de Leinster. Se conocen varios acertijos de la historia de «El Cortejo de Ailbe»,

¿Que es más dulce que la hidromiel. Conversación íntima.

¿Qué es más negro que el cuervo. Muerte.

¿Qué es más blanco que la nieve? —Verdad.

¿Qué es más veloz que el viento? —Pensamiento.

¿Qué es más afilado que una espada? —Comprensión.

¿Qué es más ligero que una chispa? —La mente de una mujer entre dos hombres.

No creo que podamos abandonar una discusión sobre la filosofía de los druidas sin referirnos al hecho de que los celtas dieron algunos de los más fascinantes filósofos cristianos primitivos. Estos filósofos van desde el galo celta Hilario de Poitiers (c 315-c 367 d.C), considerado uno de los teólogos más relevantes de la Iglesia cristiana primitiva, que escribió, entre otros discursos, *De Trinitate* (Sobre la Trinidad), hasta Eriugena (c 810-c 880 d.C), llamado a veces Johannes Scotus, John el Irlandés, que es considerado el filósofo más notable del mundo occidental entre Agustín de Hipona y Tomas de Aquino. Pero entre estos dos resembles filósofos celtas aparece otro que, curiosamente, fue

acusado por sus enemigos de intentar revivir la «filosofía natural» de los druidas».

El filósofo en cuestión era Pelagio (c 354-420 d.C). Era celta, y utilizaba normalmente el apelativo «Brito» que podría significar que era britano, aunque un escritor contemporáneo comentaba desdeñosamente que «estaba lleno de avena irlandesa», lo que ha llevado a muchos eruditos a suponer que era irlandés. Heinrich Zimmer lo consideró así en su estudio *Pelagio en Irlanda* (Berlín, 1901). El nombre se considera una forma helenizada del nombre celta «Morgan», que significa «engendrado en el mar». Su contemporáneo Eusebio Jerónimo (San Jerónimo), un hombre que lo conoció personalmente, lo describe como un hombre atento, serio e impasible. Pelagio no parece haber sido un sacerdote normal, sino que era *veluti monachus*, uno que seguía la disciplina del monasterio. Al principio fue respetado por la sabiduría de sus declaraciones.

Pelagio fue a Roma alrededor del año 380 d.C. Se afligió por la laxitud moral que encontró entre los cristianos de allí, y cargó de lleno contra la doctrina expuesta en los escritos de Agustín de Hipona, que mantenía que todo está predestinado y el Hombre estaba contaminado y lleno de pecado, porque tenía parte en el pecado original de Adán. Más aun, dios ya lo había ordenado así, por tanto, el Hombre no tenía libre elección en el asunto. Pelagio creía que tanto hombres como mujeres podían dar el primer paso hacia su salvación, utilizando sus propios esfuerzos y no aceptando las cosas como predestinadas. Pelagio creía que las teorías de Agustín ponían en peligro toda la ley moral. Si hombres y mujeres no eran responsables de sus buenas y malas acciones, no habría que refrenarlos en el pecado, porque, de todas formas, estaban predestinados. En la obra más antigua conocida de Pelagio, cerca de 405 d.C, una filosofía queda clara. «Si debo, puedo». Pelagio abandonó Roma, evitando el saco del visigodo Alarico en 410 d.C. Viajó junto con un colega que apoyaba su filosofía, un tal Celestio del que dice en un texto que era irlandés. Pelagio dejó a Celestio en Cartago, mientras él se marchó a Palestina. Agustín se había enojado por las críticas a su obra, y un amigo suyo, Osorio Paulo, un diácono de

Milán, fue persuadido de hacer la «prueba de las aguas» para acusar al amigo de Pelagio, Celestio, de herejía. Se reunió un sínodo presidido por Auretio de Cartago y considero siete acusaciones de creencias heréticas.

Las creencias eran estas: Adán hubiese muerto aunque no hubiese pecado; el pecado de Adán solo le dañó a él mismo; los niños recién nacidos estaban en la misma situación espiritual que Adán antes de su pecado; toda la raza humana no era responsable del error de Adán; obedecer las leyes te abre las puertas del Cielo igual que los Evangelios y el ritual de la Iglesia; incluso antes de la venida de Cristo, hombres y mujeres estaban sin pecado y eran capaces de pasar al Otro Mundo; los niños no bautizados en la fe cristiana podrían seguir disfrutando de la vida eterna.

Es interesante en este punto que, aunque los antiguos celtas tenían, ciertamente, una palabra para culpabilidad o responsabilidad, no parecen haber tenido una idea muy clara del concepto cristiano del pecado. Tanto en antiguo irlandés como galés, la palabra para pecado, *pecad* (irlandés), y *pechod* (galés), está prestada del latín *peccatum*, y siempre es usada en el sentido cristiano, opuesta al antiguo irlandés *cin* o *locktach*, que significa culpa o culpabilidad, o el galés *euogrwydd*. El nuevo concepto cristiano de pecado parece muy ajeno al mundo celta y, creo, lo ponen de relieve los argumentos de Pelagio. En la Iglesia celta, la confesión del pecado no era obligatoria, y cualquiera que necesitase confesar, lo hacía con un «amigo del alma» escogido. Según el Padre Joseph Mac Veigh, en *Renovando la Iglesia Irlandesa* (1993): «el amigo del alma (*anam chara*) que actuaba como un guía espiritual y consejero —no confesor— de monjes jóvenes y convertidos, era parte de la práctica druídica. Por tanto, el pecado y la necesidad de confesarlo eran algo nuevo para la percepción celta.

La idea del amigo del alma, o guía espiritual, era un concepto utilizado en la sociedad celta precristiana, y el papel era normalmente representado por un druida. Es, quizás, también significativo, que en la sociedad celta cristiana primitiva, la posición del amigo del alma la cumpliesen las mujeres. Hay muchos ejemplos: Ita de Cluan Credill era

la amiga del alma de Brendan, Columbano tenía otra amiga del alma, pero más tarde, cuando pasó más tiempo en Francia e Italia y fue influido por las percepciones romanas, ordenó que los hombres pudiesen confesarse solo con amigos del alma masculinos.

Leslie Hardinge ha señalado las estrechas similitudes entre druida y «santo» cristiano celta primitivo:

En su posición social e influencia política, los santos poderosos fueron aparentemente, en algunas ocasiones, los sucesores de los druidas. Druidismo y Cristianismo eran superficialmente similares. Ambos tenían estaciones en las que se extinguían fuegos ceremonialmente, y eran luego vueltos a encender con una llama simbólica. Ambos bautizaban a los recién nacidos, y en ese acto se le otorgaba un nombre al niño. Ambos decían obrar curaciones mágicas, predecir sucesos y transferir enfermedades de los seres humanos a las plantas u otros objetos. Ambos eran maestros de la juventud y consejeros de reyes. Igual que un druida, el amigo del alma cristiano podía desterrar a un pecador. Ambos maldecían a sus enemigos y, como (San) Senán exclamó una vez, «más fuerte es el hechizo que he traído conmigo, y mejor es mi tradición.

No conservamos ningún testimonio de la defensa de Celestio en su audiencia ante Aurelio de Cartago. Fue encontrado culpable de los siete cargos presentados contra él.

Celestio fue condenado y excomulgado por creer en las ideas propuestas por Pelagio. Con este éxito, Agustín y sus seguidores comenzaron su ataque contra el propio Pelagio. En 415 d.C. se encontraba viviendo en Palestina y era respetado y querido. Era bien conocido y parecía ser amigo personal de San Jerónimo, que vivía entonces en Belén, y que tenía conocimiento del celta por haber vivido en la Galia, y sabía lo suficiente de la lengua para comparar la hablada en Galacia, a donde también había viajado, con el dialecto particular de los galos de Treveris. El propio Agustín escribió a San Jerónimo un tratado conocido como *De peccatorum mentis* (Sobre el mérito de los

pecados), en el que advertía contra Pelagio. Osorio llegó entonces a Jerusalén, exaltado por el éxito de su persecución contra Celestio. San Jerónimo se pasó al bando de Agustín y acusó a Pelagio ante un consejo presidido por Juan de Jerusalén en junio de 415 d.C. San Jerónimo parecía ahora escandalizado por las enseñanzas de Pelagio de que hombres y mujeres podían vivir sin pecado si así lo deseaban. Pero la persecución fracasó. Impertérrito, Agustín siguió adelante. En diciembre de 415 tuvo lugar otro sínodo en Dióspolis (Lida) al que asistieron catorce obispos, con Heros de Aries y Lázaro de Aix como acusadores. Pero el sínodo, de nuevo, encontró a Pelagio inocente de herejía.

Agustín, obviamente, estaba furioso. Pelagio estaba ahora absuelto por dos investigaciones de la Iglesia, y publicó su tratado *De Libera Arbitrio* (Sobre el libre albedrío) para explicar sus puntos de vista. Lo esencial de sus enseñanzas era que el hombre tiene libertad de deseo. Sin embargo, Agustín convenció al final a los obispos de Cartago y Milevio para acusar a Pelagio una vez más. Apelaron al papa Inocencio I, que se sintió adulado de que los obispos africanos (que hasta entonces, habían hecho bastante poco caso de los dictados de Roma) apelasen ahora a su obispo para una decisión de arbitrio supremo. El papa declaró culpable a Pelagio.

El sucesor de Inocencio, Zósimo, revocó inmediatamente esta decisión, declarando a Pelagio inocente de herejía, después de estudiar sus obras, en especial su *Libellus Fidei* (Declaración de fe). Indignados, Agustín y sus seguidores reanudaron su campana contra Pelagio. Esta vez decidieron obviar la autoridad eclesiástica y apelar a la autoridad política. El 30 de abril de 418, en Rávena, el emperador Honorio (395-423 d.C.) fue persuadido para adelantarse a la cuestión teológica y declarar, en el ámbito político, proscrito a Pelagio, confiscando todos sus bienes. Zósimo, como obispo de Roma, tenía pocas opciones aparte de seguir la insinuación dada por el emperador. Entonces, también él, a regañadientes, denunció a Pelagio.

Curiosamente, había mucha oposición dentro de la Iglesia contra este movimiento. Agustín y sus seguidores no lo barrieron todo detrás de

ellos. Incluso entre los obispos italianos, unos diecinueve de ellos, liderados por Julián de Eclanum, rechazaron, en Apulia, condenar a Pelagio. La Iglesia oriental no hizo una denuncia de Pelagio hasta el sínodo de Éfeso de 431, mientras la Iglesia celta fue considerada contagiada por la «herejía de Pelagio» casi al final de sus días.

El segundo Concilio de Orange en 529 hizo una reafirmación de la condena del pelagianismo como movimiento, lo que implica que seguía teniendo muchos seguidores entre los celtas.

Para el año 420, ya no se vuelve a oír hablar de Pelagio, aunque su amigo Celestio apareció en 428 en Constantinopla buscando ayuda del obispo Nestor. Lo que ocurrió con este notable filósofo, no lo sabemos.

Ahora bien, si Pelagio era un fiel eco de la filosofía de los druidas, y esto no es improbable, puesto que era, indudablemente, un hombre de su misma cultura, y enseñaba sus conceptos sociales dentro del marco de una nueva religión, y fue este hecho el que llevó a Agustín y sus seguidores a denunciarle por intentar «revivir la filosofía natural de los druidas», debemos preguntarnos: ¿cómo era esa filosofía¹?-

La esencia del pelagianismo era que hombres y mujeres eran responsables de todos sus actos y que, aunque había numerosos factores externos que influían, la elección final recaía en cada uno. No hay, y no puede haber, pecado donde la voluntad no es absolutamente libre, cuando uno no es capaz de elegir entre el bien y el mal. (*Si necessitatis est, peccatum non est} si voluntatis, vitari potest.*)

Pelagio enseñaba que nacemos sin carácter (*nonplem*) y sin tendencia hacia el bien o el mal. Para distinguir el bien del mal, uno debe ser instruido (*ut sine virtute, ita et sine vitio*). Pelagio afirmaba que, a diferencia de las enseñanzas de Agustín, no estamos ya condenados por el pecado de Adán, sino que nos ofrece un ejemplo de nuestros antepasados de cómo el mal puede influirnos o perdernos (*non propagine sed exemplo*). El poder de elección, que reafirma la libertad de voluntad, significa que en cada elección, en cada momento de la vida, no importa que haya pasado previamente al individuo, él o ella es capaz de elegir entre el bien y el mal.

Quizás de una forma significativa, Pelagio utilizó una tríada — *posse, velle, esse*. «Distinguimos tres cosas: la capacidad, el deseo y el acto. La capacidad está en la Naturaleza, y debemos referirnos a ella como Dios, que la ha conferido a su criatura, el Hombre. Las otras dos, el deseo y el acto, debemos referirnos a ellas como Humanidad, porque fluyen de la montaña del Libre albedrío.» En *Libellus Fidei*, Pelagio reitera que «el Libre albedrío existe de manera general en toda la-Humanidad». Mantenía que «es la voluntad humana la que lleva la iniciativa y es factor determinante en la salvación del individuo, si los hombres y mujeres utilizan sus vidas para bien o para mal». Agustín de Hipona argüía que la voluntad pertenecía a Dios y no al hombre; que si uno era bueno o malo ya había sido ordenado y que solo la voluntad de Dios otorgaba la iniciativa de capacitar a la voluntad humana para aceptar y usar la ayuda y la gracia del Espíritu Santo.

Se puede discutir que al negar la «influencia divina» en esta materia, Pelagio estaba sugiriendo que la doctrina cristiana de la «gracia» se veía reemplazada por la de la «Naturaleza», aunque no parece haber llevado esta racionalización a través de la conclusión lógica, que debería haber sido la negación de la «expiación», tan central en la creencia cristiana. La cristiandad occidental ponía énfasis, en esta época, en el carácter sobre-natural del Cristianismo como un organismo en el mundo subjetivo, desarrollando una doctrina de «pecado» y «gracia». Pelagio y, en efecto, la Iglesia celta, que tenía más en común con la Iglesia ortodoxa oriental y con los cristianos griegos primitivos, como Juan Crisóstomo y Orígenes, puso su celo en mantener la libertad de voluntad humana, detestó convertir en «pecado» un poder natural y fue desarrollando la doctrina de la Trinidad, encarnación y el carácter supranatural del Cristianismo en un mundo objetivo.

Al mismo tiempo que Pelagio, hubo varios filósofos celtas que escribieron tratados que ahora se denominan todos juntos, de forma despectiva, como «pelagianos». Pero parecen indicar un grupo compartido, o común, de filosofías, especialmente filosofía social, que creo, otorga crédito a la opinión de que Pelagio estaba exponiendo una filosofía celta pre-cristiana. También han sido llamadas «pelagianas»

las obras escritas por un escritor celta británico anónimo, que ha sido bautizado por los eruditos como el «Britano Siciliano», porque parecen haber sido escritos en Sicilia. En el *Tractatus de Divitiis* —un tratado sobre la riqueza— en el que el escritor utilizó una triada para enseñar sobre *divitiae, paupertas, satis*, el celta afirmaba que la Humanidad estaba dividida entre ricos, pobres y los que tienen suficiente. Decía: «Derroca al hombre rico y no encontrarás a un pobre ... porque los pocos ricos son la causa de los muchos pobres». Material embriagadoramente revolucionario para la Italia del siglo V d.C, pero perfectamente aceptable para los igualitarios celtas, con su falta del concepto de propiedad privada absoluta y del concepto de primogenitura y métodos electorales para las clases dirigentes, incluida la monarquía.

Un obispo celta britano, Fastidio, al escribir *De Vita Christiana* (Sobre la vida cristiana) alrededor de 411, también decía:

¿Te consideras cristiano si oprimes a los pobres¹?... -¿Si te enriqueces haciendo pobres a otros? -¿Si arrancas tu comida de las lágrimas de los otros? Un cristiano es un hombre que... jamás permite que un hombre pobre sea oprimido cuando esta cerca de él... cuyas puertas están abiertas para todos, cuya mesa conocen todos los hombres pobres, cuya comida es ofrecida a todos.

Estas eran las enseñanzas que causaron semejante desconcierto a la ortodoxia de Roma y provocaron, incluso, que Pelagio fuese considerado un hereje, a pesar del revisionismo filosófico de la Iglesia superando los argumentos de predestinación de San Agustín. Es, creo, un argumento sostenible que Pelagio no desarrolló una nueva filosofía, sino que era un representante de la cultura celta, cuya filosofía ya estaba formada antes de la llegada del Cristianismo por los druidas.

Que Roma viese como las enseñanzas de Pelagio ganaban conversos en Irlanda y Britania no era más que los celtas ateniéndose a su propio orden social y cultural. En Roma se preocuparon especialmente cuando Irlanda comenzó a exportar sus propios filósofos durante las llamadas

«Edades Oscuras». Como observó Heiric de Auxerre (c 876 d.C): «Irlanda, despreciando los peligros del mar, está emigrando casi en masa, con su multitud de filósofos, a nuestras costas...»

No creo que sea una coincidencia que cuando Eriugena (que significa «nacido irlandés») escribió su primer tratado conocido en el año 850, *De Praedestinatione*, avergonzáse a sus protectores que dijeron que parecía revivir ciertos aspectos del pelagianismo. Esto se pudo ver en la refutación que hizo Eriugena de la obra de un monje, poeta y filósofo sajón, Gottschalk de Orbais (c 803- c 869 d.C). Gottschalk, en su propia *De Praedestinatione*, había reafirmado algunas enseñanzas de Agustín, que los poderes de redención de Cristo eran limitados y solo los escogidos serian elegidos para el paraíso, y que aquellos que eran elegidos ya estaban predestinados. Al negar esta predestinación, la obra de Eriugena fue condenada por dos sínodos, en 855 y 859. También es significativo que en *Peri kyseon, o la División de la Naturaleza* (escrito alrededor del 864-866 d.c), Eriugena se sintiese más cómodo citando a filósofos griegos o cristianos ortodoxos orientales que a los filósofos occidentales (romanos). Los Padres de la Iglesia Griega, como hemos visto, eran más compatibles en su pensamiento con la Iglesia celta que los Padres de la Iglesia Romana. Para Eriugena, como para los pelagianistas, la razón es, por naturaleza, superior a la autoridad y tiene mayor dignidad. Cualquier autoridad es débil a menos que se apoye en la razón mediante una lógica fundada en la verdad, en cuyo caso, la razón no requiere el apoyo de la autoridad. Eriugena parece hacerse eco del aforismo druídico: «¡La verdad contra el mundo!»

Eriugena no fue condenado por Roma y aun es considerado el filósofo más importante del mundo occidental entre Agustín de Hipona y Tomás de Aquino. Bertrand Russell, en *Una Historia de la Filosofía Occidental* (1946) resume su análisis de Eriugena diciendo que «su independencia de pensamiento... es sorprendente en el siglo IX.»

Su punto de vista neoplatónico puede haber sido común en Irlanda, como lo fue entre los Padres de la Iglesia Griega de los siglos IV y V

d.C. Puede ser que, si supiésemos más sobre el Cristianismo irlandés entre el siglo quinto y el noveno, lo encontrásemos menos sorprendente...

Lamentablemente, Russell desconoce casi todo de la tremenda riqueza de las fuentes irlandesas para este periodo y escribe todavía con el desafortunado punto de vista lleno de prejuicios de un inglés que ve pocas cosas reseñables entre los celtas. Incluso llega a afirmar que «San Patricio era inglés», ignorando que era un celta britano. Russell elabora una teoría según la cual, durante las «Edades Oscuras», los eruditos europeos fueron a Irlanda para escapar de los hunos, los godos y los vándalos, y enseñaron allí, y es por esta razón por la que Irlanda se convirtió en un centro de enseñanza. Esta es una forma perversa de ver las cosas, ignorando los hechos históricos. Los estudiantes de Europa acudieron a los colegios establecidos desde antiguo en Irlanda para estudiar con profesores irlandeses. No hay constancia de eruditos extranjeros en Irlanda durante este periodo, excepto como estudiantes. Los profesores y misioneros irlandeses fueron también abandonando Irlanda durante este época para fundar iglesias, monasterios y centros de enseñanza en Europa, con la intención de reeducar y convertir al Cristianismo. A este respecto, Russell, a pesar de ser considerado uno de los pensadores más importantes del siglo XX, se convierte, sencillamente, en un prisionero de su cultura, al suponer que nada digno de consideración pudo venir de la «bárbara Irlanda.»

Al referirse a Eriugena, Russell observa que el patriarcado del Cristianismo ha penetrado en su pensamiento, sin decirlo, en realidad, claramente:

Su visión de la creación como intemporal es, por supuesto, también herética y le obliga a decir que el relato *del Génesis* es alegórico. El Paraíso y el pecado original no deben ser entendidos de forma literal. Como todos los panteístas, Eriugena tiene dificultades con el pecado. Mantiene que el hombre estaba, originariamente, sin pecado, y cuando estaba sin pecado, no había distinción de sexo. Esto, por supuesto,

contradice la afirmación «hombre y mujer los creo Dios». Según John (Eriugena), fue solo como resultado del pecado que los seres humanos se dividieron en masculinos y femeninos. La mujer encarna lo sensual del hombre y la naturaleza que ha caído. Al final, la distinción entre sexos desaparecerá de nuevo, y tendremos un cuerpo espiritualmente puro. El pecado consiste en una voluntad erróneamente dirigida, suponiendo falsamente que hay algo bueno donde no lo hay. Su castigo es natural, y consiste en descubrir la vanidad del deseo sin sentido. Pero el castigo no es eterno. Como Orígenes, John (Eriugena) mantiene que incluso los demonios serán salvados al final, aunque más tarde que otra gente.

En Pelagio, el «Britano Siciliano», Fastidio y otros escritores «pelagianistas», puede descubrirse algún eco, y quizás un fuerte eco, de las filosofías de los druidas. Pero el observador podrá discutirlo diciendo que aquí hay una contradicción en su enfoque filosófico. Sabemos que los celtas eran conocidos por sus augurios, su adivinación por el vuelo de un pájaro y otros medios, y su predicción del futuro. La mitología y el folclore celta está plagado de druidas que proclaman el destino de los individuos, y los esfuerzos de éstos individuos por escapar a su destino son siempre por el sendero que les llevara, finalmente, a encontrarse con él. Esto parece opuesto a la idea básica contenida en la filosofía de Pelagio y su corte, que podría ser resumida con los versos del poeta W.E Henley (1849-1903):

Yo soy el capitán de mi alma, El dueño de mi destino.

El asunto no es blanco o negro. Hay dos explicaciones posibles. La más razonable, y la más simple, es que, al tratarse de una civilización extendida por muchas partes de Europa durante un milenio y medio, pudieron, y de hecho emergieron, varias ramas de visión filosófica. Probablemente, es más acertado hablar de filosofías druídicas que de filosofía druídica; aquellos que aceptaban el destino y la predestinación y aquellos que no lo hacían. Sin embargo, nada está netamente definido;

los más serios astrólogos, por ejemplo, replicarían que la astrología no tiene que ser un argumento para la predestinación, sino que, simplemente, un conocimiento de las influencias astrológicas en varios momentos presenta posibilidades de elección a la gente. Y la elección es lo que más tiene que ver con el enfoque pelagianista.

LOS DRUIDAS COMO JUECES

Según los *Anales del Ulster*, después de incontables siglos de transmisión y práctica oral, el Rey Supremo, Laoghaire (428-463 d.C), decidió formar una comisión de nueve personas eminentes para que estudiaran, revisaran y pusieran por escrito las leyes de Irlanda. Los antiguos cronistas dicen que fue Ollamh Fodhla, un Rey Supremo del siglo VIII a.C, quien dio a los irlandeses su primer sistema legal. Entre estos nueve hombres había tres líderes cristianos, uno de los cuales era Patricio. El comité necesitó tres años para estudiar los Fenechas, o leyes del timón de tierra, que conocemos popularmente ahora como leyes Brehon, palabra derivada de *breitheamh*, un juez. Los «brehones», en tiempos precristianos, eran druidas.

Una de las funciones más importantes de los druidas, consignada tanto por Estrabón como por César, era la de jueces en los tribunales de justicia celtas. Estrabón menciona que se les confiaban las decisiones legales, tanto en casos públicos como privados. «Los druidas», dice, «son considerados los más justos de los hombres». César mantiene que el prestigio de los druidas como jueces era primordial en la sociedad celta y confirma que eran los únicos jueces en todos los casos públicos y privados y que no había apelación contra sus decisiones. Añade que en la gran asamblea druídica de los Carnutes en la Galia (Chartres), la gente acudía de todas las partes de la región para presentar disputas que se sometiesen al arbitraje de los druidas. Ferdinand Lot ha señalado que esto implicaba un grado de unidad tanto judicial como política entre las tribus celtas de la Galia. César añade que en 52 a.C. *Vergobret* fue elegido magistrado principal y juez de los aeduos «por los druidas, de acuerdo a las costumbres del estado». *Vergobret* es un título, una descripción de un oficio más que un nombre, derivado de *vergo*

(eficaz), *breto* (juicio), emparentado con el término irlandés antiguo *brethach*, del cual deriva *breitheamh* o Brehon.

La capacidad de los druidas para ponerse en un campo de batalla entre dos ejércitos enemigos y detenerlos implica que los druidas tenían la autoridad de «jueces internacionales». Diodoro Sículo da fe de ello. «A menudo, cuando los combatientes están dispuestos frente a frente, y las espadas salen a relucir, y se agitan las lanzas, estos hombres vienen entre los dos ejércitos y detienen la batalla, igual que las bestias salvajes son a veces embelesadas». Y Estrabón añade sobre los druidas: «arbitran incluso en casos de guerra y hacen que los oponentes se detengan cuando están apunto de alinearse para la batalla».

Este papel de los druidas como árbitros internacionales y embajadores está confirmado por varias fuentes. Ya hemos mencionado el papel de las mujeres embajadoras (mujeres druidas) cuando negociaron un tratado entre los celtas volcos y el general cartaginés Aníbal. Sabemos que, alrededor del 197/196 a.C, ciudadanos de Lampsacos llegaron a la colonia griega de Marsella en busca de una alianza. Los masalotas utilizaron las influencias de los celtas de la Galia con los celtas de Galacia, en este caso concreto los tolistoboios del valle del Sangarios, para persuadir a los gálatas de que no ayudasen a Antíoco III de Siria contra los lampsacencianos. Esto es sorprendente cuando uno considera las distancias en el mundo antiguo, y según Henri Hubert, demuestra que «los griegos de Marsella y de Lampsacos sabían que encontrarían un sentimiento de unidad entre pueblos celtas que vivían muy apartados entre si.»

Pero, ¿qué creaba ese sentimiento de «unidad»?- Hubert no tiene dudas:

Esta solidaridad de los pueblos celtas, incluso cuando hubiese cierta distancia de uno a otro, se explica suficientemente por el sentido de parentesco, de origen común, al actuar en un mundo bastante restringido, con todas sus partes en comunicación. Pero los celtas tenían, además, una institución que podía unirlos a todos de manera efectiva, los druidas, una casta sacerdotal profundamente comprometida con la conservación de las tradiciones. Los druidas no eran una institución de los pequeños pueblos celtas, de las tribus, de las

civitates; eran una especie de institución internacional dentro del mundo celta...

Dicho de otra manera, la palabra del druida como árbitro de la ley tenía igual peso en Galacia, la Galia, Britania o Irlanda, y hasta los reyes debían someterse al gobierno de esta ley.

Dion Crisóstomo indica que la autoridad legal de un druida estaba por encima de la de un rey cuando dice: «los reyes no pueden adoptar un plan o una decisión, de manera que, de hecho son estos (los druidas) quienes gobiernan, y los reyes se convierten en sus súbditos e instrumentos de sus juicios».

Las breves, aunque explícitas, referencias de los escritores clásicos implican que los pueblos celtas habían desarrollado un sofisticado sistema legal que se aplicaba a todos ellos donde quiera que estuviesen, y que los druidas controlaban este sistema legal.

La pregunta es: -¿Se puede sostener esta afirmación mediante testimonios celtas y tradiciones? La respuesta es: Sí.

No conserva la codificación de dos sistemas legales celtas de los que podemos aprender mucho: la ley Brehon irlandesa y las leyes de Hywel Dda galesas. Una comparación de los dos sistemas sugiere una ley celta común en algún periodo, porque ambos sistemas han evolucionado desde principios básicos idénticos. Tanto en el sistema irlandés como el galés, sobreviven referencias a otros sistemas legales celtas. Geoffrey de Monmouth menciona la legendaria Ley Molmutine de Cornualles, que se ocupaba de la protección del débil frente a la opresión. Entre 858 y 862 d.C., Domnuil I de Alba (Escocia) tenía las antiguas leyes de Dal Riada, obviamente una versión de las leyes Brehon, promulgadas en Forteviot y Fortriu y, más tarde, cuando el reino de Alba se incorporó al de los britanos strathclyde y los cumbrios, fue importante redactar un código legal para reconciliar cualquier discrepancia entre los sistemas legales de los celtas goidélicos y los britónicos. Un documento, las *Leges inter Bretonnes et Scotos*, que data del siglo XI, incluye términos que son similares a aquellos encontrados en las leyes Brehon y las Hywel Dda. Según el Prof. Kenneth Jackson: «Esto puede implicar la existencia de una tradición legal britónica común de considerable antigüedad».

Puesto que el sistema irlandés es el sistema legal codificado más antiguo que se conserva en Europa que tenga sus raíces en la antigua costumbre indoeuropea, y no en la ley romana, y al ser, por eso, el sistema de jurisprudencia celta más antiguo que haya sobrevivido, y puesto que en él se menciona todavía a los druidas, es a las fuentes irlandesas a donde debemos volver para ver que sistemas de justicia drúidicos han perdurado.

Como se ha mencionado en el capítulo introductorio, en las fuentes irlandesas se nos dice que, en el año 714 a.C, Ollamh Fodhla, el Rey Supremo, fue el primero en gobernar legislando, y redactó un sistema legal. Ollamh fundó el gran Feis Temhrach o festival de Tara, que se celebraba cada tres años, y era donde las leyes se discutían y revisaban. Mito o no, es tan aceptable como las leyendas que rodean a otros legisladores del mundo. Manu, en la leyenda hindú, fue el legislador inspirado por la divinidad que sobrevivió a una inundación y concibió las leyes que fueron compiladas entre 200 a.C. y 200 d.C. Moisés, otro legislador inspirado por la divinidad, creó, según se dice, un sistema legal para los hebreos en el siglo XIII a.C. Los griegos parece que pasaron de un sistema individual de venganza a un sistema legal codificado cuando Dracon, en 621 a.C, recibió poderes extraordinarios para codificar por primera vez las leyes de Atenas y promulgar otras nuevas. Demades comenta que el código de Dracon no estaba escrito con tinta, sino con sangre, porque era un código muy estricto, que contemplaba la pena de muerte para muchos delitos, no solo para los homicidios (de ahí la palabra *draconiano*). La administración de la ley recaía en los *arcontes*, un consejo designado a tal efecto, y fue Solon (c 640-558 a.C), un *arconte*, quien intentó modificar el sistema de Dracon y hacerlo más humano, aunque sus reformas fueron revocadas por Pisístrato (e 612-527 a.C), uno de los grandes tiranos (*tyrannos*, rey) de Atenas.

Los romanos tenían su propio legislador divino en la persona de Numa Pompilio (715-673 a.C), el legendario sucesor de Rómulo, que recibió consejo de la diosa Egeria. Se creía que sus leyes habían sido codificadas, en 450 a.C, en doce tablas, cuyo conocimiento estaba

restringido a los sacerdotes patricios.

En Irlanda, aunque contemplamos la tradición de Ollamh Fodhla, la Feis Temhrach era ciertamente una asamblea donde la legislación era regularmente promulgada en tiempos históricos, como demostró el Dr. Joyce. Quizás la reunión legal más famosa fue en 697 d.C, cuando Adomnan, abad de Iona (624-704 d.C), introdujo su «Ley de los Inocentes», una suerte de proto-Convención de Ginebra, que prohibía en tiempos de guerra herir a los viejos, mujeres, niños y clérigos, es decir, a todos los no combatientes.

Esta ley se convirtió en vinculante no solo en Irlanda, sino entre los reinos de los pictos y los escotos, y su promulgación tuvo como testigos a cincuenta y un reyes y jefes y cuarenta autoridades eclesiásticas.

Según las fuentes irlandesas, las leyes y su administración estaban en manos de los *fili*, que eran, indudablemente, druidas. De nuevo vemos que, si los druidas eran una casta intelectual, los *fili* o poetas, eran simplemente una sección de esa casta cuyo nombre implicaba una «descripción de un oficio». John Davies, fiscal general de Irlanda durante el reinado de Jacobo I, escribió un ensayo sobre el sistema legal irlandés en el que decía que «desde el tiempo en que Amergin (Amairgain) de la Blanca Rodilla, el poeta, emitió su primer veredicto en Erin, era a los *filid* o poetas únicamente a los que pertenecía el derecho a emitir juicios...»

Pero, según estas fuentes, durante el reinado de Conchobnar Mac Nessa, el rey del Ulster, surgió una disputa entre dos poetas, Feirceirtne y Neide, que discutieron su caso en público. Neide, un hijo de Adhna, jefe principal de Irlanda, reclamaba el “tugen” o manto de su padre. Feirceirtne, un bardo de Cu Roi de Munster, le retó. Su disputa está recogida en «El Diálogo de los Sabios», cuya principal versión la ofrece el Libro de Ballymote, compilado por Maghnus Ó Duibhgeannain en 1390/91 a partir de textos anteriores. Conchobhar Mac Nessa del Ulster estaba presenciando la disputa, y observó que su lenguaje era tan técnico que ni el rey ni los jefes podían entenderlos. Se convocó una asamblea y se acordó que el ejercicio del poder judicial dejaría de estar en manos de los *filid* se pondría en las de jueces especiales, y que la profesión legal se abriría a todo aquel que estuviese

cualificado.

Aunque todavía estamos en el reino de la leyenda, esta historia podría conmemorar, sin embargo, un acontecimiento histórico en Irlanda en el que fuese reformado el sistema legal. Las tradiciones de Conchobhar Mac Nessa están claramente asociadas con un periodo anterior al nacimiento de Cristo, en la Edad de Hierro, de manera que podemos estar seguros que las reformas tuvieron lugar en una época muy antigua.

Surgió una nueva clase de jueces que fueron conocidos popularmente como Brehones. Según el Glosario de Cormac, otro nombre para Brehon era aignesa. Esta palabra parece derivar del término aignes, que significa «alegar» o «discutir el propio caso». El Dr. Joyce señala: «Varios grandes abogados se conmemoran en la tradición, entre los cuales, es preciso señalarlo, se encuentran algunas mujeres». Así pues, se reafirma una vez más el destacado papel de las mujeres en la antigua sociedad celta. Conocemos los nombres de muchos de estos jueces, llamados «druidas» en otras fuentes. Cennfaela, el druida de Cormac Mac Art, del siglo III d.C, era considerado uno de los jueces más instruidos de Irlanda. Hay referencias al cargo de *Aire Éckta*, o magistrado jefe, para cada tribu. Aonghus Mac Airt es recordado por haber sido elegido para este cargo por los desi. Su principal tarea, según la ley Brehon, era «reparar los daños entre su pueblo, así como proteger al débil y al pobre». También tenemos un ejemplo en la tradición irlandesa que confirma la observación de Diodoro Sículo y Estrabón acerca del papel que desempeñaban los druidas en la legislación internacional. Vemos que Finnchaemh, druida de Daithi de Connacht, fue enviado como embajador a Feredach de Alba para arbitrar sobre una disputa entre dos reyes. Conocemos también el nombre de una de las mujeres jueces más importantes, Brigh, cuyo nombre parece implicar autoridad, virtud y fortaleza.

El *Glosario de Cormac* señala que los jueces, al emitir el juicio en un caso, tenían que citar un *fasach*, un precedente o máxima para justificar sus decisiones. Todo el que se negase a aceptar un veredicto estaba excluido de la sociedad y «no sería pagado por Dios ni por un hombre». Esto confirma lo que César nos dice cuando observó que se

les hacia el vacío a aquellos que rechazaban el veredicto de un druida. Martin, en su viaje de las *Islas Occidentales de Escocia*, en 1695, encontró un hombre que había violado un pacto y había sido expulsado de su comunidad, un resto tardío de la costumbre de la antigua ley. Este concepto antiguo del vacío social¹⁴, conocido en las leyes Brehon como “*dibert*”, sobrevive en irlandés moderno bajo la forma *sligdhíbirt*, la palabra para designar la exclusión social que significa, literalmente, la forma de desterrar. «*¡Ar dibirt ort!* sería una manera directa de decirle a alguien «*piérdete*». Fue, por supuesto, el irlandés quien dio a la lengua inglesa la palabra «*boycott*» (boicot) como calificativo de un medio efectivo de vacío social. En 1880, el Capitán Charles Cunningham Boycott (1832-1897) era un agente inglés que se ocupaba de las propiedades del Conde de Erne, en Lough Mask, condado de Mayo. Se había convertido en un símbolo de los colonos y propietarios de tierra ingleses y sus agentes que, veinticinco años antes, y debido a sus políticas intensivas y su despreocupada codicia, habían provocado una hambruna inducida por medios artificiales en toda Irlanda que provocó una pérdida de población, en términos reales, de dos millones y medio entre 1844 y 1848. La liga de la Tierra Irlandesa, rechazando la violencia como medio de negociación con individuos como Boycott, decidió utilizar el antiguo *divert* o vacío social irlandés como una nueva arma social y política. La palabra «*boycott*» pronto entró en la lengua inglesa como consecuencia del éxito de la práctica.

En el siglo V d.C, la ley romana, que, en virtud de su extensión por medio del Imperio Romano, se convirtió en la base de la ley occidental, fue revisada para adecuarla a los nuevos conceptos cristianos. Era inevitable que también fueran revisadas las leyes Brehon cuando el país se convirtió. Esta revisión fue llevada a cabo, como hemos visto, por Laoghaire de Tara, que reunió su comisión de nueve personas

¹⁴ El autor utiliza en el texto inglés la expresión «ostracismo» para referirse a esta exclusión de la sociedad. Sin embargo, el ostracismo es un método de expulsión, propio de la antigua Atenas, mediante votación democrática de los ciudadanos, tenía una duración de diez años y no afectaba a las propiedades del expulsado. Es, por tanto, un concepto únicamente aplicable al sistema ateniense, y por ello preferimos utilizar aquí la expresión «vacío social». N. del T.

eminentes para estudiar, revisar y poner por escrito las leyes. Es un mito popular que fuese Patricio quien ordenase que se codificasen las leyes. Aunque Patricio es nombrado como uno de los tres consejeros cristianos del comité, junto a Benigno y Cairnech, no tenía autoridad para ordenar una codificación de las leyes. Tres brehones, Dubhtach Maccu Lugir, Rossa y Fergus son mencionados como los consejeros legales del comité, y Dubhtach es mencionado en otras fuentes como el druida principal de Laoghaire. El propio Laoghaire se sentó en el comité con Dara, rey del Ulster y Core, rey de Munster.

Cuando la ley civil de Irlanda fue puesta por escrito en la *Senchus Mor*, se aplicó a toda Irlanda y fue llamada la *Ley Cain* para distinguirla de la *Ley Urradus*, que era una legislación local aplicada solo en la provincia donde estaba en vigor. La ley criminal de Irlanda fue fijada después en el *Libro de Acaill* Incluso en el siglo V, el lenguaje «legal», llamado el *Berk Feini*, estaba ya obsoleto, y demuestra lo antiguo que era el sistema Brehon en esta época. La codificación no promulgaba nuevas leyes, sino que estaba formada por leyes ya en uso, con la adición de la Ley Escrita o Canon. La introducción del *Senchus Mor* dice:

Lo que no estaba en conflicto con la palabra de Dios en la Ley escrita y en el Nuevo Testamento, y con las conciencias de los creyentes, fue confirmado en las leyes Brehon por Patricio y por los eclesiásticos y los jefes de Erin; y eso es el *Senchus Mor*.

Ambas códigos legales sobreviven en su forma más completa en el *Leabhar na hUidre* (Libro de la Vaca Parda), fechado en el siglo XI o XII d.C.

El sistema Brehon es único, y lo que hace de él uno de los códigos legales antiguos más fascinantes en el mundo de la jurisprudencia es que la base del sistema era la compensación de la víctima o familia de la víctima, no la simple venganza contra el autor del crimen. La compensación era más importante, y el cumplimiento de la compensación por parte del agresor era considerado castigo suficiente. El culpable o su familia, tenía que contribuir a la sociedad que había dañado.

El código Brehon sobrevivió en Irlanda, a pesar de los intentos regulares por suprimirlo de los británicos tras la conquista, en el siglo XVII. Esto no quiere decir que las leyes permanezcan en una condición estática u osificada. Como hemos visto por las referencias al Feis de Tara y al de Druim Ceatt, se mantenían reuniones con regularidad entre las figuras representativas del país para discutir y acordar nuevas leyes cuando surgiese la necesidad de promulgarlas. Al final del siglo XVI, el poeta inglés Edmund Spenser, uno de los primeros colonos ingleses en Munster, escribía con indignación que el sistema Brehon permanecía prácticamente sin variación, y que muchos colonos ingleses en Irlanda recurrían a él, más que a la ley inglesa importada, para los casos judiciales. El Fiscal General Inglés de Irlanda durante el reinado de Jacobo I, Sir John Davies, fue el principal agente a la hora de conseguir la supresión de este sistema legal único.

Según Davies:

“No hay nación de gentes bajo el sol que ame más la justicia igualitaria e indiferente que los irlandeses, o que queden más satisfechos con la ejecución de la misma, aunque sea contra ellos, pues pueden obtener protección y beneficio de la ley cuando lo deseen para una causa justa”.

Pero, una vez hecha esta observación, Sir John decide que la ley que deberían amar los irlandeses no es la propia, sino la de sus conquistadores, y va más allá al denunciar a la ley irlandesa en general, y a las leyes de la tierra en particular, por ser muy diferentes al sistema inglés y, por tanto, según él, absolutamente bárbaras. Comenzó un programa para suprimir toda traza del sistema Brehon. Según el Maestro de la Corte de Guardas, Sir William Parsons, «Debemos cambiar su (de los irlandeses) forma de gobierno, de vestir, de poseer la tierra, su lengua y sus hábitos de vida. De otra forma será imposible traerlos a la obediencia de las leyes y del Imperio Inglés».

A finales del siglo XVII, el sistema Brehon había sido casi erradicado, y para finales del siguiente XVIII y, ciertamente, principios

del XIX, la mayoría de la población de Irlanda ignoraba incluso que alguna vez hubiera existido un sistema legal escrito nativo. Y sin embargo, se conservan manuscritos legales, a pesar de los castigos y persecuciones contra aquellos a quienes se les sorprendiera escondiéndolos. El Dr. WK. O'Sullivan, que editó y escribió la introducción a la obra de Eugene O'Curry *Sobre los Modos y Costumbres de los Antiguos Irlandeses* (1873), afirma:

“Durante la primera parte del siglo dieciocho, la posesión de un libro irlandés convertía a su propietario en una persona sospechosa, y era, a menudo, la causa de su ruina. En algunas partes del país la tradición de peligro por poseer manuscritos irlandeses vivía en lo más profundo de nuestra propia memoria; he visto manuscritos irlandeses que han sido enterrados hasta que la escritura estuviese casi desvanecida y los márgenes se hubieran podrido, para evitar el peligro que supone ser descubiertos durante una visita del señor local.

Pero los libros y manuscritos irlandeses sobrevivieron a pesar de quemarlos, enterrarlos y sumergirlos en agua sistemáticamente.

Resulta irónico que muchos libros de leyes descansen perdidos en bibliotecas públicas y colecciones privadas de la aristocracia anglo-irlandesa.

Charles Graves (1812-1899), el abuelo del famoso poeta Robert Graves, comenzó un estudio del sistema legal irlandés. Graves era natural de Dublín, graduado en el Trinity College y Catedrático de matemáticas, que se convirtió en obispo anglicano de Limerick, Ardfert y Aghadoe. Experto en Ogham, se convirtió también en presidente de la Academia Real Irlandesa en 1860. En febrero de 1852 Graves solicitó al Gobierno de Londres que crease una comisión para editar y traducir las leyes Brehon. Graves fue apoyado en su empeño por James Henthorn Todd (1805-1869), fundador de la Sociedad Arqueológica Irlandesa, y Profesor Eme-rito de Hebreo en el Trinity. Sorprendentemente, el Gobierno reunió una Comisión Real el 11 de noviembre de 1852, para dirigir, supervisar y llevar a efecto la transcripción, traducción y

publicación de las *Antiguas Leyes e Instituciones de Irlanda*. Seis volúmenes fueron publicados entre 1865 y 1901.

Dentro de la ley irlandesa encontramos más argumentos a favor de la hipótesis indoeuropea y, sorprendentemente, estrecho vínculos entre el sistema Brehon y las *Manavadharmasastra*, las leyes hindúes de Manu. Dillon y Chadwick señalan también que los metros del *Rigveda* se pueden ver en las cadencias de la ley irlandesa, «confirmando así la antigüedad de la tradición celta, y la herencia común de los druidas y los brahmanes». Ya hemos mencionado algunas de sus similitudes.

El sistema legal galés fue codificado en una época mucho más tardía que el irlandés. Durante el reinado de Hywel Dda (910-950 d.C), se dice que el monarca galés llamó a su principal consejero legal, Blegywyr ab Einon, archidiácono de Llandaf, un hombre reputado por tener una gran formación y experiencia en el área de la ley galesa nativa. Hywel quería que las leyes que ya existían fuesen puestas por escrito. Las observaciones preliminares de todos los libros de leyes coincidían en lo esencial, y Blegywyr convocó una asamblea de obispos y eruditos, con seis hombres de cada subdivisión local del país (probablemente líderes cívicos elegidos), para examinar y discutir las leyes por un periodo de cuarenta días. Sus recomendaciones fueron consignadas en un solo código que se aplicó a todo el reino de Gales. La mayor parte de los libros legales galeses que se conservan proceden de una fecha entre 1200 y 1500. Pero, aun que Gales contempló el resurgir de un estado independiente bajo Owain Glyn Dwr durante una breve década al comienzo del siglo XV, los galeses fueron conquistados por Inglaterra al final del siglo XIII y las Actas de Anexión, llamadas más tarde «de Unión», suprimieron, en 1536 y 1542, de forma efectiva el sistema legal nativo. En 1841, la Comisión Inglesa de Documentos publicó un estudio de dos volúmenes, editado y traducido por Aneurin Owen, de las *Antiguas Leyes e Instituciones de Gales*, lo que resulta bastante irónico para una institución inglesa, a la vista del tema tratado.

Tanto el sistema irlandés como el galés apuntan a una raíz celta común, aunque la legislación galesa, a causa de la gran influencia que recibió de la ley romana y del Cristianismo romano posterior, no tiene la misma cantidad de referencias comparativas que lleven a una

tradición indoeuropea, como ocurre en la ley irlandesa.

Éste no es el lugar para tratar las leyes en detalle; sería objeto de otro libro. Pero la cuestión recalcada en este apartado es que la tradición nativa celta reafirma las breves referencias de los escritores clásicos, que sugerían la existencia de un sofisticado sistema legal entre los celtas, cuyos administradores eran, en aquellos tiempos precristianos, los druidas.

LOS DRUIDAS COMO HISTORIADORES

Quizás no haga falta decir que los druidas, como casta intelectual, eran también la fuente de todo el ingenio y sabiduría, la labor poética y literaria y la historia, genealogía y costumbres del pueblo celta. Algunos escritores clásicos parecen haber separado a los bardos como un grupo distinto de los druidas pero, como hemos visto, no era así. Sin embargo, hasta Timágenes nadie ofrece una referencia directa del papel de los druidas como historiadores de los celtas. Como se mencionó previamente, Timágenes era un alejandrino que vivió hacia mediados del siglo I a.C. Recogió muchas tradiciones relativas a los celtas y es citado como una autoridad sobre los druidas, tanto por Diodoro Sículo como por Ammiano Marcelino. Timágenes no sólo dice que los druidas fuesen autoridades en historia celta, sino que relata una de sus enseñanzas sobre el origen de los celtas que, como he dicho antes, no está en desacuerdo con ningún punto de vista moderno, arqueológico o literario, sobre la historia celta primitiva.

Tácito nos informa que, en 69 d.C, los historiadores druidicos de la Galia todavía conservaban un recuerdo de como los galos cisalpinos, liderados por Brennos, habían vencido al ejercito romano en c 390-387 a.C, y habían saqueado Roma, capturando la ciudad, aunque con la notable excepción de la colina del Capitolio. Trescientos años después de este suceso, los druidas de la Galia parecían lamentar que sus ancestros no hubiesen terminado el trabajo en lugar de aceptar el pago de un tributo y retirarse, permitiendo a los romanos que reconstruyesen su ciudad y creasen el Imperio que ahora estaba engullendo su civilización. Es fascinante, pero no sorprendente, que se pueda tener un

conocimiento como este transmitiéndolo de forma oral.

En la mitología irlandesa, los druidas están claramente representados como las autoridades a las que había que acudir para recibir información y consejo sobre la historia y las genealogías.

Es al historiador romano Tito Livio a quien debemos acudir para recoger algunas de las tradiciones históricas más antiguas de los celtas, porque Livio (59 a.C.-17 d.C.) procedía de una familia que había colonizado áreas celtas de la Galia Cisalpina siguiendo la conquista romana. Nació en Patavium (Padua) y creció cuando el celta era todavía una lengua hablada de la zona. Sin duda, Livio se encontró con alguno de los historiadores tradicionales y anotó algunas de sus historias. De hecho, se acepta que una de las fuentes de Livio era un celta que escribía en latín y no escondía sus orígenes celtas. Éste era Cornelio Nepote (c 100-25 a.C.), que presumía de que sus ancestros celtas se habían establecido en el valle del Po mucho antes de la captura de los *veios* (396 a.C). Era miembro de la tribu *insubre* y escribió una historia universal, *Crónica*. De hecho, Nepote era solo uno de los muchos celtas de la Galia Cisalpina que se hicieron un nombre escribiendo en latín, como ya he demostrado en mi libro *El Imperio Celta*. Hoy en día, pensamos en ellos erróneamente como escritores romanos; poetas como Cátulo e historiadores como Trogo Pompeyo (27 a.C.-14 d.C), un celta *voconcio* de la Galia Transalpina que escribió una historia universal en cuarenta y cuatro libros. -¿Fueron estos escritores celtas en latín herederos de las tradiciones drúidicas?- Yo lo sostendría, casi con certeza.

No hay duda de que Livio estaba utilizando tradiciones celtas cuando contaba las razones por la que se expandieron antiguamente por la Galia Cisalpina. Dice que había un exceso de población en la Galia, de manera que el rey de los biturigos («reyes del mundo»), Ambicatos («aquel que presenta batalla en todos los sitios») ordenó a sus sobrinos que se llevasen con ellos a ciertas tribus y buscasen nuevas tierras donde establecerse. Su sobrino Segovesos (aquel que puede conquistar o digno de la victoria») fue a lo que ahora son las llanuras del centro de Alemania, mientras que su sobrino Bellovesos («aquel que puede matar») llevó a los suyos hacia el norte de Italia.

Se necesita llevar a cabo mucha más investigación en este área para ver que otras tradiciones celtas se pueden observar en los escritos latinos de los *literati* de la Galia Cisalpina. Lo que es fascinante de la historia de Livio es que Camille Jullian ha afirmado que consiste, casi por entero, en epopeyas celtas más que en tradiciones romanas. Livio menciona un episodio extraordinario que él sitúa en una campaña de los romanos contra los celtas en 345 a. C, y es muy similar a un episodio de la epopeya irlandesa, el *Tain Bo Cualinge*.

La forma de las sagas y epopeyas irlandesas era la prosa narrativa con versos utilizados para los diálogos. El Prof. Dillon señala: «Esta forma de prosa y verso es también la forma más antigua de la narrativa hindú, y en sánscrito tenemos ejemplos que muestran como la epopeya heroica dejó de ser el diálogo en verso con la historia confiada a la memoria creativa del recitador, para convertirse en un cuento en prosa con diálogo en verso, en el verso épico de la antigua India y la Iliada de Homero. Que la forma también se encuentra en la antigua tradición celta lo confirma, dice Dillon, «la explicación ofrecida por Sir Ifor Williams del *englynion* en el *Libro Rojo de Hergest* galés. Dice que aquellos diálogos en verso entre Llywarch Hen y sus hijos, Gwen y Maen, pertenecen a sagas perdidas, de las cuales (sugiero yo) la parte en prosa, tal vez no se escribió nunca, sino que se conservó únicamente por tradición oral.

En la época en que fueron codificadas las leyes irlandesas, la historia era una prerrogativa de hombres y mujeres especialmente entrenados. El *Senchus Mor* afirma que el historiador u *ollamh* tiene que estar específicamente versado en cronología, sincronismos, antigüedades y genealogías. Él o ella tiene que saber de memoria, por lo menos, 350 cuentos históricos y romances, y ser capaz de recitarlos palabra por palabra al instante. Tenían que conocer las prerrogativas, derechos, deberes, restricciones y tributos no solo del Rey Supremo, sino de todos los reyes provinciales y reyes menores. En efecto, el *Leabhar na gCeart* (Libro de los Derechos) declara: «*El historiador instruido que no conozca las prerrogativas y prohibiciones de estos reyes, no tiene derecho a recitar o vender sus composiciones*».

Por esta época, la profesión se había convertido en algo más propio

de hombres que de mujeres. Henri Hubert habla del «proceso cristiano de arrebatar a las mujeres sus poderes, lo que, en todas partes, viene acompañado por su pérdida del privilegio de transmitir la ascendencia».

El título del historiador masculino es entonces *seanchái*, que en moderno irlandés sigue designado al guardián de una tradición, un historiador y recitador de antiguas tradiciones, así como un contador de historias tradicionales. Cada jefe empleaba a un *seanchái* para conservar su genealogía de familia, que se convirtió en escrita desde el comienzo del periodo cristiano. La mayoría de estos «pedigríes» e historias familiares fueron escrupulosamente conservados hasta las devastadoras conquistas inglesas del siglo XVII, cuando la intelectualidad nativa de Irlanda y las familias dirigentes fueron destruidas o empujadas al exilio en Europa. Muchos registros escritos fueron también destruidos, aunque unos pocos sobrevivieron. Por ejemplo, el pedigrí familiar: de los MacCarthy Mor, descendientes de los reyes Eoghanacht de Munster, se conservó durante su exilio en Francia que comenzó con la conquista «Guillermista» de 1691. Tenían sus títulos reconocidos por el estado francés, que les otorgó títulos como los de Duque de Clancarthy y Conde MacCarthy Reagh de Toulouse. El actual MacCarthy Mor es reconocido por Debretts por tener uno de los pedigríes verificables más antiguos de Europa, que se remonta hasta la quincuagésima primera generación por línea masculina ininterrumpida, descendiente del rey Eoghan Mor (muerto en 192 d.C.)

Tenemos un paralelo interesante en la sociedad hindú, donde surgió una clase de poetas llamados *sutas*, o poetas de corte, que actuaban también como aurigas para los guerreros. En la tradición hindú, el auriga era el amigo íntimo del guerrero, y encontramos exactamente la misma relación en las sagas irlandesas. El ejemplo mejor conocido es de Cuchulainn y Loeg Mac Riangaibra. En la saga irlandesa, los aurigas ensalzan las habilidades de sus guerreros. El *Satapatha Brahmana* dice que, en la tarde del primer día del sacrificio de los caballos, los poetas Tenían que cantar un poema de alabanza en honor del rey o sus caballeros, ensalzando, por lo general, su genealogía y hechos ilustres. El Prof. Dillon señala que la poesía de alabanza se encuentra en *Rigveda*, donde se denomina *narasami*, «alabanza del guerrero», y

estos poemas aparecen en las fuentes irlandesas, varios ensalzando a Labraid Loingsech, el guerrero ancestro de los Laighin (de Leinster). Dillon menciona un largo poema de un tipo conocido como *fursundud* (iluminación), que traza una genealogía que se remonta hasta Adán. Se conservan en los poemas de alabanza genealogías de los reyes Eoghanacht de Munster. Según el Prof. Dillon:

Yo sugeriría que estos antiguos poemas irlandeses son auténticos *nara-sasyah* (proceden de una época anterior al desarrollo de los metros irlandeses clásicos, algunos de ellos antes de la utilización de la rima), y que fueron cantados en la consagración del rey, y en ocasiones tan solemnes como la participación del Rey Supremo en las fiestas de Tara.

Dillon recuerda que cuando, en 1932, Joseph Vendryes dio una conferencia ante la Academia Francesa sobre «La poesía Cortesana de Irlanda y Gales», estaba presente Sylvain Levi, uno de los grandes expertos en sánscrito. Levi estaba tan emocionado con la conferencia de Vendryes que le escribió una carta (impresa en *Revue Celtique*, vol. L) diciendo que los poemas celtas eran «casi un capítulo de la historia de la India bajo otro nombre».

Uno de los últimos en la tradición de genealogistas e historiadores irlandeses nativos fue Dubhaltach Mac Firbisigh (1585-1670), cuya familia había sido cronista de los jefes Ó Dubhda (O'Dowd) de Sligo. Mac Firbisigh compila su famosa obra *Genealogias de las Familias de Irlanda* hacia 1650, pero cuando Galway cayó ante los soldados de Cromwell, huyó a Dublín, donde buscó la protección de Sir James Ware. Sir James le encargó hacer traducciones al inglés de algunos antiguos anales irlandeses. A la muerte de Sir James, Mac Firbisigh fue destituido y se convirtió de nuevo en un refugiado. Viajando por la carretera entre Sligo y Dublín fue asesinado por un soldado inglés.

Otro famoso historiador inglés asesinado durante la conquista de Cromwell fue Seathrun Ceitinn (c 1570-c 16149), cuya obra principal fue *Foras Feasa artirinn* (escrita hacia 1629/31). La obra de Ceitinn es muy valiosa porque utiliza como fuentes libros que fueron destruidos durante las devastaciones cromwellianas. Hay un pasaje de particular

interés, porque describe, de una fuente anterior, como los historiadores asumían un papel que se podría calificar hoy con el de proto-corresponsales de guerra:

Cada capitán llevaba sobre su estandarte su insignia o divisa particular, de manera que cada cuerpo de hombre podía ser fácilmente distinguido de los otros por aquellos seanchái, cuya labor era escuchar a los jefes cuando la batalla estaba a punto de comenzar, y éstos seanchái podían tener entonces una visión completa de los logros de los combatientes, y así, podía ofrecer luego un relato fiel de los hechos heroicos de cada hombre.

Uno tiene pocas dudas para aceptar que este tipo de práctica bien hubiese podido darse también entre los celtas precristianos.

A pesar de las destrucciones de las conquistas inglesas, se han conservado bastantes anales y crónicas irlandesas, aunque cualquiera con sensibilidad no puede sino estremecerse ante las riquezas que han sido destruidas. El valor de lo que se ha perdido puede ser juzgado basándonos en estas obras que, a pesar de todo, han sobrevivido. Los eruditos han reflexionado sobre la exactitud de los anales irlandeses. - ¿Cómo podemos estar tan seguros de que estos antiguos anales son exactos cuando hay tan pocas fuentes externas que sirvan para corroborar los hechos internos de Irlanda? El Dr. Douglas Hyde, en su *Historia Iliteraria de Irlanda*, afirmaba:

Pero, a pesar del silencio sobre los asuntos irlandeses de los antiguos escritores extranjeros, tenemos, afortunadamente, otro tipo de prueba del mayor valor posible, sacada a la luz por los descubrimientos de la ciencia moderna, y que refuerza poderosamente la credibilidad de nuestros anales. Ésta es nada menos que el registro de los fenómenos naturales. Si, calculando hacia atrás, como la moderna ciencia nos ha enseñado a hacer, encontramos acontecimientos tales como la aparición de un cometa o un eclipse que estén registrados, con fecha y hora, por los analistas, podemos saber con bastante certeza que esos fenómenos fueron anotados en el momento de su aparición por escritores que los observaron, y cuyas obras pueden ser actual-mente consultadas y vistas por estos analistas posteriores, cuyos libros poseemos ahora. Nadie

podría pensar que los fenómenos naturales registrados, así, de manera precisa, como si fueran meras narraciones históricas, se nos hubieran transmitido por tradición solamente y hubieran sido puestos por escrito; por primera vez, muchos siglos más tarde. Pues bien, ocurre que en los *Anales del Ulster*, que tratan de Irlanda y de la historia irlandesa desde aproximadamente el año 444 d.C., pero cuyas copias escritas proceden del siglo XV, aparecen, entre los años 496 y 884, no menos de 18 registros de eclipses y cometas que coinciden exactamente, incluso en el día y la hora, con los cálculos de los modernos astrónomos. Es imposible conservar estos recuerdos a menos que testigos presenciales escribiesen *memoranda* de ellos, y lo demuestra el hecho de que el propio Beda, nacido en 675, al recordar el gran eclipse de sol que tuvo lugar solo once años después de su nacimiento, ya se desvía dos días de la fecha exacta; mientras, en el otro extremo, los Anales del Ulster no solo dan el día correcto, sino la hora correcta, demostrando así que Cathal Maguire, su compilador tuvo acceso, bien a los originales, bien a las copias de un registro original de un testigo directo.

Podemos decir, con certeza, que los antiguos registros orales de los druidas irlandeses, referentes a la historia irlandesa, fueron transmitidos por escrito a partir del siglo V d.C, aunque, como hemos visto en nuestro examen de los libros drúidicos, también hay buenas razones para creer en el alfabetismo antes de este periodo. Sin embargo, el primer nombre de un historiador irlandés que nos ha llegado es el de Sinlan Moccu Min (muerto en 607 d.C), que fue abad del monasterio de Bangor, uno de los grandes centros de educación irlandeses, donde muchos príncipes europeos iban a estudiar, incluidos algunos príncipes anglosajones y miembros de familia ricas.

Sinlan tenía una copia del *Chronikon* de Eusebio (c 260-c 340 d.C), un obispo de Cesarea, en Palestina. La *Historia Edesiástica* de Eusebio ya le había proporcionado el título de «Padre de la Historia de la Iglesia». El *Chronikon*, en dos libros, era un bosquejo de historia del mundo, o más bien, del mundo que conocía Eusebio. Contenía tablas sincrónicas y listas de gobernantes hasta su propia época. El texto griego original existe solo en fragmentos, pero una adaptación latina de

San Jerónimo (c 342-420 d.C.) es la fuente considerada como fundamental para cualquier estudio de historia antigua.

Sinlan hizo una copia del *Chronikon* de Eusebio pero, lo que es más importante, hizo un texto cronológico paralelo de acontecimientos en Irlanda desde tiempos remotos y datándolos hasta su época. Con este antiguo registro, Sinlan realizó el primer intento conocido de un historiador irlandés por encajar los acontecimientos irlandeses dentro del marco de la cronología universal. El Dr. Eoin MacNeill se inclina a conceder muy poca importancia a la obra de Sinlan, presumiblemente porque fue alabada por su rival académico, el Dr. Joyce. La misma riqueza de material histórico, lamentablemente, no ha sobrevivido en otras literaturas celtas. Aunque Gildas (c 500-c 570 d.C) escribió un testimonio de primera mano sobre las devastaciones de los anglosajones en *De excidio et conquestu Britanniae* (Sobre la ruina y conquista de Britania), solo es historia en retrospectiva. El primer historiador galés es

Nennio (escribió hacia 800 d.C) que parece haber sido discípulo de Elfoddw, un obispo de Gwynedd que murió en 809 d.C Nennio escribió su obra en *latín Historia Brittonum*, que es una fuente primaria para la historia de los celtas britanos. Fragmentos aislados, piezas sobre las vidas de los santos, remiten a los *Annales Cambriae* (c 955 d.C), otra historia en latín, y a la compilación *Brut y Tywysogion* (Crónica de los Príncipes) del siglo XIII También en esta tradición, hay que mencionar a Goeffrey de Monmouth (c 1100-c 1155 d.C) cuya *Historia regum Britanniae* (Historia de los reyes de Britania) en latín ha sido, a la vez, muy controvertida pero muy influyente. Geoffrey afirmaba que él no era más que un traductor de su obra de la lengua celta britana al latín:

Walter, archidíacono de Oxford, un hombre versado en el arte de hablar en público y bien informado sobre la historia de los países extranjeros, me presentó cierto libro muy antiguo escrito en lenguaje britano. El libro, compuesto atractivamente para formar una narración consecuente y ordenada, exponía los hechos de aquellos hombres, desde Bruto, el primer rey de los britones, hasta Cadwallader, el hijo de Cadwallo. A petición de Walter, he asumido el encargo de traducir este

libro al latín.

La versión de Geoffrey ha sido calificada de mentira descarada por los estudiosos modernos, porque no pueden encontrar una composición galesa que parezca, razonablemente, el original o la obra fundamental para la historia de Geoffrey. Esto presupone que ningún libro galés de estas características sobrevivió a los embates, primero del tiempo, y luego de los ingleses. Pero Geoffrey habla del «lenguaje britano», que, por supuesto, engloba al cornoico y al bretón, así como al galés. Una copia de un poema en hexámetros latinos de John de Cornualles, fechado el 8 de octubre de 1474, se conserva en la Biblioteca del Vaticano. John, en realidad, vivió en el siglo XII y, por el manuscrito, es obvio que estaba traduciendo una obra en cornoico más antigua. Como prueba, el manuscrito aun lleva glosas en cornoico antiguo, que, por la forma, han sido datadas en el siglo XII, y la sección presenta un parecido más que aceptable con la sección de las «Profecías de Merlín» de la obra de Geoffrey. En efecto, el propio poema se llama «Las Profecías de Merlín».

Un episodio en la fabulosa y épica *Historia regum Britanniae* sorprende al lector. Tácito había mencionado una tradición de los druidas de la Galia en el año 69 d.C. sobre el saqueo de Roma de los celtas de c 390/387 a.C. dirigido por el jefe Brennos. En el texto de Geoffrey, los hijos de Dunwallo Molmutio se Hainan Belino y Brennos. Los dos discuten sobre la sucesión al trono de Britania y, cuando Belino se convierte en rey de Britania, los dos hermanos parecen momentáneamente reconciliados. Roma amenaza la paz y Brennos dirige un ejército contra Roma, sitia la ciudad y la saquea. La tradición se corresponde con la historia, no, por supuesto, en lo específico, pero si en lo básico. También nos dice Geoffrey que Brennos dirigía un ejército de galos senones. Los senones no eran una tribu celta britana. Así, es fascinante observar que los senones, una importante tribu gala cisalpina, tomo parte en el histórico saqueo de la ciudad. El territorio de los senones estaba situado justo al norte de Ancona, y su capital era Senigallia (Senones Galia o galos). Después de la caída de Roma, se dice que Brennos se estableció en Italia, que es como decir que no hay tradición sobre el después del saqueo de Roma. Los hechos son, en

esencia, correctos. Como ocurre con la mayoría de los relatos mitológicos, hay algunos hechos reconocibles en las tradiciones de la *Historia regum Britanniae*, y sin duda fueron el resultado de siglos de tradición histórica oral de los druidas.

Pero lo que es especialmente interesante acerca de los acontecimientos básicos del saqueo de Roma por los celtas en el siglo IV a.C. que sobreviven tanto en las tradiciones de los celtas galos del siglo I d.C, como en las de los celtas britanos del siglo XII d.C, es el hecho de que se hayan conservado. Los celtas que saquearon Roma eran galos cisalpinos, aunque las tradiciones históricas no solo han arraigado entre los galos transalpinos, sino también entre los celtas de Britania, y han quedado inseparablemente ligados a las historias de aquellos diferentes pueblos celtas. Aquí, con seguridad, tenemos otra demostración de lo unido que estaba el mundo celta por unos lazos comunes, que representaban los druidas como clase.

LOS DRUIDAS COMO POETAS Y MÍSTICOS

Los escritores clásicos mencionan frecuentemente el amor celta por la poesía y la música. Diodoro Sículo y Ateneo, citando a Posidonio, apuntan una clase de trovadores profesionales. Diodoro dice: «También tienen poetas líricos a quienes llaman bardos. Éstos cantan acompañados por unos instrumentos que recuerdan a las liras, unas veces un elogio, otras veces una sátira». Así pues, las fuentes clásicas diferencian entre bardo y druida, aunque las fuentes celtas nativas a menudo no hacen esa distinción. Los druidas, como hemos señalado, eran considerados en la literatura galesa tardía como poetas y músicos. Una vez más volvemos a nuestra tesis principal de que los druidas eran una casta intelectual y, por eso, algunos de ellos desempeñaban el papel de poetas y músicos, como demuestran las fuentes celtas insulares.

En los capítulos precedentes, hemos tratado algunos aspectos de la poesía, que era, como vemos en los testimonios conservados, más cantada que recitada. Ateneo, citando a Posidonio, comenta lo rápidos de mente y capaces de componer de una forma *extempore* que debían

ser los poetas. La referencia es sobre una fiesta ofrecida por un jefe galo llamado Louernio (el zorro).

Un poeta celta que llegó demasiado tarde fue al encuentro de Louernio y compuso una canción en la que magnificaba la grandeza de Louernio y lamentaba haber llegado tarde. Louernio quedó muy contento y pidió una bolsa de oro y se la arrojó al poeta que corría junto al carro. El poeta la cogió y cantó otra canción en la que decía que las huellas hechas por el carro sobre la tierra proporcionaban oro y largueza a la Humanidad.

Sería complicado admitir un examen de la poesía primitiva irlandesa y galesa en una obra estrictamente limitada a los druidas. Sin embargo, no se puede pasar sobre el asunto sin alguna mención a la fascinante evidencia de los epigramas utilizados por poetas cristianos celtas primitivos, que indican que eran los herederos de una tradición anterior y muy antigua de enseñanza por este método.

Hay, ciertamente, algún motivo para imaginar las percepciones de los Maestros Zen en algunos de los escritos de estos cristianos celtas que han heredado esta tradición de los druidas. Algunos versos no estarían fuera de lugar en un volumen de poesía Zen.

Siadhal Mac Feradach, conocido por su nombre latino de Sedulius Scottus (c 820-c 880 d.C.) fue un excepcional poeta irlandés de quien se ha dicho que su voz resuena a través de los siglos como intensamente humana. Unas notas al margen en un texto griego de la Biblioteca Real de Dresde han sido identificadas como obra de Siadhal por el Prof. Ludwig Traube en su estudio *Sedulius Scottus* (Munich, 1906)

Teicht do Roitn Mur
saido bee tobai;
In ri con-daigi i fus
Maini mbera latt ni foghai.

Frank O'Connor, que también creía que el autor era Siadhal Mac Fera-dach, tradujo estos versos como sigue:

Ir a Roma

Es de poco provecho, dolor sin fin;
El Señor que ves en Roma,
Lo encuentras en casa, o buscas en vano

El Prof. James Carney coincide con Frank O'Connor en que el cuarteto «bien podría haber sido escrito por Sedulius», y añade: «Si no fuera por su sacerdocio y su humildad, encajaría muy bien en el patrón de bardo irlandés o poeta de la corte, sucesor de un druida, y un elemento constante en la vida irlandesa desde tiempos remotos hasta el siglo XVII.

Otra traducción de O'Connor de un poema irlandés del siglo IX recalca esta forma de enseñar, casi *haiku*, que es llamada *Deibhidh*:

Triste de ver los hijos del saber
Ardiendo en el fuego eterno del
infierno, mientras aquel que nunca lee una línea
brilla en la Gloria eterna.

El prof. Kuno Meyer tradujo un poema irlandés del siglo X de esta forma:

Evitar la muerte
Lleva demasiado tiempo, y demasiado cuidado,
Cuando, al final de todo,
La Muerte coge a todos desprevenidos.

Esta forma de epigrama poético, o metro *Deibhidh*, sobrevive también en Gales, más concretamente como los *englynion* que se muestran en estos ejemplos del siglo XIV:

No hay necesidad de los celos
Porque le gusto a otra.

El viento puede sacudir una rama
Solo un hacha perturba a la raíz del árbol.

Y también:

No es un traidor, el salmón.
El regresa a su casa.
Cuando estés cansado de buscar allí,
Encontrarás la respuesta aquí

Anthony Conran, en el *Libro Penguin de la Poesía Galesa (1967)* comentaba que el *englynion* era diabólicamente difícil de traducir al inglés. «Sin su articulación del ritmo y *cynghanedd* (una obra de encaje de bolillos demasiado delicada para soportar la tensión equidistante de los acentos tónicos de la lengua inglesa), su poesía, normalmente, se evapora». Conran vio también el paralelismo entre el *englynion* y la forma japonesa *haiku*. El *haiku* consiste en diecisiete sílabas mientras el *englynion* consta de treinta. El irlandés tiene un equivalente del *cynghanedd* en el *dan direch*, un sistema métrico de múltiple aliteración y con ritmo dentro de todas las líneas del riguroso metro. El Prof. Carney creía que esta forma era una tradición esencial de la enseñanza «druídica» a través del verso.

Los autores clásicos consignaron el uso celta de liras, tambores, gaitas y otros instrumentos. En cerámica celta procedente del siglo VII a.C. aparecen representados varios instrumentos, incluyendo un instrumento de cuerda que recuerda a una lira. También hay pruebas de la existencia de trompetas, incluso un magnífico ejemplo de una trompeta de bronce, que fue encontrada cerca de Narvan, condado de Armagh, que se encuentra ahora en el Museo Nacional de Dublín. Tanto los observadores griegos como romanos señalan también que era muy popular la música vocal, así como el baile. Encontramos que los celtas insulares competían regularmente en música y poesía, y no hay razón para suponer que estos concursos no tuviesen lugar también entre los celtas continentales. En otras piezas de cerámica celta, datadas también en el siglo VII a.C, se pueden observar figuras bailando. Se han encontrado también figurillas de bronce bailando en Neuvy-en-Suillas, Francia.

En la mitología celta abundan las referencias a la música y a los

músicos, y las descripciones del Otro Mundo están repletas de referencias en este sentido. Cuando Bran Mac Febal es tentado por una diosa para unirse a ella en el Otro Mundo, ella dice: «No hay nada ronco ni chillón; solo dulce música acariciando el oído». Un guerrero llega hasta Cormac, en Tara, llevando una rama con tres manzanas de oro. Cuando sacude la rama, suena una música suave que hace que los heridos se duerman plácidamente. El Dagda Tenía un arpista cuya música podía provocar en la gente risa, llanto o un plácido sueño. En el *Tain Bo Cualinge* tenemos referencias de los arpistas de Caínbile de *aes Ruaidh*, que son descritos como «hombres de gran conocimiento, profecía y magia».

¿Qué sabemos de la antigua música celta? Irlanda parece, de nuevo, conservar los testimonios musicales de mayor antigüedad. Pero los manuscritos con notación musical más antiguos solo parecen haber sobrevivido con el Misal Drummond del siglo XI y un tratado sobre música del siglo XII que ofrece alguna aproximación filosófica del tema. La música irlandesa ya había sufrido numerosos cambios en la época que nos proporciona registros anotados. Según el Prof. Aloys Fleischmann en *Música en Irlanda* (1952), un canto eclesiástico galo se introdujo en Irlanda después del siglo V d.C, y el canto romano fue introducido en el siglo XII con la invasión anglo-normanda. Así pues, - ¿Se puede observar en Irlanda algo que sea remotamente pre-cristiano en términos musicológicos? Ciertamente, mientras la música «occidental» fue evolucionando gradualmente durante la Alta Edad Media por la influencia de la Iglesia latina, en Irlanda, el choque cultural entre los nativos celtas y el conquistador extranjero impidió que esta música evolucionase con normalidad, de manera que Irlanda quedó anclada en muchas formas antiguas de música, conservando también su escala pentatónica.

La crítica de música irlandesa Fanny Feehan cree que la forma de canto *sean nos*, que ha sobrevivido principalmente en Conamara, tiene afinidades con la música india. En un artículo titulado «Sugerencia de nexos entre la música oriental y la celta» (1981), afirma lo siguiente:

En el área de la ornamentación vocal, este y oeste van de la mano.

En una ocasión puse un disco de Claddagh, en el que Maire Aine (Ni Dhonnacha) cantaba «Bárr an tSléibhe» para que lo escuchase una profesora de música india, que se negó a creer, hasta que le mostré la funda del disco, que se tratase de una canción irlandesa. Ella pretendía, y me lo demostraba cantando, que la canción guardaba un extraño parecido con un *raga* indio (del norte de India), sobre una chica que fue atraída hacia una montaña. La profesora estaba interesada en el modo, el tono de la voz y en ciertas notas que eran características tanto del *raga* como del «Bárr an tSléibhe».

Este pasaje me trae a la memoria una discusión, allá por 1970, con Christos Pittas, el compositor griego. Pittas me hizo escuchar una grabación de una pieza de folklore tracia sin explicar de qué se trataba. Yo dije que parecía una pieza de música Conamara *sean nos*, aunque identificando ciertos sonidos que no eran los «correctos». Me quedé anonadado al conocer su origen real.

Hay que recordar que el compositor irlandés Sean Ó Riada, (1931-1971), después de estudiar música serial en París, volvió a su Irlanda natal y comenzó a rescatar vestigios de la música folk original de Irlanda, que, por aquel entonces, se estaba desintegrando en una forma de *balladry* anglo-irlandés. Según Christos Pittas (en *Hibemia*, 4 febrero 1971):

“Lo que Ó Riada consiguió es la revelación de una tradición cultural viva que, para la mayoría de los europeos, era desconocida y estaba aun por descubrir. Algunos filósofos tienden a juzgar a las sociedades y países por sus tradiciones musicales, y que Irlanda tenga una música como ésta, con tal personalidad y profundidad, es indicativo de su gran cultura”

Una de las formas más antiguas de música celta que sobrevive todavía es el *marbhnaí* o «canción de muerte», llamado a veces *caoine* (keening en inglés). Fanny Feehan comentaba que el Marbhna Luimíni, que, se decía, había sido compuesto hacia 1635, se aproximaba al estilo del *raga* de la India y giraba en torno a tres o cuatro notas. La comparación con el *raga hindú*, es hecha a la vez que la comparación con el concepto básico del jazz. Hay un tema y hay una improvisación

alrededor de ese tema. La melodía nunca es tocada exactamente de la misma manera dos veces, no importa lo bien que puede conocerla el músico. Tanto las audiencias indias como las irlandesas no podrían anticipar estas variaciones, pero podrían conocer cada pequeña desviación del tema principal

Como guardianes del alma intelectual, y por eso artística, de los celtas, el grupo de druidas bardos desarrollo una cultura musical con formas que se extendían varios milenios hacia atrás, hasta la hipotética raíz indo-europea, y que todavía hoy presentan estrechos parecidos con la cultura musical hindú.

LOS DRUIDAS COMO MÉDICOS

Plinio fue el primer escritor clásico que se ocupó de la reputación de los druidas por sus conocimientos médicos, y habla de médicos eminentes en la Galia durante el medio siglo anterior a la conquista romana y la supresión de los druidas. Dice que tenían una reputación tan excelente que muchos acudían a estudiar con ellos, y cita al famoso Crinias de Marsella y Charmis, de la misma ciudad. Astrología y medicina se combinaban en su arte, y Charmis hizo una fortuna utilizando sus métodos de diagnosis.

James J. Tierney, el erudito latinista que editó la obra del geógrafo irlandés Dicuil (1967) afirmaba: «Puede haber pocas dudas de que la faceta médico-mágica de los druidas, tan importante en la *Historia Natural de* Plinio, es la verdadera base histórica de su poder e influencia, y que el resto es una mera superestructura ideológica».

El autor de esta obra se dio cuenta de que la sociedad celta estaba muy avanzada en las prácticas médicas cuando era solo un muchacho que visitaba el Museo Brighton en Sussex. Una de las piezas expuestas era el llamado «cráneo trepanado de Ovingdpan». Fue encontrado en enero de 1935, frente a las costas de Ovingdeani por un pescador que lo atrapó con sus redes. El cráneo tenía dos grandes agujeros circulares, practicados deliberadamente, para acceder al cerebro, y fue datado en el periodo precristiano. Lo más reseñable es que, a pesar de que los antiguos cirujanos habían cortado en el cráneo de esta persona en dos

ocasiones diferentes, ambos agujeros mostraban cicatrización, lo que indica que el paciente sobrevivió, aunque finalmente murió de septicemia pocas semanas después de la segunda intervención. Cráneos similares a éste se han descubierto en Francia. Para llevar a cabo una operación de trepanación, y que el paciente sobreviva, hace falta un avanzado grado de conocimientos médicos, y confirma así lo que dice Plinio del *genus vatium medicorumque* (clase de los adivinos y los médicos) de los galos.

La trepanación es una práctica mencionada incluso en las antiguas fuentes irlandesas, porque conservamos un testimonio de la batalla de Magh Rath o Moira, en el año 637 d.C, en el que un joven jefe irlandés de nombre Cennfaelad tenía el cráneo fracturado por un mandoble de espada. Fue llevado a la escuela médica de Tomregan, y allí se le extrajeron las porciones dañadas de su cráneo y su cerebro. Se cuenta que, tras recuperarse, se agudizó su inteligencia, y se convirtió en un gran estudioso y autor del *Uraicept na n-eces* (Manual de poetas), un libro que existe todavía en forma de copia. Ciertos comentarios legales del Libro de Acaill también se atribuyen a Cennfaelad, que es considerado el fundador del famoso colegio de bardos de Derryloran, condado de Tyrone.

Los druidas aparecen como sanadores en muchos cuentos irlandeses y galeses, y en las sagas encontramos médicos hombres y mujeres. Dian Cecht es el dios irlandés de la medicina, y los tratados de la ley Brehon que se refieren a la medicina se llaman «Las sentencias de Dian Cecht», que el Prof. Binchley data, basándose en el estilo de la redacción, en una época tan temprana como el siglo VI d.C. Así pues, incluso en la época del Cristianismo primitivo, el dios pagano de la medicina era invocado como una autoridad legal en medicina. Dian Cecht entregó a Nuada una mano de plata después de que este hubiera perdido la suya auténtica en la primera batalla de Magh Tuireadh. Pero el hijo de Dian Cecht, Miach, resultó ser un médico mejor, y le dio a Nuada una mano de carne y hueso. Entre las historias encontramos a Miach haciendo incluso un trasplante de ojo. Dian Cecht dio muerte a Miach en un arrebato de celos. Más aun, vemos que la hermana de Miach, Airmid, que ayudó a guardar el secreto de la localización del «Pozo de la salud»,

era también conocida por sus habilidades como médico y se le atribuye la identificación de 365 hierbas sanadoras. La hija de Bebinn y Modan, Binn, figura en otras historias como una famosa médico.

Los médicos drúidicos aparecen en las fuentes nativas como expertos en hierbas y en cirugía, y entre las operaciones que realizan están las cesáreas, amputaciones y las intervenciones de cerebro. En la mitología irlandesa, tanto Goll Mac Morna como Furbaide nacieron como resultado de cesáreas.

Se nos dice que todo un cuerpo médico, bajo la dirección de Fingin Faithliaig, acompañaba a las tropas de Conchobhar Mac Nessa durante las *Táin*. Cada médico tenía una bolsa, llamada *lés*, llena de medicamentos. Otro cuento semilegendario presenta a un jefe de Munster llamado Tadhg Mac Cian que resultó herido en la batalla de Crinna en 226 d.C, y fue curado por un habilidoso médico drúidico llamado también Fingin Faithliaig. Quizás hay una confusión de nombres. Sin embargo, puede ser significativo que *faithliaig* es un compuesto de *faith*, vidente, y *liaig*, sanguijuela, que es un término inglés para médico, y se utiliza a menudo para referirse a médicos drúidicos en textos antiguos.

En la mayoría de sociedades europeas de época precristiana, incluso aquellas de Grecia y Roma, se hacía muy poca provisión para el tratamiento de enfermos y pobres. El enfermo, el débil y el anciano eran a menudo eliminados físicamente como remedio definitivo de sus males. Estas sociedades veían las enfermedades como un hecho provocado por poderes sobrenaturales, y buscaban propiciar a las malevolentes divinidades más que organizar acciones para aliviarlas. Los griegos, por supuesto, tenían un avanzado conocimiento médico. Hipócrates de Cos (c 60-c 370 a.C.) aun es recordado en la medicina moderna por el «Juramento Hipocrático», aunque nada se sabe de su vida y del origen de los sesenta tratados médicos compilados, más o menos, entre 430 y 330 a.C., conocidos como *Corpus Hipocrático*, de los que no hay evidencia alguna de que fuesen escritos por Hipócrates. Alejandría se convirtió en un centro médico muy importante en el siglo in a.C., y allí fue donde Herófilo hizo uso de las drogas y Erasítrato estuvo cerca de comprender la concepción de la circulación sanguínea,

que fue finalmente esclarecida por William Harvey en 1628. Y las obras de Galeno de Pérgamo (129-199 d.C.) formaron la base de la mayoría de las tradiciones médicas europeas, mientras su nombre se convertía en paradigma de la perfección médica. Sin embargo, no había un sistema de cuidado médico y salud en Grecia, esto es, por ley, disponible para todos, cualquiera que fuese su posición social. Es parte del folklore cultural europeo creer que fue Santa Fabiola, una matrona romana (muerta en c 399 d.C), la primera en fundar un hospicio para los enfermos y necesitados en Porto, cerca de Roma.

Estas instituciones, sin embargo, ya existían en la India. Los *Charaka-Samhita* (Anales de Charake) nos dicen que Asoka (c 273-232 a.C.), el emperador de la India que, enfermo por la guerra y las luchas por el poder, se convirtió al budismo y profesó la no violencia, fundó los primeros hospitales de ayuda a los enfermos y los pobres.

Las fuentes irlandesas hacen referencia al establecimiento del primer hospital en Irlanda por la semi-legendaria reina de Irlanda, Macha Mong Ruadh (muerta en c 377 a.C.). Se dice que fundó un hospital llamado Broin Bherg (la casa del dolor) en Emain Macha (Navan). Leyenda o no, sabemos que en periodo cristiano había hospitales por toda Irlanda, algunos para enfermos con dolencias generales y otros que atendían necesidades específicas, como los hospitales de leprosos. Y cuando el sistema legal fue codificado, mostró la existencia de un avanzado y sofisticado sistema médico. La existencia de este sistema fue, en no poca medida, el resultado de las ideas drúidicas que fueron mencionadas por Plinio.

Durante los años del «Renacimiento Carolingio» en los siglos VIII y IX d.C., eran famosas en toda Europa las escuelas médicas irlandesas, como la de Tuaim Breacain (Tomregan, condado de Cavan), fundada en el siglo VI d.C por el santo y médico Bracan Mac Findloga, un discípulo de San Finian de Clonard. Se mencionan escuelas médicas en Clonmacnoise, Cashel, Portumna, Clonard y Armagh. Pero estas escuelas médicas cristianas eran, como digo, descendientes directas de las drúidicas.

Bajo la ley Brehon, la provisión de mantenimiento de los enfermos, incluyendo el tratamiento curativo, ayuda económica y alimentación,

estaba disponible para todo aquel que lo necesitase. El *Senchus Mor* afirma: «Todas las clases en el territorio tienen los mismos derechos bajo la ley de mantenimiento del enfermo». Los gastos para el tratamiento de las personas heridas en una acción ilegal eran cubiertos por las multas impuestas a los que hubiesen perpetrado el hecho. Queda claro que cualquiera que infligiese daños físicos injustificados a otra persona tendría que pagar el mantenimiento de la víctima bien en un hospital, bien en una casa privada. La «Ley de Daños» dice que «todo el mantenimiento del enfermo (debe ser pagado) a un trabajador herido por la obtención de un beneficio innecesario...» De nuevo se puede ver que la percepción básica está en consonancia con las actitudes filosóficas de escritores cristianos primitivos como Fastidio y el «Britano Siciliano», que fueron tachados de «pelagianistas» porque intentaban revivir la «filosofía druídica». La ley Brehon no solo insistía en que el mantenimiento del enfermo debía ser proporcionado, sino que la sociedad no debía permitir que aquellos que dependiesen de un hombre herido o enfermo careciesen de alimento o seguridad hasta que se hubiera repuesto.

La ley Brehon deja claro que solo médicos cualificados podían tratar a los enfermos, y si se sorprendía ejerciendo a curanderos, o médicos no cualificados, eran severamente penalizados. La Dra. Sophie Bryant, en su excelente obra *Libertad, Orden y ley bajo el Gobierno Nativo Irlandés* (1923), comenta: «Los irlandeses reconocían que era muy sencillo engañar a gente que estaba enferma y buscaba desesperadamente una cura, pues se agarraría a cualquier minucia para asegurarse de su curación».

Por otro lado, los médicos cualificados eran responsables del tratamiento del paciente y, si por negligencia o ignorancia, provocaban un empeoramiento del enfermo, debían ofrecer una compensación. Cada médico se comprometía por ley a mantener a cuatro estudiantes de medicina y entrenarlos. El Dr. James J. Walsh señalaba: «La provisión por cuidados en estos hospitales es más interesante porque incluía también el entrenamiento de los jóvenes para la práctica de la medicina, lo que recuerda, en ciertos aspectos al menos, a (nuestro) moderno sistema de enseñanza clínica». Y continuaba:

No hay nada en el mundo, como bien nos hemos dado cuenta en tiempos recientes, igual a una costumbre de este tipo para hacer prácticas médicas, esto es, proporcionar un buen conocimiento clínico de la medicina; y al mismo tiempo, no hay nada tan bueno para los pacientes, porque un médico se encuentra como ante un tribunal frente a estos estudiantes tan despiertos que, gradualmente, están ganando experiencia en medicina. De esta manera, el médico está obligado a realizar sus mejores esfuerzos para demostrar su capacidad...

Es muy importante señalar que se reconocía que la práctica de la medicina debía dejar al médico tiempo libre para estudiar nuevas técnicas y conocimientos. El clan local tenía que hacer la provisión oportuna para que el médico «evite ser molestado por las preocupaciones y ansiedades de la vida y pueda consagrarse al estudio y práctica de su profesión».

Cada territorio tenía que mantener un hospital; la ley es clara en este punto. Debía tener cuatro puertas, estar situado junto a un arroyo de agua corriente y ser mantenido libre de cargas fiscales por la asamblea local. La existencia de numerosos hospitales en la antigua Irlanda está atestiguada por los nombres de ciudades o lugares, como An Spideal (Spiddal, Spital, etc.). Las leyes eran muy explícitas sobre cómo debían ser dirigidos estos hospitales.

Los médicos locales y sus estudiantes practicarían en el hospital. Había que contratar a un cuidador a tiempo completo, que sería responsable de mantener alejados a los perros, perturbados mentales (que tenían sus propios hospitales) y cualquiera susceptible de provocar enfermedades o disturbios.

Los anales irlandeses contienen muchas referencias a la peste y otras enfermedades que, como en la mayoría de las sociedades primitivas, se consideraban obra de malvados demonios. Durante la época cristiana, los druidas, cuyo papel se había ahora transformado en el de magos, fueron acusados por los cristianos de provocar enfermedades. Los *Annales Rioghachta Eireann* (Anales de los Cuatro Maestros) afirman, hacia el año 986 d.C: «La enfermedad druídica o mágica fue provocada

por demonios en el este de Irlanda, lo que causó mortandad de hombres claramente ante los ojos del pueblo». Adomnan, en su *Vida de Colmcille*, también achaca la peste a la llegada de demonios.

Maeldor Ó Tinnri, «el mejor médico en Irlanda», murió, según consta, en 860 d.C. Su nombre es el primero de una serie de famosos médicos irlandeses precristianos en tiempos históricos. Hacia el siglo X se pueden identificar familias de médicos: los O'Callahan, O'Cassidy, O'Lee, O'Hickey (*ichidhe* significa «sanador») y O'Shiel, se identifican como médicos hereditarios. Jan Baptiste, barón Van Helmont de Vilvoorde (1580-1644), el famoso químico, psicólogo y médico, escribió en sus *Confessio Authoris* (1648) que, en su tiempo, los médicos irlandeses eran considerados mucho mejores que cualquier otro europeo, a causa de sus conocimientos y práctica:

“Estos doctores obtienen su conocimiento médico principalmente de los libros pertenecientes a familias particulares que los heredaron de sus antepasados, y en los que están escritos los síntomas de muchas enfermedades, junto con los remedios; los remedios son vernáculos, producidos en el propio país. En consecuencia, los irlandeses están mejor tratados en sus enfermedades que los italianos, porque cuentan con un médico en cada pueblo”.

Un caso típico de estos doctores irlandeses a quien se refiere Van Helmont, fue su contemporáneo Niall Ó Glacan (c 1590-1655). Era de Donegal y se educó en la antigua tradición irlandesa. Marchó a Francia en 1628 y participó activamente en el tratamiento de casos de plagas en el área de Clermont-Toulouse; basándose en esta experiencia escribió, en 1629, *Tractatus de Peste*, allí mismo, en Toulouse. Se convirtió en médico personal del Rey de Francia Luis XIII y profesor de medicina en la Universidad de Toulouse. Tras la muerte de Luis XIII, aceptó el puesto de profesor de medicina en Bolonia, y fue allí donde escribió su famoso estudio médico, *Cursus Medicus*.

Incluso después de la supresión inglesa de las escuelas médicas irlandesas y la destrucción de la intelectualidad irlandesa, durante el siglo XVII, los médicos irlandeses siguieron ganando fama en muchos

países europeos a los que se vieron forzados a emigrar. Una de los más intrigantes de estas últimas personalidades médicas fue Barry Edward O'Meara (1786-1836) que se convirtió en médico personal de Napoleón durante su exilio en Santa Elena.

Hay un gran tesoro de textos médicos que se conservan en lengua irlandesa. Algunos de ellos son traducciones al irlandés de obras atribuidas a Hipócrates, Galeno, Herófilo, Rhazes, Avicena, Serapión, Dioscórides y otros. Cormac Mac Duinnshleibhe (c 1420-1480), cuya familia eran los médicos herederos de los jefes O Domhnaill, fue entrenado en las nuevas escuelas de medicina «arábica». Tradujo varios de los nuevos textos al irlandés. Pero la mayoría de las obras conservadas son nativas irlandesas. El libro médico más antiguo que se conserva en Irlanda esta datado en 1352 d.C, y se encuentra en la Academia Real Irlandesa. El libro es, obviamente, una copia de un texto más antiguo. Hay textos aun más antiguos en el Museo Británico, entre ellos cuatro tratados médicos en el *Leabhar Buidhe Lecain*, o Libro Amarillo de Lecan. La mayoría de estos textos proceden de una fecha entre el siglo XIV y XVI, como los libros de los O'Hickey, O'Lee, O'Shiel y *el Libro de Mac Angela* (hijo del doctor) de 1512. Estas obras constituyen la mayor colección de manuscritos médicos anterior a 1800 que se haya conservado en cualquier idioma. Es por ello, en opinión del autor, algo escandaloso que no se haya hecho ningún intento para reunir, editar y traducir sistemáticamente todo este tesoro de conocimientos médicos, lo que, indudablemente, arrojaría nueva luz sobre el saber de las prácticas médicas celtas antiguas. ¿Quién sabe cuánto «conocimiento perdido» pueda aparecer en estos ignorados textos?

Una cosa esta clara: los antiguos médicos irlandeses Tenían nombres nativos para todo tipo de circunstancias médicas, lo que demuestra una larga tradición nativa en medicina.

Es interesante que la historia del *Libro de los O'Lee*, compilado en 1443, tenga un paralelo en el mito galés. Se dice que el libro fue entregado a O'Lee (el nombre procede de *liaig*, que significa sanguijuela o médico) por entidades del Otro Mundo. En la historia de los Meddygon Meddfai, tres hijos de un hombre mortal y un espíritu del

Otro Mundo se convierten, a causa de su saber, en los más grandes médicos de Gales.

En el *Libro de los O'Hickey* (1932) hay una exhortación fascinante para los médicos: «que realicen su trabajo de forma especialmente entregada en los casos en los que no puedan cobrar debido a la pobreza de los pacientes». Ciertamente, esto confirma las percepciones observadas en el fascinante sistema de las leyes irlandesas sobre prácticas médicas. Aunque estos grandes textos médicos permanecen ignorados, aun podemos observar tratamientos mencionados en otras sagas irlandesas. Un tratamiento favorito, que Dian Cecht utilizó en la segunda batalla de Magh Tuireadh, fue el de los baños medicinales. Encontramos también que el druida de Eremon de Leinster aconsejaba la preparación de un baño en el que se hubiese vertido la leche de 159 vacas blancas sin cuernos. Una inmersión en este baño ayudaba a sanar a los guerreros heridos. Fingin, el druida médico de Conchobhar Mac Nessa, curaba a sus guerreros heridos con baños de hierbas medicinales. El *Glosario de Cormac* menciona que un baño medicinal (*fothrucud*) se daba a menudo a los leprosos (*doimnloru*).

Un baño medicinal más sofisticado era el de aire caliente, utilizado en Irlanda como una cura para el reumatismo hasta hace pocos años. La estructura en la que se daban esos baños se conocía como *Tigh' n alluis* o «casa de sudar». Una de estas antiguas estructuras se conserva en Inishmurray, en la Bahía de Donegal, y algunas otras han sido descritas, en el norte de Irlanda sobre todo, durante el pasado siglo. Eran pequeñas construcciones de piedra, de aproximadamente 1'50 por 2 metros. Se prendía un fuego de hierbas en su interior hasta que la casa estuviese caliente como un horno. Entonces, se quitaba el fuego y se introducía al paciente, envuelto en una sabana, y se sentaba en un banco. La puerta se cerraba. El paciente permanecía hasta que transpirase abundantemente y entonces, al salir de la habitación, era sumergido en agua fría y después masajeados para que entrase en calor. Al acabar, el paciente era invitado a meditar (*dercad*) para alcanzar el *sitcháin* (un estado de bienestar). No es imposible que este acto, encontrado en muchas culturas del mundo como una acción religiosa, tuviera las mismas connotaciones en el mundo celta.

La fama de estos baños le abrió las puertas del continente. El Prof. Henry Hennessy observó en el *Kilkenny Archaeological Journal* de 1885/6: «Es digno de mención que lo que se llaman baños turcos en Irlanda y Gran Bretaña se denominen baños romano-irlandeses en Alemania y Bohemia. He visto baños que se llaman «Römische-irische Bäder» en Praga y Nuremberg en 1879.» Estos baños fueron vistos también por el Dr. William J. Walsh, arzobispo de Dublin (1841-1921) hacia el cambio de siglo en Treveris, Praga y Metz.

Sabemos del alto grado de aptitudes quirúrgicas que poseían estos médicos, y lo hemos discutido ya al tratar de las trepanaciones. Sabemos que los cirujanos irlandeses sabían como suturar heridas, como en el caso de la herida en la cabeza de Conchobhar Mac Nessa, que fue cosida con hilo de oro. Los médico irlandeses llevaban un estetoscopio y un cuerno llamado *gipne* o *gibne*, que en el *Glosario de Cormac* se define como *adarc lege* (cuerno de médico). También se menciona una sonda quirúrgica (*fraig*).

Los druidas también daban pócimas para dormir (*deoch suain*). Los médicos irlandeses medievales, como sus ancestros druidas, también alcanzaron renombre fuera de Irlanda durante el siglo XVII en el campo de la botánica medicinal. Unos pocos tratados sobre hierbas han sido traducidos y sus cualidades medicinales aplicadas a varias enfermedades por Whitley Stokes en *Revue Celtique* (IX, 224) y Joseph O'Logan, (Manuscrito en la Academia Real Irlandesa). O'Logan demuestra que la observación astrológica, como complemento de la prognosis medica, era universal entre estos médicos. También eran conocidas las hierbas curativas y el uso de venenos mortales. Cridenbel, el satírico, fue envenenado *tre luib eccineol*, mediante la hierba *eccineol*, no identificada, pero, obviamente, mortal. Ailill, hijo de Laoghaire Lore, fue envenenado por Cobthacht Coel Breg.

Una herencia directa del saber druídico fue el uso de las «piedras sanadoras» que se ha conservado en la cultura popular. Se dice que Colmcille utilizó una de estas piedras para obrar una curación, y Martin, en su *Viaje por las Islas Occidentales de Escocia*, en 1695, encontró que aun era común el uso de «piedras sanadoras».

Es posible únicamente atisbar este conocimiento que ha llegado

hasta nosotros a través de las fuentes irlandeses. La evidencia que nos queda indica que Plinio el Viejo estaba absolutamente en lo cierto cuando reconocía la preeminencia de los druidas como practicantes de la medicina.

LOS DRUIDAS COMO VIDENTES

Cuando Dion Crisóstomo decía que los druidas estaban «versados en las artes de videncia y profecía» simplemente estaba afirmando la noción general de sus días. En las fuentes más antiguas griegas y romanas se dice que los druidas practicaban augurios, podían predecir el futuro e «interpretar la Naturaleza». La reputación de los druidas como videntes, profetas, adivinos y augures es confirmada por un escritor celta del siglo I a.C. Trogo Pompeyo era un gallo cisalpino de la tribu de los vocontios, según nos informa Justino, que escribió un compendio de la obra de Trogo *Historiae Philippicae*. El prof. Horst Schmidt, filólogo celta, ha señalado que hay un cierto número de nombres galos que comienzan por el prefijo *trogj* y lo relaciona con el irlandés *trog/truag* y el gales *tru*, que significan «miserable». Trogo escribió, por supuesto, en latín, pero de sus cuarenta y cuatro libros de historia solo se conservan los epitomes de Justino. Trogo afirma, con evidente orgullo y autoridad personal, que «los galos superan a todos los demás en su habilidad para los augurios».

Los griegos y romanos escribieron mucho sobre los métodos de los druidas para predecir el futuro. En la próxima sección consideraremos su reputación como astrónomos y astrólogos. Otros métodos de augurio atribuidos a los celtas por los escritores clásicos incluyen la búsqueda de señales durante las agonías de las víctimas en los sacrificios humanos. Tácito dice: «Los druidas consultan a los dioses en las entrañas palpitantes de los hombres». En efecto, aquellos autores que mencionan el sacrificio humano parecen indicar que el propósito de semejantes sacrificios era únicamente la adivinación, y no propiciar a los dioses. Cesar también sugiere que los druidas creían que solo podían obtener poderes sobrenaturales mediante el sacrificio de vidas humanas.

Ya hemos considerado este asunto en nuestro apartado sobre rituales drúidicos.

La adivinación, mediante la observación de entrañas de animales sacrificados, según el tamaño, forma, color y marcas del hígado y la vesícula biliar no se reduce a los celtas, sino que era muy practicada por los etruscos y romanos. Conocidos como *haruspices*, estos adivinos tenían su propio colegio en Roma, y su arte era conocido como *Etrusca disciplina*, lo que implica que sus orígenes estaban entre los etruscos.

El uso de animales como medios de adivinación es confirmado por las fuentes irlandesas, en particular el uso de un toro. Ya hemos visto el *tabhfheis* como un rito drúidico. El toro era especialmente venerado por los antiguos celtas, posiblemente a causa de su fuerza, virilidad y cualidades belicosas. En Gournay-sur-Abonde (Oise) hay amplias evidencias del sacrificio ritual de ganado. El sacrificio del toro está atestiguado por Plinio que, en su famoso pasaje sobre el muérdago, menciona el sacrificio de dos toros blancos por los druidas.

El culto del toro estaba extendido por todo el mundo celta. Imágenes de Tarvos Trigaranus, el toro de tres cuernos, se encuentran en la Galia, Britania e Irlanda. Los toros aparecen con frecuencia en las sagas irlandesas. El mejor conocido es Donn Cualinge o Toro Marrón de Cualinge, cuya historia se relata en la gran epopeya *Tain Bo Cualinge*. También está recogido el nombre propio galo Donnotauros («El Toro Marrón»).

Seathrun Ceitinn, en su *Foras Feasa ar Eirinn* (Historia de Irlanda), escrita utilizando muchas fuentes irlandesas que fueron posteriormente destruidas durante las devastaciones de Cromwell, se refiere a la costumbre de los druidas de usar las pieles de toros sacrificados para la adivinación. Hacían una construcción de un *crann beatha o* Árbol de la Vida o bien con un serbal, y extendían la piel del toro sobre él, con la parte interior hacia el cielo para atraer el aura necesaria.

Según Lewis Spence: «Poseemos un ejemplo impactante de cómo ha sobrevivido este rito drúidico en las Highlands e islas de Escocia en un periodo más tardío, en el que es conocido como *taghairm*». La palabra originalmente significaba «eco», y ha venido a significar

«adivinación a través de los demonios» y está relacionado con el antiguo irlandés *togairm*, un encantamiento. Según Spence, el vidente se envolvía en la piel de un toro recién sacrificado y se tumbaba bajo una cascada, o al pie de un precipicio, y meditaba (*dercad*). A su debido tiempo, los espíritus le visitaban y le informaban sobre lo que quería saber. Martin presenció esta ceremonia en 1695 durante su viaje por las islas occidentales. También podemos señalar el cuento galés del «Sueño de Rhonabwy», en el que Rhonabwy duerme sobre la piel de una vaquilla amarilla y tiene una visión de la última gran batalla de Arturo.

También se sacrificaban otros animales. Cuando el rey Conaire y su escolta estaban en el albergue de Da Derga, varios hombres malvados empujan al rey a pedir al druida, Fer Caille, que sacrifique un cerdo para descubrir que está a punto de ocurrir. El sacrificio se hace y Fer Caille predice entonces la inminente destrucción del hostal.

Quizás el método conocido más popular de augurio de los druidas es el que describe con todo detalle Diodoro Sicilo, la predicción del futuro por el vuelo de los pájaros. Adivinar por el vuelo o comportamiento de los pájaros era también una práctica común entre los griegos y romanos. En efecto, las palabras *augurio y auspicio* se utilizaban ambas como adivinación por los hábitos de los pájaros. Los ejércitos romanos llevaban gallinas sagradas, y cuando se las alimentaba, si comían con mucha hambre, presagiaban algo bueno. Antes de la batalla de Drepaum en 249 a.C., las gallinas rechazaron la comida y los romanos fueron derrotados. La adivinación por la observación de las costumbres de los pájaros fue confiada a un colegio romano de augures.

Del hecho de que ambas formas de adivinación atribuidas a los druidas fuesen practicadas también por griegos y romanos, podemos concluir que, aunque los druidas tenían una reputación en este arte, sus formas de profecía no eran exclusivas, sino que eran compartidas por las otras culturas europeas.

Por las fuentes celtas nativas tenemos confirmación de que el augurio del pájaro estaba ampliamente extendido. Una versión irlandesa de la *Historia Brittonum*, del historiador galés Nennio, incluye un antiguo

poema sobre seis druidas que vivían en Breagh-Magh y practicaban «la observación de los pájaros». Según Giraldo Cambrense, el príncipe galés Gruffydd ap Rhys ap Tudor, a principios del siglo XII, era capaz de hacer que cantasen los pájaros del Lago Llangorse, en Brecknock, porque gobernaba Gales con justicia. También se cree en el folklore galés que los «descendientes de una persona que haya comido carne de águila poseerán una segunda visión hasta la novena generación»^

John Toland, cuenta que, en 1967, mientras preparaba su *Historia de los Druidas*, estaba en Finglass, cerca de Dublin y conoció a dos caballeros que le aseguraron que el negocio en el que estaban envueltos llegaría a buen fin, porque habían visto un cuervo con algunas plumas blancas, pero que no podían seguir adelante hasta que no viesen en qué dirección volaría el pájaro. Un viejo manuscrito del Trinity College en Dublín, mencionado por O'Curry, contiene referencias a augurios de pájaros y sus significados tales como el graznido y el vuelo de un cuervo o el piar de un carrizo¹⁵. Un cuervo graznó cuando San Cellach, obispo de Killala, estaba a punto de ser asesinado. El graznido del cuervo era considerado un signo de mal agüero.

El nombre del carrizo lo traduce el *Glosario de Cormac* como *druin-en*, el pájaro de los druidas. Un nombre irlandés para carrizo era *drean*, y la *Vida de San Moling* confirma la etimología del *Glosario*. El carrizo ha llegado hasta nosotros como un pájaro de cierta significación, y en el día de San Esteban (26 de diciembre) en Irlanda, Escocia y la Isla de Man, e incluso en partes de Essex y Devon, los muchachos del lugar dan caza y matan a un carrizo, y luego lo llevan en procesión por todo el pueblo, mientras piden un penique para enterrarlo. Los chicos cantan un poema que se ha conservado en todos los lugares donde se mantiene esta costumbre.

El carrizo, el carrizo, el rey de todos los pájaros.

¹⁵ Carrizo: Pajarillo muy común, de color pardo, que anida en los vallados. RAE. N. del T.

El día de San Esteban lo mataron en la aulaga¹⁶
Aunque es pequeño, su honor es grande,
Así pues, buena gente, dadnos este gusto.

Además del augurio de los pájaros, aparecen otros métodos de adivinación en las fuentes celtas. La interpretación de los sueños era una forma popular de predecir el futuro. El druida Dubhdiadh interpreta el sueño de Domhnall en la víspera de la batalla de Magh Rath (Moirá) y predice la derrota y muerte de Congal.

Otra forma de adivinación era llamada *coelbreni o* «palitos del augurio», en el que los druidas usaban palitos, en ocasiones varitas de avellano con inscripciones en Ogham, que eran arrojadas al suelo, e interpretaban su caída. Por este medio Dalan el Druida descubrió el paradero de Étain tras haber sido abducida por Midir el Orgullosa. Dalan hizo cuatro varillas de tejo inscritas en Ogham y las arrojó al suelo. Este sistema de adivinación todavía se practica en el este, sobre todo en algunas regiones de China, donde forma parte del I-Ching. Un desarrollo de este tema aparece en la literatura galesa, donde hay oscuras referencias a un marco llamado *peithynen* (en gales moderno, ridge-tile) y que algunos llaman «la rueda del druida» o «dilucidador». Sir John Daniel en *La Filosofía de la Britania Antigua* (1927) muestra una ilustración antigua de como se construía. Según Sir John, el *peithynen* era un sistema de adivinación derivado de las planchas de madera de los barriles sobre las que se tallaban máximas. Se hacía en forma de rueda que, cuando giraba, ofrecía una respuesta. Según Edward Davies, en sus *Investigaciones Celtas* (1804), los poemas atribuidos popularmente a Iiywarch Hen, pero datados en el siglo IX, contenían referencias al *peithynen*.

Taliesin, el poeta del siglo VI, era conocido como druida y profeta. En una traducción de un poema atribuido a él, exclama:

¹⁶ Aulaga: Planta de la familia de las papilionaceas, espinosa y con flores amarillas. N. del T.

Yo soy Taliesin
Jefe de los bardos del oeste.
Conozco todas las ramas de los árboles
En la cueva del archi adivino.

Lewis Spence cree que esto es una referencia al *peithynen*, pero se necesita un poco de imaginación para encontrar la relación.

Tenemos una confirmación en las fuentes irlandesas sobre el uso del sistema de la rueda en un cuento en el que encontramos al celebrado druida de Munster Mug Ruith de Dairbre utilizando, aparentemente, esta forma de adivinación. Según el Cóir Anmann: «Magh (Mug) Ruith significa *Magus rotarum*, el mago de las ruedas, porque utilizaba las ruedas para hacer sus *taiscéladh druidhechta* u observaciones mágicas». Pero, como hemos visto, Mug Ruith era una divinidad solar y la rueda era el símbolo del sol. Sin embargo, la hija de Mug Ruith, Tlachtga, de acuerdo con un texto citado en *Silva Gadelica* de O'Grady, hizo un *roth ramhah* o rueda de remos, para ejercer la adivinación.

El historiador irlandés Ruariadh Ó Flaithbheartaigh (Roderic O'Flaherty, 1629-1718), en su historia en latín *Ogygia*, habla de los druidas adivinando por la apariencia de las raíces de los árboles, y hay también adivinación por la forma de las nubes. En efecto, la palabra irlandesa antigua *néladoir* (adivino de nubes) pasó a ser utilizada en la Edad Media para designara a los astrólogos. El druida de Dathi fue a la cima del Cnoc nan Druad (Colina del Druida), actualmente Nullaroe, en Skreen, Sligo, durante la fiesta de Samhain, y permaneció allí toda la noche hasta que amaneció. Cuando volvió le dijo al rey que las nubes habían predicho que haría una expedición de conquista a Alba, Britania y Galia.

Fionn Mac Cumhail, cuyo pulgar tocó el salmón del conocimiento que estaba siendo cocinado por el druida Finegas, pudo, de esta forma, chupar ese dedo y adquirir el conocimiento que necesitaba. Es un motivo repetido en muchos de los cuentos de Fionn y, además, una interesante forma de adivinación.

En el *Glosario de Cormac* y otras obras hay referencias a los tres ritos de profecía: el *imbas forosnai*, el *teinm laegda* y el *dichetaldo*

chennaib. Con el *imbas forosnai*, «conocimiento de la palma», el druida mascaba una pieza de carne especialmente preparada y entraba en un estado de meditación, colocando las dos palmas de las manos en sus mejillas. El *teinm laegda* se realizaba de manera diferente pero con el mismo propósito de la profecía. El *Glosario de Cormac* afirma que Patricio había prohibido oficialmente el *imbas forosnai* y el *teinm laegda*, pero que permitía el *dichetal do chennaib* porque no incluía ningún rito antes de que la profecía fuese pronunciada.

Este *dichetal do chennaib* es lo que Jack Kerouac (1922-1969), un escritor americano de origen bretón, hubiese llamado «prosa espontánea», en el que el *fili* recitaba sus versos, según la ley Brehon, «sin haber meditado o, incluso, pensado sobre ellos previamente».

Pero, a pesar de la prohibición eclesiástica de Patricio, la ley Brehon afirma que uno de los requerimientos para recibir el grado de *anruth* era que la persona debía dominar las tres formas, el *imbas forosnai*, el *teinm laegda* y el *dichetal do chennaib*. En el siglo XI, Domhnall Uí Neill del Ulster convocó a su consejo para calcular el coste de la indemnización al poeta Erard Mac Cosse. Flann de Monasterboice, el jefe brehon, calculó los daños y dijo que estos asegurarían que los futuros poetas supiesen las tres formas de profecía. Así, las tres formas de profecía continuaron en uso seiscientos años más después de que Patricio las hubiera prohibido.

En los mitos y sagas tanto de Irlanda como de Gales, el arte de la predicción del futuro es una parte esencial de la historia. La mayoría de las veces, es escapar del destino que ha profetizado el druida, lo que lleva al protagonista a correr unas aventuras que lo llevarán, inevitablemente, hasta el destino del que pretendía huir. En algunas profecías como la de la muerte de Diarmuid en la fortaleza de Banbán, la profecía parece tan improbable que no puede cumplirse, y por eso, la gente ignora las profecías de los druidas sin pensar en las consecuencias.

La diosa Brigit es retratada como versada en poesía y en adivinación y parece, de esta forma, convertirse en diosa patrona de la adivinación. Los mitos y sagas de Irlanda están llenos de profecía y adivinación. En algunas de las hagiografías primitivas de su tocaya cristiana, se nos dice

que un druida predijo la grandeza de Santa Brigida antes de que naciese. De manera similar, un druida llamado Lughbran, en la corte de Crimthann, profetizó el nacimiento de San Ciarán de Clonmacnoise.

Eochaidh de Connacht consulta a un druida para que le profetice el mejor lugar donde construir su nuevo palacio, mientras tenemos a Cathbad el druida de Conchobhar Mac Nessa haciendo varias profecías, como la del nacimiento y grandeza de su propio hijo, y el futuro de Deirdre, que sería la mujer más hermosa en el mundo, pero causaría la muerte de muchos héroes. Otro druida profetizó a Cumhail que si se casaba, su próxima batalla sería la última. Cumhail se casó en secreto, pero la profecía se cumplió de todas formas. Birog, la mujer druida, le dice a Balor, tras el nacimiento de su hija, que sería asesinado por su propio nieto. Balor encierra a su hija, Ethlinn, en una torre de cristal en la isla de Tory para evitar que se case con ningún hombre. Pero la profecía se cumple al final. Otra historia cuenta como un druida le dijo al rey Dara que tendría un hijo llamado Lugaidh que le sucedería en el trono. Pero Dara tenía cinco hijos, de modo que el druida le aconsejó que llamase a los cinco Lugaidh para asegurar su sucesión.

Los druidas también interpretaban los sueños. En 637 d.C. Domhnall Mac Aedh, el Rey Supremo de Irlanda, combatió en una batalla con el rey de Dal Riada, Domhnall Breac, en Magh Rath (Moirá), cerca de Lisburn en el Ulster. Domhnall de Irlanda tuvo un sueño antes de la batalla que fue interpretado por un druida que le aconsejó acerca de su significado, tras lo cual el rey salió victorioso de la jomada. Esto es particularmente fascinante cuando recordamos que se encontraba ya en época cristiana y que el padre de Domhnall, Aedh, fue el rey que presidió el sínodo de Druim Ceatt. Las referencias históricas sobre los druidas interpretando sueños están confirmadas por algunos mitos, como el de Cesarn, por ejemplo, druida jefe del rey Firbolg, que interpretó el sueño de su rey y fue capaz de prevenirle sobre los enemigos que se acercaban.

LOS DRUIDAS COMO ASTRÓNOMOS Y ASTRÓLOGOS

Desde sus mismos comienzos, la especie humana ha percibido los fenómenos naturales. Las sociedades primitivas se dieron cuenta de que el sol y la luna Tenían influencia sobre las mareas, y que el sol regulaba las estaciones, dando luz y calor que hacían fructificar las cosechas. También se dieron cuenta de que los movimientos de la luna podían, en algunos casos, afectar a hombres y mujeres en sus actitudes mentales. A partir de estas observaciones iniciales, desarrollaron una creencia basada en la premisa de que los movimientos de lo que ellos entonces consideraban «estrellas» influían sobre los individuos y sobre los acontecimientos de la tierra. La astrología fue inicialmente una parte integral de la astronomía. En efecto, Aristóteles utilizaba la palabra «astrología» más que «astronomía». Era la misma ciencia. De hecho, en una época tan reciente como el siglo XVII, los tratados astronómicos y astrológicos eran puestos juntos e impresos en el mismo volumen. No fue hasta el siglo XVIII, durante la «Edad de la Razón», cuando esta ciencia se dividió en dos diferentes. Pero incluso los fundadores de la moderna astronomía, Tycho Brahe (1546-1601) y Johannes Kepler (1571-1630), ejercieron también como astrólogos.

Los historiadores de la astrología afirman generalmente que tuvo sus orígenes en la antigua Babilonia e hizo su camino hacia Europa vía Grecia. No todo el mundo en Grecia aceptó la nueva enseñanza «oriental». Euxoxo de Cnidos (c 408-c 388 a.C.) no creía que las estrellas afectaran a la vida de la gente. La astrología no comenzó a extenderse por Roma hasta el primer siglo a.C, con el impacto de la famosa obra de Marco Manilio *Astronomica*, que trataba también sobre astronomía. Cicerón fue pronto capaz de afirmar: «Nadie puede negar a los cuerpos celestes la posesión de razón a menos que el mismo este privado de razón». Pero la materialista sociedad romana era, en general, más escéptica sobre la astrología, y su popularidad no fue tan universal como entre los griegos.

En el siglo rv d.C, Agustín de Hipona negó la validez de la astrología y muchos cristianos aceptaron sus puntos de vista. Lo interesante aquí es que Agustín era un experto en astrología y en *De*

Doctrina Christiana ya había afirmado una vez que, para entender las Escrituras y los sistemas de calendarios, era necesario un conocimiento de astrología. Cuando escribió la **Ciudad de Dios**, se burló de la astrología, pero con un lenguaje técnico que demostraba su conocimiento de la misma. El argumento de Agustín era que la salvación o la condenación estaban predestinados en la vida humana, pero no iba tan lejos como para aceptar que esa predestinación pudiese ser leída en los cuerpos celestes, a pesar de que el **Génesis** afirmaba claramente que Dios puso las estrellas en el firmamento para **guiar** a la Humanidad.

Las opiniones de Agustín no influyeron en toda la cristiandad, pero los ataques contra esta creencia ciertamente continuaron. En el siglo XII, Manuel Comneno escribió su famosa defensa para reconciliar astrología y Cristianismo, mientras que el monje benedictino Placido de Tito (Placido Titi) (1603-1668) era reconocido como uno de los más eminentes astrólogos de su época, junto con el Abad Jean-Baptiste Morin (1583-1659), que fue astrólogo del cardenal Richelieu, prelado y principal hombre de estado de Francia.

Un punto en el que estaban de acuerdo los observadores precristianos latinos y griegos, fuesen anti-celtas o respetuosos con ellos, era que los druidas estaban muy avanzados en sus estudios de astronomía y astrología. Cesar, por supuesto utilizando a Posidonio como su autoridad, dice que los druidas tenían “mucho conocimiento de las estrellas y su movimiento, del tamaño del universo y de la tierra, y de filosofía natural”. Aunque Cicerón no afirma específicamente que el druida Divitiaco, a quien conoció, hiciese augurios por las estrellas, escribe a su hermano Quinto:

“El sistema de adivinación ni siquiera es ignorado entre los pueblos bárbaros, puesto que, de hecho, hay druidas en la Galia, y yo mismo conocía a uno de ellos? Divitiaco de los aeduos, tu huésped y elogiador, que decía que estaba familiarizado con el sistema de la Naturaleza que los griegos llaman filosofía natural, y que el utilizaba para predecir el futuro tanto por augurios como por inferencia”.

Estrabón, César, Diodoro Sículo, Cicerón, Plinio y Tácito, todos ellos rinden tributo al conocimiento celta en el campo de la astronomía. Pomponio Mela se refiere a la alta consideración en que son tenidos los druidas por su «especulación por medio de las estrellas». Dice que los druidas conocían «el tamaño y forma del mundo, los movimientos de los cielos y de las estrellas», y continúa ofreciendo explicaciones de las mareas a través de las acciones de la luna, como son explicadas por los druidas, y de la causa del sol de medianoche. Dice también que la tierra tenía la forma de un disco, una creencia bastante común en aquella época.

Hipólito es muy específico al afirmar que los druidas «pueden predecir ciertos eventos mediante el reconocimiento pitagórico y los cálculos». Plinio dice que los druidas observaban el recorrido de la luna hasta que el tiempo fuese propicio para cortar el muérdago. Jordanes, en *Getica*, cita una obra perdida de Flavio Magno Aurelio Casiodoro (c 490-583 d.C.) que trata de la tribu de los getas en el siglo I a.C. Según Jordanes/Casiodoro, los getas estaban instruidos en filosofía natural y moral y conocían «el curso de los doce signos del zodiaco, y de los planetas cuando pasan por ellos y de toda la astronomía». También se dice que conocían el nombre de 365 estrellas. La referencia continua diciendo que los getas aprendieron estas cosas de un hombre sabio llamado Dicensus, de quien el Prof. Piggott admite que podría ser el nombre de un maestro druídico. En efecto, si añadimos el sufijo celta «os», tenemos Dicensos, un nombre que es igual que la palabra britana para «sabio» pero que ha llegado hasta nosotros en una forma diferente (*dicellos*, en galés) que significa «astuto».

Según Jordanes, Dicensus «entrenó a los novicios de noble nacimiento y superior sabiduría y les enseñó teología, y les ofreció la veneración de ciertas divinidades y lugares sagrados».

Debemos mencionar que todavía existe un debate académico sobre si los getas eran una tribu celta o germánica, pero su localización, y su época, parece colocarlos dentro de la esfera celta. Casiodoro también menciona el texto de Varrón de *De Astrología*, pero no se estaba refiriendo a Publio Terencio Varrón, que fue un celta de la Galia Narbonense, sino a Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.), natural de

Reate, en el territorio sabino, aunque algunos sitúan su lugar de nacimiento más al noreste, en lo que sería el territorio de los celtas senones, cerca de Ancona. La similitud de los nombres pudo ser un argumento para una conexión entre el celta Publio y Marco, pero la reputación de Marco como «el más instruido de los romanos» no parece apoyar un origen celta.

Mientras griegos y latinos alaban a los celtas por su saber en este campo, ¿Tenemos alguna evidencia de los propios celtas sobre su competencia en astronomía/astrología, como para llegar a crear su propio sistema de calendario?

El calendario celta más antiguo que se conserva es de la Galia y procede del siglo I a.C. Se trata del calendario de Coligny, que se encuentra en el Palacio de las Artes de Lyon. Fabricado antes de la conquista romana de la Galia, este calendario es bastante más elaborado que el rudimentario calendario juliano, y tiene una sincronización de la luna con el año solar cada cinco años altamente sofisticada. Se trata de una obra maestra del cálculo de calendario y una demostración práctica que prueba la afirmación de Cicerón sobre la habilidad de los druidas. La lengua es gala, y frente a los meses están escritas las letras MAT y ANM. Uno no necesita ser un experto lingüista para ver el equivalente de *Maith* (irlandés) o *Mad* (galés), que significan bueno; ANM sería el equivalente de *An Maith* (irlandés) y *Anfad* (galés), que significan no bueno. El mes central del invierno se llamaba Giamon y el central del verano Samon; ambos nombres se pueden reconocer en las lenguas celtas actuales.

El calendario consiste en sesenta y dos meses consecutivos, divididos cada uno en un periodo de veintinueve noches o treinta. Según la manera celta, el calendario cuenta noches y no días. Como César escribió en aquel tiempo: «Cuentan los periodos de tiempo no por el número de días, sino por el número de noches; y cuando señalan el cumpleaños, la luna nueva y el año nuevo, su unidad para reconocerlos es la noche seguida por el día».

Plinio atribuye a los druidas una forma de medir el tiempo y dice que «por eso es por la luna como miden sus meses y años y también sus edades (*saeculi*) de treinta años». Esto coincide con la evidencia del

calendario de Coligny,

Dillon y Chadwick observaron:

El calendario de Coligny es prueba de un considerable grado de competencia en astronomía, y puede reflejar la enseñanza de los druidas. Más aun, en la división del mes en una mitad brillante y otra oscura, y en el mes de treinta días con un ciclo de tres años, al final del cual se intercala otro mes, este calendario galo recuerda al de los hindúes.

John Rhys, en su *Origen y Crecimiento de la Religión...*, señala que los celtas tenían una semana que comprendía nueve noches. El número nueve es, a menudo, básico en los cálculos de tiempo, y en las leyes de Hywel Dda el noveno día del mes marcaba, por lo general, el fin o el comienzo de un periodo. Los hermanos Rees también han observado esto, señalando que había un testimonio en la literatura celta insular del nueve como una unidad de tiempo significativa. Mencionan el periodo de luz de luna brillante durante el tiempo de la cosecha que se llama *nawnos olau* (nueve noches luminosas), y en irlandés los términos *nomad* y *notnden* se utilizan para nueve espacios de tiempo. Señalan también el hecho de que tres semanas de nueve días darían un mes de veintisiete noches, y veintisiete es otro número significativo en la mitología celta, pues se refiere al número de constelaciones del zodiaco lunar, igual que en la mitología hindú, donde la luna, Soma, tiene veintisiete estrellas-esposas.

Debemos ahora plantearnos la pregunta de si esta reconocida habilidad celta en el estudio de la astronomía/astrología era propia de los celtas o procedía, vía Grecia, de las enseñanzas de los babilonios. Como he dicho, el punto de vista generalmente aceptado es el de aquellos historiadores de la astrología que afirman que esta ciencia penetró en Europa a través de Grecia.

Hecateo de Mileto, que vivió alrededor del 500 a.C., atribuía un conocimiento de cálculos de calendarios a los hiperbóreos, y más todavía, localizaba a estos hiperbóreos en las Islas Británicas. Sin embargo, el Prof. Piggott comenta:

“Es bastante concebible que algunos elementos de las matemáticas griegas se introdujesen en el mundo celta mediante el contacto con los

masaliotas a partir de 600 a.C., y esto podría servir de base a la afirmación de Hipólito sobre los cálculos «pitagóricos», incluso aunque realmente no lo fueran. En efecto, puede ser que ninguna doctrina pitagórica adquirida por los druidas se refiriese a los misterios esotéricos de la transmigración de las almas, y si, en cambio, a asuntos mundanos como el valor del cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo”.

Sin embargo, contemplamos los grandes megalitos y los círculos de piedra como el de Stonehenge, que fueron construidos con un grado muy avanzado de observación astronómica. No podemos atribuir estas construcciones a los celtas, porque proceden de una época muy anterior a lo que podemos identificar con seguridad como expansión de la civilización celta. Estamos hablando de un periodo de construcción que empezaría en el segundo milenio a.C. Aunque, si aceptamos los puntos de vista de los profesores Christopher y Jacquetta Hawkes sobre los protoceltas, podemos argumentar que fueron construidos por sus antepasados. Como un ejemplo paralelo, la transformación de los reinos anglosajones en la nación inglesa es citada para demostrar el cambio de protocelta a celta. Pero hay varias teorías más sobre quien construyó los megalitos. Como hemos visto, algunos eruditos creen en la teoría de un pueblo precelta procedente del norte de África, una cultura no indoeuropea, a quienes los celtas dominaron y absorbieron posteriormente, heredando sus conocimientos.

El Dr. John Smith, inventor de la vacuna de la viruela, que publicó el *Círculo Gaur, el gran Orrery de los Antiguos Druidas* en 1771, fue el primero que pareció darse cuenta de los alineamientos astronómicos de Stonehenge. El Orrery del título era por Charles Boyle, el conde de Orrery en Irlanda en 1713, para quien fue construido el mecanismo de relojería que mostraba los movimientos planetarios alrededor del sol. El Dr. Smith hizo varios cálculos y vio que el eje principal estaba alineado con el amanecer del solsticio de verano. Smith imaginaba al archidruida de pie y mirando la línea recta del templo ... viendo la salida del sol en el día del solsticio de verano. Henry Wansey comentaba en 1796:

Stonehenge se encuentra en la mejor situación posible para observar los cuerpos celestes, pues hay un horizonte a tres millas de distancia en

todas direcciones. Pero, aunque conocemos los métodos con los que los antiguos druidas calculaban los eclipses con bastante exactitud, como menciona César, no podemos explicar el uso teórico de Stonehenge.

En 1943, Neven Henaff (1908-1983), un ingeniero químico bretón que había estudiado también durante varios años tanto Stonehenge, en términos de las matemáticas de su construcción, como el Calendario de Coligny, publicó sus hallazgos iniciales en *Zeitschrift fur Celtische Philologie*. Continuó sus trabajos con la publicación del libro del Prof. R.J.C. Atkinson, *Stonehenge* (1960) que apareció como obra póstuma en *Carn* n° 47 y 48. Henaff afirmaba que las matemáticas de los números de piedras en Stonehenge y sus agrupamientos correspondían con los números indicados en el Calendario de Coligny. «Así pues, después de todo, la tradición popular y los arqueólogos «primitivos», que relacionaban persistentemente Stonehenge y los druidas, bien podían haber estado en lo correcto desde el principio».

En 1963, el Dr. Gerald S. Hawkins, Catedrático de Astronomía en la Universidad de Boston e investigador asociado al Observatorio de Harvard, especulaba con la posibilidad de que Stonehenge hubiese sido utilizado como un gran instrumento astronómico. Su libro *Stonehenge descifrado* (1966) demostraba, utilizando los ordenadores, que, para alinear las piedras y construir una «computadora astronómica», se necesitaba un profundo conocimiento de astronomía y conceptos matemáticos. La controversia posterior impulsó la nueva «ciencia» de la arqueoastronomía, el estudio de la astronomía prehistórica, que fue especialmente aplicada a los alineamientos astronómicos de monumentos situados en áreas celtas. Después de Stonehenge, estudios de New Grange, Callinish, Carnac y otros lugares demostraron que sus constructores orientaban sus estructuras hacia posiciones específicas del sol, la luna y las estrellas. En 1967, el arqueólogo Patrick Crampton, en *Stonehenge de los Reyes*, se convirtió en el primero en darle la vuelta a la idea popular de que los celtas de Britania tenían muy poca idea de las sofisticadas técnicas de construcción antes de la llegada de los romanos, al mostrar la excavación de Clickhimin como ejemplo, y señalando después una tradición de sofisticación en la construcción desde los tiempos de Stonehenge hasta la conquista romana como un continuo.

Pero si estas grandes construcciones astronómicas fueron construidas por preceltas o protoceltas, lo cierto es que se convirtieron en parte de la tradición celta y, ciertamente, el conocimiento de la edificación fue heredado por la cultura celta.

Quizás una de las grandes piezas de la ingeniería astronómica es la de los tres grandes túmulos de New Grange, Knowth y Dowth, en el valle de Boyne en Irlanda. La datación por radiocarbono del carbón vegetal utilizado por los constructores de New Grange en la cámara principal y el pasadizo, nos da una fecha cercana al 3200 a.C. Por ejemplo, en el solsticio de invierno, el 21 de diciembre, los primeros rayos del sol naciente de aquel día pasaban a través de una hendidura practicada deliberadamente en el techo e iluminaban la cámara de la tumba durante diecisiete minutos. -¿Es importante la figura del número diecisiete?- Ciertamente si lo es en la mitología irlandesa. Diecisiete días, el día diecisiete del mes, diecisiete años, aparecen en muchos contextos. -¿Por que los druidas aconsejaron a Maelduin que llevase únicamente diecisiete hombres con él para su fabuloso viaje? Mil llegó a Irlanda en el diecisiete del mes lunar, y la batalla de Tailtiu tuvo lugar el diecisiete de otro mes lunar. El décimo-séptimo cumpleaños de una persona era el *aimsir togu*, la edad del consentimiento, cuando los chicos se hacían hombres. Casualmente, los vedas dicen que los cielos están divididos en diecisiete regiones. «Prajapati es el año, Prapajati es diecisiete». Además, los irlandeses reconocían a la decimoséptima generación como el límite en el que los familiares se podían reconocer como tales. Los ejemplos son demasiado numerosos para continuar.

Mientras que, por supuesto, los constructores de megalitos están muy por delante de cualquier sociedad que podamos identificar con nuestros conocimientos actuales, como celtas o, incluso con algún grado de certeza, como protoceltas, hay un aspecto de la habilidad celta en matemáticas avanzadas que es a menudo pasado por alto. John von Neumann (1903-1957), un matemático americano nacido en Hungría, en su estudio *La Teoría de los juegos* (1943), desarrolla una serie de teorías matemáticas aplicando lógica estadística para la elección de estrategias, particularmente en juegos de mesa como el ajedrez,

demostrando que el desarrollo de estos juegos requería conocimientos y aptitudes en matemáticas avanzadas. Sabemos que en los mundos romano y griego se jugaban juegos similares a las damas y el backgammon, pero el ajedrez, aunque originario de la India, no llegó a Europa hasta después del periodo clásico.

También sabemos, sin embargo, que los antiguos celtas desarrollaron varios juegos de mesa, aparte de los juegos con dados y fichas, como los que han sido encontrados con profusión por arqueólogos en Britania e Irlanda. El enterramiento de un jefe del siglo I a.C. excavado en Welwyn Garden City, Hertfordshire, ofreció no solo un juego completo de piezas sino también restos del tablero de juego. La madera había desaparecido, pero se pudo reconstruir el tablero a partir de las monturas metálicas. El juego consistía en veinticuatro piezas de cristales de colores. Se ha sugerido que el juego podría haber sido similar al *ludo* (en latín, «yo juego»), un juego de origen indio que no llegó a Inglaterra hasta bien entrada la Era Victoriana. Pero el *ludo* se jugaba con dados y fichas.

Se conocen algunos juegos de mesa por los mitos irlandeses y galeses. El primero, *buanback*, lo conocemos solo por el nombre y su identificación como juego de mesa. El nombre podría estar conectado con la hija de Danu, Buanann, «La Eterna», diosa de los guerreros y conocida en la Galia como Buanu.

El segundo juego es la «sabiduría de madera», llamado *fidchell* en irlandés y *gwyddbwyll* en galés. Parece ser una especie de ajedrez en el que una pieza llamada rey (*banan*) debe escapar al extremo de un tablero, evitando las fichas de su oponente (*fian/gwerin*). Los dioses, reyes y héroes juegan a menudo en las sagas, y se dice que fue inventado por Lugh. Una famosa partida de *fidchell* se juega entre el dios Midir el Orgullosa y el rey Eochaidh por la posesión de la bella Étain. En el cuento galés «El Sueño de Rhonabwy» Arturo y Owain juegan una partida de *gwyddbwyll* con piezas de oro sobre un tablero de plata. Cuando comienzan a jugar, empiezan a suceder cosas extrañas, y mientras Owain quiere parar el juego para ocuparse de estos fenómenos sobrenaturales, Arturo, ajeno a lo que ocurre a su alrededor, le dice una y otra vez: «¡Sigue jugando!»

Del tercer juego de mesa sabemos muy poco. Se llama Cuervo Negro o “Brandubh” en irlandés y tawlbwrdd en galés. El hallazgo de un tablero de madera con huecos para encajar las fichas en Ballinderry, condado de Westmeath, se ha presentado como ejemplo de tablero de brandubh de tiempos precristianos. El tablero está dividido en cuarenta y nueve cuadros (siete por siete) y, curiosamente, se decía que el rey de Tara Tenía «siete vistas por cada lado». Una pieza que representa al rey se coloca en el centro, protegido por cuatro piezas defensivas (¿los cuatro reyes provinciales?). Ocho piezas contrarias se colocan a lo largo de los lados del tablero. La idea del juego es confirmada por un antiguo poema que retrata a Irlanda como un «colorido tablero de brandubh», con Tara como casilla central y las casillas de alrededor para las cuatro capitales de provincia: Cashel, Croghan, Naas y Oileach.

Los juegos no eran solamente un entretenimiento. Alwyn y Brinley Rees sugieren (Herencia Celta, 1961) que también tenían un simbolismo religioso o monárquico como ocurre con los juegos del continente indio, donde los reyes e, incluso, el Dalai Lama participarían de estos juegos rituales para imponer o confirmar su papel en la sociedad. Si aceptamos los argumentos de von Neumann, el desarrollo de estos juegos de mesa confirma también el status de los celtas como filósofos matemáticos, y de acuerdo con el estudio de los hermanos Rees, *brandubh*, o *tawlbwrdd* en particular, representa el cosmos o es un símbolo microcósmico que muestra el lugar del hombre en el mundo, a lo que a menudo se opone el Otro Mundo hostil.

Hay otro corpus de evidencias que es interesante. El Dr. Kevin Danaher, en su artículo «Tradición popular irlandesa y calendario celta» (1981), afirmaba: «Desde el pasado remoto hasta el reciente y, en muchas ocasiones, hasta el presente, ha sobrevivido en Irlanda un conjunto de costumbre, uso y creencia, que está tan extendido y cohesionado como para constituir un calendario popular». Danaher, citando festivales, observancia de costumbres populares y otros asuntos, demuestra que hay un número específico de días entre estos eventos, y añade:

No hay razón para dudar que los cálculos de este calendario sean correctos y hayan sido determinados, año por año, por observación de

los cuerpos celestes, sideral o, más probablemente, solar. Es probable que la obligación de fijar las fechas de los festivales estuviese en manos de algún grupo de personas cualificadas e instruidas, y no está fuera de lo posible que la asociación de las hogueras con estos festivales sea un resto que ha sobrevivido de un sistema de señales con fuego para anunciar a todos la llegada del día de la estación, lo que era de vital importancia, no sólo por el festival, sino también al servir como indicación a los granjeros de que había llegado el tiempo de emprender algunas labores agrarias esenciales.

Danaher señala que «las pocas referencias clásicas que tenemos sobre el cálculo del tiempo de los celtas sugieren un sistema lunar». Sin embargo, señala que «el antiguo cómputo irlandés de las cuatro estaciones procede por entero de la observación solar». Parece que se adoptó un nuevo sistema, pasando de los cálculos lunares a los solares. El Dr. Danaher cita la autoridad del Prof. Patrick Wayman, de la Escuela de Física Cósmica, del Dublin Institute for Advanced Studies, para asegurar que «los cálculos demuestran que esto ocurrió en Irlanda durante el período 690-820 d.C.» Danaher publicó posteriormente *El Año en Irlanda: la Costumbre del Calendario Irlandés* (Dublín, 1972), donde exponía sus puntos de vista sobre la materia.

Teniendo presentes estos testimonios, me inclino a aceptar la afirmación de Hécateo de Mileto sobre que los antiguos celtas poseían una ciencia nativa sobre el conocimiento astronómico y del calendario, unido a, o incorporando, lo que nosotros llamamos astrología. Podemos ir más allá y suponer que la astronomía/astrología del norte de Europa o celta no era una ciencia importada de Babilonia a través de Grecia, sino que fue una evolución de una tradición nativa.

Lo que en este sistema astrológico celta no está claro, ni nosotros podemos saberlo, es como veían el zodiaco los celtas. En el siglo II d.C, los celtas britanos, por lo menos, conocían el zodiaco en la forma que nosotros lo hacemos hoy en día. Se conserva una representación esculpida del zodiaco fechada hacia mediados del siglo II d.C. en el Museo de Newcastle, con unos símbolos que podemos reconocer y aceptar actualmente con facilidad.

Aunque la evidencia del sistema es escasa, lo poco que sobrevive en

Irlanda indica que la astrología era practicada en la Irlanda precristiana y continuó con el Cristianismo celta, hasta que el nuevo sistema árabe se implanto en el siglo XIV. Más aún, los testimonios conservados muestran que era similar a la astronomía hindú y que estaba basada en la luna. Ciertamente, como ha demostrado Heinrich Zimmer en *Vida de la Antigua India* (1879), hay varios paralelismos entre la astronomía del Calendario de Coligny y el sistema védico o hindú de astronomía/astrología. Así pues, éste era un sistema predictivo e interpretativo, cuyos principios antiguos fueron establecidos primero en los Vedas y conocidos como jyotish (en sánscrito, «ciencia de la luz»). Pero, por otro lado, A.H. Allcroft ha hecho las siguientes puntualizaciones:

Es extraño que, si el druidismo tenía tanto que ver con la astronomía, haya quedado tan poca tradición de este hecho... no hay nada que demuestre que el estudio druídico de la estrellas fuese más que un poco de astronomía aplicada muy simple y útil, como la que nos encontramos en todas las páginas de los *Trabajos y los Días* de Hesíodo y las *Geórgicas* de Virgilio, y que cualquier granjero griego o romano parecía conocer... Aparentemente, la creencia moderna de que el druidismo incluía astronomía o astrología, o ambas, es una invención de los dos últimos siglos.

Esto no es así en absoluto. Debemos explicar, sin embargo, que Hesíodo escribió en el siglo VII a.C. y es uno de los más antiguos poetas griegos conocidos. Los *Trabajos y los Días* es un poema de 828 hexámetros que describe las actividades del año agrario e incluye un almanaque de los días del mes que son favorables y desfavorables. Allcroft pasa por alto un aspecto interesante, que Virgilio, Publio Virgilio Maro (70-19 a.C.) nació en la Galia Cisalpina y se dice que era de familia celta. En las *Églogas*, Virgilio se ocupa de la apropiación de la tierra, reflejando la confiscación de tierras celtas por los romanos tras su conquista de la Galia Cisalpina. Si hubiera sido un romano y, por tanto, uno de los que «se apoderaban de la tierra», dudo mucho que Virgilio se hubiese ocupado tanto de estas apropiaciones. Más fascinante es el hecho de que *Geórgicas*, mencionado por Allcroft, era

un poema que parodiaba los Trabajos y los Días. Pero Virgilio va más lejos al hablar de los hombres viviendo en armonía con la Naturaleza dentro de un esquema divino, mostrando una profunda simpatía por todos los seres vivos e insistiendo en que la Humanidad debe cooperar con la Naturaleza. Todos estos conceptos están asociados con la percepción religiosa celta más que con la religión romana de este período.

Sin embargo, Lewis Spence señalaba: «Mis propias investigaciones corroboran por completo los hallazgos de Mr. Allcroft». Lamentablemente, tanto Allcroft como Spence eran muy dados a ignorar la evidencia del Calendario de Coligny sin ofrecer una explicación, y pretendiendo que no era producto del conocimiento celta. Spence parece haber negado sus conclusiones previas, hechas, quizás, a regañadientes, de que «la astrología parece haber sido una de las características importantes del misticismo Cymric (galés)». Spence hizo esta afirmación en Las Artes Mágicas en la Britania Celta, cuatro años antes de alinearse con Allcroft.

Para apoyar las teorías de Allcroft y Spence, otros han sugerido que, si la astronomía/astrología era tan ampliamente practicada, ¿por qué, entonces, no ha quedado algún testimonio de ella en forma de palabras técnicas? En irlandés medio y moderno, por ejemplo, la jerga astronómica consiste principalmente en palabras prestadas. Astralaíocht para astrología y stoidiaca para zodiaco, por ejemplo, son obviamente préstamos del griego. Incluso el término popular para eclipse es el préstamo éiclips. Otros observadores han señalado, quizás de una manera más crítica, que la mayoría de los planetas no tienen en irlandés nombres nativos. Hacia el siglo XI, los irlandeses conocían los planetas como Sathurn, Jóib, Mear-chair, Mars y Véineas, nombres todos ellos procedentes del latín. Si los druidas habían estudiado los cielos durante siglos antes de que la cultura griega y latina influyese en el vocabulario celta, ¿donde están los nombres nativos para los cuerpos celestes?

Consideremos los argumentos. Los druidas, como observaron los escritores clásicos, reverenciaban el poder de las palabras, que tenían vitalidad y fuerza. Ya hemos tratado la prohibición religiosa drúidica de poner por escrito su saber en una lengua celta, y que ésta norma fue

general hasta época cristiana, cuando, finalmente, este extenso conocimiento nativo comenzó a ser transmitido por escrito. Por eso, se puede sugerir que los nombres nativos por los que eran conocidos los planetas, los nombres que desempeñaban una función tan central en las vidas de la gente, continuaron siendo objeto de prohibición, un geis, tan importante dentro del pensamiento celta. La gente sólo podía referirse a ellos en las conversaciones a través de eufemismos, y así, cuando aparecieron las palabras extranjeras, fue fácil usar estos términos no prohibidos. ¿Puede ser probada esta afirmación? Pienso que sí.

Es verdad que el irlandés ha perdido todos los nombres nativos de los planetas, pero podemos, de hecho, reconstruir los nombres de Mercurio y Venus utilizando la lengua hermana del irlandés, el manés. Esta lengua de la Isla de Man comenzó a tener su desarrollo independiente del irlandés a partir de los siglos V y VI d.C. En manés hay dos nombres para Mercurio, Yn Curain e Yn Crean, palabras gaélicas nativas. También hay dos palabras para Venus, Yn Vadlag e Yn Vaytnag. Los dos nombres diferentes, según el Dr. Robert Thompson, experto en manés, no eran variaciones dialectales (hay un manés del norte y otro del sur), sino palabras intercambiables en ambos dialectos.

La prohibición del uso de los nombres de los cuerpos celestes puede ser mejor demostrada en la percepción gaélica de la luna. Hay varias palabras para la luna en las lenguas gaélicas. El Dr. Thomas De Bhaldraithe, compilador del moderno diccionario irlandés/inglés, opinaba que la luna tenía un nombre propio, el nombre de un dios o, más probablemente, el de una diosa, que fue declarado tabú por los druidas, y no podía ser pronunciado ni escrito por la gente. William Camden observó, durante el reinado de Isabel I, que los irlandeses se arrodillaban mirando a la luna y recitaban una plegaria al Señor, lo que indicaba un vestigio de culto precristiano. Sin embargo, sólo estaban permitidos los eufemismos para referirse a la luna. Hoy en día, gealach (resplandor) es la palabra usada normalmente para nombrar a la luna. Como comparación, en griego, la diosa luna Selene era también llamada Febe (resplandor). También existían otras palabras —el irlandés antiguo tiene éasca (aescas) y esta palabra sigue existiendo en manés como eayst,

pero en ningún otro lugar. En un capítulo anterior hemos visto que éisce era la palabra para sabiduría, conocimiento, poesía y adivinación. Es interesante, quizás, que la palabra se parezca tanto a éisce, otra forma de éisca, que se utiliza no sólo para la luna, sino también para el agua. Casualmente (o quizás no) la diosa luna hindú, Stoma, es también el nombre de la bebida mística de la que hemos hablado anteriormente. ¿Es éste otro símbolo de purificación acuático?

También resulta intrigante que la palabra irlandesa antigua para un buen aspecto o auspicio, utilizada en la forma «es un buen aspecto/auspicio para comenzar hoy el viaje», sea esclae, un compuesto de las palabras para luna y día, lo que podría implicar que se había producido una consulta astrológica.

Es muy significativo que Uisnech, la colina que se consideraba el «ombligo de Irlanda», tenga en su raíz esta misma palabra uis/esc, fácilmente reconocible en la moderna palabra irlandesa para agua, uisce. Uisnech (Ráthconradh, condado de Westmeath) es donde se encendían los primeros fuegos druidicos, y donde la gran «Piedra de las Divisiones» (Aill na Mirenn) marcaba el punto en el que se encontraban las cinco provincias de Irlanda. Fue allí donde Tuathal Techtmhair construyó uno de sus cuatro palacios y allí tiene lugar uno de los grandes festivales. Uisnech es identificado en la tradición irlandesa como el místico monte Killarus, donde, según Geoffrey de Monmouth, Merlín cogió las piedras con las que, se dice, construyó Stonehenge. Para ser justos, hay que señalar que algunos entusiastas de Arturo prefieren situar el lugar en Kildare por la similitud fonética. ¿Era Uisnech un lugar donde se buscaba la sabiduría? ¿Por qué se eligió como «ombligo de Irlanda» si no era para la observación astronómica?

Otra palabra del irlandés antiguo para luna era ré y ésta, también, sobrevive en manés, usada como una parte de la combinación junto con la palabra shollys, luz, para formar rehollys, luz de luna. Y una palabra irlandesa más, lúan, utilizada actualmente en An Lúan, el nombre del día de la luna o lunes. Se cree que esta palabra deriva de la palabra irlandesa nativa para «resplandor» y no que sea un préstamo del latín luna. Así pues, hay cuatro términos diferentes en irlandés para luna y, aparentemente, son todos eufemismos más que nombres propios.

Para dar un ejemplo de una palabra tabú celta en activo debemos volver, de nuevo, al manés. Cuando los Pescadores maneses ponían el pie en un barco, no se podía hablar de la luna como eayst. Hasta su regreso, llamarían a la luna ben-reine ny hoie (reina de la noche). Hay prácticas similares entre los pescadores de las Hébridas, que se refieren al sol como grian, pero le llaman gloyr na laa (gloria del día) cuando navegan. Merece la pena mencionar que en irlandés también hay varios nombres para el sol. No solo tenemos la palabra moderna grian, que también es utilizada en las formas antigua y media, sino que tenemos ló-chrann (cabeza del día), aún utilizada en irlandés moderno y gaélico escocés para, brillo, brillante, reluciente o luz guía. También hay ré-nalá (luz del día), que se usa en manés como ree yn laa. Además, la palabra Sol también es utilizada, pero los filólogos se muestran incapaces de decidir si es un préstamo latino o una palabra nativa compartida una vez por todas las lenguas indoeuropeas. En la antigua Irlanda, un reloj de sol se llamaba normalmente solam pero, según el Dr. Joyce, no derivaba del latín solarium, sino de una oscura palabra nativa. La divinidad solar de la antigua Galia Grannos (Grannus en forma latinizada) parece estar emparentada con el irlandés grian, aunque la Dra. Miranda Green discrepa: «Los intentos de relacionar filológicamente el nombre de Grannus con una palabra irlandesa para el sol (grian) no prosperan». Pero no se indica por qué debería ser así. Ya hemos mencionado que los bretones de Morbihan utilizaban el eufemismo de «zapatero» (kere, en bretón) para el sol, y hemos discutido la posición de Lugh del Largo Brazo como una divinidad solar basándonos en otras tradiciones indoeuropeas.

Por lo que respecta a la jerga técnica, encontramos que es sólo en el siglo XVII cuando el irlandés adopta la palabra stodiaca (zodiaco). En irlandés antiguo tenemos reithes grian (en el manuscrito gaélico Maundeville) como un término para zodiaco, que significa «rueda del sol». Es prácticamente el mismo concepto lingüístico que posee la palabra sánscrita para zodiaco, rasai chakra, rueda de la constelación. El término irlandés roth(rodh en galés) indica un disco o esfera. Más tarde, en particular durante el período del irlandés medio, la palabra para zodiaco fue crois gréine, «la faja del sol». El manés gaélico también

conserva esta forma, cryss greiney, aunque A.W. Moore, en El Folklore de la Isla de Man, recoge una voz aún más antigua, cassan-ny-greiney, «el sendero del sol». El gaélico esco-cés usa la forma tardía grianchrios, pero hay una palabra antigua nativa para horóscopo, tuismeá, que significa comienzo (tuismed), por el momento del nacimiento. Hacer el horóscopo en irlandés era fios a bhaint as na réaltai, «obtener conocimiento de las estrellas». En irlandés antiguo encontramos también el termino éolus lets an réltainn, «dirigir el curso de las estrellas». Una expresión todavía más poética para horóscopo la tenemos en el gaélico escocés, suidheadchadh nan reull aig am bhreith, «colocar los cimientos por las estrellas».

Así pues, si hay palabras y expresiones nativas. Allcroft y Spence se basan en las palabras tomadas prestadas más tarde para afirmar que las tradiciones de astronomía y astrología eran importaciones culturales tardías. Astrolaice y astrolaic (astrología y astrólogo) eran, ciertamente, préstamos. Algunos textos en irlandés medio presentan néladóir para designar a un astrólogo. El significado primario de esta palabra era «adivino de la nube», pero, en un texto irlandés medieval sobre declinaciones latinas, una glosa señala claramente que el significado de la palabra néladoracht era «adivinación por las estrellas». Lo que es aún más fascinante es que tenemos otra palabra medieval para astrólogo, eaystrolach, que deriva de éasca, uno de los eufemismos de la luna, y que sobrevive en el manés bajo la forma easyt. Volviendo al manés, hay otro resto de una palabra nativa primitiva para astrólogo, fysseree, emparentado con el irlandés antiguo fisatóir, «interprete de visiones». La misma raíz se encuentra en fisicecht para nombrar el arte de la ciencia natural.

Mientras el irlandés parece haber perdido muchas de sus palabras técnicas nativas relacionadas con la astronomía y la astrología, a juzgar por el glosario proporcionado por Un Corpus Irlandés de Astronomía (1912) de F. O'Connor y R.M. Henry, el manés y el gaélico escocés conservan muchas palabras, y ofrecen la clave de las palabras irlandesas originales. Por dar un ejemplo típico, como he mencionado antes, eiclips es, obviamente, una palabra derivada del griego ekleipsis (que originariamente significaba «fracaso»). El latín la adopto y de ahí paso

al irlandés. Pero el manés conserva doorey, el oscurecimiento, mientras que el gaélico escocés tiene dubaraich y dubharachd. Estas palabras nos dan la pista para encontrar la palabra irlandesa nativa para eclipse. Dorchaigidse utiliza en muchos manuscritos irlandeses primitivos, como el Leabhar Breac (El Libro Moteado de Duniry), compilado hacia 1400, donde hay una transcripción de la obra del siglo XII Pasiones y Homilias, en la que se hace mención a un eclipse de sol como un co rosdorchaig grian.

Se puede continuar el ejercicio y encontrar palabras y conceptos nativos para términos astronómicos tales como solsticio, conocido como grien táiriesem, «el tiempo del levantamiento del sol». En irlandés moderno se ha convertido en grianstad, «parada del sol»; el equinoccio era deiseabhair na grene, «el tiempo del sol mirando al sur». El irlandés todavía usageiseabhan como «la parte soleada» o deiseach como «mirar hacia el sur». Se pueden rescatar, incluso, nombres de constelaciones o signos del zodiaco, como Med para la constelación de Libra.

La cuestión es que Allcroft y Spence estaban confundidos por una mirada superficial del moderno vocabulario, en el que las palabras y conceptos originales celtas pertenecientes a la astronomía y la astrología habían sido desplazados, de manera que parecía no haber una tradición antigua. La conservación de muchos nombre técnicos nativos es toda una sorpresa considerando lo extendidos que están los prestamos en otras lenguas europeas. En el inglés, por ejemplo, de 183 términos astronómicos o astrológicos, 125 son árabes, nueve son híbridos de árabe y latín, tres son persas, veintiséis griegos y catorce latinos.

Utilizando el irlandés como ejemplo de una lengua celta que fue menos influida por el latín que, entre otros, su prima galesa, podemos observar la supervivencia de una longeva tradición nativa. Hay palabras nativas para cenit (buaic), para paralaxi (saobhdhialt), niebla (néal), penumbra (leathscáil), orbe (meall), etc. Los antiguos irlandeses llamaban a la Estrella Polar réalta eolais, «estrella del conocimiento», un concepto bastante perceptivo. Un cometa era réalta na scuaibe, «una estrella con cepillo o escoba». Estos términos confirman que, en el mundo irlandés antiguo, se estudiaban a fondo las estrellas.

Que esta tradición de astronomía/astrología paso de los druidas a los nuevos intelectuales cristianos se puede demostrar fácilmente. P.W. Joyce, en su Historia Social de la Irlanda Antigua, reconoce el amplio uso de la astrología para predecir la manera más auspiciosa de comenzar a construir una nueva casa. Esto se confirma, en realidad, en un manuscrito del siglo VIII, citado en la obra de O'Curry Modos y Costumbres de los Antiguos Irlandeses, en la que el mítico arquitecto Gobhan Saer busca, simbólicamente, consejo astrológico antes de edificar. De hecho, este método electivo de astrología, esto es, la búsqueda de adivinación por medio de estrellas para decidir los momentos más favorables para emprender proyectos, parece haber sido usado por los primeros Padres de la Iglesia irlandeses. El estudio de Whitley Stoke Tres Homilias menciona que Colmcille consultó un horóscopo para determinar el mejor momento para que su hijo adoptivo comenzase su educación, de la misma manera que, en su día, se consultó a un druida sobre cuando debía ella misma iniciar su propia educación, y el druida, en aquella ocasión también, escrutó los cielos para dar una respuesta.

Cuchulainn, mientras estaba en una fiesta, quiso de pronto saber la hora y le dijo a su auriga Loeg: «Sal, observa las estrellas en los cielos y determina cuándo es medianoche». Hay otro ejemplo más histórico en una historia sobre Conn, el Rey Supremo, donde se nos cuenta que fue a los terraplenes de Tara, junto a las murallas, con sus druidas Mael, Bloc y Blucine, antes del amanecer, y estudiaron los cielos para ver si seres hostiles podían descender sobre Irlanda desde los cuerpos celestes. Incluso Lewis Spence ha señalado que esta noticia tiene, seguramente, una «significación astrológica». Como resulta evidente en el Calendario de Coligny, se observaban días propicios y no propicios. Tenemos horóscopos de nacimiento hechos por un druida de Druim Dil (Drumdeel, cerca de Clonmel). Eoghan de Munster se encontró con un druida que observó en el horóscopo que el rey moriría en su próxima batalla, pero que si engendraba entonces un hijo; este sería un rey grande y poderoso. El druida tenía una hija llamada Moncha y le ordenó que se acostara con Eoghan. Moncha quedó embarazada y Eoghan fue muerto. Moncha, para evitar que el nacimiento del niño ocurriese antes

de la configuración planetaria correcta, se sentó a horcajadas sobre una roca de un arroyo. Cuando nació el niño, a su debido tiempo, su cabeza se aplanó por el contacto con la piedra sobre la que Moncha se había sentado para evitar su nacimiento prematuro, y por eso el niño se llamó Fiachu Muillethan, o el Cabeza Plana. El horóscopo se había cumplido.

Los anales irlandeses, como los Anales de Tighernach (siglo XI), Anales del Ulster (siglo XV) y Anales de Clonmacnoise (el original se ha perdido, pero se conserva una traducción inglesa del siglo XVII), conservan todos ellos menciones a fenómenos astrológicos que confirman las capacidades de los astrónomos nativos.

En el siglo X, el Saltair na Rann (Salterio de los Cuartetos) afirmaba claramente que toda persona educada de Irlanda debía conocer los signos del zodiaco con sus nombres en orden y el mes y día correcto en el que el signo entra y sale. El Saltair na Rann estipula que el sol permanece treinta días y diez horas y media en cada signo. En otras palabras, una fuente irlandesa confirma que toda persona educada en la Irlanda del siglo X debía tener unos rudimentos de astronomía y astrología.

El conocimiento extendido de astrología en Irlanda está confirmado por una obra anterior escrita por Cormac Mac Cuileannáin (836-908 d.C), el famoso Sanas Chormaic o Glosario de Cormac, que Kuno Meyer editó en Dublín en 1912. El Glosario afirma que toda persona inteligente puede estimar la hora de la noche durante todo el año estudiando la posición de la luna y las estrellas. Con astronomía y astrología como ciencias gemelas, los irlandeses se convirtieron en herederos de muchos siglos de antiguas tradiciones celtas.

San Virgilio de Salzburgo, en realidad, era un monje irlandés llamado Fergal que había estudiado en Aghaboe, condado de Laois, en el famoso monasterio de San Canice. Los escritos astronómicos de Fergal le hicieron objeto de quejas ante el Papa Zacarías (741-752 d.C). La persona que expuso las quejas no era otro que el inglés San Bonifacio de Crediton, que se ganó una reputación como «martillo de la Iglesia Celta», no sólo por su celo reformador, sino también por su enemistad con Fergal, que se había convertido en abad en Salzburgo.

Bonifacio denunció los escritos de Fergal y estaba escandalizado de que dirigiese su diócesis según las costumbres de la Iglesia Celta. San Virgilio era ayudado por Dubdáchrích (Dobdagreco) que había sido consagrado obispo en Irlanda y llegó a ser abad del monasterio de Chiemsee, en Baviera septentrional.

Aunque está documentado que las especulaciones cosmográficas de Fergal fueron consideradas impactantes, el Papa, empero, desestimó la queja. Por desgracia, el único texto conservado que trata estas especulaciones es la carta del Papa a Bonifacio el 1 de mayo de 748, en la que se dice que la doctrina es que «hay bajo la tierra otro mundo, y otros hombres, otro sol y otra Luna». Se ha interpretado como que Fergal estaba proponiendo que el mundo era esférico siete siglos antes de que lo hiciese Colon. Fergal sobrevivió a los ataques de Bonifacio y fue canonizado por el Papa Gregorio IX en 1233.

Justo después de Fergal apareció Dungal, del famoso monasterio de Bangor, en el condado de Down. En el año 810 d.C. tuvieron lugar dos eclipses de sol. Dungal escribió un discurso, a petición de Carlomagno, explicando el fenómeno, y demostró que conocía la inclinación de la órbita lunar hacia la de la eclíptica¹⁷, y propuso un principio astronómico para los eclipses, fuesen solares o lunares, que decía que, para que sucediesen era necesario que la luna estuviese en el plano de la eclíptica. Dungal fue más lejos todavía al establecer una escuela que, con el tiempo, se convirtió en la Universidad de Padua.

Otro famoso astrónomo irlandés, Diciul, estaba adquiriendo fama entre los sabios europeos en aquel momento, tras haber escrito un tratado geográfico en 825 d.C. Esto es de considerable importancia, porque contenía un testimonio del descubrimiento de Islandia y el

¹⁷ Eclíptica: (Del latín eclíptica, (línea) porque sólo en ella se verifican los eclipses solares y lunares.) Círculo máximo de la esfera celeste, que en la actualidad corta el Ecuador en ángulo de 23 grados y 27 minutos, y señala el curso aparente del Sol durante el año. Diccionario de la R.A.E. N. del T.

posterior establecimiento de monjes irlandeses al menos sesenta y cinco años antes de que llegasen los escandinavos. Pero la obra astronómica de Diciul que se ha conservado, *De Mensura Orbis Terrarum*, es un monumento a la ciencia irlandesa del siglo IX. El tratado permaneció olvidado hasta que lo identificó el estudioso alemán Ernst Dümmler en 1879 en la Biblioteca de Valenciennes, en Francia. Fue publicado en 1907 con un exámen de Mario Espósito que afirmaba su importancia para la astronomía, astrología y los estudios latinos medievales. Espósito estaba sorprendido de que nunca se hubiese publicado antes, y estaría aún más sorprendido de que, ocho décadas después, la obra de Diciul siga siendo ignorada por casi todos. Y, sin embargo, Diciul tiene mucho que decir sobre las revoluciones de los planetas y sus influencias. Diciul hizo también algunas especulaciones fascinantes sobre la existencia de una estrella polar del sur. Una vez más, nos encontramos con la evidencia de astrónomos/astrologos irlandeses en una posición de liderazgo en la Europa medieval.

En el siglo IX tenemos más evidencias del conocimiento de los antiguos irlandeses en el estudio de los fenómenos astronómicos y astrológicos que determinaban los ciclos y fechas. Fueron descubiertas por d'Arbois de Jubainville como glosas, o notas groseras, sobre una hoja de un antiguo manuscrito en la Biblioteca de Nancy.

Puesto que la astronomía y astrología árabe no penetraron en Irlanda hasta el siglo XIV parece que la larga tradición nativa fue aumentada por la influencia greco-romana tras la llegada del Cristianismo.

En el siglo XIV muchos estudiosos irlandeses eran profesores en las universidades de Bolonia, Padua y Montpellier, y fue desde estos centros de enseñanza donde se introdujeron en Europa, e Irlanda, los conceptos de la medicina filosofía y astrología árabes. Junto con los libros médicos irlandeses, a los que ya nos hemos referido, tenemos un gran número de tratados de astronomía, astrología, tablas de los signos del zodiaco y discursos sobre los planetas y sus influencias. Por

entonces, por supuesto, debemos dejar de hablar de astrología nativa, pues las formas están en la nueva enseñanza árabe.

En su artículo «Médico y Filósofos Irlandeses», el Prof. Francis Shaw señala: «La medicina árabe tiene como hermanas a la filosofía árabe y a la astrología árabe... Es de estas escuelas de donde precede la tradición médica irlandesa del siglo XIV, XV y XVI». Como ya se ha señalado, Joseph O'Logan, en una obra no publicada en la Academia Real Irlandesa, ha demostrado que la astrología era, en aquella época, utilizada como parte del diagnóstico y prognosis de los médicos.

En Gales, en la Hanes Taliesin, del siglo XVI, hay alusiones al “llyvfran serryddiaeth”, «libros de las estrellas», y Edward Davies, en su Mitología y Ritos de los Druidas Britanos (1809) se refiere a ello, aunque debemos tomar a Davies con mucha cautela. Sin embargo, Gwydion, hijo de Don, Gwyn, hijo de Nudd e Idris el Gigante aparecen en el mito galés como famosos por «su habilidad para leer las estrellas». Geoffrey de Monmouth, en su famosa “Historia Regum Britanniae”, habla de un colegio de doscientos astrólogos en Caerlon-upon-Usk. Ciertamente, Spence admite que hay «por todos los escritos místicos galeses otras alusiones a astrología y tradiciones sobre las estrellas». Mientras las referencias galesas son de un periodo posterior, hay, sin embargo, evidencias suficientes antes del siglo XIV para demostrar que Allcroft y Spence estaban equivocados, y hay muchas pruebas para verificar las afirmaciones de los escritores clásicos sobre el saber de los celtas, y en particular de los druidas, en este campo. Por último, ¿es una mera coincidencia que la antigua palabra manesa *falllogyssagh*, (de falsaght y loayr, «hablar») signifique no sólo «filósofo», sino, muy específicamente, «astrólogo»?

No es éste el lugar para hablar sobre filosofía de la astrología. Los antiguos celtas, igual que muchas sociedades antiguas, parecen haber contemplado la astrología como otra influencia natural o herramienta mediante la cual la gente podía comprenderse mejor a sí misma y su lugar en el universo.

LOS DRUIDAS COMO MAGOS

En la literatura y la tradición nativas celtas, los druidas han llegado hasta nosotros, en su forma más popular, como magos, como hechiceros poseedores de poderes sobrenaturales. Muirchú, en su libro del siglo VII, Vida de San Patricio, se refiere a los druidas que se oponían a Patricio en Tara como magi, mientras Adomnán llama claramente «mago» a Broichán, el druida de Bruide Mac Maelchon. Así pues, hacia la época de la llegada del Cristianismo a Irlanda y Britania, los druidas eran identificados por la palabra magus. Ahora bien, los magi fueron la casta sacerdotal de la antigua Persia, y sacerdotes magi fueron los exponentes del Zoroastrismo. Su reputado poder sobre las entidades sobrenaturales nos ha transmitido a la palabra «magia». Así, en su forma original, no eran diferentes a los druidas. Sólo por la degeneración del término a través del latín, los magi se convirtieron en lo que hoy consideramos un «mago». El Libro de Armagh aplica este término a los druidas, con su significado peyorativo. Un poema en el Libro de Taliesin utiliza la palabra Derwyddon para los Reyes Magos que visitaron al niño Jesús (Mateo 2), traduciendo así el termino grecolatino *magi*.

Plinio establece una clara conexión cuando habla de «los druidas, como ellos (los celtas) llaman a sus magi». Pero Hipólito también cataloga juntos a los druidas y a los magi. Plinio añade: «Todavía hoy en Britania están embelesados por la magia, y llevan a cabo sus ritos con tanta ceremonia que casi parece que se basen en las costumbres persas».

Hay muchos testimonios de magia en los mitos y las sagas de Irlanda y Gales. En concreto, es el arte de influenciar el curso de los acontecimientos imponiéndose a los seres sobrenaturales o controlando los principios de la Naturaleza mediante hechicería. Una vez más, no

hay diferencia entre la cultura celta y la de Grecia o Roma, en las que la práctica de encantamientos, hechizos, conjuros, maldiciones y otros ritos pretendían influir y controlar el curso natural de los acontecimientos humanos. En tiempos históricos, en Grecia y Roma, comenzó a establecerse una división entre prácticas religiosas oficiales y uso popular de la magia. Aunque la magia comenzó a declinar en Grecia, recibió un impulso considerable bajo el Imperio Romano, quizás como reacción contra el materialismo de la sociedad generada por la ética imperial. Sin embargo, el ascenso del Cristianismo contempló la enérgica condena de la magia o, más bien, cualquier magia que no estuviese al servicio de la nueva religión.

Lewis Spence ha observado: «Es casi imposible encontrar una página en la literatura irlandesa primitiva que no contenga una referencia a un druida en su papel de practicante de poderes mágicos...»

El nombre común en Irlanda para un mago era *corrguinech*, y su arte, magia o hechicería, era *corrguine*. En la historia de la batalla de Magh Tuireadh (Moytura) se dice que el *corrguinech* realizó su conjuro sosteniéndose sobre un solo pie, con un brazo extendido y un ojo cerrado, y pronunció la maldición *glám dichenn* para causar daños a los enemigos. Lugh Lámhfadha utilizó este método antes de una batalla y Cuchulainn también inscribió su mensaje Oghma amenazador contra Medb utilizando el mismo ritual de un pie, una mano, un ojo.

En las sagas irlandesas, los druidas podían provocar una densa niebla para envolver el terreno, o provocar una tormenta que dispersara y destruyese a sus enemigos. La capacidad de utilizar las fuerzas de la naturaleza está bien testimoniada. Muirchu dice que los druidas de Laoghaire enviaron grandes bolas de nieve y oscuridad para impedir que Patricio se aproximase a Tara. Bróichan, el druida jefe del rey picto Bruide, provocó una terrible tormenta para detener a Colmcille, que estaba cruzando el Loch Ness. Mathgen hizo que las montañas cayesen sobre sus enemigos, mientras que Mug Ruith seco todos los pozos, aunque encontró agua para los suyos disparando una flecha hacia arriba

que provocó una corriente desde el cielo. Cathbad transformó en una llanura el «gran oleaje del mar» para evitar la huida de Dierdre.

El “*ceo druidechta*”, la niebla druídica o mágica, aparece en muchos cuentos irlandeses. La niebla venció a Laoghaire el Victorioso y Conall Cernach, y cuando los Dé Danaans invadieron Irlanda, se vieron envueltos por una niebla mágica. En la Vida de San Moling encontramos a Mothairén, su amigo, que es capaz de provocar una niebla para proteger a los misioneros cristianos de sus enemigos. Este es otro ejemplo de cristianos asumiendo los poderes de los druidas.

Además de nieblas, los druidas podían producir también un *dicheltair* o *fe-fiada*, una vestimenta de invisibilidad para protegerse de sus enemigos. En una versión irlandesa de la Odisea, Venus coloca uno de estos trajes sobre el héroe Ulises para protegerlo cuando entra en la ciudad de los feacios. El *fe-fiada* se convirtió en sinónimo de manto de protección. Curiosamente, el himno de San Patricio se llamaba *fe-fiada*. Muchos cristianos celtas, al asumir algunas de las cualidades de los druidas, o, como yo creo, muchos druidas en su transición al Cristianismo, asumieron poderes mágicos. Cuando la madre de San Finnchua estaba siendo perseguida por un rey pagano, invocó al *celtchair dhichlethi*, una vestimenta o niebla de oscuridad, y de esta manera pudo escapar.

Algunos textos mencionan una varita mágica druídica, *slat an draoichta* (vara del druida), una rama de la que colgaban unas pequeñas campanas que tintineaban continuamente. Esto es similar a las ramas que llevaban los bardos. Mannanan Mac Lir llevaba una rama mágica de manzano con campanillas de plata. Cuando Sencha, el bardo jefe del Ulster, agitaba su varita, se apagaba el rumor de la batalla. Neide llevaba una de estas varitas en «El Dialogo de los dos Sabios». W.Y. Evans Wenz, en “La Fe Mágica en los Países Celtas” (1911) tiene mucho que decir sobre la magia de los druidas, y menciona las diferentes varas con reputación usadas por los druidas. Estas varas,

indudablemente, igual que las varitas de los bardos, eran un símbolo de su oficio.

El cambio de forma es otra de las capacidades atribuidas a los druidas. Cuando Fer Fidail, un druida, secuestró a una muchacha, lo hizo asumiendo el aspecto de una mujer. Una mujer druida, Badb, hija del druida Calatín, engañó a Cuchulainn, con la intención de matarlo, tomando la forma de Niamh, que había cuidado al héroe durante una enfermedad. Se dice que Amairgen y Taliesín asumían muchas formas diferentes. Los druidas podían cambiar la identidad de otras personas. Fer Doirche transformó a la bella Sibh en un ciervo cuando ella rechazó su amor. La mujer druida Dalb, que transformó a tres hombres y sus tres esposas en cerdos, y Aoife, esposa de Lir, que convirtió a sus hijos adoptivos en cisnes, y muchos ejemplos más...

Hay menciones a «sueños drúidicos», obtenidos por hipnotismo. Bodb, sospechando que su hija le estaba mintiendo, la introdujo en uno de estos sueños en el que ella reveló la verdad. Una «bebida de olvido» es otra de las herramientas de los druidas, que hacía que la gente olvidase incluso a sus amigos más cercanos y sus amores. J.A. MacCulloch comenta:

La pervivencia de las creencias en hechizos entre los modernos pueblos celtas es una prueba de su uso en tiempos paganos, y arroja cierta luz sobre su naturaleza. En Bretaña se han transmitido dentro de algunas familias y han sido cuidadosamente protegidas de la curiosidad de extraños. Los nombres de santos en lugar de los antiguos dioses se encuentran en estos conjuros, pero en algunos casos se dirigen a las enfermedades como si fuesen entes personales. En las Highlands se encuentran encantamientos similares, que se han transmitido a menudo de una mujer a otra. También es común su uso en Irlanda. Aparte de curar enfermedades, se supone que estos encantamientos causan fertilidad o proporcionan buena suerte o, incluso, transfieren al que los recita las propiedades de otras personas, o bien, en caso de

magia negra, causan muerte o enfermedad. En Irlanda, los brujos podían «provocar la muerte a un hombre o un animal», lo que recuerda el poder de la sátira en boca del *fili* o druida. Causaba manchas en las caras de sus víctimas o incluso les provocaba la muerte.

Los escritores cristianos celtas primitivos, creyendo firmemente en los poderes mágicos de los druidas, ponían esos mismos poderes en manos de los «santos» de la Iglesia celta. Obviamente, los «santos» estaban poseídos por un poder mágico mayor que el de los druidas, y así, Patricio es capaz de dispersar las tormentas de nieve y la oscuridad y destruir a los druidas haciendo bajar fuego del cielo. La victoria de los misioneros cristianos sobre los druidas es presentada en la literatura nativa como una victoria básicamente mágica. Las Vidas o hagiografías de los santos primitivos, como Fechin de Fore, Ciaran, Colmcille, Moling y otros, están llenas de santos dominando los elementos, curando, causando invisibilidad, cambiando de forma y realizando otras formas de magia. Pero todas sus habilidades mágicas son atribuidas a Cristo. Colmcille proclama: «¡Cristo es mi druida!». La tradición continuó hasta la Reforma, cuando los ministros presbiterianos, según el libro de William Walker Seis Santos de la Alianza (ed. por el Dr. Hay Fleming) podían profetizar, sanar, levitar, maldecir al impío y realizar actos de magia. Como dice MacCulloch: «El substrato de creencias primitivas sobrevive a todos los cambios de credo, y la imparcialidad de las creencias populares atribuye poderes mágicos a druidas paganos, santos celtas, antiguas brujas y hechiceras y ministros presbiterianos».

REVIVIENDO A LOS DRUIDAS

Tras la propagación del Cristianismo en los países celtas, el papel de los druidas dentro de la sociedad se alteró y disminuyó. Finalmente desaparecieron, excepto como personajes literarios. Cuando los pueblos celtas cayeron ante los nuevos conquistadores, y estos trataron de destruir sus lenguas y culturas, el conocimiento fue cada vez más

restringido para aquellos que conservaban una comprensión de estas lenguas. Fuera de las culturas celtas, los druidas fueron olvidados por completo.

Esta es una interpretación tradicional de la desaparición de los druidas. Mi opinión, que espero haya quedado demostrada, es que el término druida, en la sociedad celta precristiana, referido a una estratificación social, describía a la clase intelectual. Esta división de grupos sociales existía en todas las sociedades indoeuropeas, y se puede seguir actualmente en el sistema de castas hindú. Sin embargo, cuando el Cristianismo se estableció, el término genérico «druida» se corrompió, siendo relacionado con la sociedad pagana, y solo aplicado a hechiceros, magos, poetas proféticos y bardos.

La autentica casta druídica, como sus homólogos brahmanes, no «desapareció», sino que el término genérico cambio cuando la casta se adaptó a los nuevos valores religiosos y culturales. Hay pruebas de que el sistema de castas se estaba desmoronando de cualquier forma entre los celtas, como demuestran sus sistemas legales, igual que estaba ocurriendo en otras sociedades indoeuropeas. Sin embargo, algunos restos permanecen y, así, podemos ver, especialmente en la sociedad irlandesa hasta el siglo XVII, algunas funciones intelectuales mantenidas por ciertas familias, en las que tenemos profesiones hereditarias como médicos, jueces, bardos, etc. Resumiendo: la intelectualidad siguió existiendo pero, tras la llegada del Cristianismo, no volvieron a ser llamados con la denominación general de druidas.

Hoy día, sin embargo, los druidas se han convertido en figuras románticas de un mundo de «nunca jamás». -¿Cómo se llegó a esta nueva percepción?

A mediados del siglo XIV comenzó el Renacimiento, un término que no fue utilizado hasta el siglo XIX. Se recuperó el interés por los escritores griegos y latinos de la Antigüedad y resurgieron las enseñanzas de lo que ahora llamamos mundo clásico. Se redescubrieron las obras de Cesar, Plinio y otros autores. Los Commentarii de hello Gallico de César (sobre su campaña en la Galia) y los Commentarii de hello civitis (sobre la guerra civil romana) se imprimieron en Venecia en 1511. Fue en estas obras, ahora disponibles para todos los estudiosos

gracias a los nuevos medios de impresión, donde los druidas fueron redescubiertos por el mundo no celta.

En la Francia del siglo XVI, los druidas, junto con los antiguos celtas, o mejor dicho, galos, se convirtieron en figuras históricas respetables. En lugar de los francos, que se reconocían a sí mismos como conquistadores germanos de los galos, los galos se convirtieron en los honorables antepasados de los franceses. Como ha observado el Prof. Piggott: «El pasado pre-romano fue aprovechado como cimiento de un mito nacional». Las Flores y la Antigüedad de los Galos, donde se trata de los antiguos Filósofos Galos llamados Druidas fue publicado en 1532 por Jean le Fevre, coincidiendo, curiosamente, con la fecha del Tratado de la Unión entre Bretaña y Francia del 18 de septiembre de aquel año. Este fue el momento en el que Bretaña se incorporó como una provincia autónoma dentro del estado francés. Bretaña sucumbió finalmente a la conquista militar francesa después de siglos de independencia cuando, en 1488, su ejército fue derrotado por los franceses en Saint Aubin du Cormier. Tras la derrota, los bretones fueron obligados a aceptar una unión de cabezas coronadas del Estado. Poco después, se decidió incorporar a Bretaña, un próspero país hasta aquel momento, dentro de Francia, permitiendo a los bretones conservar su propio parlamento. El entusiasmo de la reivindicación francesa por unos antepasados celtas se puede ver claramente como un cínico movimiento político para reforzar la unión con la filosofía «¡Ahora todos nosotros somos celtas!»

Comenzaron a aparecer en Francia muchos libros sobre los antiguos galos y los druidas. Muchos de ellos utilizaban como fuente un texto atribuido a Beroso que había sido impreso por Annio de Vitrebo en 1498. La obra era en realidad una falsificación, pero Annio proclamaba que era una historia del mundo escrita por el sacerdote babilonio en el siglo III a.C. En efecto, Beroso existió realmente y fue conocido por haber escrito una historia de Babilonia en griego, pero solo se conservan citas de la misma en otros autores. Se decía que Beroso había transmitido la astrología babilónica a los griegos y había fundado una escuela de astrología en la isla de Cos hacia 280 a.C. Pero el texto de Annio de su historia del mundo se considera ahora espurio. Annio,

porque debemos suponer que él fue el autor, incorporaba en su libro algunas referencias griegas y romanas sobre los druidas, pero tomó nombres relativos a los druidas de varios textos griegos y latinos, malinterpretando o cambiándolos por personas reales como Dryius, Bardus, Celtæ y Samothes (este último a partir de *semnotheot*).

El entusiasmo por estas obras continuó en el siglo XVII. Fragois Meinhard publicó un libro en latín en 1615 que se puede traducir como *El Muérdago de los Druidas como Símbolo de Jurisprudencia*. En 1623 el Dr. Jean Guenebault provocó un revuelo al publicar *El Descubrimiento de la Antigua Tumba de Chyndonax, Príncipe de los Vacíos, Druidas, Celtas, en Dijon*. Guenebault afirmaba que, en 1598, en su propio viñedo en Poussat, cerca de Dijon, se descubrió un cofre con una urna cineraria de cristal, con una inscripción en un griego muy dudoso que tradujo como «en esta tumba, en el sagrado bosque del dios Mithra, está guardado el cuerpo del Sumo sacerdote Chyndonax. Que los dioses protejan mis cenizas de todo daño». Guenebault aseguraba que había descubierto los restos de un archidruida. Esta fue la semilla del mito de la moderna imaginaria romántica sobre los druidas.

Los druidas fueron incluso proclamados antepasados de los germanos. En 1648 Elías Schedius trataba el asunto en *De Dis Germanis*, subtítulo «La religión de los antiguos germanos, celtas, galos, britanos y vándalos», que fue publicado en Amsterdam. El libro ofrece una visión de los druidas aun en sus sombríos robledales, con un druida adornado con hojas de roble, adecuadamente vestido, empuñando un cuchillo manchado con la sangre de un sacrificio mientras una siniestra sacerdotisa se encuentra a su lado. La mujer lleva un cráneo humano colgando de la cintura y está golpeando un tambor con dos fémures también humanos. La obra de Schedius fue seguida en 1650 por un estudio similar de Esaías Pufendorf, que publicó su *Dissertatio de Druidibus*. Pero Pufendorf también tenía oscuros robledales druidicos inundados de sangre y cuerpos humanos decapitados.

Hacia finales del siglo XVI, las fuentes clásicas fueron traducidas al inglés y se encontraron a disposición de muchos más lectores.

Philemond Holland hizo traducciones de Plinio y Ammiano Marcelino, mientras Clemente Edwards traducía a César. La nueva imagen romántica del druida comenzó, gradualmente, a emerger en la literatura inglesa, al igual que en la francesa y alemana. La primera aparición conocida fue en una obra de teatro titulada *Bonduca* (una corrupción de Boudicca), escrita por John Fletcher, que apareció en 1618. Poco después, en 1624, Edmund Bolton daba crédito a «Bonduca» y creía que había edificado Stonehenge. Cuatro años más tarde, los druidas ingresan en la literatura inglesa como respetables bardos o poetas en el *Polyolbion* de Michael Drayton, y comenzaron a aparecer en las obras de John Milton y otros.

En *Syntagama de Druidum moribus at institutis* (1644), Tomás Smith creía que Abraham era el patriarca de los druidas. De esta idea se hizo eco Edmund Dickinson en 1655 que exclamaba: «¡Oh los sacerdotes del roble! ¡Oh los patriarcas de los druidas! De ellos procede la secta de los druidas, que llegó tan alto, por lo menos, como en tiempos de Abraham.

Pero muchos ingleses de esta época tenían dificultades para conceder a los celtas cualquier talento o capacidad «civilizada». No en vano, se encontraban en pleno proceso de una salvaje «limpieza étnica» de irlandeses en Irlanda. Como expresó William Shakespeare en Ricardo II (acto II, escena I):

Ahora, para nuestra guerra irlandesa,
Debemos reemplazar aquellas semillas de ásperos cabellos.
Que viven como ponzoña donde no lo hace ninguna otra ponzoña,
Pero solo ellos tienen el honor de vivir allí.

Era el tiempo de la «solución final» de Oliver Cromwell para Irlanda. Su conquista de la isla había exterminado a más de un tercio de la población irlandesa. Otros cien mil hombres, mujeres y niños irlandeses estaban en proceso de ser embarcados hacia el Nuevo Mundo, en concreto Barbados, como trabajadores explotados, en condiciones peores que la esclavitud, porque los colonos tenían que comprar los esclavos, mientras que los «trabajadores» irlandeses eran proporcionados gratis por el gobierno, y había una tendencia a explotar

a estos sirvientes hasta la muerte. Podían ser reemplazados por esclavos, pero costaba dinero. Los soldados ingleses rodeaban los pueblos irlandeses y apresaban a cualquiera que encontrasen para meterlo en un barco rumbo a las colonias. No quedaba ni un solo soldado para proteger a la población, pues los restos del ejército irlandés, unos cuarenta mil hombres, se rindieron a Cromwell y se les permitió marcharse a Europa para servir en los ejércitos de Francia, España o Austria.

El último paso fue la orden de que a partir del 1 de mayo de 1654 todos los irlandeses debían marchar a una reserva al oeste del río Shannon, en el condado de Clare, provincia de Connacht. Cualquier irlandés que fuese encontrado al este del río Shannon después de esa fecha podía ser ejecutado inmediatamente. Si un soldado inglés llevaba la cabeza de un «rebelde» irlandés a su oficial en jefe era recompensado con cinco libras esterlinas, y a nadie más le concernía como había llegado a la conclusión de que era un «rebelde».

Bajo estas circunstancias, no es extraño que los escritores ingleses no viesen nada digno de atención en la cultura irlandesa, fuese antigua o moderna. Además, ignoraban a los escoceses, galeses y cónicos al considerarlos una raza inferior. Después de todo, como conquistadores, igual que los romanos, sería imprudente por parte de los ingleses atribuir cualquier «cualidad civilizada» a aquellos a quienes habían conquistado o estaban en proceso de conquistar. Como una demostración de este prejuicio, Iñigo Jones (1573-1652) escribió algunas anotaciones sobre Stonehenge que su yerno, John Webb, publicó antes de su muerte como *La más extraordinaria antigüedad de la Gran Bretaña, llamada vulgarmente Stone-Heng, restaurada* (1655):

Respecto a los druidas... ciertamente, Stoneheng no pudo ser construido por ellos, pues, no encuentro mención alguna de que fuesen jamás o estudiosos de la arquitectura (lo que en este asunto es imprescindible) o tuviesen algún tipo de habilidad que les posibilitase llegar a ese nivel. Las escuelas de diseño eran desconocidas para ellos; no había tampoco lecciones publicadas sobre matemáticas; nada de su pintura, ni una palabra de su escultura se puede encontrar, o algún resto

de alguna ciencia (a excepción de filosofía y astronomía) necesaria para formar el juicio de un arquitecto...

La población celta de Britania, que había sido conquistada, masacrada y forzada a marcharse de la tierra donde vivían por los antepasados de los ingleses, los anglosajones, era «... un pueblo salvaje y bárbaro, desconocedor del uso de toda prenda de vestir... indigente del saber ...como para erigir estructuras majestuosas, u obras tan extraordinarias como Stoneheng...». Y concluye: «En pocas palabras, porque es suficiente. Stone-henge no fue obra de los druidas, o de los antiguos britanos; las enseñanzas de los druidas consistían más en la contemplación que en la práctica, y los antiguos britanos consideraban su mayor gloria ser absolutamente ignorantes de cualquier arte...» La hilarante conclusión de Iñigo Jones, para aceptar el acertijo de su prejuicio, era: «Stoneheng, a mi juicio, es una obra construida por los romanos, y ellos son los únicos fundadores del lugar...».

La teoría de Jones no fue, sin embargo, fácilmente olvidada, e incluso en el siglo siguiente Tomás Twining (1723) y Tomás Hearne (1729) la apoyaban con entusiasmo. El poeta Samuel Bowden pudo observar en 1733:

Las viejas reliquias de Avebury
alimentan al ojo curioso Y grandes en
ruinas, romanas estructuras yacen.

De los romanos pasa el péndulo a los daneses. La pretensión vikinga de ser los constructores de Stonehenge fue defendida por el Dr. Walter Charleton en *Chorea Gigantum* (1633) y apoyada por algunos otros eruditos, entre ellos el poeta John Dryden, que dio su aprobación a la idea en un panegírico:

... bien podrás conceder nuevo vigor a los hombres, que hacen
vivir a las piedras.
A través de ti, los daneses (perdido su pequeño dominio)
Una conquista mayor que la fanfarronada sajona.
Stone-Heng, si bien una vez un Templo, tú has encontrado

Un trono, donde Reyes, nuestros Dioses terrenales, eran coronados...

El yerno de Iñigo Jones volvió a la refriega para echar a los daneses con cajas destempladas, al reafirmar una vez más la teoría de que los romanos construyeron Stonehenge.

En 1649 John Aubrey había escrito un bosquejo del antiguo Wilshire. Aubrey hizo buen uso de Cesar y lo relacionó con noticias de hallazgos en el Nuevo Mundo, de manera que, según su punto de vista, los antiguos celtas surgieron de una mezcla de barbaros orgullosos y el «noble salvaje», concepto entonces asociado con los indios americanos. Posteriormente, Aubrey, al estudiar Stonehenge, realizó una «humilde sumisión a mejores juicios, y ofreció la posibilidad de que (las piedras) fuesen templos de los druidas...», y continuaba:

NO APTO PARA SU VENTA

MI SUPOSICIÓN ES QUE LOS DRUIDAS, ERAN LOS MÁS EMINENTES SACERDOTES, U ORDEN DE SACERDOTES, ENTRE LOS BRITANOS;... PERO QUE ESTOS ANTIGUOS MONUMENTOS ... ERAN TEMPLOS DE LOS SACERDOTES DE LA ORDEN MÁS IMPORTANTE, A SABER, LOS DRUIDAS, Y... SON TAN ANTIGUAS COMO AQUELLAS ÉPOCAS. ESTA INVESTIGACIÓN, DEBO CONFESARLO, ES COMO BUSCAR A OSCURAS; PERO AUNQUE NO HE PODIDO SACARLA A LA LUZ, PUEDO AFIRMAR QUE LA HE SACADO DE UNA OSCURIDAD AUN MAYOR PARA LLEVARLA A UNA FINA NEBLINA, Y HE IDO MÁS LEJOS EN ESTE ENSAYO QUE NINGÚN OTRO ANTES QUE YO...

Aubrey estaba, ciertamente, más cerca de la verdad que Iñigo Jones y su yerno John Webb. Aubrey discutió sus teorías con Edward Lhuyd (1660-1709), el conocido erudito celta del Ashmolean, en Oxford, que se mostró de acuerdo con él. «Creo que eran lugares de sacrificio y otros ritos religiosos en tiempos del paganismo, y los druidas eran, entonces, nuestros antiguos sacerdotes paganos,» escribía Lhuyd. La mayor obra erudita de Lhuyd, *Archaeologia Britannica*, 1707, puso las bases de la moderna investigación lingüística celta. Éste fue solo un primer volumen de su estudio, titulado *Glossography*, pero Lhuyd falleció antes de poder acabar el siguiente volumen.

Archaeologia Britannica contenía los primeros estudios de filología celta comparada.

Aubrey también había contactado con James Garden, un profesor universitario de Aberdeen, en 1693, para pedirle algún consejo sobre su nueva teoría de que todos los megalitos eran templos de los druidas. Aunque Garden se sentía atraído por la teoría, le contestó que no había «nada en el nombre de los monumentos o en la tradición que nos ha llegado sobre ellos que nos remita a los druidas».

Aubrey estaba desarrollando su teoría en un libro que quería llamar «Templa Druidum», pero el proyecto quedó finalmente reducido a un capítulo de *Monumenta Britannica*. Cuando Aubrey murió en 1697 solo se habían publicado extractos de su tesis completa en esta obra y en la edición de *Camden* (1695) de Edmund Gibson. Hubo todavía otra reivindicación de la autoría de Stonehenge, hecha por Georg Keyser, un estudioso alemán que publicó *Antiquitates Selectae Septentrionales et Cel-ticae* en 1720, en el que sostenía que lo habían construido los sajones por su parecido con las tumbas megalíticas con cámara que él había visto en Schleswig-Holstein, la patria originaria europea de los anglos, sajones y jutos.

Había, pues, una gran confusión acerca de la identidad de los constructores de Stonehenge. Walter Pope, en 1676, se «encogía de hombros» de forma poética:

No podré olvidar esas piedras que se encuentran colocadas En un círculo, sobre la llanura de Salisbury Aunque quien las colocó allí es difícil de decir, Los romanos, o Merlin o los daneses.

Durante los siglos XVII y XVIII los anticuarios usaban la tradición posidoniana de César, Estrabón y Laercio, para pintar sus retratos de los druidas. Las referencias a sacrificios humanos, y en particular al famoso «Hombre de mimbre» ardiendo con sus víctimas dentro, fueron repetidas *ad nauseam*. Algunos escritores añadían su propia interpretación, como Aylett Sammes, en *Britannia Antiqua Illustrata*, 1676, en la que los druidas absorbían las cualidades de los bardos y filósofos de los fenicios, a los que Sammes suponía dominando la Britania pre-romana. Sammes incluía en su libro el famoso grabado del

«Hombre de mimbre», que fue utilizado durante mucho tiempo por los defensores entusiastas de la teoría del sacrificio humano. En efecto, el reverendo Henry Rowlands, un vicario de Anglesey, en su *Mona Antiqua Restaurata*, 1723, se ocupaba con profusión de los sacrificios humanos. Rowlands, por cierto, fue la primera persona que consideró druida a Abaris, de quien ya hemos hablado.

Henry Rowlands fue una importante figura en la creación de la imagen romántica moderna del druida, y sostenía que los druidas descendían de Noé. Los veía como «muy cercanos, por descendencia, a las fuentes de la verdadera religión», y decía de ellos que habían llevado a Britania los «ritos y usos de la verdadera religión, pura e inmaculada». Los druidas, tal como los retrataba Rowlands, se convirtieron en figuras patriarcales del Antiguo Testamento, que realizaban sus ritos en robleales sagrados con pilas de piedras que hacían las veces de altares. El tema del sacrificio humano no era algo que concerniese a los druidas, que se limitaban, simplemente, a seguir las tradiciones sacrificiales veterotestamentarias y utilizaban altares de piedra para Yahvé.

La primera obra sería en inglés dedicada específicamente a los druidas fue la «Historia de los druidas» que proyectó John Toland, como figura en tres cartas dirigidas por Toland a su protector, Lord Molesworth, en 1726. Toland, en su juventud, habló a Aubrey acerca de su trabajo sobre los druidas, y aceptó su teoría de su relación con los círculos de piedras. El trabajo de Toland vio la luz en 1740, cuando se publicó una *Historia Crítica de la Religión Celta*, que en posteriores ediciones se llamó *Historia de los Druidas*. Tan entusiasmado estaba Toland con el tema que añadió, incluso, descripciones físicas de los druidas, con pelo corto, largas barbas y sobrepellices blancos encima de sus hábitos. Toland hizo un intento de estudio de las fuentes literarias irlandesas, e incluyó una lista de aquellas que él consideraba que mencionaban a los druidas irlandeses. Su aberrante transcripción de los nombres permite, a pesar de todo, identificarlos con facilidad.

El druida Trosdan, que halló un antídoto contra las flechas envenenadas de ciertos invasores británicos. Cabadius, abuelo del muy celebrado campeón Cuculand; Tagues, padre de Morna, madre del no menos famoso Fin Mac Cuil; Dader, que fue muerto por Eogan, hijo de

Olill Olom, rey de Munster; Eogan tomó por esposa a Moinic, la hija del druida Dill... Dubcomar, el druida jefe del rey Fiacha; y Lugadius MacCon, el rey que renunció al trono de Irlanda, cuyo cuerpo fue traicioneramente atravesado con una lanza por el druida Firchisus. Ida y Ono, Señores de Corcachlann, cerca de Roscomon, eran druidas; de ellos, Ono ofreció su fortaleza de Imleach-Ono a Patricio, que la convirtió en el hogar religioso de Elphin, desde entonces sede episcopal. Del propio nombre de Lamderg, o Mano Sangrienta, sabemos qué tipo de persona era aquel druida, de quien el vulgo cree que vivía encantado en las montañas entre Bunn Cranach y Fathen en el país de Dunegall. Ni debemos olvidar, aunque fuera del orden cronológico, al archidruida del rey Nial de los Nueve Rehenes, de nombre Lagicinun Barchedius, que provocó una cruel guerra contra Eocha, rey de Munster, por haber matado a su hijo.

La lista de Toland muestra un conocimiento de los restos de la literatura irlandesa inusual para un inglés de su tiempo.

Hacia mediados del siglo XVIII tiene lugar un cambio de actitud. Los druidas, en su aspecto venerables adoradores de la Naturaleza, aparecieron, para bien o para mal, en los poemas de los precursores del movimiento romántico: John Thomson (1700-1748), William Collins (1721-1759) y Thomas Gray (1716-1771). El Prof. Piggott comenta:

Hacia la mitad del siglo XVIII, muchos parecen haber tenido un sentimiento creciente de que las reglas del buen gusto y la Edad de la Razón no proporcionaban modelos completamente adecuados y absolutamente satisfactorios para el pensamiento y la emoción, y que con la desconfianza respecto a la validez definitiva de las doctrinas de la Ilustración, una forma alternativa, emotiva y romántica, parecía más apropiada para la contemplación del pasado remoto. Con este cambio de moda, los complacientes druidas pudieron transformar su papel, y tomaron el de una romántica casta de tolerancia.

Aparentemente, el mundo celta estaba ahora «en paz» con Inglaterra. No había levantamientos en Cornualles desde 1549. Irlanda había sido sometida durante la conquista de 1690-91, en tiempos de Guillermo III. No había disturbios en Gales desde la época Tudor y los

rebeldes jacobitas escoceses habían sido reprimidos con dureza en 1746. Así pues, a mediados del siglo XVIII, el público inglés se mostraba más receptivo y dispuesto a creer en una imagen romántica de los druidas. Su asociación con los grandes círculos de piedras, como Stonehenge, parecía más aceptable.

Quizás la figura más importante en la creación de los druidas modernos fuese el Doctor de Lincolnshire, William Stukeley, nacido en 1689, que comenzó una serie de visitas anuales a Stonehenge entre 1719 y 1724. Stukeley era un apasionado aficionado a las antigüedades y ayudó a resucitar la Sociedad de Anticuarios. Comenzó a escribir un libro que se llamaba originalmente «La Historia de los Templos de los antiguos celtas», pero más tarde lo cambió por *La historia de la religión y los templos de los druidas*. Fue un trabajo lento. En 1729 había cambiado su profesión, de médico a ministro religioso y fue ordenado por la Iglesia Anglicana. Finalmente, en 1740, conservando aun su entusiasmo por las antigüedades, publicó *Stonhenge, un templo de los druidas británicos restaurado*, en el que asumía por completo las teorías de Aubrey. En realidad, Stukeley había visto una transcripción del manuscrito original de Aubrey para «Templa Druidum» y tomó notas del mismo. Y fue Stukeley, a través del trabajo de campo original de Aubrey, quien llevó a los druidas tanto a Stonehenge como al moderno folklore, de una manera que capturó la imaginación del público y que tiene sus repercusiones hasta el día de hoy. Stukeley tenía una visión imaginativa de los druidas adorando en Stonehenge a una gran serpiente que, según él, se habría llamado «Dracontia». Describió un sacerdocio patriarcal desde Abraham, a través de «la colonia fenicia en la isla de Britania, más o menos en esta época; de ahí el origen de los druidas...» Y se entusiasmaba: «... los druidas de Britania... avanzaron en sus investigaciones, a pesar de todas las incomodidades, hasta tales alturas, que harían avergonzarse a los hombres de nuestro tiempo, deslumbrados por el brillo del saber y la religión.»

En 1743 Stukeley amplió su trabajo con *Abury, un templo de los druidas británicos, descrito junto con algunos otros*. Se trataba de un estudio sobre el complejo megalítico de Avebury,

William Blake (1757-1827), hijo de inmigrantes irlandeses, estaba

muy intrigado con los druidas y las ideas de Stukeley. «La serpiente del templo» es un grabado de la página final de *Jerusalén*, en el que acepta la idea de que Stonehenge y Avebury hubiesen estado relacionadas con el culto druídico a las serpientes. El tema del parentesco irlandés de Blake proporciona una digresión necesaria para los que lo vieron como el poeta y místico archi-inglés de su tiempo. El hecho es que, en el Dublín de principios del siglo XVIII, un tal John O'Neill se encontró en dificultades políticas y financieras, de las que escapó por dos vías. Se casó con Ellen Blake, que regentaba una *shebeen* (casa de bebidas ilegal) en Rathmines, Dublín, y, además, tomó su nombre. Su hijo James Blake emigró a Inglaterra y se casó, mientras que otro hijo fue a Málaga y se dedicó al comercio de vinos, fundando un próspero negocio que todavía funcionaba a principios del siglo XX, cuando el Dr. Carter Blake de Málaga reveló parte de la historia familiar al poeta W.B. Yeats. James Blake tenía una calcetería en el 28 de Broad Street, Golden Square, en Londres, donde, en 1757, nació su segundo hijo, William.

Blake era amigo del lexicógrafo galés William Owen Pughe, que ayudó a Iolo Morganwg a fundar (o refundar, depende del punto de vista) el *Gorsedd* de Bardos de Britania en 1729. Blake sitúa a los druidas en los grabados de sus *Libros Proféticos* dentro de visiones de Stonehenge y Avebury, y Blake llegó a creer que Britania era la «Tierra santa» originaria, y Jerusalén no estaba lejos de Primrose Hill! «*Todas las cosas comienzan y acaban en la antigua costa rocosa de los druidas de Albion*», proclamaba Blake entusiasmado. Blake, totalmente confundido acerca de los antepasados de los celtas y los anglosajones, proclamaba que el druidismo era inglés. «*Vuestros ancestros proceden originariamente de Abraham, Heber, Sem y Noé, que fueron druidas, como los Templos de los Druidas (que son pilares patriarcales y bosques de robles) repartidos por todo el mundo atestiguan hasta hoy*». «*Los druidas de «Inglaterra» han salido con celo misionero de las neblinas del tiempo para fundar sus bosques sagrados por toda la faz de la tierra y crear la única religión verdadera*», señalaba Blake.

La influencia de las ideas de los literatos y los anticuarios acerca de los druidas puede verse en su máximo esplendor en la obra de Blake

Jerusalén la emanación del Gigante Albion, que comenzó a escribir en 1804 y que se considera su mejor poema. El tema es la recuperación del alma perdida por parte del Hombre (Albion). En este poema Blake utiliza a los druidas para simbolizar el deísmo, pero lo hace presentándolos sedientos de sangre, en una de los cientos de ilustraciones que hizo para su poema, en la que aparece Cristo crucificado en un «roble druídico sagrado».

¡Oh hijos de la poderosa Albion!

Plantando esos bosques de robles, erigiendo esos templos del dragón... Allí donde Albion dormía bajo el Árbol Fatal Y el dorado cuchillo del druida Se entregaba a la sangre humana En ofrendas de vidas humanas.

Los elementos druídicos aparecen en muchas de sus ilustraciones, como la del famoso «Hombre de mimbre». Se puede afirmar, ciertamente, que la visión de Blake no tiene absolutamente nada que ver con los druidas y los antiguos celtas, ni, en suma, con nada que no sea su propia fantasía desbordada. Blake estaría de acuerdo, porque en el mismo poema encontramos estas líneas:

Debo crear un sistema o seré esclavizado por otro hombre. No quiero razón y comparación: mi afán es crear.

El arquitecto de Bath, John Wood, nacido en 1704, siguió todavía con más entusiasmo por la senda de Stukeley y publicó una obra en 1747 titulada *Choir Gaure, vulgarmente llamado Stonehenge, sobre la llanura de Salisbury, descrito, reconstruido y explicado*. La palabra *Gaure* procede del celta britano *gwary*, un lugar para organizar obras de teatro. Es reconocible en el corno medieval *plen-an-guire*. Un *plen-an-guire*, un anfiteatro medieval, se conserva todavía en St Just, en Penwith, utilizado en su día para las representaciones de las obras de milagros cónicas. Wood exclama entusiasmado:

¡César! Incluso Julio Cesar, el Sumo sacerdote de Júpiter y de la misma Roma, probó indiscutiblemente que la isla británica se había enriquecido con la gran escuela de enseñanza... donde los druidas del mundo occidental podían perfeccionarse en su profesión ... la venerable

y majestuosa obra de la llanura de Salisbury, atribuida por el pueblo a Merlín, el profeta... me parece que son los restos de un templo druídico... extemamente del tipo mono-periptero ...no podría evitar concluir que los britanos y los hiperbóreos fueron uno y el mismo pueblo.

Wood se obsesionó con los druidas. Cuando estaba diseñando los nuevos edificios en Bath, creo el *Grand Circus*, que fue llamado «uno de los más originales conceptos en planificación urbana de Europa, sin precedente alguno cuando fue diseñado por Wood». Según el Prof. Piggott: «Parece existir la excitante posibilidad de que el *Circus* deba también algo a los druidas... El *Circus* está pensado como un autentico circulo de cerca de unos 90 metros de diámetro con tres entradas simétricamente espaciadas: un diseño inusual sin prototipos en el Coliseo o en cualquier otra obra arquitectónica clásica». Iñigo Jones, en su obra sobre Stonehenge en 1655, reimpressa en 1725, año en que Wood diseño el *Circus*, ofrece un plano de Stonehenge con un circulo de unos 90 metros de diámetro, con tres huecos simétricos. Según Piggott: «En el deliciosamente confundido entusiasmo arqueológico de Wood, los druidas, Stonehenge, el Circo Máximo y el Coliseo podían ser fundidos para producir un exquisito concepto arquitectónico con el que honraría el pasado de su amada ciudad».

Para evitar cualquier escándalo moral por el renacimiento de un sacerdocio pagano como un grupo digno de respeto, los druidas recibieron la aprobación cristiana de William Cooke, rector de Oldbury y Didmarton en Gloucestershire, poco después de la publicación de Wood. Cooke publicó un discurso en 1754 titulado *Una Investigación de la religión druídica y patriarcal*, en el que afirmaba que, aunque los druidas erigieron Stonehenge antes del nacimiento de Cristo, eran tan altos de miras morales que no eran éticamente diferentes de los cristianos. Con esto estaba repitiendo, en realidad, los argumentos utilizados por primera vez por el Reverendo Henry Rowlands.

El Dr. Samuel Johnson (1709-1784), por lo general muy cínico en sus observaciones, escribió a la Sra. Thrale el 9 de octubre de 1783 que creía que Stonehenge era un «monumento druídico de, por lo menos, dos mil años de antigüedad; probablemente la obra más antigua del

hombre sobre la isla».

La imaginación de los poetas como Blake se estaba alimentando contra la obra de este aficionado a las antigüedades. Tras los excesos de la Reforma, el fraccionamiento o sectarismo de principios del siglo XVII llevó a un debate más abierto sobre la reforma de las diversas sectas, más allá de la intolerancia y de «buscarle tres pies al gato». Las ideas de una «religión natural» antigua y verdadera atraía a muchos intelectuales, en particular escritores y artistas. El propio Stukeley escribió un poema en 1758, no publicado, titulado «El druida», en el que, curiosamente, comenzaba con una línea tomada de Virgilio, cuyo origen celta llevó a la introducción de algunos conceptos naturales celtas en la poesía latina. Alexander Pope presentó la idea en 1733:

Ni al pensar en el estado de la Naturaleza caminaron a ciegas; El estado de la Naturaleza es el Reino de Dios.

Los druidas eran ahora saludados como sabios que se sentaban a la sombra de un gran roble y ofrecían su saber. Tomás Gray (1716-1771) dio su visión de los druidas en «El bardo» (1757), convirtiéndolos en poetas proféticos. Esto estaba más en consonancia con la tradición galesa, pero no podemos estar seguros de si Gray conocía esta imaginería de la poesía de Gales. Los druidas se convirtieron en hijos e intérpretes de la Naturaleza, pero no para todos. George Richards publicó *Los Britanos aborígenes* en 1791, en donde recordaba los testimonios de sacrificios humanos con estas líneas:

Mediante estos ritos provocaban pavor los sacerdotes druidas Un horror sagrado en el pecho salvaje.

El Dr. Ogilvie de Aberdeen publicó de forma anónima *The Fane of the Druids* y ensalzaba la imagen del archidruida:

Aunque el tiempo con mechones de plata haya adornado su cabeza mantiene su gesto erguido, y firme su paso... Su apropiada barba, confiere gracia a su forma Cae decentemente, fluye sobre su pecho; Su vestido del más puro blanco, aunque groseramente compuesto, muestra aun un emblema de la mente más pura.

Durante el siglo XIX continuó la especulación sobre los druidas y Stonehenge. En *Una Ilustración de Stonehenge y Abury* (Avebury), 1854, el autor, Henry Browne comentaba desdeñosamente: ¿Vamos a atribuir su construcción a los britanos, a unos barbaros? «¡Tonterías!» Pero más tonta era la teoría de Browne de que las piedras habían sido erigidas en los días de Adán y derribadas por el Diluvio. En 1880, el famoso egiptólogo W.M. Flinders Petrie realizó un mapa de Stonehenge, con una exactitud de pulgadas, y afirmó que había sido erigido antes de la invasión romana. T.A. Wise, en 1884, también mantenía que era un «lugar alto de los druidas», pero finalmente John Lubbock, llamado más tarde Lord Avebury, tuvo éxito y ofreció una fecha más precisa de su construcción, alrededor del 1.500 a.C. No fue hasta mediados del siglo xx cuando la arqueóloga Jaquetta Hawkes señaló en *Britania Primitiva* (1945) las matemáticas avanzadas necesarias para construir Stonehenge.

Mientras todo esto ocurría en Inglaterra, o mejor dicho, estaba teniendo su efecto en las áreas angloparlantes de Britania, los druidas también estaban siendo reinventados en Francia de manera similar. Ya hemos visto como, antes de la unión de las coronas de Francia y la Bretaña celta, los franceses se apresuraron a proclamar que los celtas galos eran sus antepasados y volvieron a considerar a los celtas y a los druidas como dignos de una mitología patriótica.

En 1703, el abad Paul-Yves Perzon publicó *La Antigüedad de la Nación y la Lengua de los Celtas*, que fue traducida al inglés tres años más tarde por David Jones como *Las Antigüedades de las Naciones, en especial de los Celtas o Galos*. A partir de ese momento, la palabra «celta» comenzó de nuevo a ser de uso común. En 1727 Jean Martin publicó *La Religión de los Galos*. Más influyente aun fue la obra de Simon Pelloutier *Historia de los Celtas* (1740), que una vez más consideraba la religión de los francos germánicos y los celtas como una única cosa. Esta obra tenía motivaciones políticas obvias, al tratar de mostrar que no había diferencias nacionales entre los franceses y los bretones. Por aquella época, las políticas centralistas se cebaban en el estatus autónomo de Bretaña, garantizado por las Actas de la Unión. No solo fue que el parlamento bretón rechazase la legislación francesa, sino

que algunos líderes bretones fueron ejecutados en Nantes por intentar reinstaurar la independencia bretona. Muchos bretones tomaron partido por los colonos británicos de Norte América, y cuando estallo la Guerra de Independencia americana, unos 300 bretones se convirtieron en oficiales del ejército revolucionario americano. Armand Tuffin de la Rouerie fue nombrado general por George Washington. Estos bretones adoptaron el credo del republicanismo y los «Derechos del Hombre» de vuelta a Bretaña, y fue desde Nantes y Rennes donde comenzó la Revolución Francesa. Por desgracia, la República Francesa, cuando por fin se instauró, era tan centralista como el antiguo estado monárquico, o quizás más. En 1790 fue abolido el Parlamento Bretón a pesar de las protestas de los líderes republicanos bretones como Armand Kersaint o Marquis Lafayette, un miembro de la familia dirigente de Cornouille, que habló inmediatamente en el Parlamento Bretón contra su supresión.

Mientras los republicanos bretones, organizados por el antiguo general revolucionario americano Armand Tuffin de la Rouerie combatían en una guerra de independencia contra los republicanos franceses, ayudados por los monárquicos tanto franceses como bretones, La Tour D'Auvergne publicó sus *Origenes Galos* (1796) en donde afirmaba que los megalitos habían sido construidos por los druidas. Su contribución consistió en introducir la palabra bretona *dolmen* (piedra levantada) en el vocabulario inglés y en el francés como un término técnico arqueológico.

Sobre este trasfondo se iba desarrollando la percepción que la gente tenía de los druidas y los antiguos celtas. El abad de Tressan decidió, en 1806, añadir un capítulo sobre los druidas a su *Historia de la Mitología Pagana*, dibujando un paraíso druídico galo en tono «ossiánico». James MacPherson (1736-1796), famoso por su controvertido trabajo, conocido colectivamente como *Ossian*, había trabajado sobre los druidas en su *Historia de Gran Bretaña* en 1773, presentándolos bajo la nueva imaginaria romántica.

Podría parecer, por todo lo anterior, que los druidas habían sido arrancados por completo de sus orígenes y separados de sus descendientes culturales directos. Por eso, debemos preguntarnos que estaba ocurriendo en los países celtas mientras los ingleses y los

franceses manipulaban a su antojo a sus antepasados.

Ha sido en Gales donde han sobrevivido con más fuerza las tradiciones drúidicas hasta el día de hoy, aunque con los druidas representados como bardos. Hemos visto las primeras referencias galesas a los druidas como videntes y poetas. Desde el siglo XII han existido cortes de bardos, unas organizaciones que transmiten y conservan regularmente las costumbres por medio de competiciones y premios. Una vez, cuando la vida política era más sencilla para los celtas, se proclamó en Irlanda, Escocia, Gales y los otros países celtas el Eisteddfod, una asamblea en la que los bardos y músicos pudiesen viajar a Gales y participar en lo que era obviamente una reunión pancelta. Pero cuando los gobiernos ingleses intentaron suprimir la cultura nativa celta, en particular desde el siglo XVI en adelante, estas reuniones perdieron prestigio y fueron reducidas casi a la clandestinidad. Sin embargo, era muy difícil suprimirlas por completo y, en 1568, el gobierno de Isabel I subvencionó una comisión de caballeros galeses para celebrar un Eisteddfod en Caerwys, Clywd, con la intención de conceder licencias a los bardos para distinguirlos de los mendigos. Estos bardos se siguieron reuniendo en tabernas y centros locales hasta el siglo XVIII.

La cultura y los intentos literarios en Gales estuvieron en su punto más alto durante esta época, con Theophilus Evans (1693-1767) publicando *Gweledigaethu y Bardd Cwsc* (Visiones del Bardo Durmiente) en 1704, que se convirtió en uno de los clásicos de la prosa galesa.

En 1764 el poeta y clérigo Evan Evans (1731-1788) publicó sus *Especímenes de la Poesía de los Antiguos Bardos Galeses*, con traducciones y un ensayo en latín sobre los poetas medievales y sus obras. Evans fue considerado como uno de los más importantes eruditos galeses de su tiempo. Era conocido por el nombre gales de Ieuan Fardd, y en ocasiones como Ieuan Brydydd Hir, aunque normalmente se utilizaba el primer nombre, para diferenciarlo del poeta Ieuan Brydydd Hir Henaf, que escribió en el siglo XIV. Evan Evans afirmó, quizás con demasiado entusiasmo, que se había descubierto una «literatura» drúidica en la poesía galesa, oscura pero discernible a través de los ojos

de la fe.

Tras estas publicaciones aparecieron *Reliquias Musicales y Poéticas de los Bardos y Druidas Galeses* (1784), y *El Museo de los Bardos de la Literatura Británica Primitiva* (1802), ambas de Edward Jones. En realidad, la segunda obra era una continuación de la primera. Jones se describía a sí mismo como «bardo del Príncipe de Gales». En estas colecciones se incluían «Una Canción Druídica» y «*Y Derwydd*» (el druida). En 1751, los esfuerzos académicos galeses llevaron a la fundación de una Sociedad Cymmroorion en Londres para la publicación de antiguos textos galeses. Esta sociedad existe todavía.

En mayo de 1789, tuvo lugar un gran Eisteddfod en Corwen organizado por un entusiasta local, Tomás Jones, con el respaldo del Gwyneddigion, otra importante sociedad galesa de Londres fundada en 1771, pero más radical que la Sociedad Cymmroorion. La Gwyneddigion publicó *Y Cylch-grawn Cymraeg*, el primer periódico escocés, para discutir asuntos sociales y políticos. Ese mismo año se celebró otro Eisteddfod en Bala, también patrocinado oficialmente por la Gwyneddigion.

Entre los miembros de la Gwyneddigion de Londres se encontraba Edward Williams (1747-1826), un cantero de Glamorgan que estaba apasionadamente interesado por las antigüedades y la literatura de Gales. Adoptó el seudónimo literario de Iolo Morgwanwg (Iolo de Glamorgan).

Su poesía en galés e inglés era ciertamente radical e, incluso, de naturaleza republicana. Williams, como muchos amantes de la literatura y las antigüedades de su tiempo, estaba profundamente fascinado por el debate sobre los druidas y el interés despertado por la Religión Natural.

El libro de William Cooke de 1754 había sido una de las inspiraciones para un nuevo surgimiento druídico, pues los razonamientos de Cooke impresionaron a un escritor galés, un escritor que alcanzaría notoriedad como el autor de uno de los libros más escandalosos del mundo.

En 1749, el autor John Cleland (1709-1778) fue internado en la prisión de Newgate, en Londres, por no pagar sus deudas. Mientras se encontraba allí, un editor llamado Drybutter, de Fenton Griffiths, le

ofreció veinte guineas por escribir una novela «picante». Cleland escribió *Fanny Hill, o las Memorias de una Mujer del Placer* (1749), cuyos ingresos le proporcionaron la libertad. *Fanny Hill* se convirtió en objeto de gran controversia y, en una fecha tan reciente como 1963, coincidiendo con su publicación en los Estados Unidos, fue prohibida en Inglaterra por ser una obra obscena. Cleland había encontrado su vocación y, a *Fanny Hill* la siguieron *Memorias de un Sombrero de Bufón* (1751) y *Memorias de la celebrada Miss Maria Brown: la Vida de una Cortesana* (1766).

Sin embargo, Cleland era un amante de la lingüística, y en 1766, influido, como decíamos, por William Cooke, publicó *El Camino de las Cosas a las Palabras y de las Palabras a las Cosas; Esbozo de un intento de recuperación del Antiguo Celta, al que se añade una explicación sucinta del Sánscrito o Lengua Culta de los Brahmanes*. Esta fue una obra impresionante pero equivocada en la que afirmaba que el celta era la lengua madre de todas las lenguas europeas. Esto fue bastante antes de que los lingüistas alemanes abordaran el asunto y lanzaran la hipótesis ahora aceptada de la raíz común indoeuropea. Se podría decir que Cleland estaba, al menos, en el sendero correcto al observar las similitudes de raíces de palabras, y fue uno de los primeros en relacionar el celta con el sánscrito. Fue un libro pequeño, con siete páginas de introducción y solo 123 de texto, y en él describía a los druidas como guardianes y transmisores de la sabiduría primordial de la antigua sociedad europea unificada.

Cleland continuó sus estudios con un trabajo más espeso titulado *Especímenes de un Vocabulario Etimológico o Intento por medio del Método Analítico de Recuperar el antiguo Celta*, publicado en Londres en 1768. Era casi dos veces más extenso que su primera obra, pero repetía, básicamente, sus afirmaciones iniciales sobre las lenguas celtas y los druidas.

Cleland se inspiraba en la obra de William Cooke y el, a su vez, influyó en Rowland Jones, que pretendía que los Hijos de Gomer fueron los druidas originales, con Jafet como Archidruida. Rowland Jones produjo una serie de libros entre 1764 y 1771, el último de ellos *los Círculos de Gomer*. Jones influyó en el lexicógrafo William Owen

Pughe y en el poeta radical Iolo Morganwg. Pughe, a su vez, era amigo de William Blake y se convirtió en el compilador de un *Diccionario Galés e Inglés* en dos volúmenes (1803).

Tomando la existencia de una tradición continua de bardos en Gales como algo probado, Iolo Morganwg comenzó a lanzar sugerencias desde la literatura galesa, y afirmó que podía probar que el culto de los druidas literatos había permanecido intacto en Glamorgan. Con su fértil imaginación literaria creo lo que el afirmaba que era un ritual druídico, y el 21 de junio de 1792, en Primrose Hill, en Londres, tuvo lugar el Gorsedd Beirdd Ynyn Prydain, la Asamblea de Bardos de Britania. Acudieron varios colegas entusiastas, entre ellos William Owen Pughe.

Hacia 1819 Williams convenció a los organizadores del gran Eisteddfod de Carmarthen, puesto que ahora había numerosos *eisteddfodau* celebrándose por toda Gales, para que incorporasen su Gorsedd como parte integrante de los procedimientos, y así ha permanecido hasta ahora. En 1858, en Llangollen, el Eisteddfod se había convertido en una gran institución en todo el país, por lo que se formó un comité para celebrar anualmente un Eisteddfod nacional. En 1880 se creó la Asociación Nacional de Eisteddfod. Actualmente el Eisteddfod Genedlaethol Frehind Cymru se celebra en agosto, alternativamente en el sur y norte de Gales.

El Gorsedd tiene tres órdenes. Sus druidas se visten con trajes blancos, simbolizando el reconocimiento de la sustancial contribución de Gales; los bardos visten de azul, tras haber pasado los exámenes finales del Gorsedd; y los vates visten de verde, mostrando que han superado dos exámenes del Gorsedd o han sido honrados por sus servicios a la cultura galesa. Un trípode simboliza los atributos divinos de amor, justicia y verdad. Una gran espada de casi dos metros, *cleddyf mawr*, se lleva al círculo Gorsedd de bardos, parcialmente desenfundada, pero nunca se desenvaina por completo. El Archidruida pronuncia el desafío ritual a la asamblea, *a oes heddwch* (¿Hay paz?) La asamblea responde, *heddwch!* (¡Hay Paz!) Se repite tres veces. Después, el Archidruida recibe los frutos de la tierra, simbólicamente ofrecidos mediante un cuerno de vino y el *aberthged*, una gavilla de trigo. Unas chicas jóvenes, con flores en el pelo, bailan descalzas.

Con el gran resurgimiento celta en todos los países hacia finales del siglo XIX, fue en 1901 cuando se fundó el Gorzez Gourenez Breiz Vihan (El Gorsedd bretón), reuniéndose en Guincamp bajo el patrocinio de la Unión Regionalista Bretona. Los principales fundadores fueron Yann Le Fustec¹⁸, Taldir Jaffrennou, L. Le Berre, F. Vallee, E. Le Moal y Loeiz Herrieu. El mismo ritual inventado por Iolo Morgnwg fue adoptado por los bretones. Los bretones no tenían el cargo de Archidruida como en Gales, pero la figura principal en su Gorsedd era el Gran Druida.

En Cornualles hubo también un resurgimiento de la lengua córnica, que había dejado de ser un vehículo de comunicación general a principios del siglo xix, y hubo movimientos para crear un Gorsedd. Dos córnicos y una córnica habían sido homenajeados por el Gorsedd gales de 1899. En 1903 Henry Jenner, «Padre del Renacimiento de la Lengua Córnica» fue honrado por el Gorsedd bretón. En 1904 otros hombres y mujeres de Cornualles volvieron a ser honrados en el Gorsedd galés, y en 1928 ocho hombres y mujeres córnicos fueron nombrados bardos de ese mismo Gorsedd. Fue entonces, en septiembre de 1928, cuando se inauguró en Boscawen-Un el Gorseth Kernow (Gorsedd de Cornualles). A diferencia de otras organizaciones, los córnicos tenían una orden de miembros solamente, la de los bardos vestidos de azul, y la autoridad de Gorseth Kernow era el Gran Bardo. Henry Jenner fue el primer Gran Bardo hasta su muerte en 1934.

En septiembre de 1971, tres *gorseddau*, aunque reconociendo la autonomía de cada uno de los otros en asuntos internos, aceptaron la suprema autoridad del Archidruida del Gorsedd de bardos de la Isla de Britania, para todos los asuntos de constitución y práctica de los *gorseddau*.

Aunque desde un punto de vista erudito se puede criticar a Iolo Morganwg por sus invenciones, como ha hecho el Prof. Piggott, sin embargo, sus ideas han dado doscientos años de tradición y son parte integral de la vida tradicional galesa, bretona y córnica. Habiendo creado a los druidas desde la nada, el Gorsedd y sus valores, en

¹⁸ N del Escaneador; También conocido como Yann ab Gwilherm Lemenig

particular el reconocimiento del esfuerzo cultural de las comunidades celtas, ha adquirido una vida seria y respetable por sí mismo, aunque no todos aprueben su ritual. Por ejemplo, en 1971 un clérigo anglicano fue multado por dar un falso aviso de bomba en el pabellón donde se celebraba el Eisteddfod. El vehemente clérigo denunció el Gorsedd en un periódico local como una institución pagana».

El Prof. Gwyn Williams ha comentado que «las invenciones de Iolo Morganwg... ayudaron a arrojar una niebla de “anticuarianismo” irreal sobre el asunto que los eruditos no pueden disipar con sus armas». No solo es que se haya extendido el druidismo de los Gorsedd a Bretaña y Cornualles, sino que, aunque los celtas godélicos, los escoceses, irlandeses y maneses habían rechazado aplicar a sus propias culturas el Gorsedd britónico y el renacimiento druídico, tenían, sin embargo, sus propios festivales anuales de música, canción y poesía en la línea de los Eisteddfod. En Escocia está el *Mòd nan Alba*, en Irlanda *An t-Oireachatas* y en la Isla de Man *Yn Chruinnaght*.

Según el Prof. Piggott: «La influencia de Iolo no se limitó a la invención del Gorsedd, pues sus elucubraciones druídicas envenenaron el pozo de los estudios genuinos de literatura celta primitiva para muchas generaciones futuras». Pero no fue Iolo Morganwg el responsable absoluto de la mitología druídica académica, sino Evan Evans. Quizás sin intención, Evans creó la fundación de druidismo mitológico para ser utilizada como una nueva «Religión natural». Al recoger y traducir poesía galesa primitiva, hizo la afirmación de que los poemas del siglo VI atribuidos al poeta Taliesin contenían una «cábala druídica, una tradición secreta, teológica, metafísica y mágica». Iolo, aceptando la idea, repitió en sus *Poemas, Lírica y Pastoral* (1794) la afirmación de que los poemas de Taliesin «mostraban un completo sistema de druidismo». También mantenía, creo yo que con un grado de acierto, que el Cristianismo celta había heredado muchos conceptos druídicos.

Parecería que Evans fue el punto de partida de las teorías de Iolo. Donde Iolo se separa de Evans es al ir tan lejos como para creer, o más bien inventarse, la creencia de la cábala druídica que, según decía, procedía de información dada en un manuscrito del siglo XVI en el que

Noel Taillepiet había consignado veinte «Ordenanzas Druídicas». Por supuesto, el manuscrito no existe, y el Prof. Piggott ha señalado que la cábala druídica de Iolo era una simple falsificación.

La idea de que los ritos y filosofías de los druidas eran recuperables a través de las traducciones de poemas galeses primitivos fue también entusiásticamente asumida por Edward Davies en sus *Investigaciones Celtas* (1804) y *La Mitología y Ritos de los Druidas Britanos* (1809). Estas obras tuvieron una influencia directa sobre *Costumbres de los Habitantes Originarios de las Islas Británicas*, de Samuel Rush Meyrick y Charles Hamilton Smith, publicada en 1815, en cuyos aguafuertes en color se presentaban druidas con trajes antiguos. Aparecía un Archidruida con barba blanca, vestiduras blancas largas, adornado con hojas de roble y llevando un peto dorado. El peto, de hecho, era una representación auténtica de uno de la Edad de Bronce encontrado en Glenisheen, condado de Clare, y que se encuentra ahora en el Museo Nacional de Dublín! *La Religión Patriarcal de Britania* (1836) de David James llevaba estas nociones aun más lejos. Estos trabajos fueron, a pesar de todo, dignos de refutación para algunos respetables académicos como el Dr. Algernon Herbert, decano del Merton College, de Oxford, en su *Herejía Neodruídica en Britania* (1838).

El romanticismo sobre los druidas no se limitó a las islas y Francia. Los druidas fueron llevados a la ópera. El compositor italiano Vincenzo Bellini (1801-1835), que tuvo un gran impacto fuera de Italia e influyó decisivamente en Chopin, compuso la ópera *Norma*, que se estrenó el 26 de diciembre de 1831 en la Scala. El escenario es Stonehenge, y los personajes principales son druidas, con Norma como la sufriente hija del Archidruida. Fue una impresionante pieza que demostró la virtuosa tradición del *bel canto* del siglo XVIII, y se hizo muy popular en Inglaterra en las dos décadas siguientes. En 1841 Angelo Catelani, un discípulo de Gaetano Donizetti, representó su ópera *Carattaco* en Módena, que también tenía un tema druídico. Los druidas se estaban haciendo cada vez más populares.

Por ejemplo, en Inglaterra, donde, en esa época de locura constructiva, hacían furor los templos druídicos. El Mariscal de Campo

Henry Seymour Conway, un antiguo gobernador de Jersey, construyó su circo druídico en 1788. Su «locura» fue edificada en Temple Combe, Berkshire, y estaba hecha con megalitos auténticos. Los ciudadanos de Jersey le habían dado al Mariscal, como regalo por su jubilación, un círculo de piedras que se alzaba en St Helier. El Mariscal desenterró rápidamente el círculo, lo envió a su residencia de Berkshire y lo replantó allí. [Suficiente como para hacer encanecer a cualquier arqueólogo o conservador moderno!

Hacia 1820, George Henry Law, obispo de Bath y Wells, decidió erigir en sus jardines de Banwell, Avon, un refugio de piedra, techado, semicircular, con circo arcos apuntados y una mesa circular de madera, y lo llamó templo druídico. En el están escritos los siguientes versos:

Aquí fue donde una vez los druidas caminaron en otros tiempos Y manchaban sus altares con la sangre de una víctima. Ahora aquí el cristiano salvado desde las alturas Adora a un Dios de misericordia y amor.

Otra ermita poligonal llamada templo druídico fue erigida más o menos en la misma fecha, en Halswell Park, Goathurst, como parte de un grupo arquitectónico aun mayor, pero ya no existe en la actualidad.

Quizás el Templo Druídico más espectacular se encuentra en Swinton Hall, Iton, en Noth Yorkshire. William Danby (1752-1833), un escritor egocéntrico de corte esotérico, decidió recrear Stonehenge en aquel lugar. Lo construyó junto con una copia del Cheesewring de St Cleer en Cornualles, un montón de rocas apiladas unas sobre otras por un fenómeno extraño de la Naturaleza, en el que la piedra superior es más grande que las inferiores. El Dr. William Borlase, en sus *Antigüedades de Cornualles* (1754) afirmaba que era un lugar de veneración druídica, junto con la mayoría de los restos precristianos de Cornualles. El Stonehenge y el Cheesewring de Ikon fueron construidos en 1820 y continúan en pie actualmente.

En 1781, unos entusiastas ingleses de los druidas decidieron crear una Antigua Orden de los Druidas. El principal impulsor era un carpintero llamado Henry Hurle, que tenía un negocio en Garlick Hill, en la «City» de Londres. Hurle organizó la Orden sobre las mismas

bases que la francmasonería, para ayudar a los miembros más pobres. Pero en 1833 todos aquellos que se habían adherido a las ideas pseudo-teológicas y filosóficas chocaron con los que lo veían, sobre todo, como una sociedad fraternal con rituales masónicos, y formaron un movimiento alternativo. Para 1839 la Antigua Orden «Unida» de los Druidas, rebautizada para distinguirse de sus parientes esotéricos, tenía logias en Estados Unidos y Australia, y en 1872 también en Alemania. Desde 1841-43, publicaron su propia revista, *The Druids's Journal and Monthly Gorsedd*. Como sociedad caritativa, la Orden siguió creciendo y extendiéndose por el mundo hasta hoy.

Los entusiastas esotéricos se aferraron a las teorías místicas originales de la Orden. Curiosamente, fue en esta secta donde el recientemente nombrado Presidente de la Junta de Comercio, Winston Churchill (1874-1965) se estrenó uniéndose a la Logia Albion de la Orden de los Druidas en el Palacio Blenheim, donde había organizado el encuentro del 15 de agosto de 1908. El verano había sido muy intenso para Churchill. Tras su ingreso en las tareas de Gobierno, entonces bajo las reglas de la Cámara de los Comunes, tuvo que defender su escaño por Manchester en una reelección. Y perdió. El Gobierno liberal de Asquith le encontró inmediatamente un escaño liberal seguro en Dundee, y el 11 de mayo estaba de vuelta en el Parlamento. El nuevo Ministro del gabinete fue obviamente destituido cuando se unió a los festivos druidas en Blenheim. Algunos de los participantes llevaban barbas falsas y parecían más adecuados para un empleo de Santa Claus que como respetables druidas. Un mes más tarde, el 15 de septiembre, Churchill se casó con Clementine Hozier.

Ningún movimiento, sin embargo, estaría completo sin su propio periódico, y el *The Druid's Magazine: a compendium of Druidical Proceedings* se lanzó en Londres por obra de un tal R.H. Hunt en 1830. Apareció hasta 1833 y entonces se hizo cargo de él C. Letts, (1834-1839). Una tercera serie del periódico comenzó a partir de 1839. Bros Coningham publicó en Londres, en 1889, el *Libro Introductorio de la Antigua Orden de los Druidas*. En aquel tiempo, *The Druid*, como órgano oficial de la Antigua Orden de los Druidas, volvió a salir entre marzo de 1907 y febrero de 1912, y posteriormente en abril de 1936.

Fue resucitado una vez más como *The Druid* en 1965. Incluso el Directorio de la Orden de los Druidas fue compilado anualmente entre 1914 y 1938 por J.W. Shaw, y entre 1939 y 1948 por H. Clayton, y publicado en Manchester.

Los druidas místicos continuaron haciendo apariciones anuales en Stonehenge, pero en 1900 los visitantes causaron bastantes daños al monumento. Para compensar esto, el propietario, Sir Edward Antrobus, comenzó a cobrar la entrada. Cuando los druidas vestidos para la ocasión se presentaron a celebrar la siguiente ceremonia del solsticio y se negaron a pagar la entrada, la policía los expulsó violentamente. En 1915 el monumento fue presentado a la nación, y al final de la Primera Guerra Mundial (1918), había cinco sectas diferentes intentando celebrar allí sus «ritos sagrados». Todas las sectas parecían ser grupos escindidos de la Antigua orden de los Druidas. Una de ellas se denominaba la Antigua Orden de los Druidas Hermetistas, y publicaba su propio periódico en 1938, titulado *The Pendragon*, y subtulado «el órgano oficial de Mount Nuada de la Antigua Orden de los Druidas Hermetistas». En 1949 las cinco sectas se habían reducido a dos, y desde 1955 solo una secta aparecía proclamando ser los únicos supervivientes de la original Orden de los Druidas de Hurl.

Esta orden se llamaba El Círculo Británico del Vínculo Universal. El Vínculo no solo declaraba que eran los únicos supervivientes del movimiento original de Hule, sino que eran también herederos de un movimiento anterior fundado por John Toland. Afirmaba que Toland organizó un encuentro de druidas en Primrose Hill en 1717, pero no hay ninguna prueba de este hecho. También afirmaban que entre sus druidas jefes estaban Stukeley, Lord Winchelsea y William Blake. Desde 1909 a 1946 fueron dirigidos por George Watson MacGregor Reid, un amigo de George Bernard Shaw. Reid se presentó sin éxito a las elecciones tanto para la Cámara de los Comunes como para el Senado norteamericano. En 1963, una disputa interna dio origen a la Orden de los Bardos, Vates y Druidas, que decidió que sus ritos deberían realizarse en Tower Hill o Hunsbury Hill cerca de Northampton.

Con el mal llamado «Renacimiento celta» del siglo XIX, y la repentina aparición de traducciones y cuentos de varias mitologías

celtas, los druidas se convirtieron en objetos literarios respetables. *Los Famosos Druidas: un Examen de tres siglos de Literatura Inglesa sobre los Druidas* (1962) de Aidan Lloyd Owen ha sido la única gran obra sobre el tema hasta la fecha. Desde 1962, sin embargo, ha habido una gran profusión de literatura fantástica tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos, en la que aparecen druidas de todos los tipos. Uno de las más recientes novelas de éxito ha sido *Druidas* de Morgan Llywelyn (1990). Los druidas, presentados de una manera u otra, están presente en nuestra literatura para bien o para mal. Sería imposible, sin embargo, intentar abordar un examen de la literatura sobre los druidas en una forma coherente dentro de este libro.

La búsqueda para descubrir las «doctrinas secretas» de los druidas se ha convertido en una pasión muy común.

Quizás el intento más interesante por descubrir las verdaderas filosofías de los druidas, revivirlas y adaptarlas para el uso en los tiempos modernos, fue hecho por el bretón Neven Henaff, de quien ya hemos hablado al referirnos a su libro sobre el Calendario de Coligny. Henaff era un ingeniero químico que, de 1932 a 1945 se convirtió en líder del ala militar del movimiento de independencia bretón Gwenn ha Du (negro y blanco, por los colores de la bandera bretona). Su acercamiento simple y militante a la independencia bretona (cualquiera que estuviese contra Francia, era amigo de los bretones), le causó graves problemas políticos. Condenado a muerte *in absentia* por la justicia francesa, marchó al exilio. Era un hombre religioso, un filósofo, cuyo estudio del calendario de Coligny, su interpretación y su relación con la construcción astronómica de Stonehenge fue publicado primero por la *Zeitschrift fur Celtische Philologie* (1943). Llegó a rechazar el Cristianismo y durante los años 30 intentó organizar una comunidad que viviese de acuerdo a unos principios que él consideraba drúidicos. Sus últimos cuarenta años los pasó en el exilio, principalmente en Irlanda, haciendo detallados exámenes sobre las fuentes nativas celtas para intentar resucitar la filosofía drúidica. Muchos de los que le conocieron le llamaban «*le Grand Druide*».

La creatividad de Henaff tuvo una aplicación real en la creación de lo que él llamó filosofía *Giam-Sam*, por los nombres celtas de

«invierno» y «verano». Tomó estos términos del Calendario de Coligny, esto es, en galo, *Giamon* y *Samon* que, en antiguo irlandés se convirtieron en *Giam* y *Sam*. Henaff había pasado algún tiempo en Japón y la idea del *Giam-Sam* estaba basada en el concepto chino del *Yin* y el *Yang*, con sus principios negativos y positivos, pues las palabras significan también «sombrio» y «soleado». Así pues, los términos celtas eran unos equivalentes aceptables. *Yin* era femenino, pasivo, frío y negativo, mientras *Yang* era masculino, activo, caliente y positivo. *Yin* y *Yang* se completaban y aumentaban el uno al otro, a diferencia del dualismo europeo, donde la luz es buena y la oscuridad es mala. Asociado con esta teoría está el concepto de los cinco elementos o procesos que gobiernan los acontecimientos humanos (madera, metal, fuego, agua y tierra) y los acontecimientos que cambian según se alternan estos elementos. Henaff comenzó a usar el equivalente celta *Giam* y *Sam* hacia 1970. La idea parece, a primera vista, una mera importación de la filosofía China más que una idea indoeuropea. Por desgracia, Henaff publicó muy poco durante su vida, aunque dejó un considerable volumen de obra sin publicar en manos de un editor literario, Louis Feutren. Según Feutren «en todos sus escritos, sean científicos, filosóficos, históricos, etc... clasifica y califica cada afirmación con un paréntesis (*giam*) o (*sam*).» Pero «en ningún lugar escribe sobre ello». Aparentemente, no ofreció explicación para su decisión de identificar el concepto *Yin* y el *Yang* en la creencia celta.

Mientras Henaff era solo un pensador que buscó radicalmente resucitar el paganismo celta, el artista bretón Raphael (Rafig) Tullou (1909-1990) era, ciertamente, un defensor de revisar «la religión celta» para el uso diario moderno. Tras dedicarse primero al Cristianismo celta, en 1932 Tullou, también un partidario militante de la independencia bretona, decidió pasar a las ideas precristianas. Publicó *Kad* (Lucha) y también *Nemeton* (Santuario) mientras dirigía Koun Breizh (Recuerdo bretón), una asociación para la defensa del patrimonio artístico bretón que había creado en 1934. Al igual que Henaff, algunos consideraron una simple pose su conversión al paganismo, tan influido como estaba por las ideas cristianas. El movimiento de Tullou se redujo a un pequeño grupo que se suscribía a sus publicaciones.

Con la aparición de los «Hippies» y las «Religiones Alternativas» en los años 60, los druidas se pusieron de moda otra vez. Eran considerados prototipos de muchas ideas y credos «New Age» Era casi inevitable que los druidas y la antigua religión celta fuese reclamada ante el nuevo interés por la brujería que comenzó a surgir en aquellos años. Una de las más populares «brujas» fue Sybil Leek, cuyos libros sobre brujería, unidos a entrevistas en prensa y medios audiovisuales la convirtieron en una autora de gran éxito. En *El Arte Completo de la Brujería* (1975) afirmaba seguir la Vieja Religión «al detalle, junto con la brujería celta». Si. La «brujería celta» llega de repente desde todos los reffritos y galimatías del druidismo. «Muchos aquelarres de Alemania y Francia siguen la forma celta de brujería», aseguraba Leek a sus lectores. En 1978 Gavin e Yvonne Frost produjeron *Una Guía de Bruja para la Vida* afirmando: «Llamamos a nuestra religión brujería celta». El siguiente ejemplo muestra su academicismo profundamente enraizado en las insensateces de los siglos XVII y XVIII, con una alucinante interpretación de la historia; por ejemplo: «En 2000 a.C. o así, una gran raza de jinetes celtas vino desde las estepas del oeste de China, fluyendo a través del norte de Europa, conquistando y civilizando por donde pasaban. Más tarde, fueron a su vez derrotados por nuevos conquistadores. Los últimos de estos jinetes celtas se retiraron a las colinas, bosques y pueblos lacustres muy lejos, en el norte. Su última gran fortaleza, Glastonbury, fue arrasada por los invasores belgas en 52 a.C.» Uno se pregunta quien creen los autores que eran los belgas, si no eran celtas, y que posibles pruebas tienen para «el último retiro» de los celtas en las cercanías de Glastonbury en 52 a.C. -¿por qué 52 a.C.¹?-); ¿y por qué Glastonbury debe ser señalado como la última fortaleza de los celtas cuando las naciones y estados celtas han sobrevivido hasta tiempos modernos?

Los entusiastas de la «brujería» no tuvieron a los celtas para ellos por mucho tiempo. En «El espíritu celta de la New Age» un astrólogo de Toronto, Alexander Blair-Ewart, estaba entre los primeros para convocar a los druidas en pro del «Cristianismo de la Nueva Era». «A causa de su pasado druídico, la cultura celta era, de todos los grupos culturales de la Europa primitiva, el más avanzado espiritualmente y el

mejor equipado en un sentido interior, para el encuentro con el Cristianismo», decía Blair-Ewart.

En el siglo XX, en esta oscura edad de tecnología y materialismo, el Cristianismo esotérico se ha vuelto tan inaprensible como lo fue una vez en una edad oscura anterior de imperios moribundos y salvajismo. El Cristianismo esotérico es la luz inmortal del mundo, la más excelsa revelación espiritual, el misterio más profundo de los tiempos. El antiguo hombre celta se vuelve hacia él en total libertad de una tradición espiritual tan rica y profunda, aunque en una forma diferente, como la antigua vida judaica a través de la cual el Cristianismo se introdujo en el mundo. Nunca ha habido nada compulsivo o impuesto acerca del Cristianismo esotérico. Es la libre elección de individuos libres, y esta es parte de la razón por la cual tiene un futuro como sendero espiritual de la Humanidad emancipada. Una Humanidad celta conoce todavía el significado del amor, la acción del amor en la cultura, que es compasión. Una luz más alta brilla en la poesía, lengua, y música celta, una dimensión mística más rica.

Otros escritores comenzaron a invocar a los druidas como una nueva forma de Cristianismo, o mejor dicho, un renacimiento del antiguo Cristianismo celta. Los libros de Shirley Toulso *La Alternativa Celta: Un Estudio del Cristianismo que hemos perdido* (1987) y *El Año Celta* (1993) empujarían a los druidas de nuevo al campo cristiano. «De sus antepasados druidas, los cristianos celtas heredaron también un amor por la tierra y un sentimiento de unidad de toda la creación. En este aspecto, la filosofía incrustada en la Iglesia celta guardaba un gran parecido con la de la Iglesia Ortodoxa actual, que enfatiza la santidad de la materia.» Toulso ve la espiritualidad del druida a través de su vástago cristiano celta, que tiene su paralelo más cercano en el budismo, y cree que este es, actualmente, el camino para la comprensión de la mente celta. «Sobre todo, nos encontraremos más cerca del pensamiento celta cuando, inspirados por la evidente amenaza de supervivencia del planeta, aprendamos a ser constantemente conscientes del papel que tenemos que desempeñar en la divinidad del Universo».

Sin embargo, durante un periodo desenfrenado, parecía que

cualquiera que fuese el asunto, si era esotérico, todo lo que uno tenía que hacer era poner la palabra «celta» delante, y la gente se sentaría y tomaría nota. La brujería, el Cristianismo esotérico e incluso la moda de los misteriosos «círculos de maíz» de los años 80 ofrecieron glosas celtas. Aunque Erich von Däniken, famoso por su afirmación en *Carros de los Dioses* (1969) de que la Tierra ha sido visitada por seres extraterrestres que construyeron algunos de los antiguos megalitos, no tiene en realidad a druidas llegando en naves espaciales, uno tiene la impresión de que incluso esa imagen sería aceptable para los esotéricos más irrefrenables.

El autor de este libro hizo una vez un viaje para acudir a una charla de un famoso arqueólogo cuyo título era «El Zodiaco celta». Cuando comenzó la charla, me quede asombrado porque la charla trataba principalmente de las misteriosas apariciones de «círculos de maíz», círculos aplastados en campos de maíz en la campiña occidental de Inglaterra. Tenía muy poco que ver con los celtas y absolutamente nada con el zodiaco celta. En el intermedio cometí la temeridad de preguntar al ponente por que había elegido un título que no se refería a la charla. Con un candor que desarmaba, el conferenciante admitió que, añadiendo la palabra celta a su título, tenía asegurada una presencia mucho mayor de público de la que hubiese tenido normalmente.

Entusiastas menos cínicos mezclan a los druidas y su cultura celta con la filosofía «New Age» hasta producir la más increíble plétora de obras. Colin Murray, en un libro acabado tras su muerte por su esposa Liz, *El Oráculo del Árbol Celta: Un Sistema de Adivinación*, 1988, afirma que «los druidas tenían también un alfabeto hierático secreto, un método especial de comunicación con los demás, limitado al aprendizaje mnemónico por medio de preguntas y respuestas, y que utilizaba símbolos especiales, pero actualmente se ha perdido. Era un alfabeto irlandés primitivo en uso hacia el 600 a.C., el alfabeto Ogham, o Beth Luis Nuin». Por lo menos Murray tenía más conocimientos de la cultura celta que Gavin e Yvonne Frost. Pero especular acerca de la antigua cultura celta solo se puede hacer sobre la base de lo que se sabe y no de lo que nos gustaría saber. Sencillamente, no hay pruebas de que el Ogham se utilizase antes del siglo tercero o cuarto d.C, por mucho

que nos gustase encontrar registros Ogham del 600 a.C.

El gurú actual (¿debería ser *muintid* o *athro*, para usar los equivalentes celtas?) en esta nueva resurrección de las «enseñanzas» drúidicas, invocándolos como los Maestros Zen del mundo celta, es John Matthews, cuyos libros *El Chamán Celta* (1991) y *Taliesin: Chamanismo y los Misterios de los Bardos en Britania e Irlanda* (1991) demuestran un conocimiento más profundo de las fuentes celtas que la mayoría de obras de este tipo. Matthews parece encontrarse en la tradición de Evan Evans cuando admite en su obra: «asumo con plena conciencia que mucho material es especulativo. Sin embargo, estoy satisfecho de que un examen detallado de las fuentes celtas conservadas, junto con los textos y comentarios posteriores, demuestre, más allá de cualquier duda razonable, que el chamanismo celta existió y que elementos del mismo todavía se pueden encontrar en el folklore más reciente.»

«Verdades» celtas y drúidicas de todo tipo —desde «conocimiento arcano», «destino kármico», «sendero verdadero», hasta «conciencia mística»— son utilizadas en un diluvio comercial de filósofos «New Age». Los druidas y los celtas estuvieron ahí cuando nuestros antepasados de los siglos XVII y XVIII buscaban «romanticismo» como contrapeso a la «Edad de la Razón» y la industrialización. No es sorprendente que se reinventen de nuevo en este tiempo, porque, en nuestro triste y atribulado mundo contemporáneo, la gente sigue queriendo tener un punto de anclaje rápido en la espiritualidad; porque la gente, en su búsqueda de la verdad y el sentido de la vida, que parece el destino eterno del hombre, prefiere respuestas simples. Es más sencillo aceptar las imágenes agradables de los no-existentes celtas y druidas románticos que enfrentarse a las incómodas realidades.

He conocido a muchos que se llaman a sí mismos «Celtas New Age», normalmente gente no celta por cultura, que predica la armonía con la Naturaleza, luchando por proteger a las especies animales y plantas en peligro, pero que se quedan mirando al vacío con cara de incompreensión cuando se les indica que la propia civilización celta está luchando en la última barricada por sobrevivir en este mundo. Solo dos millones y medio de personas de los dieciséis que viven en áreas celtas

hablan todavía una lengua celta. La lengua es la más alta forma de expresión cultural. El declive de las lenguas celtas ha sido el resultado de una cuidadosa política de brutal persecución y supresión. Si estas lenguas y culturas celtas mueren, entonces no será un fenómeno natural. Será como resultado de siglos de una cuidadosa política de etnocidio. Una vez desaparezcan las lenguas, la cultura celta dejara de existir y el *continuum* cultural de tres mil años habrá llegado a su fin. El mundo será más pobre porque tendrá una cultura menos. ¿Para qué sirve la «conciencia espiritual» con los antiguos celtas cuando nos mostramos impasibles y permitimos que perezcan sus descendientes modernos?- Esta es una incómoda realidad para los que conjuran a los druidas y antiguos celtas para sus nuevos conceptos de «ilustración espiritual», mientras ignoran la difícil situación de los celtas modernos.

Comencé este libro sugiriendo un subtítulo: «Una discusión introductoria». Durante mi argumentación, he planteado algunas interrogantes; he intentado hacer las preguntas *correctas*, que es, como afirma Levi-Strauss, más importante que intentar encontrar respuestas. No hay, dice, una verdad final. Por fortuna, también he proporcionado unas pocas respuestas correctas o, al menos, he señalado los senderos donde esas verdades se pueden encontrar. Cuando se ha dicho y hecho todo, sin embargo, uno es muy consciente, siguiendo a Levi-Strauss, de la falibilidad que supone tratar un tema que tiene sus raíces en los albores de la civilización.

El novelista y ensayista alemán Tomás Mann (1875-1955), comenzó *Die Geschichte Jaakobs* (1933, La Historia de Jacob), la primera novela de su famosa trilogía *José y sus hermanos* (1933/43), con la siguiente observación: «Muy profundo es el pozo del pasado. ¿No deberíamos llamarlo «sin fondo»?-... Cuanto más profundo buscamos, tocamos y tentamos en el mundo inferior del pasado, más nos damos cuenta que los cimientos primitivos de la Humanidad, su historia y cultura, se revelan insondables».

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

Puesto que mi **PROPÓSITO** es presentar un libro para el lector profano, he prescindido, como en algunos de mis libros anteriores, de numerosas notas a pie de página. Cuando las fuentes han necesitado ser debidamente acreditadas, lo he hecho de forma clara dentro del cuerpo del texto. La siguiente bibliografía comprende material de «fuente secundaria». No han sido consignadas aquí las fuentes primarias, esto es, textos y traducciones de «obras clásicas», como son las griegas y romanas, así como las fuentes celtas insulares en irlandés y galés, Mientras que las fuentes originales se identifican dentro del texto, la elección de texto y traducciones, para aquellos que deseen consultarlas, queda en manos del lector entre las muchas versiones ahora disponibles. Algunas excelentes traducciones de las fuentes griegas y romanas se pueden encontrar actualmente en la Biblioteca «Penguin Classics».

LIBROS

Ancient Laws of Ireland. 6 vols. Commissioners for Publishing the Ancient Laws and Institutions of Ireland, Dublin (18654879).

ALLCROFT, A.H.: *The Circle and the Cross*, 2 vols, Macmillan, Londres, 1927.

ANDERSON, M.O.: *Kings and Kingship in Early Scotland*, Scottish Academic Press, Edimburgo, 1980.

ANWYL, Edward: *Celtic Religion in Pre-Christian Times*, A. Constable, Londres, 1906.

BARTRUM, EC.: "Early Welsh Genealogical Tracts, University of Wales Press, Cardiff, 1966.

BERGIN, O.: *Irish Bardic Poetry*, Dublin Institute for Advanced Studies, Dublin, 1970.

BERTRAND, A.: *Archeologie celtique et gauloise*, Paris, 1876,

BERTRAND, A.: *Religion des Gaulois*, Paris, 1897.

BLOOMFIELD, M.W. y DUNN, C.W.: *The Role of the Poet in Early Societies*, D.S. Brewer, Cambridge, 1989.

BONWICK, James: *Irish Druids and Old Irish Religions*, Griffin Farran & Co, Londres, 1894.

BOWEN, E.G.: *The Settlement of Celtic Saints in Wales*, University of Wales Press, Cardiff, 1956.

BROMWICH, Rachel: *Trioedd Ynys Prydein: The Welsh Triads*, University of Wales Press, Cardiff, 1961.

BRUNAU, Jean Louis: *The Celtic Gauls: Gods, Rites and Sanctuaries*, Seaby, Londres, 1988.

BRYANT, Sophie: *Liberty, Order and Law Under Native Irish Rule*, Harding & Moore Ltd., Londres, 1923.

BURTON, John Hill: *History of Scotland*, Edimburgo, 1853.

BURY John B.: *Conversion of the Kelts*, Cambridge Medieval History, vol. II, Cambridge, 1911-32.

BYRNE, Francis John: *Irish Kings and High Kings*, B.T Batsford, Londres, 1973. CAMPBELL, John Francis: *The Celtic Dragon Myth*

- (introducción de George Henderson), John Grant, Edimburgo, 1911.
- CAMPBELL, Joseph: *Transformation of Myth Through Time*, Harper & Row, Nueva York, USA, 1990.
- CARMICHAEL, Alexander: *Carmina Gadelica*, 2 vols., Norman MacLeod, Edimburgo, 1900 (revisado, 5 vols., Oliver & Boyd, Edimburgo, 1928).
- CHADWICK, H.M.: *The Heroic Age*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967.
- CHAD WICK, H.M. y Nora K.: *The Growth of Literature*, 3 vols., Cambridge University Press, Cambridge, 1932-40.
- CHADWICK, Nora K.: *The Druids*, University of Wales Press, Cardiff, 1966.
- CHADWICK, Nora K.: *The Celts*, Pelican, Londres, 1970.
- CHILDE, Vere Gordon: *The Dawn of European Civilisation*, Kegan Paul, Londres, 1925.
- CHILDE, Vere Gordon: *The Aryans: A Study of Indo-European Origins*, Kegan Paul, Londres, 1926.
- CHILDE, Vere Gordon: *The Danube in Prehistory*, Clarendon Press, Oxford, 1929.
- CONDREN, Mary: *The Serpent and the Goddess: Women, Religion and Power in Celtic Ireland*, T. & T. Clarke, Edimburgo, 1990.
- CONNELLAN, O. Ed.: *The Proceedings of the Great Bardic Institution*, J. O'Daly, Dublin, 1860.
- COOKE, William: *An Enquiry into the Druidical and Patriarchal Religion*, Londres, 1754,
- CRAMPTON, Patrick: *Stonehenge of the Kings*, John Baker, Londres, 1967.
- DALYELL, John Graham: *Darker Superstitions of Scotland*, Waugh Iraies, Edimburgo, 1834.
- DANIEL, Sir John: *The Philosophy of Ancient Britain*, Williams Norgate, Londres, 1927.
- DAVIDSON, H. Ed.: *The Seer in Celtic and Other Traditions*, John Donald, Edimburgo, 1989.
- DAVIDSON, Hilda Ellis: *The Lost Beliefs of Northern Europe*, Routledge, Londres, 1993.

- DAVIES, Edward: *Celtic Researches*, Londres, 1804.
- DAVIES, Edward: *The Mythology and Rites of the British Druids*, J. Booth, Londres, 1809.
- DE JUBAINVILLE, Henri d'Arbois. *Les Druides*, Paris, 1906
- DE PAOR, Liam: *Saint Patrick's World: The Christian Culture of Ireland's Apostolic Age*, Four Courts Press, Dublin, 1993.
- DE VRIES: *la Religion des Celtes*, Paris, 1963. DILLON, Myles. Ed: *Early Irish Society*, Mercier Press, Cork, 1963.
- DILLON, Myles y CHADWICK, Nora: *The Celtic Realms*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1967.
- DILLON, Myles: *Celt and Hindu*. The Osborn Bergin Memorial Lecture III, University College, Dublin, 1973.
- DILLON, Myles: *Celts and Aryans*, Indian Institute of Advanced Studies, Simla, India, 1975.
- DUVAL, P.M.: *Les dieux de la Gaule*, Paris, 1976.
- ELDER, Elisabeth Hill: *Celt, Druid and Culdee*, Covenant Publishing, Londres, 1962.
- ELLIS, Peter Berresford: *Celtic Inheritance*, Muller, Londres, 1985.
- ELLIS, Peter Berresford: *A Dictionary of Irish Mythology*, Constable, 1987.
- ELLIS, Peter Berresford: *The Celtic Empire: The First Millenium of Celtic History 4000 SCAD 54*, Constable, Londres, 1990.
- ELLIS, Peter Berresford: *A Dictionay of Celtic Mythology*, Constable, Londres, 1992.
- ELLIS, Peter Berresford: *Celt and Saxon: The Struggle for the Supremacy of Britain AD 440-937*, Constable, Londres, 1993.
- ELLIS, T.P.: *Welsh Tribal Law and Custom*, Oxford University Press, Oxford, 1926.

ELLIS, T.P. y LLOYD, John: *The Mahinogion*, Oxford University Press, Oxford, 1929.

EVANS, D. Ellis: *Gaulish Personal Names*, Oxford University Press, Oxford, 1967.

EVANS, Estyn: *Prehistoric and Early Christian Ireland*, Routledge, Londres, 1966.

EVANS, J. Gwenogfryn. Ed.: *Facsimile and Text of the Book of Taliesin*, Llanbedrog, 1910.

FERGUSON, J.: *Pelagius*, Cambridge University Press, Cambridge, 1956.

FILIP, Jan: *Celtic Civilisation and its Heritage*, Publishing House of the Czechoslovak Academy of Sciences and ARTIA, Praga, 1960.

FRAZER, James George: *The Golden Bough; a study in comparative religion*, 2 vols. Macmillan & Co, Londres, 1890 (revisada en 3 vols. 1900) (Hay traducción castellana: *La rama dorada*, FCE, Madrid, 1989.)

FRICK, J.G.: *Commentatio de Druidis*, Ulm, 1744.

GANTZ, Jeffrey: *The Mahinogion*, Penguin, Londres, 1976.

GANTZ, Jeffrey: *Early Irish Myths and Sagas*, Penguin, Londres, 1981.

GINNELL, Laurence: *The Brehon Laws: A Legzl Handbook*, T. Fischer Unwin, Londres, 1894.

GOMME, George Laurence: *Ethnology in Flokllore*, Modem Science, Londres 1891.

GOMME, George Laurence: *A Dictionary of British Folk Lore*, David Nutt, Londres, 1894.

GOUGAUD, Louis: *Christianity in Celtic Lands*, Sheed & Ward, Londres, 1932,

GRAHAM, Hugh: *The Early Irish Monastic Schools*, Talbot Press, Dublin, 1923.

GREEN, Miranda: *The Wheel as a Cult Symbol in the Romano-Celtic World*, Latoms, Bruselas, 1984.

GREEN, Miranda: *The Gods of the Celts*, Alan Sutton, Gloucester,

1986.

GREEN, Miranda: *Symbol d2 Image in Celtic religious Art*, Routledge, Londres, 1989.

GREEN, Miranda: *Animals in CeticLife and Myth*, Routledge, Londres, 1992.

GREEN, Miranda: *Dictionary of Celtic Myth and Legend*, Thames & Hudson, Londres, 1992.

GREGORY, Lady Augusta: *Gods and Fighting Men: The Story of the Tuatha De Danaan and of the Fianna of Ireland*, Londres, 1904.

GUENEBAULT, J.: *Le Reveil de l'antique tombeau de Chyndonax, Prime del Vacies, Druides, Celtiques*, Dijonnois, Paris, 1623.

GWYNN, E.: *The Metrical Dindshenchas*, Royal Irish Academy, Dublin, 1913.

HARDINGE, Leslie: *The Celtic Church in Britain*, Church Historical Society, SPCK, Londres, 1972.

HASLEHURST, R.S.T: *The Works ofFastidius*, Society of SS Peter & Paul, Westminster, 1927.

HAWKINS, Gerald S. (con John B, White): *Stonehenge Decoded*, Souvenir Press, Londres, 1966.

HENDERSON, George: *Survivals in Belief among the Celts*, J. Maclehose, Glasgow, 1911.

HENDERSON, William: *Notes on the Folklore of the Northern Counties of England and the Borders*, Londres, 1866.

HERBERT, Algernon: *An Essay on the Neo Druidic Heresy in Britannia*, Londres, 1838.

HIGGINS, G.: *The Celtic Druids*, Londres, 1829.

HOLMES, George: *Sketches of some of the Southern Counties of Ireland collected during a tour of 4797*, Longmans, Londres, 1801.

HOWE, Dr. E. Graham: *The Mind of the Druid*, Skoob Books Publishing, Londres, 1989.

HUBERT, Henri: *The Rise of the Celts*, Kegan Paul, Trench and Trubner, Londres, 1934.

HUBERT, Henri: *The Greatness and Decline of the Celts*, Trench and Trubner, Londres, 1934.

HULL, Eleanor: *Pagan Ireland (vol I de Epochs of Irish History)*, Dublin, 1904.

HUMPHREYS, Emyr: *The Taliesin Tradition*, Black Raven Press,

1983.

HUTTON, R.: *The Pagan Religions of the Ancient British Isles: Their Nature and Legacy*, Oxford University Press, Oxford, 1991.

HYDE, Douglas: *A Literary History of Ireland*, T Fisher Unwin, Londres, 1899.

JACKSON, Kenneth H.: *A Celtic Miscellany*, Roudedge & Kegan Paul, Londres, 1951.

JACKSON, Kenneth H.: *Language and History in Early Britain*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1953.

JACKSON, Kenneth H.: *The Oldest Tradition: A Window on the Iron Age*, Cambridge University Press, Cambridge, 1964.

JAMES, David: *The Patriarchal Religion of Britain*, Londres, 1836.

JAMIESON, John: *An Historical Account of the Ancient Culdees of Iona...*, J. Ballantyne, Edimburgo, 1811.

JARMAN, A.O.H. y JARMAN, G.R.: *A History of Welsh Literature*, Christopher Davies, Llandybie, Gales, 1974.

JENKINS, Dafydd, y OWEN, Morfydd E.: *The Welsh Law of Women*, University of Wales Press, Cardiff, 1980.

JONES, Edward: *The Bardic Museum*, A. Strahan, Londres, 1802.

JONES, O., WILLIAMS, E. y PUGHE, W.O.: *The Myvyrian Archaeology of Wales*, 3 vols., Londres, 1801-1808.

JONES, T.G.: *Welsh Folk-Lore and Folk-Custom*, Methuen, Londres, 1930.

JOYCE, P.W.: *A Social History of Ancient Ireland*, 2 vols., Longmans, Green & Co, Londres, 1903.

JULLIAN, Camille: *Recherches sur la religion gaulois*. Bibliotheque de L'Université du Midi, Burdeos, 1903.

JULLIAN, Camille: *Histoire de la Gaule*, Paris, 1908.

KAVURATNA, Avinash Chandra: *Charaka-Samhita* (trad. Inglesa) Calcuta, 1892-1914.

KELLY, Fergus: *A Guide to Early Irish Law*, Dublin Institute for Advanced Studies, Dublin, 1988.

KENDRICK, Thomas Downing: *The Druids: A Study in Keltic Prehistory*, Methuen & Co, Londres, 1927.

KINSELLA, Thomas: *The Tain*, Dolmen Press, Dublin, 1969.

LAING, Lloyd: *Celtic Britain*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1979.

- LEJEUNE, Michel: *Lepóntica*, Monographies Linguistiques, Societe dTBdition, Paris, 1971.
- LE ROUX, Françoise: *Les Druides*, (Mythes et religions, N° 41) Paris, 1961.
- LOFMARK, C: *Bards and Heroes*, Llanerch Enterprises, Llanerch, 1898.
- LOOMIS, RS.: *The Grail from Celtic Myth to Christian Symbol*, Columbia University Press, USA, 1963.
- LOOMIS, RS.: *Celtic Myth and Arthurian Romance*, Columbia University Press, USA, 1926.
- LOT, Ferdinand: *La Gaule: les fondements ethniques, sociaux et politiques de la nation française*, Paris, 1847.
- MCBAIN, Alexander: *Celtic Mythology and Religion*, Eneas Mackay, Stirling, 1917.
- MACCANA, Proinsias, *Celtic Mythology*, Hamlyn, Londres, 1970.
- MACCULLOCH, John Arnott: *The Religion of the Ancient Celts*, T & T. Clarke, Edimburgo, 1911.
- MACCULLOCH, John Arnott: *Celtic Mythology*, Marshall Jones, Boston, USA, 1918.
- MACCULLOCH, John Arnott: *The Celtic and Scandinavian Religions*, Hutchinson's University Library, Londres, 1948.
- MACKINLAY, J.M.: *Folklore of Scottish Lochs and Springs?*, W. Hodge & Co, Glasgow, 1893.
- MACNEILL, Eoin: *Phases of Irish History*, M.H. Gill, Dublin, 1919.
- MACNEILL, Eoin: *Early Irish Laws and Institutions*, Burns Oates Washbourne, Dublin, 1935.
- MACNEILL, EM.: *The Silver Bough*, Canongate, Edimburgo, 1989.
- MANN, N.R.: *The Celtic Power Symbols*, Triskele Press, Glastonbury, 1987.
- MARKALE, Jean: *Women of the Celts*, Gordon Cremonesi, Londres, 1975.

- MARTIN, Martin: *A Description of the Western Islands of Scotland*, A. Bell, Londres, 1703.
- MATTHEWS, Catriona: *Mabon and the Mysteries of Britain*, Arkana, 1989.
- MATTHEWS, John: *The Song of Taliesin*, Unwin Hyman, Londres, 1991.
- MATTHEWS, John: *Taliesin: Shamanism and the Bardic Mysteries in Britain and Ireland*, The Aquarian Press, Londres, 1991.
- MATTHEWS, John: *The Celtic Shaman*, Element Books Ltd, Dorset, 1991.
- MEILLET, Paul Jules Antoine: *Les Dialects Indo-Europeens*, Societi de la Linguiste, Paris, 1908. (Traducido al ingles: *The Indo European Dialects*, University of Alabama, USA, 1967).
- MEYER, Kuno: *The Triads of Ireland*, vol. XIII, Todd Lecture Service, Royal Irish Academy, Dublin, 1906.
- MILES, D.: *The Royal National Eisteddfod of Wales*, Christopher Davies, Swansea, 1977.
- MONCK MASON, Henry J.: *Religion of the Ancient Irish Saints Before AD 600*, Dublin, 1938.
- MOORE, A.W.: *Folklore of the Isle of Man*, David Nutt, Londres, 1891.
- MORGANWG, Iob: *The Triads of Britain*, Wildwood House, 1977.
- MURPHY, Gerard: *Glimpses of Gaelic Ireland*, Dublin, 1948.
- MURRAY, Liz and Colin: *The Celtic Tree Oracle*. Rider, Londres, 1988.
- NASH, D.W.: *Taliesin or the Bards and Druids of Britain*, J. Russell Smith, Londres, 1858.
- NICHOLAS, R: *The Book of Druidry*, Aquarian Press, Londres, 1990.
- NORRIS, John: *The Age of Arthur*, Weidenfeld & Nicholson, Londres,

1973.

O'BOYLE, S.: *Ogam, the Poets Secret*, Gilbert Dalton, Dublin, 1980.

O'CURRY, Eugene: *On the Manners and Customs of the Ancient Irish*, Ed. W.K. Sullivan, 3 vols., Williams Norgate, Dublin, 1873.

O'CURRY, Eugene: *Lectures on the Manuscript Materials of Ancient Irish History*, Williams Norgate, Dublin, 1878.

O'DRISCOLL, Robert. Ed.: *The Celtic Concioussness*, MacClelland Stewart, Toronto, 1981.

O'GRADY, Standish James: *Early Bardic Literature in Ireland*, Sampson Low Londres, 1879.

O'GRADY, Standish Hayes: *Silva Gadelica*, 2 vols., Williams Norgate, Dublin, 1892.

Ó HógAIN, Daitha: *Myth, Legend and Romance: An Encyclopaedia of the Irish Folk Tradition*, Ryan Publishing, Londres, 1990.

OOSTEN, J.G.: *The War of the Gods: The Social Code in Indo-European Mythology*, Routledge & Kegan Paul, 1985.

O'RAHILLY, Thomas E: *Early Irish History and Mythology*, Dublin Institute for Advanced Studies, Dublin, 1944.

OWEN, Aneurin: *Ancient Laws and Institutes of Wales*, English Records Commission, Londres, 1841.

OWEN, Aidan Lloyd: *The Famous Druids; a survey of three centuries of English literature on the Druids*, Oxford University Press, Oxford, 1962.

PARRY, Thomas trad. H. Idris Bell: *A History of Wales Literature*, The Clarendon Press, Oxford, 1955.:

PATCH, H.R: *The Otherworld*, Harvard University Press, Cambridge, Mass, USA, 1950.

PENNANT, Thomas: *A Tour in Scotland and a voyage to the Hebrides in 4769*, Chester, 1771.

PIGGOTT, Stuart: *The Druids*, Thames & Hudson, Londres, 1968.

PIGGOTT, Stuart: *Ancient Britons and the Antiquarian Imagination*, Thames & Hudson, Londres, 1989.

PIM, Herbert M.: *A Short History of Celtic Philosophy*, Dundalk, 1920.

- POWELL, T.G.E.: *The Celts*, Thames & Hudson, 1958.
- PROBERT, William: *The Ancient Laws of Cambria ...to which are added the historical Triads of Britain translated from the Welsh*, Londres, 1823-28.
- RAFERTY, Joseph. Ed.: *The Celts*, Mercier Press, Cork, 1964.
- RANKIN, H.D.: *Celts and the Classical World*, Croom Helm, Londres, 1987.
- RAOULT, Michael: *Les Druids: Les sociétés initiatiques Celtiques Contemporaines*, Editions du Rocher, Monaco, 1988.
- REES, Alwyn y Brinley: *Celtic Heritage*, Thames and Hudson, Londres, 1961.
- REINACH, Salomon: *Cultes, mythes et religions*, 4 vols., Paris, 1905-12. (trad. al inglés: *Cults, Myths and Religions*, Londres, 1912).
- RHYS John: *Lectures on Welsh Philology*, Londres, 1877.
- RHYS John: *Lectures on the Origin and Growth of Religion as Illustrated by Celtic Heathendom*, Williams & Norgate, Dublin, 1888.
- RHYS John: *Celtic Folk-lore*, 2 vols., Oxford University Press, Oxford, 1901.
- RHYS John: *Notes on the Coligny Calendar*, Henry Froude, Londres, 1910.
- RICHARDS, Melville: *The Laws of Hywel Dda*, Liverpool University Press, Liverpool, 1954.
- ROLLESTON, T.W.: *Myths and Legends of the Celtic Race*, George G. Harrap, Londres, 1911.
- ROSS, Anne: *Pagan Celtic Britain*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1967.
- ROSS, Anne, y ROBINS, Don.: *The Life and Death of a Druid Prince*, Rider, Londres, 1989.
- ROWLANDS, Henry: *Mona Antiqua Restaurata*, Londres, 1723.
- RUSSELL, Bertrand: *A History of Western Philosophy*, George Allen

& Unwin, Londres, 1946.

RUST, J.: *Druidism Exhumed*, Edmonston & Douglas, Edimburgo, 1871.

RUTHERFORD, Ward: *The Druids and their Heritage*, Gordon Cremonesi, Londres, 1978.

SALMON, John: *The Ancient Irish Church*, Gill & Son, Dublin, 1897.

SEBILOT, Paul Yves: *Traditions et superstitions de la Haute Bretagne*, 2 vols., Paris, 1882.

SEBILOT, Paul Yves: *Le Folklore de France*, Paris, 1904-07.

SEYMOUR, St John Drelincourt: *Irish Witchcraft and Demonology*, Hodges Figgis, Dublin, 1913.

SHARKEY, John: *Celtic Mysteries*, Thames & Hudson, Londres, 1975.

SJOESTEDT, Marie-Louise (mas tarde Sjoestedt-Jonval): *Gods and Heroes of the Celts*, (trad. al ingles por Myles Dillon), Methuen & Co, Londres, 1949.

SKENE, William Forbes: *The Chronicles of the Picts and Scots*, Edimburgo, 1867. SKENE, William Forbes: *Celtic Scotland*, 3 vols., Edimburgo, 1876-80.

SMIDDY, Richard: *An Essay on the Druids, the Ancient Churches and the Round Towers of Ireland*, Dublin, 1871.

SMITH, Thomas: *Syntagma de Druidum moribus ac institutis*, Londres, 1644.

SPAAN, D.B.: *The Otherworld in Early Irish Literature*, University of Michigan Press, Ann Arbor, USA, 1969.

SPENCE, Lewis: *The History and Origins of Druidism*, Rider & Co, Londres, 1949.

SPENCE, Lewis: *The Magic Arts in Celtic Britain*, Rider & Co, Londres, 1945.

SPOTTTSWOOD, John: *History of the Church of Scotland*, Londres,

1655. (Edition revisada, Londres, 1677.)

SQUIRE, Charles: *Celtic Myth and Legends*, Gresham Publishing, Londres, 1912.

STOKES, Whitley, Ed.: *Three Middle Irish Homilies on the Lives of SS Patrick, Bridgit and Columba*, Calcuta, 1877.

STOKES, Whitley: *The Tripartite Life of Patrick*, 2 vols., (*Rerum Britannicarum medii aeri Scriptores*) Londres, 1887.

STUKELEY, William: *The History of the Religion of the Temples of the Druids*, Londres, 1729.

STUKELEY, William: *Stonehenge, a temple restored to the British Druids*, Londres, 1740.

STUKELEY, William: *Abury, a Temple of the British Druids*, Londres, 1743. TATLOCK, J.S.P.: *The Legendary History of Britain*, Gordian Press, 1979.

THOMAS, Charles: *Celtic Britain*, Thames & Hudson, Londres, 1986.

THOMAS, Charles: *Christianity in Roman Britain to AD 500*, Batsford, Londres, 1981.

THURNEYSSEN, R.; POWER, Nancy; DILLON, Myles; MULCHRONE, Kathleen; BINCHEY, D.; KNOCH, August; RYAN, John: *Studies in Early Irish Law*, Royal Irish Academy, Dublin, 1936.

TOLAND, John: *A critical History of the Celtic religion and learning containing an account of the Druids*, Lackington & Co, Londres, 1740 (£). Reimpreso como *Poland's History of the Druids* notas de R. Huddleston, Montrose, 1814.

TOULSON, Shirley: *The Celtic Year*, Element, Dorset, 1993.

VENDRYES, Joseph: *La Religion des Cettes*, Paris, 1948.

WAITE, Arthur Edward: *The Hidden Church of the Holy Grail*, Rebman, Londres, 1909.

WARREN, EE.: *The Liturgy and Ritual of the Celtic Church*, Clarendon Press, Oxford, 1881.

WENTZ, W.Y. Evans: *The Fairy Faith in Celtic Countries*, Oxford University Press, Oxford, 1911.

WIESE, H. y FRICKE, H.: *Handhuch des Druiden Ordens*, Munich, 1931.

WILLIS, Roy. Editor general: *World Mythology*, Duncan Baird Publishers, Londres, 1993.

WISE, T.A.: *History of Paganism in Caledonia*, Londres, 1887.

WOOD-MARTIN, W.G.: *Pagan Ireland*, Londres, 1895.

WOOD-MARTIN, W.G.: *Traces of the Elder Faiths of Ireland*, 2 vols., Londres, 1902.

WRIGHT, Dudley: *Druidism: the ancient faith of Britain*, E.J. Burrow, Londres, 1924.

ZIMMER, Heinrich: *Altindisches Leben: Die Cultur Vedischen Arier nach den Samhitach*, Berlin, 1879.

ZIMMER, Heinrich: *Pelagius in Ireland*, Berlin, 1901.

ZIMMER, Heinrich: *The Celtic Church in Britain and Ireland*, trad, al inglés por A. Meye, David Nutt, Londres, 1902.

ARTÍCULOS

BLAIR-EWDARD, Alexander: «The Celtic Spirit in the New Age», *The Celtic Consciousness*, Ed. Robert O'Driscoll, Toronto, 1981.

BOBER, J.J.: «Cernunnos: origin and transformation of a Celtic divinity», *American Journal of Archaeology* N° 55.

BOUESSEL DU BOURG, Yann: «Death of R. Tullou», *Cam* N° 70, verano, 1990.

BOURNE, Harry: «A View of the Origins of Druidism», *London Celt*, invierno, 1993.

CAMPBELL, Joseph: «Indian Reflections in the Castle of the Grail», en *The Celtic Consciousness*, Ed. Robert O'Driscoll, Toronto, 1981.

DENNING, R: «Druidism at Pontypridd», *Glamorgan Historian*, 1.1963, pp. 136-45.

DE WITT, N.J.: «The Druids and Romanization» *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, LXIX, 1938, pp. 319-321.

FEEHAN, Fanny: "Suggested Links Between Eastern and Celtic Music», *The Celtic Consciousness*, Ed. O'Driscoll., Toronto, 1981.

FUSTEL DE COULANGES, N.D.: «Comment le Druidisme a disparu», *Revue Celtique*, vol. IV, pag. 44.

HENAFF, Neven: «Le Calendrier Celtique», *Zeitschrift fur Celtische Philologie*, vol. XXIII, N°3(1943).

HENAFF, Neven: «The Stonehenge Druidic Calendar*, *Cam* N° 45, primavera, 1985. pp. 1849.

HENNESSY, W.M.: «The ancient Irish goddess of war», *Revue Celtique*, 1.

JOYNT, Maud: «Airbacc Giunnae». *triu*, N° X, 1928.

LAST, H.: «Rome and the Druids: A Note», *Journal Roman Studies*, XXXIX, 1949, pp. 1-5.

LEHMANN, R.P.M.: «Death and Vengeance in the Ulster Cycle», *Zeitschrift fur Celtische Philologie*, N° 43.

LEWIS, F.R.: «Gwerinn Ffristial a Thawlbwrdd», *Transactions of the Honourable Society of Cymmrodorion*, 1941.

MACCANA, Muiris: «Astrology in Ancient Ireland* (artículo no publicado entregado a la Irish Astrological Association, Dublin, 27 de mayo de 1991).

MACNEILL, E.: «On the Notation and Chronology of the Calender of Coligny», *triu* X 1926-28, pp. 1-67.

MACWHITE, E.: «Early Irish Board Games», *Eigse*, V (1945),

MOORE, Ramsey B.: «The Druids», *Proceeding? IOMNHAS*, (Isle of Man Natural History and Archaeological Society), Douglas, 1956, pag. 271 sig.

MORRIS-JONES, Sir John: «Pre-Aryan Syntax in Insular Celtic», como un apéndice de *The Welsh People* por J. Rhys y D. Brynmor-Jones.

- PEATE, I.C.: «The Gorsedd of the Bards of Britain», *Antiquities*, XXXVIII, 1964. Pp. 285-7.
- POKORNY, Julius: «The Origins of Druidism», *Celtic Review*, vol. V, N° 17 (1908/9). También reimpresso en *The Annual Report of the Smithsonian Institution*, 1910.
- ROSS, Anne: «The Human Head in Insular pagan Celtic Religion*», *Proceedings of the Society of Antiquarians of Scotland*, N° 91.
- TTERNEY, James J.: «The Celtic Ethnography of Posidonius», *Proceedings of the Royal Irish Academy*, Dublin, 1960.
- TRAUBE, Ludwig: «Quellen und Untersuchungen zur lateinischen Philologie» en *Sedulius Scottus*, Hellmann, Munich, 1906.
- WAGNER, Heinrich: «Origins of pagan Irish religion», *Zeitschrift für Celtische Philologie*, N° 38.
- WAGNER, Heinrich: «Near Eastern and African Connections with the Celtic World», en *The Celtic Consciousness*, Ed. Robert O'Driscoll, Toronto, 1981.

INDÍCE ONOMÁSTICO

Antioco III de Siria, 221
 Antrim, condado, 88, 96
 Antrobus, Sir Edward, 315
 Aodh Guaire, 88
 Aoife esposa de Lir, 115, 287
 Aoife, guerrera, 105, 115
 Aonghus Mac Airt, 225
 Applecross, presbitero de, 98
 Aquino, Sto. Tomas, 210, 217
 Ard Madia, 125
 Arias, druida, 83, 143, 144

Ariovisto, rey, 65
Aristoteles, 28, 41, 76, 105, 202, 262
Aries, 114
Armagh, 95, 125, 242, 248
Armorica, 35, 113
Arranches, Suiza, 145
Arriano (Flavio Arriano), 52, 151
Arturo, rey, 121, 156, 256, 271, 276
Ashe, Thomas, 164
Asma (Tarragona), 145, 146
Asoka, emperador de la India, 248
Atalo I, rey de Pergamo, 30
Ateneo de Naucratis, 60, 166, 208, 239, 240
Atha Sighe (Assey), batalla de, 117
Athairne, 193
Atkinson, Profesor R.J.C., 268
Aubrey, John, 295-297, 299
Augusto, emperador, 16, 59, 72, 145
Augustodunum (Autun), 17
Aureliano, emperador, 114
Aurelio Antonio, emperador, 155
Auretio de Cartago, 211, 212
Ausculum, batalla de (279 a.C.), 30
Ausonio, Decimo Magno, 17, 111
Avebury, 294, 300, 304
Avicena, 252

Backa, Suecia, 146
Badb, diosa de la guerra, 147, 148, 151
Badb, mujer druida, 287
Baile Mac Buain, 192
Balder, hijo de Odin, 161
Ballinderry, condado de Westmeath, 271
Balor, gobernante de los fomorios, 115, 261
Banba diosa, 129, 148

Banban de Raith Bee, 88, 89, 261
Bangor, monasterio, 236, 282
Banwell, templo druidico, 313
Bath: Grand Circus, 302
Beag Mac De (Bee Mac De), druida, 88
Beare, isla de, Cork, 89
Beda, el Venerable, 128, 236
Belenos dios, 17, 82, 140, 141
Belino, rey de Britania, 238
Bellini, Vincenzo, 312
Bellovesos, 232
Benigno, 192, 226
Beroso, 291
Beuno, San, 18
Bith, hijo de Noe, 135
Blake, Dr. Carter, 300
Blake, James, 300
Blake, William, 300, 301, 303, 309, 315
Blathmac, 89
Blegywyr ab Einon, archidiacono, 229
Blenheim, palacio, 314
Blucine, druida, 280
Boann, diosa, 149, 155, 156
Bodmall, mujer druida, 115
Bolgios, 27
Bolton, Edmund, 292
Bonifacio de Crediton, San, 282
Borlase, Dr. William, 100, 313
Borvo, dios, 150, 155
Boscawen-Un Gorsedd, 310
Boudicca, gobernante de los icenos, 105-107, 292
Bowden, Samuel, 294
Boycott, Capitan Charles, 226
Boyle, Charles, conde de Orrery, 268
Boyne, batalla de (1690), 29

Boyne, rio/valle, 42, 116, 117, 149, 156,197
Bracan Mac Findloga, 248
Bradley, Profesor Richard, 141,156
Brahe, Tycho, 262
Bran el Bendito, 141
Bran Mac Febal, 191, 243
Breag-Magh, 257
Brendan, San, 212
Brennos (Brenio), 27, 74, 231, 238, 239
Brent, rio, 149
Bres, 81, 84, 144
Brian Boru, 159
Briard, Profesor Jaques, 44
Brigh, 109, 225
Brigida de Kildare, Sta. 19, 43, 118, 119, 122, 184,261
Brigit (Brigantia, diosa), 53, 108,118, 144, 147, 149, 261
«Britano Siciliano», 216, 219, 249
Brixton, prision, 164
Broichan, druida, 96, 97, 285, 286
Broin Bherg, hospital, Emain Macha, 248
Broiseach (madre de Brigida), 118, 119
Brong-Bherg, hospital, 125
Browne, Henry, 304
Bruide Mac Maelchon, rey de los pictos, 96, 97, 285, 286
Brunaux, Jean Louis, 175, 181
Bruto, rey de los britones, 238
Burdigala (Burdeos), 17
Burebista de Dacia, 32

Cabadios, druida, 84
Cadwallader, 238
Caerleon-upon-Usk, colegio, 284
Caerwys Eisteddfod (Clwyd), 306
Cahir Mor, 144
Caicher, druida, 83

Caimin, San, 164
Cairnech, obispo, 117, 226
Calatin, 133, 287
Caligula, emperador, 16
Calipo de Atenas, 27
Callinish, 269
Cambaules, 27, 201
Camden, William, 68, 276
Camma, mujer druida, 108
Campion, Edward, 186
Canice, San, monasterio, 281
Carmas, batalla de (216 a.C), 179
Caoilte, 194
Caplait, druida, 91
Caractaco (Caradoc), 33, 34
Carlisle (Luguvalum), 144, 147
Carlomagno, 282
Carlos I, rey, 162
Carmarthen Eisteddfod, 309
Carnac, 269
Carney, Profesor James, 241, 242
Cartago, 28, 30, 211
Cartimandua, gobernante de los brigantes, 107
Cashel, 29, 83, 248, 271
Casiodoro, Flavio Magno Aurelio, 264, 265
Cass Mace Glais, 91
Catelani, Angelo, 313
Cathair Mar, rey de Leinster, 84
Cathair Mor, 133
Cathal Maguire, 236
Cathbad, druida, 85, 138, 184, 261, 286
Catilina, Lucio Sergio, 179
Catulo, 231
Celestio, 211-214
Cellach, San, obispo de Killala, 258

Celtchair, 207
Cennfaela, druida, 225
Cennfaelad, 346
Ceolfrid, 91
Cerauno, Ptolomeo, 27
Cerial, Petilio, 107
Ceridwen, hechicera, 121
Cerne Abbas, 143
Cernunnos, 143
Cesair, hija de Bith, 135
Cesar, Cayo Julio, 14,16, 19, 33, 36, 37, 49, 52, 54, 57, 60-67, 77, 82, 90, 110,115, 133, 139, 141, 144, 159,167-169,175-178,183,189, 190, 200, 220, 225, 255, 264, 266, 268, 290, 292, 295, 297, 302
Cesarn, druida, 262
Cethren, 105
Chamberlain, Houston Stewart, 50
Charleton, Dr. Walter, 295
Charmis de Marsella, 69, 245
Cheesewring, Sta. Cleer (Cornualles), 313, 314
Chelmsford, General Lord, 14
Chiomara, 107
Church, Profesor A.J., 78
Churchill, Clementine, 314
Churchill, Sir Winston, 11, 314
Chyndonax de Dijon, druida, 204, 291
Ciaran, abad de Clonmacnoise, 123
Ciaran, San, 88, 261, 288
Ciceron, Marco Tulio, 64, 65, 67, 169, 263-265
Ciceron, Quinto Tulio, 64, 264
Cingris, faraon, 128
Ciothruadh, druida, 83
Cirilo de Alejandria, 52, 57, 75, 200
Clancarthy, Duque de, 29, 233
Clare, condado, 89, 186, 293
Claudio Civil, 111
Claudio, emperador, 16, 67, 72, 169, 179

Clayton, H., 315
Cleland, John, 308
Clemente de Alejandria, 52, 57, 75, 76, 132, 200, 201
Cletach, palacio real de, 116, 117
Clickhimin, 269
Clodna (dios), 68
Clonard, escuela médica, 248
Clonmacnoise, 85, 123, 166, 248
Cluain Feart (Clonfert), 115
Clyde, río, 149
Cnoc nan Druad, 260
Cobthacht Coel Breg, 254
Cogitoso, 118, 122
Coinchend, guerrera, 105
Colgan, profesor Sean, 95
Collins, William, 298
Colmcille (Sta. Columba), 18, 87, 88, 95, 98, 123, 155, 159, 173, 250, 253, 280, 286, 288
Columbano, 212
Comneno, Manuel, 263
Conaire Mor, 163, 207
Conaire, rey, 96, 256
Conall Cemach, 154, 286
Conall Derg, 154
Conall Gulban, 85
Conan de Cuala, 128
Conaran, 120
Conchobhar Mac Nessa, rey del Ulster, 85, 115, 133, 138, 151, 193, 207, 224, 247, 253, 254, 261
Conindri, misionero, 94
Conlai de Connacht, 134
Conn, Rey Supremo, 280
Connacht, 29, 86, 115, 186, 293
Conran, Anthony, 242
Corbed, rey de Alba, 95
Corbridge, Northumberland, 143

Core, rey de Munster, 226
Corchachlann, cerca de Roscommon, 87
Cork, 83,164
Cormac Mac Art, rey, 83-85, 96, 194,196, 225, 243
Cormac Mac Cuileannain de Cashel, 174, 281
Cormac Mac Duinnshleibhe, 252
Corwen Eisteddfod, 307
Craig Phadraig, 96
Credhne dios de un oficio, 148
Credne, guerrera, 105
Cridenbel, satirico, 254
Crimthann, 261
Crinias de Marsella, 69, 245
Crinna, batalla de, 247
Crisostomo, Juan, 215
Critognato, 167
Croghan, 271
Cromm Cruach (Crom Croich: idolo), 171, 172, 174
Cromwell, Oliver, 235, 256, 293
Cronn ba Drui, druida, 84
Cruachan, Connacht, 86, 115
Crunchua Mac Agnoman, 125
Cu Brettan, monje, 89
Cu Roi de Munster, 224
Cuchulainn, 84, 105, 115, 163, 184,191, 234, 280, 286, 287
Cumhail, 261
Cunobelino, rey, 33, 141
Cymon, 156
Cynndelw Brydydd Mawr, 99

Dadera, druida, 84
Dael Duiled, 209
Dagda (padre de los dioses), 53,83,118, 141,146,148,151,155, 156,
243
Dahud-Ahes, mujer druida, 120

Dairbre (Valentia en Kerry), 98
Daire Calgaich (Derry), 43
Daire Maugh (Durrow), 43
Daithi de Connacht, 225, 260
Dal Riada, Escocia, 96, 97
Dalan, druida, 192, 259
Dalb, mujer druida, 287
Dalian Forgaill, 159, 185
Damona (diosa), 150, 155
Danaher, Dr. Kevin, 272
Danby, William, 313
Daniken, Erich von, 320
Danu (diosa madre), 47, 83, 133, 136, 144, 149, 270
Danubio, rio, 26, 27, 32, 34, 47, 137, 143, 144, 149, 151, 155, 156
Dara, rey del Ulster, 226, 261
Davies, Sir John, 178, 224, 227, 228, 259
De Bhaldraithe, Dr. Thomas, 275
Declan, 123
Deiotaros de Galacia, 32
Deirdre, 261, 286
Delfidio, 17
Delfos, 27
Demades, 223
Dergdamsha, druida, 159
Derryloran, colegio de bardos, Tyrone, 246
Dian Cecht (dios de la medicina), 144, 146, 147, 246, 253
Diarmuid Mac Cearbaill, Rey Supremo, 87, 88, 89, 117, 164, 261
Dicenus, druida, 264, 265
Diciul, geografo, 245, 282, 283
Dickinson, Edmund, 292
Dinas, Emrys, 173
Dingwall, presbitero de, 98
Diocleciano, Gayo Aurelio, 114
Diodoro Siculo, 28, 54, 57-60, 64, 77, 166, 168, 169, 195, 200, 209, 220, 225, 230, 239, 257, 264

Diogenes Laercio,
Dion Casio, 105, 110, 111, 112, 155
Dion Crisostomo, Dionisio, papa, 180
Dioscorides, 252
Diospolis (Lida), 213
Dispater (Padre Dis), 139,140, 141
Divitiaco de los aeduos, druida,
Doherty, Kieran, 165
Doireann, princesa, 86
Domhnall Breac, rey de
Dal Riada, 262
Domhnall Mac Aedh, Rey Supremo, 262
Domhnall Ui Neill del Ulster, 260
Domhnall, 258
Domiciano, emperador, 75, 112
Domnuil I de Alba, 222
Don (equivalente gales de Danu), 137, 138, 141
Donegal, 84, 115, 186,251
Donizetti, Gaetano, 313
Donn (dios irlandés), 139, 140
Donn Cualinge, 256
Donnotauros, 256
Doon, fuente, 19
Dothan, rey de Alba, 95
Dowth, valle de Boyne, 269
Dracon, 223
Drayton, Michael, 292
Drepaum, batalla naval de (249 a.C), 257
Druim Ceatt, 184, 185, 227, 262
Druim Dil (Drumdeel), 280
Drumcree, asentamiento religioso, 118
Drunemeton (Pesino), 52, 53
Dryadia, mujer druida, 17, 111
Dryden, John, 295
Duailtech, 117

Dubdachrich (Dobdagreco), obispo, 282
Dubhdiadh, druida, 258
Dubhtach Maccu Lugir (Brehon), 19, 226
Dubhtach, druida (padre de Sta. Brigida), 19,118,119
Diimmmler, Ernst, 283
Dumnorix, 32, 33, 51, 65, 66, 67
Dunadheach, druida, 86
Dungal, astrónomo, 282
Dunwallo Molmutio, 238

Eber Scot, 129
Edwards, Clemente, 292
Éire, diosa, 81, 129, 148
Elatha, rey de los fomorios, 144
Elfoddw, obispo de Gwynedd, 237
Elphin, fundación religiosa, 87
Emain Macha (Navan), 174
Enda de Aran, 123
Eochaidh Airemh, 192
Eochaidh de Connacht, 261
Eochaidh Muigmedoin, Rey Supremo, 160, 271
Eochaidh Ollathair, dios, 142
Eochaidh Salbuidge, 85
Eoghan Mor, rey, 84, 85, 233, 281
Eolas, druida, 82
Epicuro, 41
Eponina, 107
Erard Mac Cosse, 261
Erasitrato, 247
Eremon, Eremon de Leinster, 80, 81, 253
Eriugena (Johannes Scotus), 210, 217-219
Erne, conde de, 226
Esposito, Mario, 283
Estacio, Cecilio, 71, 170
Esteban de Bizancio, 52, 200

Estiu, guerrera, 105
Estrabon, 41, 43, 52, 54, 58-61, 64, 77, 93, 110, 113, 151, 167-169,
200, 202, 209, 220, 221, 225, 264, 297
Esus (dios), 147
Étain, esposa de Eochaidh Airemh, 192, 259, 271
Ethlinn, hija de Balor, 115, 145, 261
Ethne, hija de Laoghaire, 91
Ético de Istria, 193
Euforbo el troyano, 200
Eusebio, obispo de Cesarea, 237
Euxoxo de Cnido, 263
Evans Wentz, W.Y., 45, 287
Evans, Evan, 307, 311, 312, 321
Evans, Theophilus, 307

Fabiola, Sta., 248
Fachtna, 138
Faenche, Sta., 123
Falias (ciudad fabulosa), 83, 143
Fastidio, obispo, 216, 219, 249
Feardomhnach, 95
Fearghus, 194
Febicio, 17
Fechin de Fore, 288
Feirceirtne, poeta, 193, 224
Fell, Dr. Barry, 191
Fer Caille, druida, 256, 257
Fer Doirche, 287
Fer Fidail, druida, 287
Feradach de Alba, 196
Feradach Finn Fachtnach, Rey Supremo, 225
Feradach, escritor, 194
Fergus (Brehon), 133, 226
Fergus Mac Roth, 163
Feutren, Louis, 317

Fiachra, 160
Fiachra-Ealgach, 87
Fiachu Muillethan o el Cabeza Plana, 84, 281
Fiachu Sraibtine (Fecho), 84
Fidelma, hija de Laoghaire, 91,115,116
Filip Brydydd, 99
Filon de Judea, 198
Filostrato de Tiana, 159, 205
Find, 145
Findgoll Mac Findemas, druida, 84
Finegas, druida, 260
Fingin Faithliaig, medico, 247, 253
Fingin Mac Luchta de Munster, 112
Fingin, escritor, 194
Finian de Clonard, San, 123, 248
Finias (ciudad fabulosa), 83, 143
Finnchaemh, druida, 225
Finnchua, San, 287
Fintan, 135, 198, 206
FionnMac Cumhail, 84, 105, 115,144, 194, 194, 198, 260
Fionn Mac Gormain de Glendalough, 43, 192
Fios, druida, 82
Fir Droirich, «el Druida Negro», 84
Flann de Monasterboice, 261
Flann Mac Dima, 88
Flavio Valerio Constantino, emperador, 180
Fleischmann, Profesor Aloys, 243 Fleming, Dr. Hay, 288
Fletcher, John, 292
Fochmarc, druida, 82
Fontes Sequanae, santuario, 47
Forgall, Dalian, 185
Fotla, diosa, 129, 148
Frigga, 161
Frost, Gavin e Yvonne, 318, 320
Furbaide, 247

Fustec, Yann, 310

Gabhala, Leabhar, 8

Gaine, mujer druida, 115

Galeno de Pergamo, 43, 247, 252

Gandhi, Mahatma, 164

Ganna, mujer druida, 112

Garden, James, 296

Geal Chossach, mujer druida, 115

Geoffrey de Monmouth, 82, 222, 237, 238, 276, 284

Germano de Auxerre, San, 18, 99

Gibson, Edmund, 296

Gildas, 237

Giraldo Cambrense, 160,184, 257

Glamorgan, 309

Glastonbury, 318

Glenishheen, condado de Clare, 312

Gloucester, 113

Gluneu, 147

Gobhan Saer, 280

Goibhniu, dios de un oficio, 147-148

Goidel, 129

Goll Mac Moma, 120, 247

Gorias (ciudad fabulosa), 83, 143

Gottschalk de Orbais, 217

Gougard, Dom, 91, 92

Gournay-sur-Aronde (Oise), 175, 256

Graciano, (Augusto Graciano), emperador, 17

Gradlon, rey de Kernev, 102,120

Grannos/Grannus (dios), 155, 277

Graves, Charles, 229

Graves, Robert, 229

Gray, Thomas, 298, 303

Gregorio I, papa, 155

Gregorio IX, papa, 282

Grimm, Jacob, 45
Grufrydd ap Rhys ap Tudor, príncipe, 257
Guaire el Hospitalario, 164
Guenole, San, 92, 101, 102, 120, 121
Guillermo III de Orange, 187, 299
Guincamp Gorsedd, 310
Guntert, Hermann, 146
Gwalchmai ap Meilyr, 99
Gwen, hijo de Llywarch Hen, 232
Gwenfrewi, Sta. Winifred de
Gwytherin, 18
Gwinear, San, 100, 101
GwionBach, 121, 206
Gwri del Cabello Dorado, 154
Gwydion, hijo de Don, 154, 284
Gwyn, hijo de Nudd, 284
Halliday, EE., 101
Hals well Park, templo druidico, 313
Harvey, William, 247
Hausen-an-der-Zaber, 46
Hawkes, Jaquetta, 267
Hawkes, Profesor Christopher, 267
Heame, Thomas, 294
Hecateo de Mileto, 25, 203, 267, 272
Heiric de Auxerre, 217
Henley, WE., 219
Hennessy, Profesor Henry, 253
Henry, R.M., 279
Heraclito de Efeso, 198, 199, 204
Herodoto de Halicarnaso, 25, 76, 201
Herofilo, 247, 252
Heros de Aries, 213
Herrieu, Loeiz, 310
Hesiodo, 43, 135, 273

Hicks, R.D., 76
Hilario, obispo de Poitiers, 149, 210
Hilda, Sta., 122
Hipocrates, 186, 247, 252
Hipolito, 75, 200, 201, 264, 267, 285
Hirtio, Aulo, 54
Holland, Philemond, 292
Holmer, N., 50
Honorato, Mario Servio, 170
Honorio, emperador, 213
Horchscheid, Alemania, 68
Hugh de Lacey, conde del Ulster, 94
Hunsbury, fuerte de la colina de, 315
Hunt, R.H., 315
Hurle, Henry, 314
Hy-Amhalgaidh, cerca de Killala, 87
Hywel Dda, leyes de, 99, 124, 222, 229, 266
Ida, druida, 87
Idris el Gigante, 284
Ieuan Brydydd Hir Henaf, 307
Illtyd, druida, 18
Inis Maree, isla de, 98
Inishmurray, bahia de Donegal, 253
Inocencio I, papa, 213
Inverksena, condado de Kerry, 80
Iona (I-Shona), 92, 95, 173
Iman, hija de Conaran, 120
Isabel I, reina, 276, 306
Ita de Cluan Credill, 212
Ives, San, 100

Jacobo I, rey, 186, 224, 227
Jafet, hijo de Noe, 136, 309
Jaffrennou, Taldir, 310

Jenner, Henry, 100, 310
Jenofanes, 204
Jeronimo, San (Eusebio Jeronimo), 32, 210, 213, 237
Jesucristo, 89, 285, 288, 301
John de Cornualles, 238
John de Courcy, 94
Johnson, Dr. Samuel, 303
Jones, David, 305
Jones, Iñigo, 294, 295, 302
Jones, Rowland, 309
Jordanes, 264, 265
Julian de Eclanum, 214
Juvenal, (Decimo Junio Juvenal), 180

Kepler, Johannes, 262
Kernev, 102
Kerouac, Jack, 260 Kersaint, Armand, 305
Ker-Ys, Bretaña, 120
Kevin (Coemgen), «el santo de Glendalough», 123
Keyseler, Georg, 296
Kildare, monasterio de Sta. Brigida en, 98,118, 119,184,276
Kipling, Rudyard, 167
Klotz, Alfred, 60
Knowth, valle del Boyne, 269

La Tour d'Auvergne, 305
La Vayssiere, Inscripcion de Larzac, 63, 113,190
Labraid Loingsech, 234
Lactancio Placido, 71, 170, 208
Ladra, 135
Lafayette, Marquis, 305
Laighin (Leinster), 87, 234
Lamhderg, druida, 84
Lampridio, Elio, 114
Lampsacos, 221

Landevennec, Bretana, 92, 101,102, 103
Laoghaire Lore, 254
Laoghaire, Rey Supremo, 86, 91, 192, 220, 226, 286
Law, George Henry, obispo, 313
Lazaro de Aix, 213
Le Berre, L., 310
Le Fevre, Jean, 290
Le Moal, E., 310
Le Prugnon, 114
Leek, Sybyl, 318
Letts, C, 315
Levi, Sylvain, 234
Levi-Strauss, Claude, 9, 322
Lhuyd, Edward, 295, 296
Lindow, el hombre de, 175, 176, 177
Livio (Tito Livio), 36, 179, 231, 232
Llangollen Eisteddfod, 309
Llangorse, lago de, 257
Lieu Llaw Gyffes, 146

Llew (dios), 144
Llochru, druida, 86
Lludd Llaw Ereint, 144
Llywarch ab Llewelyn, 99
Llywarch Hen, 232, 259
Llywelyn, Morgan, 316
Loch Leven, Fife, 120
Loch Maree, 98
Loch Ness, 96, 286
Loch Slieve Gallion, 115
Loeg Mac Rianganbra, auriga, 234, 280
Lonan, circulo de piedras, 95
Londres (Londinium), 145, 156
Long Kesh, prision, 164
Lorenzini, Carlo, 199

Louernio, jefe, 240
Lough Mask, condado de Mayo, 226
Loxley, David, 11
Lubbock, John, 304
Lucano, 67, 70, 71, 146, 147, 169, 199, 200, 206
Lucet Mael, druida, 86, 87, 91
Luchta (dios de un oficio), 148
Lugaid Mac Con, 196
Lugaidh, hijo de Dara, 261
Lugh Lamhfadha, 115, 145, 277, 286
Lugh, dios, 86, 144, 145, 146, 207, 271
Lughbran, druida, 261
Lugus (dios), 144, 145
Luis XIII, rey de Francia, 251
Lundy, isla, 140
Lydney junto al Severn, 144
Lyon (Lugdunum), 144
Mac Cuill (San Maughold), 94, 95
Mac Firbis, 192
Mac Firbisigh, 234, 235
MacBeth, Rey Supremo, 119, 120
MacCarthy Mor, 29, 233
MacCarthy Reagh de Tolouse, 29, 233
Macha Mong Ruadh, reina, 116, 125, 248
Macha, diosa, 125, 126
MacPherson, James, 306
MacSwiney, Terence, 164
MacVeigh, Padre Joseph, 19
Madog de Powys, 99
Mael Muire,
Mac Ceileachair, 166
Mael Ruain, 92
Mael, druida, 280
Mael, obispo de Ardagh, 118

Maeldor ó Tinnri, 250
Maelduin, 269
Maen, hijo de Llywarch Hen, 232
Magh Rath (Moirá), batalla de, 246, 258,262
Magh Slecht, 171, 172
Magh Tuireadh, batallas de, 81,115, 133, 136, 145, 151, 207, 246, 253,286
Maghnus ó Duibhgeannain, 191, 224 Magog, 136
Mahe, Canon, 46
Maighenn, abad de Kilmainham, 123
Maire Aine (Ni Dhonnacha), 243
Maithghean, druida, 119
Manilio, Marco, 263
Mann, Thomas, 322
Mannanan Mac Lir, dios, 93,147, 207. 287
Marban, profeta, 209
Marco Antonio, 32
Maree, Sta. (Sta. Mourie), 98
Marmonoc, abad, 92
Marsella (Massilia), 26, 32, 70, 170, 221
Marshall, Sir John, 143
Martin, Jean, 305
Masyos, rey, 112
Mathgen, druida, 286
Matholwch, 147
Maxen Wledig, 133
Medb, reina de Connacht, 105, 115, 116,128,142,151,286
Meddygon Meddfai, 252
Meid, W., 50
Meinhard, Francois, 291
Mela, Pomponio, 67, 72,112, 120, 133, 169, 174, 183, 264
Merlin, druida, 10, 82, 173, 238, 276, 296, 302
Meyrick, Samuel Rush, 312
Miach (hijo de Dian Cecht), 144, 246
Mide, druida, 82

Midhe, Meath, 82
Midir el Orgulloso (dios), 140, 192, 259, 271'
Mil, 81, 129, 269
Milan, (Mediolanum), 170, 211
Milton, John, 292
Milucrah, 115
Minucio Felix, 179
Mirebeau, Francia, 175
Modan, 194, 247
Mogneid, 159
Molasio, 123
Molesworth, Lord, 297
Moling, San, 123, 258, 286, 288
Moncha, 281
Monchae, esposa de Eoghan, 84
Morann Mac Cairbre, 196
Morann, duida, 84, 194
Morbihan, Bretana, 146, 277
Morda, 121
Morfau, hijo de Ceridwen, 121
Morias, druida, 83, 143, 144
Morin, Jean Baptiste, 263
Morrigan/Morrighu, diosa, 148
Mothairen, 286
Mug Ruith, 83, 89, 93, 98, 109, 133, 259, 286
Mughain, 88, 89
Muirchu Moccu Machteni, 86, 192, 285, 286
Muireadhach Meann, rey, 85
Munster, 29, 96, 108, 109, 140, 160, 191, 227, 247, 259
Mur OUamhan, 184
Murias (ciudad fabulosa), 83, 142, 143
Muma, 84

Naas, 271
Naiton, rey de los pictos, 91

Nantosuelta (diosa), 150
Nechtán (dios del agua), 156
Nectanebo, faraón, 129
Neide, poeta, 193, 224, 287
Nemain, diosa, 148
Nemed, 133, 136
Nennio, 18, 99, 133, 173, 237, 257
Nepote, Cornelio, 231
Neron, emperador, 16
Nessa, madre de Conchobhar, 85, 138
Nestoro, obispo, 214
Neumann, John von, 270, 271
Neuvy-en Suillas, Francia, 242
New Grange, 269
Niall de los Nueve Rehenes, rey, 84, 85, 87, 128
Nicomedes de Bitinia, 27
Niul, druida, 128, 129
Nodens, 144
Noe, 135, 136, 301
Noricum, 32
Nuada, druida, 144, 246
Nuada, Nuada Necht, dios, 144, 147, 156
Nuremberg, baños, 253

Ó Cleirigh (O'Clery), 186
Ó Connor, Frank, 241, 279
Ó Conratha (Mulconry), 186
Ó Cuiv, Dr. Brian, 186
Ó Domhnaill, jefes, 252
Ó Glacan, Niall, 251
Ó Murchu, Profesor Mairtin, 25
Ó Riada, Sean, 244
O'Brien, Flann, 106
O'Callahan, 251
O'Cassidy, 251
O'Hickey, familia, médicos, 251, 252

O'Lee, familia, medicos, 251, 252
O'Logan, Joseph, 254, 284
O'Meara, Barry Edward, 251
O'Mulchonry, Ferfesa, 91
O'Shiel, familia de medicos, 251, 252
O'Sullivan, Dr. W.K., 228
Odran, 173
Ogilvie, Dr. John, 304
Ogmios/Ogmia/Ogma, dios, 146,191, 207
Oileach, 271
Oisin, 84,194
Olc Aiche, druida, 84
Ollamh Fodhla, Rey Supremo, 193, 220, 223
Ono, druida, 87
Onomaris, jefa, 106
Orgetorix, 32
Origenes, 75, 132, 215, 219
Ortagion de los tolistoboios, 107
Osorio Paulo, 193, 211, 213
Ovidio, 43
Ovingdean, Sussex, 245
Owain Cyfeilcawg, 99
Owain Gwynedd, rey, 99
Owain, hijo de Urien, 156, 271
Owen, Aneurin, 230

Pablo de Tarso, 28
Padua (Patavium), 231, 283
Panonia, 32, 73
Parliament Hill, Londres, 11
Parsons, Sir William, 228
Partholon, 82, 136
Patera, Atio, 17
Patricio, San, 19, 86, 87, 91, 93-95, 118, 125, 155,159, 164, 171, 172, 192, 220, 226, 227, 260, 261, 285-288

Pausanias, 43, 109, 167
Pedersen, Holger, 42
Pelagio, 18, 132, 210-216, 219
Pettoutier, Simon, 305
Periandro de Corinto, 41
Perzon, Paul-Yves, 305
Petronio Arbitr, 170
Pfeiffer, Profesor John, E., 158
Piala, 100
Pirro de fipiro, 30
Pisistrato, tirano de Atenas, 223
Pitagoras, 59, 75, 199-202, 204, 206, 209, 218
Pittas, Christos, 244
Placido de Tito (Placido Titi), 263
Platon, 76
Plinio el Joven, 72
Plinio el Viejo, 16, 38, 41-43, 67-72, 92, 93, 153, 160, 161, 200, 245, 246, 248, 256, 264, 266, 285, 290, 292
Plutarco, 107, 108, 114, 179
Pointe du Raz, Bretana, 120
Polibio, 28, 57, 107
Polihistor, Alejandro, 70, 75, 76, 200, 201
Pompeyo el Grande, 32
Pompilio, Numa, rey de Roma, 162, 223
Pope, Alexander, 204, 303
Pope, Walter, 296
Port St Mary, Isla de Man, 95
Porto, hospicio, cerca de Roma, 248
Portumna, 248
Posidonio, 54, 57, 59-61, 64, 67, 76, 77, 113, 167, 169, 177, 181, 200, 208, 239, 240, 264
Praga, banos, 253
Primrose Hill, Londres, 300, 309, 315
Ptolomeo II, faraon, 28, 166
Ptolomeo, hijo de Lagos, 151

Pufendorf, Esaias, 292
Pughe, William Owen, 300, 309

Raith Bee, fuerte, 88
Rechard, druida, 87, 92
Reid, George Watson MacGregor, 315
Rhazes, 252
Rhonabwy, 256, 271
Ribemont-sir-Ancre, Francia, 175
Richards, George, 303
Richborough, 146
Rin, rio, 26, 32, 59, 111, 138, 149
Rodano, rio, 26, 149
Romuil, misionero, 94
Romulo, 223
Ronan, San, 88, 164
Ronnat, madre de Adomnan, 124
Rose, V, 76
Rossa (Brehon), 226
Ruadh Rofessa, dios, 142
Ruariadh 6 Flaithbheartaigh, 176, 260
Rushen, Isla de Man, 94

Sabino, Julio, de los Lingones, 107
Sabrann, diosa, 149
Sacheverell, William, 95
Saint Aubin du Cormier, batalla, 290
Saint Just, anfiteatro, Cornualles, 302
Saint-Maur, Francia, 175
Salamina, batalla de, 179
Sammes, Aylett, 297
Samson, San, 18
Sands, Bobby, 164
Scathach, guerrera, 105, 115
Scena, esposa de Amairgen, 80

Schedius, Elias, 292
Schmidt, Profesor Horst, 255
Scota, 128,129
Seathrun Ceitinn, 114, 172, 185, 235, 256
Sedulius Scottus, 240, 241
Segais, pozo de, 156, 197
Seguret, Provenza, 46
Sena, rio, 70, 149
Senan, San, 212
Sencha, bardo jefe del Ulster, 287
Seneca el Viejo, 67, 169
Senias, druida, 83, 143, 144
Senigallia, 30, 239
Sequana, diosa, 149
Serapion, 252
Severn, rio, 149
Shakespeare, William, 119, 120,141, 292
Shannon, rio, 149, 156, 197, 293
Shaw, George Bernard, 315
Shaw, J.W, 315
Shaw, Profesor Francis, 186, 284
Sibh, 84, 287
Sidonio Apolinario, 34
Sigovensos, 232
Silchester, 191
Simon el Mago, 91, 109, 133
Sin, mujer druida, 116,117
Sinainn, diosa, 149
Sinatos, jefe, 108
Sinlan Moccu Min, 236, 237
Sinorix, 108
Sionan, diosa, 156
Sirona, diosa, 68, 155
Sitchenn, druida, 84, 85
Smirgat, mujer druida, 115

Smith, Charles Hamilton, 312
Smith, Dr. John, 268
Snamh Da fin, 105, 106
Solon de Atenas, 41, 223
Sopater de Pafos, 166
Sotion de Alejandria, 41, 52, 76, 202
Spenser, Edmund, 178, 227
Stagg, Frank, 165
Stead, Dr. I.M., 178
Stonehenge, 11, 82, 267-269, 276, 292, 294-296, 299, 300, 302-304,
312-316
Sucellus, dios, 150
Suetonio Gayo, 169
Suetonio Paulino, 71
Suibhne Geilt, 105
Swinton Hall, 313
Tabellae (Dax), 17
Taciano, 179
Tacito, Publio Cornelio, 33, 71-74, 105, 107, 109, 111, 112, 169,
231, 238, 255, 264
Tadgh Mac Cian, 247
Tages, druida, 84
Taillepied, Noel, 312
Taillterm, 171
Taitiu, batalla de, 269
Talesin, 80, 121, 154, 207, 259, 285, 287, 311
Tallaght, monasterio, 92
Tamesis, rio, 140, 141, 142, 156
Tara, 81, 82, 84, 86-88, 93, 160, 173, 192, 196, 223, 226, 227, 234,
243, 271, 280, 285, 286
Taranis, dios, 147
Tech Duinn, Irlanda, 140
Telamon, batalla de, 31
Temple Combe, 313

Termopilas, batalla de, 27
Tertuliano, 179
Teudor (Tewdrig), 100, 101
Thompson, Dr. Robert, 275
Thomson, John, 298
Thucoliss, diosa, 114
Tiberio, emperador, 16, 72
Tigernmas, rey, 172
Timagenes, 54, 57-60, 74, 200, 230
Timeo, 76
Tirechan, 86, 87, 90, 91, 92, 155
Tirio, Maximo, 47
Tito Flavio, emperador, 180
Tlachtga, colina, 109
Tlachtga, mujer druida, 109, 259
Todd, James Henthom, 229
Tomregan, escuela medica, condado de Cavan, 246, 248
Tory, isla, 261
Tower Hill, Londres, 11, 141, 315
Trajano, emperador, 180
Traube, Ludwig, 240
Tressan, abad de, 306
Treth Mocca Creccai, druida, 84
Trogo Pompeyo, 231, 255
Trosdan, druida, 84
Tuathal Techtmhair, Rey Supremo, 82, 276
Tulchinne, druida, 93
Tullou, Raphael (Rafig), 317,318
Tutatis, dios, 102, 111, 147
Twining, Thomas, 294

Uisnech, (Rathconrath), 82, 86,140, 276
Uisnech, colina de, 142, 276
Unas, druida, 83,143, 144
Uxellodunum, 33

Valentiniano I, emperador, 17
Valerio Maximo, 205
Vallee, E, 310
Van Helmont de Vilvoorde, 251
Varron, Marco Terencio, 265
Varron, Publio Terencio, 153, 157, 265
Veleda, mujer druida, 72, 111, 112
Vellocatos, 107
Venutios, 107
Vercingetorix, 16, 33, 167, 179
Vertault, Burgundia, 148
Vespasiano, emperador, 73, 107, 111, 112, 180
Virgilio de Salzburgo, 281, 282
Virgilio, 206, 273, 274
Viridomar, 138
Vitelio, emperador, 73
Vitricio, obispo de Rouen, 17, 18
Volso, Gneo Manlio, 107
Vopisco, Flavio, 114
Vortigern, rey, 18, 99, 173

Wakefield, prision, 165
Walker, WiUiam, 288
Walsh, Dr. James, 249
Walsh, Dr. William, 253
Wansey, Henry, 268
Ware, Sir James, 235
Warocli II, rey bretón, 92
Watkins, C., 50
Wayman, Profesor Patrick, 272
Webb, John, 294, 295
Welwyn Garden City, 270
Williams, Profesor Gwyn, 311
Williams, Sir Ifor, 232

Winchilsea, Lord, 315
Windisch, Ernst, 185
Wood, John, 203, 301, 02, 03
Wrdistan, monje bretón, 101, 102

Yeats, W.B., 300
Yugurta, rey de Numidia, 179

Zacarias, papa, 282
Zalmoxis de Tracia, 75, 201
Zoroastro/Zarathustra, 197
Zosimo, papa, 213, 214

NO APTO PARA SU VENTA